

EL CABALLERO DE LAS DOS BANDERAS

IGNACIO DE LOYOLA



Pedro Miguel Lamet

2.^a edición

NOVELA HISTÓRICA

Índice

Portada	
Créditos	
Los viajes de Íñigo	
1. El premio	
2. El doncel de Arévalo	
3. Un tibio olor a castañas	
4. De Flandes a Castilla	
5. Justas en Valladolid	
6. Con las huestes reales	
7. Defenderla o morir	
8. Los dos sabores del alma	
9. Vela de armas	
10. Un río de luz	
11. Sin blanca ni bizcocho	
12. Como si presente me hallase	
13. Amo, amas, amare	
14. Alumbrados y erasmistas	
15. Virtud con letras	
16. Seductor de estudiantes	
17. Amigos en el Señor	
18. Debajo de su bandera	
Nota histórica	
Notas	

EL CABALLERO DE LAS DOS BANDERAS

IGNACIO DE LOYOLA



Pedro Miguel Lamet

2.^a edición

NOVELA HISTÓRICA

PEDRO MIGUEL LAMET

El caballero de las dos banderas

Ignacio de Loyola



NOVELA

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la red: www.conlicencia.com o por teléfono: +34 91 702 1970 / +34 93 272 0447

© Ediciones Mensajero, 2017
Grupo de Comunicación Loyola
C. Padre Lojendio, 2
48008 Bilbao – España
Tfno.: +34 944 470 358 / Fax: +34 944 472 630
info@gcloyola.com / www.gcloyola.com

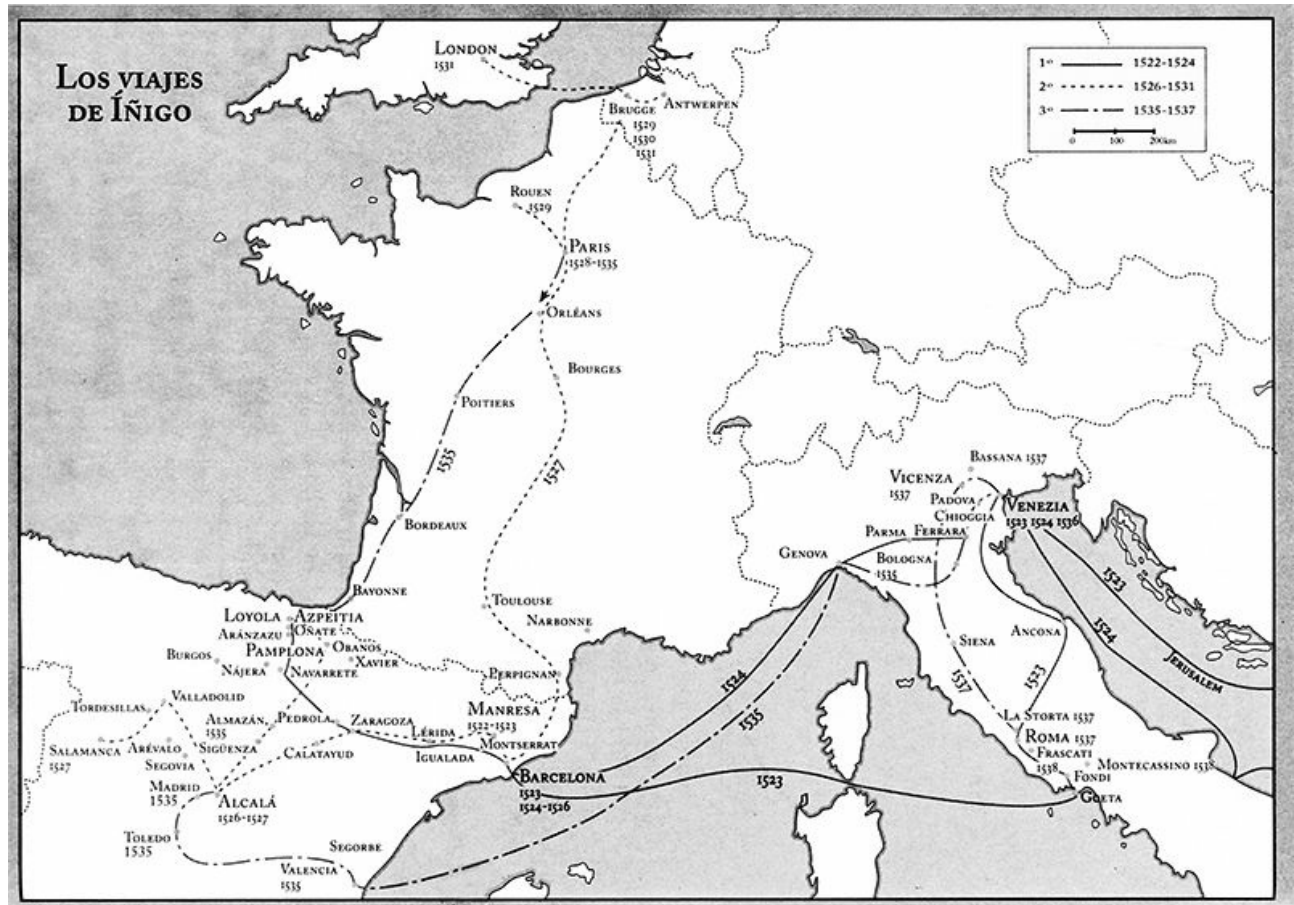
Diseño de cubierta:
María José Casanova

Edición Digital
ISBN: 978-84-271-4113-1

*«Porque no el mucho saber harta y satisface al ánima,
mas el sentir y gustar de las cosas internamente».*

SAN IGNACIO DE LOYOLA

Los viajes de Íñigo



1.

El premio

Se ha ido apaciguando la tarde, y tras esta dulce y fina lluvia portuguesa que filtra la blanca luz del claustro, se diría que los capiteles y el verdor de los limoneros estuvieran troquelados sobre el recién nacido azul. Hay en mis sueños un vaivén de naos descubridoras que contemplan con añoranza este puerto en el que arriban los sabores y olores de ultramar; esta corte, entre azulejos y ventanas manuelinas, cuyas intrigas intento borrar del recuerdo desde que mi amado esposo, Juan III, dejó sobre mis débiles hombros la tremenda carga de la regencia, a mí, una niña castellana ignorante del amor y del mundo, que fue convertida de improviso en reina de Portugal.

Sobre la limpia pared encalada de esta celda del monasterio de Xábregas en el que me he refugiado, porque no me dejan los poderosos de este reino retornar a Castilla, se proyectan cada noche, a la luz de la bujía, gentes y gestas de otros tiempos, como si al calor de este rescoldo de vida que me resta acudieran aquí a visitarme seres que ya han muerto para susurrarme al oído secretos que nunca descubrí, recuerdos que cabalgan hoy hasta mi alcoba preguntándome cómo hubiera sido mi vida, si un día aquel rubio y joven caballero de mis años adolescentes se hubiera decidido a escalar las altas almenas para rescatarme de un castillo convertido en cárcel y, como en los libros de caballerías, de la señora de sus pensamientos me hubiera convertido en la dama de sus amores.

Pero él no era Amadís y yo solamente una pieza más del complicado ajedrez de la diplomacia y del imperio de mi hermano Carlos, por lo que nuestros caminos ni siquiera llegaron a rozarse. Solo alcancé quizás a ser un sueño de juventud. El alazán de aquel apuesto vascongado partió a luchar otras batallas hasta que su corazón de caballero andante decidió cambiar de señor, de sueños y de hazañas...

Hoy, desde el silencio de este rincón de la nostálgica Lisboa vuela mi melancolía y parece como si me encontrara aún en aquel mundo remoto y huido. ¡Y han pasado tantos años! Solo era una niña, una niña encerrada en un castillo frío y oscuro y junto a una madre loca...

—¡Oh, Dios mío, cómo os parecéis a él! Sois su vivo retrato. Os necesito a mi lado. He dispuesto que, para teneros más cerca, viváis en el dormitorio contiguo al mío.

Ataviada toda de negro la figura de mi reina, madre y señora, doña Juana, se recortó sobre la gran puerta ojival. Fijó en mí sus ojos vidriosos, su mirada enajenada y ausente. La voz de la dolorida viuda aún joven taladraba el amplio salón de recepciones como un puñal frío y resonaba entre las adustas piedras como un ánima errante. Casi me producía miedo. Negros tordos, nuestros únicos visitantes —ya que apenas venía a vernos mi abuelo y mi señor, el rey Fernando, siempre tan ocupado con buscar sucesión—, trazaban pausados giros entre las almenas de aquel castillo de Tordesillas, donde, después de la muerte de mi padre, vivíamos un forzado enclaustramiento casi monacal, únicamente habitado por una presencia continua, la de un prolongado y espeso silencio, para siempre el único compañero y amante de mi enlutada madre.

Hasta las más insignificantes aldeas de los reinos de Castilla, Cataluña y Aragón se había corrido la noticia de que ella había perdido el seso. Yo sabía por experiencia propia cuán verdadero era aquel rumor. La veía empeorar día a día. A veces llegaba a golpear a las damas de la corte y se negaba a tomar alimento. Solamente por la fuerza consentía en cambiarse de ropa interior y permanecía horas y horas sentada en su oscura cámara, ociosa, mirando fija y bobamente un vacío impenetrable. Tenía ordenado que se le dejara la comida delante de la puerta, y después de comer, arrojaba la vajilla contra la pared o la ocultaba debajo de los armarios y detrás de las arquetas.

Había días en que parecía arrobada mientras oía devotamente la misa. Otros renegaba de todo lo sagrado y gritaba que le quitaran el altar de delante. En realidad éramos prisioneras de don Bernardo de Sandoval y Rojas, marqués de Denia y conde de Lerma, que, junto a su esposa, tenía encomendada la responsabilidad de la casa.

—Habéis de comprender a vuestra madre —me decía la duquesa con un forzado rictus de amabilidad—. Bien sabéis cuánto ha sufrido mi reina y señora con la pérdida de su

esposo, vuestro padre que amaba con locura.

Pero su voz me sonaba falsa, con un punto de ironía. Lo que entonces la duquesa ni nadie me contaban, quizás para no herir mi sensibilidad de niña, es que su mal venía de lejos. Casi desde aquel día en que, aún jóvenes príncipes, mis padres se conocieron en Lierre, entre Malinas y Amberes, un brumoso lugar verde donde dicen que las costumbres están mucho más relajadas que en Castilla y la vida cortesana es más frívola y licenciosa. Cuentan que las mancebías no solo eran visitadas por hombres, sino también por mujeres y que los consortes se toleraban mutuamente el hecho de que ambos las frecuentaran e incluso, sin el menor rubor, se tropezaran en sus puertas alguna vez. Si entre nosotros no es raro que los caballeros y hasta los reyes tengan hijos bastardos, en Gante y Bruselas las cancillerías no daban abasto en legitimarlos. En aquel mundo de coloridos tapices ornamentados de desnudos, jardines, banquetes y licencia de Flandes se cruzaron la mirada de mi madre, que solo tenía diecisiete años, con la de mi gentil padre, de dieciocho, que gozaba quizás de un tanto exagerada fama de guapo. Aunque no tuve la suerte de conocerlo, supe enseguida que era alto, robusto y ágil; sus manos, largas y estrechas, lucían bellas uñas, y aunque dicen que tenía los dientes cariados, como tantos hombres en estos tiempos, su mirada noble y clara cautivaba a las mujeres. Juana acababa de desembarcar en Middelburgo y Felipe venía a caballo desde el Tirol.

¡Oh, el amor! Entre ambos se encendió una pasión incontenible. Con el tiempo supe por damas de la corte que, apenas se vieron, no pudieron esperar el casamiento, fijado para dos días después, sino que echaron mano del primer sacerdote disponible para, tras las apresuradas bendiciones, consumir el matrimonio aquella misma tarde, cuando aún paseaban al atardecer las damas de generoso escote y los músicos embriagaban de exquisitas melodías el verde jardín. Al poco tiempo, llegaron a los oídos de mi abuela Isabel, la Reina Católica, extrañas noticias. Que su hija Juana comenzaba a andar taciturna por los largos corredores de palacio; que había cambiado a los caballeros españoles de su corte, nombrados por la reina, por dignatarios flamencos y, sobre todo, que en su recia educación castellana no podía comprender que su esposo se dedicara a continuos devaneos y fiestas, amén de derrochar en futilidades el dinero. Tan mosqueada estaba mi señora abuela –y tenía motivos, pues mi bisabuela tuvo ataques de locura en Arévalo– que envió a un hombre de su confianza a Bruselas, fray Tomás de Matienzo, para que verificara toda la verdad, cosa que el religioso realizó puntualmente.

Y es que, por lo visto, mi madre no cesaba de estar embarazada. En 1498 tuvo a mi hermana Leonor, y en 1500, durante una fiesta en Gante, cuentan que se encontró de pronto indispuesta, corrió apresuradamente al retrete y allí fue sorprendida por el parto de un niño fuerte y robusto: un personaje que cambiaría el siglo, mi hermano Carlos. ¡Quién iba a imaginar entonces que llegaría a ser el emperador! En los restantes seis años de matrimonio vendríamos los demás vástagos, hasta seis en total: Isabel, que nació en Bruselas; Fernando, que vería la luz en Alcalá; María, también en Bruselas, y yo, la última de todos, que vine a este mundo el catorce de enero de 1507 en Torquemada, sin poder conocer a mi padre, pues nací casi cuatro meses después de su muerte.

Mi abuela, por cierto, estaba deseando que mis padres vinieran a España, convencida de que a su lado cambiaría la situación. ¡Tenía tanto carácter la Reina Católica! Pero no fue así. Mi joven padre aprovechaba toda ocasión para exhibirse. Poco después de llegar a Fuenterrabía se vistió a la española, lució peluca y se maravillaba de que las damas no participaran en el recibimiento, pues en Flandes andaba siempre de fiesta en fiesta y rodeado de bellas mujeres. Cerca de Illescas cogió el sarampión y en la cama le conoció mi abuelo Fernando, quien junto a su esposa la reina Isabel le dispensó un glorioso recibimiento en Toledo. ¡Cómo me hubiera gustado ver a mis padres aquel día! Iban, dicen, espléndidamente vestidos de terciopelo con bordados de oro y guarniciones de pieles. Todo un contraste de dos modos de entender la vida, porque mis abuelos y reyes de Castilla y Aragón, Isabel y Fernando, no lucían sino pobres telas de lana.

Mi padre no pudo aguantar mucho en Castilla y mi madre, embarazada como de costumbre, tuvo que soportar la primera separación. Don Felipe se marchó, pues, a Flandes, no sin antes divertirse de lo lindo en Francia y el Tirol con su afición predilecta, la caza. Mientras tanto, en aquel noviembre de 1503, doña Juana pasaba noches y días recostada sobre un almohadón, con la mirada fija en el vacío y roída interiormente por galopantes celos. El nacimiento de mi hermano Fernando no le cambió la vida, hasta que pudo correr al lado de mi padre, después de montar una terrible escena en el castillo de la Mota, donde el obispo de Córdoba la retuvo por orden de mi abuela, cerrando puentes levadizos y bajando rejas, a las que mi madre, fuera de sí, se aferraba día y noche cual posesa, sin temer el recio frío invernal de Medina del Campo y gritando estentóreamente que la dejaran partir.

Sin embargo, las cosas no mejoraron en Bruselas. Sospechaba de todo el mundo. Me contaron una anécdota tan chocante como bizarra: que una dama de la corte, de nórdica belleza, por lo visto muy rubia y rojiza, le ocultó en su seno un billete que Juana creía de su marido.

–¡Dame eso, mal nacida! –le gritó doña Juana.

Como mi madre forcejeó para obtenerlo, la flamenca se lo metió de un trago en la boca y se lo comió. Mal remedio, porque doña Juana se lanzó sobre ella fuera de sí, cual villana, y la agarró del pelo, le cortó las trenzas y le desfiguró el rostro con heridas. Cuentan que mi padre montó en cólera y abofeteó a mi madre, ordenando a un hombre de su confianza que llevara un diario de los desvaríos de su esposa.

Desde entonces Juana se negó en redondo a rodearse de damas y se hacía atender exclusivamente por esclavas moriscas venidas de España. Cogió la manía de lavarse varias veces al día la cabeza o de golpear la pared con un bastón profiriendo horribles gritos, cuando mi padre, para castigarla, la encerraba en la alcoba. Estas escalofriantes historias no se quedaban entre las paredes de los palacios flamencos, sino que llegaron hasta las chozas rurales de la lejana España, donde corría la especie de que mi madre estaba embrujada. De nada sirvió que Felipe le llevara ante sí a sus hijos para ablandarla. Ella, como una obsesa, se interesaba solo del varón y el tálamo, no cabalmente por el hombre entero ni tampoco por el padre de sus hijos.

Todas estas cosas afligieron mucho a esa gran mujer que fue mi abuela Isabel, que quedaría en la historia por su sobrenombre de Católica y tamañas obras como conseguir la unidad de los reinos de España, conquistar Granada, expulsar a los moriscos, y, sobre todo, confiar en el navegante Colón y financiarle para que descubriera nuevas tierras en la inmensidad del océano. Por aquellas fechas moría la reina desconsolada y cristianamente en Medina del Campo. En su inteligente testamento dispuso que el rey don Fernando se encargase de la regencia de Castilla hasta la mayor edad de mi hermano, el príncipe Carlos, en el caso de que su hija, la princesa Juana, se viera incapaz de gobernar.

Pero mi abuelo, a quien como es sabido también le privaban los lances de amor y que se creía joven y dispuesto a todo, no se resignaba a retirarse. Bullía en su cabeza que las Cortes de Aragón daban derecho a la corona a un hijo suyo en segundas nupcias. Se

fue detrás de la Beltraneja, que estaba en un convento de Portugal; de lo que no tardó en enterarse mi padre, por lo que envió a su amigo De Veyre a avisar al monarca portugués para ponerla a buen recaudo. He sabido que entonces pasó de todo. Mi abuelo Fernando mandó arrestar al secretario de De Veyre y le amenazó con atormentarlo si no descifraba su escritura secreta. Es más, presentó el testamento de Isabel en las Cortes de Castilla para asegurarse la representación de mi madre, mientras ella no pudiera gobernar. Quería además que abdicara en su nombre. Pero mi padre, que había tomado el título de rey de Castilla, recibió con el potro a la delegación de España y se apoderó del papel.

En resumen, ni corto ni perezoso, mi señor abuelo acudió a Francia y acabó casándose con Germana, condesa de Foix, sobrina de Luis XII. La verdad es que iba persiguiendo un niño como fuera y le prometió al soberano francés un millón de ducados de oro, que nunca le pagaría, por su alianza contra Felipe el Hermoso. El niño vino, pero falleció muy pronto. Faltó tiempo a mi padre para requerir de Castilla que no dieran séquito ni tributos a su suegro. Castilla seguía considerando heredera a mi madre, así que no puso resistencias a los deseos de don Felipe. Por el Tratado de Salamanca se creó por entonces, en noviembre de 1505, un gobierno triple, bajo Juana, Felipe y Fernando. Mi abuelo ejercería la regencia hasta la llegada de mis padres.

Así es como mi madre, y yo con ella, acabamos más tarde encerradas en las téticas almenas de Tordesillas. Después de una tempestuosa navegación, una escala en Inglaterra, el brillante recibimiento en La Coruña, para no tocar Laredo, donde le esperaba mi abuelo, este no se encontró con Felipe, su yerno y rival, hasta el veinte de junio cerca de Puebla de Sanabria. Allí firmaron su mutuo reconocimiento como reyes de Castilla y Aragón respectivamente. En secreto acordaron también que doña Juana no entraría jamás en asuntos de gobierno. Mi pobre madre quedaba así anulada y la unidad de los reinos de España en peligro. Pero mi abuelo Fernando era muy ladino e inmediatamente después de firmado, daba por nulo el acuerdo, y él, que había arrancado de las Cortes de Castilla la incapacidad de mi madre, se apoyaba ahora en sus derechos dinásticos.

Cuando don Pedro López de Padilla, el más celoso guardador de sus derechos, fue a visitar a mi madre en el palacio de Mucientes, donde residió por algún tiempo, se quedó boquiabierto. Le acompañaban en aquella ocasión el seco y lúcido arzobispo de Toledo,

fray Francisco Jiménez de Cisneros, y el comendador mayor y poeta Garcilaso de la Vega.

–Don Pedro, ¿es cierto lo que ven mis ojos? –musitó el poeta al oído de López de Padilla.

Todo estaba teñido de negro: las habitaciones en que vivía, las ropas de su vieja y odiosa aya, única mujer que permitía a su lado, y las de ella misma, sumida en un negro letargo. Solo se le veía parte de la cara que asomaba desde una caperuza también negra. ¡Qué ajena andaba yo de aquella atmósfera de depresión y tristeza a pesar de llevar por entonces seis meses en su seno! ¡Y qué amor-odio debía tener a mi padre, cuando intentó castigarlo sin reino! Daba la razón de que España no debía ser regida por un flamenco ni por la mujer de un flamenco. Solo Dios sabe de qué zalamerías y astucias tuvieron que valerse los nobles para conducirla a Valladolid con el fin de que las cortes le juraran fidelidad a ella, a mi padre y a mi hermano Carlos, su heredero.

El luto y el dolor la perseguían día y noche. No sé cómo pude nacer medianamente normal y llegar a ser, como aseguraran las crónicas, una equilibrada reina de Portugal con los sobresaltos que tuve que experimentar en el vientre de mi madre por aquellos días, vísperas de mi nacimiento. Nada más reconocida con todas las de la ley reina de Castilla, mi padre cayó enfermo. Cuando proyectaba dirigirse a la frontera de Navarra, desafió a unos nobles a jugar a la pelota, una partida que le dejó exhausto. Pidió agua y le trajeron un cántaro helado. Al día siguiente se despertó con fiebre. Se retorció de dolor en su lecho de Burgos, presa de temblores y vómitos. De pronto el cuerpo entero, según me contaron años después, se le cubrió de manchas y de nada sirvieron las purgas y sangrías que le administraban los médicos. Poco quedaba de aquel rey Hermoso que las damas admiraron y desearon. Duró mi padre de esta guisa solo seis semanas, pues el veinticinco de noviembre de 1506 entregó su alma a Dios.

–Hay quien asegura que a ese lo ha envenenado el rey en persona –se decía en los pasillos de palacio.

Hubo rumores para todos los oídos que corrían en voz baja en la corte: que tenía motivos para matarlo; que las vísceras del difunto extraídas para embalsamarlo fueron quemadas de inmediato; que hubo alguno a quien se le descubrió una pócima... Pero nadie osó investigar la verdad, pese a algunas serias sospechas que aparecieron.

Debo confesar que mi padre no fue muy llorado en España, donde siempre se le consideró un intruso. El embajador Gómez de Fuensalida decía de él que era «un buen hombre, pero abúlico, entregado a sus favoritos, que lo arrastraban al torbellino de la vida, de un banquete a otro y de una mujer a otra». Claro que tampoco los flamencos pusieron por las nubes a mi madre, que la llamaban «el mayor enemigo que tiene mi señor bondadoso de Castilla, además del rey de Aragón». Embalsamaron luego el cadáver de mi padre y mandaron su aún joven y enamorado corazón a Flandes. Él deseaba descansar en el panteón de Granada, pero mi madre se empeñó en que se quedara en la cartuja de Miraflores, cerca de Burgos. Ojalá todo se hubiera parado allí. Pero sus desvaríos aumentaron tras el fallecimiento. Como una energúmena se aferró a sus despojos. No aceptaba su muerte. Como si vivo estuviera, cada tres o cuatro días iba a visitarlo, mandaba que le abrieran el féretro y examinaba el cadáver a ver si lo había robado o tocado.

Por entonces, pasado el peligro de los celos, se dejaba rodear por una pequeña corte femenina, y, cuando sobrevino la epidemia de Burgos, condujo el ataúd a Torquemada, cerca de Palencia. Entre las espesas sombras de la noche castellana se deslizaba la fúnebre comitiva rodeada de soldados con antorchas y monjes armados. Mi madre viajaba detrás del féretro en una silla de mano, aprovechando siempre la oscuridad. Cuando amanecía, conducía el ataúd hasta un convento o iglesia, donde lo rodeaba de numerosa guardia, sin permitir sobre todo que se acercara a él mujer alguna, ni siquiera monja, por lo que nunca se detenía tampoco en conventos femeninos.

–¡Ninguna ose tocarlo! –gritaba.

Ella, a veces, pensaba que Felipe no había muerto, sino que solo estaba embrujado por mujeres envidiosas y que en cualquier momento volvería a la vida. En tales circunstancias de denso luto, como he dicho, vi la luz; doña Juana parió finalmente a su última hija, bautizándome con el nombre de Catalina, un nombre que yo oiría casi toda mi vida suavizado por el liviano deje portugués: *Catarina*. En aquella sórdida oscuridad de lágrimas y viajes de noche entré yo a formar parte de la vida de los mortales. Desde entonces, más que una madre, solo tuve junto a mí una triste silueta de mujer atrapada por la sombra de un extraño amor, un difunto, al que en realidad tampoco había hecho feliz. Aunque he de reconocer que fui objeto de un amor posesivo, quizás porque le recordaba a mi padre. Por ejemplo, fui alimentada a sus pechos, sin que consintiera que

me amamantarán las nodrizas, lo que dio lugar a chismes en la corte. No así el arzobispo Cisneros, que alabó este gesto.

Cuando la peste llegó a Torquemada, siguió la reina caminando, siempre con su ataúd y triste comitiva, a Hornillos, Tórtoles y Arcos, donde se detuvo dos años. Ocho meses había durado el traslado del féretro por tierras castellanas. En Hornillos las antorchas del prolongado duelo llegaron a provocar un incendio de la iglesia del lugar.

Al morir mi padre, mi abuelo Fernando estaba en Nápoles, reino que había conquistado para su corona el capitán Gonzalo Fernández de Córdoba. En Castilla la situación era tensa. Por ciudades y villorrios vigilaban alguaciles con orden de azotar a quien portara armas, cortar la mano a quien osara empuñar la espada, y ajusticiar sin más a quien llegara a derramar sangre. Fue entonces cuando los nobles acudieron al ya citado arzobispo de Toledo y fraile de hierro, Jiménez de Cisneros, uno de los confesores de mi abuela que había reformado el clero, creado la Universidad de Alcalá y estaba editando la Biblia Políglota, mientras no volviera mi abuelo de Nápoles.

Como era de esperar, se levantaron revueltas de nobles y mi madre, volcada sobre el cadáver de mi padre, se negaba a firmar decretos o tomar decisiones. No tuvo pues problemas de ceder el gobierno a mi abuelo Fernando, cuando, por fin, en 1507, él regresó a la patria. Y no se le ocurrió otra cosa, para alejar a mi madre definitivamente de sí, que intentar casarla con Enrique VII de Inglaterra, que estaba dispuesto a todo con tal de conseguir una futura anexión de España. No hubo manera. Mi madre se negó a contestar cualquier proposición hasta que enterrara a su llorado esposo.

—¡No lo abandonaré, que de un momento a otro puede resucitar! —insistía.

Estábamos tranquilamente en Arcos, mi madre, mi hermano Fernando y yo, cuando recibimos recado de mi abuelo el rey que nos fuéramos a Burgos, porque Arcos era plaza desguarnecida y él temía que nuestros enemigos nos cogieran como rehenes. Doña Juana dijo:

—Por nada del mundo me encerraré yo en ciudad amurallada, que es tanto como enterrarse en vida.

Pero cedió a que se llevara consigo a mi hermano, el infante don Fernando, que al filo de los seis años ya lucía como buen jinete, por lo que abuelo y nieto disfrutaban

cabalgando juntos. Hasta que un día doña Balbina de la Moya, señora tan principal como de mala lengua, le insinuó a mi madre que mi abuelo se había llevado al infante con otros propósitos. En mala hora, porque le dio uno de esos ataques que la sacaban de sí y empezó a dar órdenes sin concierto para que se ensillaran caballerías que salieran en busca de su hijo, amenazando de muerte al que le desobedeciera. Afortunadamente nadie le hizo caso, por mucho que gritaba que ella era la reina. Tan fuera de sí se puso que iba como una andrajosa y se rasgó el vestido sin que le importara que quedaran al aire sus todavía jóvenes pechos. Mi abuelo debió conmoverse o preocuparse de que le pasara algo serio, lo que hubiera puesto en peligro sus intereses, y dispuso que volviera mi hermano Fernando.

Bandejas, aguamaniles y jofainas volaban sobre las cabezas de las camareras que huían a la cocina o se ocultaban detrás de los muebles. Semanas enteras se pasaba la reina Juana sin cambiar de vestido o ropa blanca. Así de melancólicos transcurrirían los primeros años de mi niñez, cuando de pronto mi abuelo, frustrado por la muerte del rey inglés, que daba al traste con su proyecto de casar a mi madre, tomó la violenta decisión de encerrarla de por vida en Tordesillas. Un buen día se presentó, posiblemente aconsejado por Cisneros que estaba convencido de que mi madre no servía para gobernar, en la apacible villa de Arcos. Serían las tres de la madrugada cuando empezó a dar órdenes para que despertaran a la reina y la dispusieran para viajar. Se había traído mujeres muy forzudas por si mi madre se resistía.

—Sabed, querida hija, que esto lo hago por vuestro bien —le dijo mi abuelo, acariciándole los cabellos—. Además podréis llevaros con vos a vuestros dos hijos y el féretro de vuestro esposo, mientras no sea sepulto en Granada. De este modo vuestros hijos podrán llegar a ser buenos reyes, como lo han sido sus abuelos.

—¿Y para ser buen rey es preciso ser mal padre? —le contestó sin inmutarse mi madre que podía estar loca, pero decía verdades de a kilo.

Aquel reproche no lo olvidaría Fernando en todos los años de su vida. Tenía entonces mi madre veintinueve años.

Mis ojos de niña contemplaron por primera vez la lóbrega mole del viejo castillo de don Pedro I, encaramado sobre la pequeña prominencia que, como un balcón, domina el valle del Duero, entre prados y viñas hasta sus horizontes sin término, dejando ver en los

días claros las torres de Medina del Campo, una de las villas preferidas de mi abuela. Por el norte, aquella fortaleza, construida en tiempos de guerras contra los moros, distaba solo seis leguas de Valladolid. La mole cuadrada y sus pétreas torres empequeñecían aún más mi fragilidad de niña que oía chirriar las cadenas que bajaban el puente levadizo sobre los oscuros fosos y veía asomar a los arqueros con sus apuntadas ballestas desde las almenas. Inocente de mí, ignoraba que mi única libertad iba a ser contemplar desde una de aquellas troneras y ojivales huecos de ventanas el único pedazo de vida, la pequeña parcela de sol y cielo que se reservaba a mi enclaustrada infancia y adolescencia. Me auparon en brazos mis ayas para poder subir la inmensa escalera de piedra por la que se ascendía a aquellos ingentes y graníticos salones, frescos en verano, gélidos en invierno. Por todos los visos, la incómoda mansión del viejo castillo estaba medio vacía. En muchas estancias ni siquiera quedaban muebles. Un burdo castellano con su familia, único habitante de aquel nido de búhos y águilas, recibió a la comitiva de la reina. Con el tiempo llegó a mis oídos la historia legendaria de que aquella fortaleza había sido en realidad mazmorra y encierro de reinas, como dos que llevaron el nombre de Leonor, una de Castilla y otra de Aragón, respectivamente encarceladas en los años 1384 y 1430.

Pensar que tan triste destino esperaba también a mi madre durante cuarenta años, hasta su muerte, ocurrida a los sesenta y cinco, no puedo hacerlo aún ahora sin contener sentimientos de rabia y angustia. Un clérigo recio, mosén Luis Ferrer, fue nuestro primer carcelero durante seis años. Su seca figura de intendente del castillo cruzaba los salones como un fantasma, lo que añadía nueva soledad y ascetismo de convento a nuestra ineludible permanencia. Obligaba a comer a mi madre, que pese a su locura, no lograba entender que a ella, reina legítima de Castilla, la hubieran puesto a merced de un cura.

¿Y qué se hizo del ataúd de mi padre? Fue conducido al cercano y muy hermoso convento de Santa Clara, donde doña Juana lo seguía teniendo a la vista. Desde la alta ventana de su alcoba podía entrever los cirios permanentemente encendidos por una de las ojivas del convento. También le estaba permitido salir del castillo para visitarlo, lo que hacía con frecuencia. El túmulo había sido colocado en el antiguo salón del trono, ya que el convento había sido antes palacio hasta que don Pedro I el Cruel se lo cedió a las clarisas. A mi madre, cuando llegaba a aquel salón bien soleado y escuchaba la salmodia de las clarisas, se le cambiaba la cara.

–Si volviera a nacer y de mi sola voluntad dependiera, en lugar de reina más quisiera ser la más humilde de estas monjas, que se han desposado con un esposo que nunca ha de abandonarlas.

Cuando mosén Ferrer oyó lo que había dicho la reina, le espetó:

–¿Por qué tenéis que añorar, señora, lo que tan al alcance de la mano está? ¿No recomienda acaso el apóstol san Pablo para las viudas el que vivan en todo recogidas? ¿Y es que acaso no podéis en nuestro castillo vivir tan recogida como estas santas monjas?

La anécdota le sirvió al austero clérigo para imprimir aún mayor aire monacal a nuestras vidas. Llegó hasta a invitar a exorcistas que vinieran a expulsar los demonios de mi madre. Y ante su fracaso, escribió a don Fernando contándole que la reina intentó descalabrar al exorcista con un taburete, pero tranquilizándole al mismo tiempo sobre su salud pues seguía bien, salvada la faz, que tenía angulosa y de ojos tristes.

Mi reina siguió visitando el túmulo de mi padre hasta que, años después, su grave mal hizo que incluso se olvidara del difunto y este pudo ser trasladado a Granada, donde descansaría en el futuro junto a los restos de mi madre y de mis abuelos. Por cierto que don Fernando el Católico entregó su alma a Dios en Madrigalejo el año de 1516, siete años después que decidiera encerrarnos. No faltaron comidillas que atribuyeron su muerte a hierbas y pócimas que su joven esposa Germana de Foix, siguiendo instrucciones de hembras sabedoras a las que consultara, le había proporcionado para potenciar sus intentos de tener descendencia. Antes mi abuelo vino a vernos un par de veces al castillo, una de ella acompañado de Germana, que no hacía más que comer y pedir banquetes, cosa que no era habitual en nuestra morada. Dejó mi abuelo al morir al incansable cardenal Cisneros de regente y a regañadientes aceptó que Carlos heredara la corona, además de dictar una serie de disposiciones económicas, como los treinta mil ducados a mi abuelastra Germana, que los dilapidó sobre todo en banquetear y engordar. Quién iba a decirme que esos ducados irían a cambiar el curso de la singular historia que me propongo narrar en estas páginas.

Mi abuelo había dispuesto que se le ocultara a mi madre su muerte para que ella creyera que era él quien en realidad seguía gobernando Castilla en su nombre. Mal remedio, porque en los cuatro años que duró el engaño, creció su tristeza pensando que

su padre no acudía nunca a visitarla. También había decidido destituir a mosén Ferrer, lo que fue un verdadero alivio. Cisneros no aprobó que nos tratara como a monjas y lo despidió a misionar a Argel, donde murió en una acometida de Barbarroja. Esta situación en cierta manera la había acelerado el pueblo de Tordesillas, que no andaba ajeno de lo que sucedía en el castillo. Cuando mi abuelo estaba aún moribundo, hubo una revuelta de la gente, indignada por la forma en que vivíamos; y el capitán de la guardia y el corregidor de la villa expulsaron a Ferrer y le encerraron en su domicilio, sin dejarle salir sino para decir misa. Luego intentaron entrar en el castillo, pero nuestra guardia les cerró el paso. Mi madre casi no se enteró de aquella rebelión, que al menos sirvió para que cambiaran algo las condiciones de nuestro encerramiento.

Nombraron entonces camarera mayor de mi madre a doña María de Ulloa, que había sido la dama de mayor confianza de mi abuela antes que viniera de Aragón don Fernando. Mi madre, cuando la vio, le reprochó que la hubiese abandonado sin atenderla como en otros tiempos, y aun cuando ella le dijo que no había sido por su gusto, sino para atender en la corte del rey, no pudo por menos que romper a llorar amargamente, a lo que mi madre respondió con igual llanto, hasta llegar a ablandarla por dentro, pues hacía años que ya no lloraba. Todo eso se lo contó en una carta la de Ulloa al cardenal regente. Con el tiempo supe además que se había preocupado de mí, incluyendo mi situación en un párrafo:

«Si el estado de nuestra señora mueve a compasión –escribió doña María–, otro tanto ocurre con el de la princesa Catalina que no conoce el mundo fuera de este castillo. Cuanto haga vuestra eminencia por mejorar la suerte de nuestra señora, no dude que será obra de gran justicia y gratísima a los ojos de nuestro Señor Jesucristo».

Hasta aquí las razones de mi prematura cautividad. Pero no quisiera adelantar acontecimientos. Solo he de decir que, mientras tanto, mis días en Tordesillas se desgranaban lentamente. Era yo una niña seria y sensata que no osaba levantar la voz a nadie. En mi soledad había optado por vivir hacia dentro, refugiándome en mis sueños y fantasías. Cuando no jugaba con mi hermano Fernando en el tiempo que estuvo con nosotras, corría hacia la ventana que daba al valle y allí creía ver en lontananza a un rubio caballero de reluciente armadura que cabalgaba lanza en ristre hacia las puertas del castillo. Era mi príncipe azul que, lanzando una escala a la ventana, me rescataría en su

caballo blanco y me conduciría a un bello y lejano reino, como el que me contaban que había sido el de mi padre, con damas enojadas y caballeros vestidos de raso que paseaban bajo ricas arañas iluminadas, preciosas porcelanas y tapices multicolores. Pero, cuando despertaba de aquellos ensueños, solo oía gruñir a los cerdos de las alquerías cercanas o el recio paso militar, taciturno y automático, de los centinelas sobre la almena más próxima.

Un buen día vi a unos niños, hijos de aldeanos, que jugaban a lancear toros a los pies de la muralla. Aquel cuadro tan sencillo fue todo un descubrimiento: era como si despertaran mis pupilas al mundo de afuera, como si se desvelara ante mí un pedazo de auténtica vida, tan distinta al recinto de sombras en el que transcurría mi niñez junto a mi madre. De modo que les eché unas moneditas de plata para que volvieran allí a jugar. Al día siguiente, a la misma hora, volvieron los niños a entretenerse con saltos y corros ante mi ventana. Pero yo les dije que no siempre iba a tener monedas con que poderlos corresponder. Había entre ellos un muchacho de unos doce años, Alonso, el hijo del herrero que se quedaba mirando embobado mis largos cabellos rubios, pues entonces tenía una melena que me llegaba hasta la cintura.

Alonso era fornido y hábil, con modales de campesino, sano y siempre sonriente. Yo sabía que le atraía. Trepaba por un muro, aprovechando un saliente y me obsequiaba con pequeños regalos de lo que no podía conseguir en el castillo: frutas silvestres, una rana, un canutillo para fabricar una flauta...

—Tomad, alteza. ¿Queréis que os traiga unas castañas?

—Cuidado, Alonso, no subáis más, que podéis caer.

Desde entonces, Alonso venía todos los días al atardecer, aunque no hubiera moneditas de plata, y yo reía como nunca desde la alta ventana del castillo. Pero un día, sorprendido por un centinela mientras intentaba escalar más cerca de la ventana, se cayó al intentar huir y se quebró una pierna. Desde entonces, Alonso no volvió a aparecer. Ni él, ni ningún otro niño o niña. Había corrido por Tordesillas que lo de la pierna se lo había hecho la guardia del castillo. Entonces los padres prohibieron terminantemente a sus hijos acercarse a la fortaleza.

Volvieron, pues, los días de soledad y silencio. Solo me quedaba un recurso: soñar despierta o ilusionarme pensando qué sucedería cuando llegara a Castilla mi hermano

Carlos. Pues los nobles aseguraban que pronto arribaría a las costas españolas para hacerse cargo de sus reinos. Carlos, junto con mis hermanas Leonor, María e Isabel, vivían en Malinas, bajo la custodia de tía Margarita, a la que nunca conocí, pero que era muy leída y amiga de las artes, hasta llegar a tener en casa el tesoro de Moctezuma. Por eso llamó a un clérigo muy docto y bondadoso, el deán de Lovaina, Adriano de Utrecht, para que enseñara latín a Carlos, aunque a él lo que le gustaba de veras eran los libros de caballerías. Lo que es la vida: Adriano llegó a ser papa y Carlos emperador.

—¿Sabrá mi hermano Carlos hablar nuestra lengua? —preguntaba yo una y otra vez, anhelando el momento en que su caballo cruzara el puente levadizo de nuestro castillo.

—Me temo que no, alteza. Aunque creo que tiene preceptores españoles, además de flamencos, como Roberto de Gante, Juan de Anchieta y Roberto de Vaca. Toda su vida y estudios los ha hecho en Flandes. Vuestro hermano Fernando y vos habéis tenido una educación muy distinta de vuestros otros cuatro hermanos de Flandes: Carlos, Leonor, Isabel y María. Ellos hablan el francés, vuestra alteza el castellano. Ellos han vivido en el lujo y el regalo de los palacios flamencos, vos en este castillo. ¡A fe que será difícil que os reconozcáis como hermanos!

Decía esto mi carcelera con la cabeza altiva, regodeándose en sus palabras y como para acrecentar mi soledad y mis penas. Pero una niña encuentra recursos para imaginar todo un mundo de fantasías con un simple palo y un trozo de tela. Así, blandía yo mi cetro de madera, lucía lujosos vestidos, ensayaba reverencias e inventaba sonoras palabras de bienvenida a Carlos.

Pero antes sucedieron hechos memorables que he de narrar punto por punto. En realidad los años, los meses y los días pasaban premiosos para una niña sin amigas y rodeada de enlutadas y cabizbajas personas mayores. En los atardeceres largos, cuando el sol enrojecía el horizonte de Tierra de Campos, me asomaba a mi ventana predilecta y entornaba los ojos. Entonces todo parecía transformarse como en un libro de caballerías. El resonar de un trote seco sobre la tierra crecía por momentos hasta retumbar en las cercanías del foso; y entre los viñedos arrebolados y envuelto en una nube de polvo galopaba mi caballero andante, blandiendo una espada que restallaba con el último rayo rojo de sol. Tenía siempre el yelmo subido y la mirada franca como invitando a mirar más lejos, a conquistar tierras inexploradas y lejanos reinos de torres de cristal. Detrás —y

siempre me preguntaba a mí misma por qué—, a mi galán no le seguía un ejército común, una sola tropa, sino dos mesnadas iguales y casi invisibles que portaban sendas enseñas o banderas. Después volvía a la realidad y la visión se esfumaba.

Desde dentro del castillo taladraban la húmeda y temerosa sombra punzantes lamentos conocidos: «¡Ay dolor! ¡Ay de mí! Oh mi señor, oh ingrato, oh hermoso Felipe, ¿por qué me hacéis tan desdichada?». Más allá las voces del cambio de guardia rasgaban rítmicamente el habitual y gélido silencio. Alonso, con sus sencillos y gratos regalos, no vendría tampoco hoy. Ya no vendría más. Y la contigua ventana de las clarisas titilaba como siempre con la vela encendida junto al féretro de mi padre. Era como si se me negara la vida y me persiguiera la muerte. Entonces me ponía el camisón, cerraba los ojos y me arrodillaba a rezar ante la imagen de nuestra Señora.

2.

El doncel de Arévalo

–Os vendaré los ojos, Íñigo. ¡Es vuestro turno! Pero no hagáis trampa –dijo María entre pícaras risas, mientras lo zarandeaba y daba vueltas sobre sí mismo, después de haberle rodeado la cabeza con su pañuelo color turquesa.

El joven extendió sus brazos y palpaba con sus manos al aire, rodeado de un animado grupo de amigos, que se solazaban al frío sol de febrero en el patio de armas del palacio real de Juan II en Arévalo, un enorme caserón mudéjar, donde se hospedaban los reyes cuando venían a la villa. Alonso de Montalvo, su camarada de juegos y correrías, empujó entonces a María hacia Íñigo que se encontró de pronto con la joven entre sus brazos. Se quitó la venda y exclamó:

–En verdad que sois hermosa, María. ¿Cuándo os dejaréis ver a solas?

La muchacha, enrojecida por el requiebro, se zafó de sus brazos y corrió entre risas a reunirse con sus compañeras.

Alonso puso su mano sobre el hombro de su amigo:

–Les habéis arrebatado el juicio a todas. A fe que no hay mujer en todo el reino que hoy se os resista.

Íñigo rió a carcajadas. Sudaba y resoplaba mientras se arreglaba el cabello, una melena rubia y ondulada de la que estaba orgulloso y que le caía en bucles cubriéndole los hombros. Sobre ella resaltaba la pequeña gorra escarlata, tocada de pluma gallarda y ondulante, conocida divisa del partido oñacino. Solía vestir traje acuchillado de dos vistosos colores, capa abierta, calzas y botas ajustadas, espada y daga al cinto. Era de complexión robusta y de estatura menos que mediana, tenía un no sé qué alegre en el

rostro, ligeramente redondeado a causa de un corto mentón y levemente abultado en los pómulos, una típica nariz vasca y una tez sonrosada que le mantendría siempre cierta apariencia juvenil. No había parado desde la mañana del día anterior, que había salido a acompañar a su señor, Juan Velázquez de Cuéllar, contador mayor de los reyes desde 1495, hasta su otra fortaleza de Madrigal de las Altas Torres. Entonces Íñigo solía transformar su apariencia dejándose ver armado de punta en blanco: loriga y coraza relucientes y, además de la inseparable espada, ballesta con saetas o cualquier otra arma que manejaba con destreza. También solía acompañar a don Juan a su mansión de Valladolid, que era casa principal con huerta, corrales y caballeriza y con blasón de piedra de sus armas sobre la fachada. Aquella noche no se había acostado. Con Montalvo estuvo recorriendo los figones de Arévalo y ciertas ventas que conocían alrededor, encendiendo la nocturnidad de tragos de rojo vino y miradas pícaras de doncellas del lugar.

–Este vascongado es tan galante como osado con las mujeres. Y cuando toca la viola, todas nos derretimos. ¿Acaso no es cierto? –le dijo a Montalvo un día una lozana y rojiza dama de compañía.

En ese momento un criado se presentó corriendo.

–Don Juan, mi señor, me encarga os avise que acudáis cuanto antes al comedor.

Íñigo López de Loyola, que no representaba más de veinte, aunque rondara los veinticinco años, profesaba gran respeto y agradecido amor por su amigo y señor Juan Velázquez.

Se preguntará el lector cómo una niña encerrada en Tordesillas, infanta e hija de una reina demente, pudo llegar a saber tales y tan detallados particulares de este caballero. Muchas son las razones, como indicaré en su momento. Pero la primera de ellas fue gracias a los relatos de la esposa del contador, doña María de Velasco, hermosa y virtuosa señora muy querida de mi abuela Isabel, que luego sería mi fiel dama de compañía y que continuaría a mi lado hasta su muerte en mi corte de Portugal. Estaba ella emparentada con la familia de los Loyola, más en concreto con la madre de Íñigo, doña Marina Sánchez de Licon.

Íñigo atravesó varios salones del palacio, que había visto de día en día crecer en lujo y magnificencia desde que los pisó por primera vez, pero sobre todo tras la muerte

de la reina Isabel, ya que por entonces habían sido puestos en almoneda los increíbles tesoros que poseía mi abuela; y fueron precisamente don Juan y doña María los que adquirieron para su palacio mayor número de alhajas, como tapicerías, sedas y brocados, piedras preciosas, perlas y corales, objetos de oro y plata, cuadros, libros raros, vajillas y perfumes. La reina moribunda había nombrado a su predilecto don Juan Velázquez testamentario y ejecutor de lo que allí disponía, recomendándole vivamente a don Fernando la persona fidelísima del tesorero y contador mayor, porque le «había servido mucho e muy lealmente». No era extraño pues que el matrimonio Velázquez, pese a que ello pudiera acarrear comentarios maliciosos, aprovechara aquella excelente ocasión de ser albaceas y emplearan sus riquezas en adquirir algunas joyas y obras de arte. No en vano doña María había regalado en su momento a mi abuela, la reina, un maravilloso cuadro de Memling, pintor favorito de doña Isabel. Íñigo disfrutaba contemplando las imágenes de marfil de Nuestra Señora que había en la capilla, «que diz que son de olicornio o de diente de elefante» o el espléndido misal, enriquecido con no menos de quinientas perlas, que también perteneció a mi abuela.

Cuando Íñigo entró en el comedor, la música y la luz colmaron sus oídos y cegaron sus ojos. En el amplio salón, bajo el artesonado mudéjar, que, entre cenefas góticas, lucía escudos de castillos y leones, un espectáculo multicolor componía el cuadro en movimiento de aquel solemne yantar. Damas y caballeros departían animadamente, mientras los criados pujaban en servir nuevos platos o acudían a auxiliar a los comensales con aguamaniles. Se encontró la mesa repleta de ricos y abundantes manjares y presidida por la joven y oronda figura de doña Germana de Foix, que, pese a su juventud, tenía ya cierto aspecto de matrona. Acababa de atrapar un muslo de pollo y conversaba sin tregua con doña María de Velasco. La nueva esposa del rey Fernando, según decía todo el mundo, no podía estar un día sin doña María, que era consciente de esta predilección y no se ocupaba sino de servirla y banquetearla costosamente, «más allá de lo que era honesto», como una vez oí comentar al maestro Carvajal. Tanto que algún embajador llegó a calificarla, después de conocerla, de *pinguis et bene pota*, que en román paladino no significa otra cosa que «gorda y bien bebida». Me imagino los grandes esfuerzos que debían hacer sus damas para ajustarle el corsé y disimular aquellas colmadas carnes que rebosaban bajo la recurrente solución del guardainfantes. Doña

María me haría en Portugal años después jocosos comentarios al respecto, como de los increíbles esfuerzos que hizo para quedar preñada tras la muerte de su tierno infante.

Poco o ningún caso debió hacer mi abuelastra al recién llegado, que venía acompañado de su inseparable Alonso de Montalvo. Don Juan les hizo ademán de que tomaran asiento, y luego, dirigiéndose a Íñigo, le dijo:

–Después de comer hemos de conversar.

Tras descubrirse y hacer una reverencia a la reina Germana, los jóvenes dieron un estudiado rodeo para no estorbar a los músicos y danzantes y para, tras tomar asiento, dar buena cuenta de dos capones cada uno, sin que pudieran rivalizar con la consorte del Rey Católico, que de las aves de corral había pasado sin apenas tregua a varias piezas de caza y a los apetitosos pasteles de hojaldre, todo ello regado con buenos caldos de Rueda. Cuando la egregia dama no pudo más se alzó de la mesa, gesto en el que le acompañaron todos los comensales. Y se alejó sonrosada, balanceándose con aquella leve cojera que la caracterizaba. Entonces, liberados de los egregios oídos de la reina de Aragón, se animó la charla de los comensales.

–Decidme, ¿son ciertos los rumores de que el rey nuestro señor sufre accesos de terciana, escalofríos y vómitos? –preguntó un caballero que acababa de llegar de Flandes.

Fijaron los comensales sus ojos en don Juan Velázquez, que fingió no haber oído la pregunta y siguió conversando con una dama que tenía a su derecha. Un capitán, contestó a media voz:

–Para mí que son las pócimas que le da doña Germana, compuestas, según he oído decir, con diversas hierbas y las entrañas de un toro, a fin de devolver a don Fernando el juvenil vigor. Como si pudiera nuestro rey desandar el camino, que ya ha dado mucho de sí su virilidad. Dicen que ha pasado mala época. Está inquieto y errante por el reino de Castilla, de ciudad en ciudad, de fiesta en fiesta y torneo en torneo, cuando no se entrega sin medida a la pasión de la caza.

–Pero se oye decir que quiere comenzar de nuevo, y no contento con las hazañas del Gran Capitán en Nápoles, de la Liga contra Francia y la toma de Navarra, su voluntad es emprender conquistas y entablar nuevas guerras. Pretende reconquistar Constantinopla,

expulsar a los turcos, entrar en tierra de infieles en Jerusalén como libertador de los Santos Lugares y crear un nuevo imperio de Oriente. Por mi parte sabe que puede contar con la fuerza de mi brazo y mi espada para tan noble causa.

—Sí —respondió el capitán, mesándose la cuidada barba—; tengo oído que alguien le profetizó una vez que conquistaría Jerusalén y el rey se aferra a esa profecía y se prepara a esa batalla. Pero añaden que nunca se pone en camino para emprenderla, pues mientras la Ciudad Santa continúe en poder de los infieles, él cree que no puede morir, por mor de la profecía. Está nuestro señor muy extraño; le gusta asentar sus reales en pueblos y caseríos, y pone su mayor goce y placer en vagar solitario por campos y bosques durante largas horas.

—Tan cierto es eso que creo que no quiere acercarse ya por estas tierras y menos por Madrigal, a pesar de que tiene, como sabéis, una hija bastarda que profesó en el convento de las agustinas. Y es que una adivina le anunció que moriría en Madrigal; por eso no viene. La última vez que acudió a Tordesillas a visitar a su hija Juana, fue rodeado de nobles, el condestable, el almirante, los duques de Alba y Medina Sidonia, los condes de Ureña y Benavente. Tanto que su pobre hija sintió añoranza y le pidió a su padre que le repusiera su corte como en tiempos de doña Isabel. Pero detrás se cerraron de nuevo las puertas y doña Juana se quedó tan sola y triste como siempre, garantizando la corona de su padre y en compañía de su hija la bella y joven infanta Catalina encerrada en ese castillo, si es que castillo y no convento o mazmorra puede llamarse.

—No me extraña —dijo el capitán bajando la voz—. ¿Sabéis que don Lope de Sandoval le ha dado la espalda y huye del rey porque piensa que está acabado?

—¿Acabado? —arguyó el otro mientras llenaba a rebosar su copa de vino—. Nuestro rey y señor ha de ser servido hasta la muerte y quien no lo haga debe ser tenido por perverso caballero.

Íñigo no perdía palabra. Aquellas hazañas le enardecían: conquistar tierra de infieles, llevar el estandarte cristiano hasta Jerusalén..., «perverso caballero». Luego, la conversación se desvió a los viajes al Nuevo Mundo, las tierras descubiertas por Cristóbal Colón.

Velázquez se sintió molesto con el cariz que estaba tomando la sobremesa e hizo una señal a Íñigo para que le acompañara. El sol quemaba el oro viejo del trigo en la

ancha meseta castellana, manchada en lontananza por verdes y aborregados bosquecillos de pinos. Las torres de San Pedro, San Nicolás, la Magdalena o la del convento de la Encarnación, que don Juan había restaurado, enaltecían a la más noble y más leal villa de Arévalo, orgullosa entre dos ríos, si no caudalosos, deleitosos y amenos, que llevan por nombre Arevalillo y Adaja.

Sus habitantes no cesaban de repetir como punto de honra:

*Quien señor de Castilla quiere ser,
Arévalo y Olmedo ha de tener.*

El joven vasco contempló con admiración el noble porte de su señor. ¡Qué agradecido le estaba! Tendrían razón los cronistas al escribir de él que «era un hombre cuerdo, virtuoso, de generosa condición, muy cristiano, de buena presencia, y de conciencia temerosa...». Y que «trataba a los naturales muy bien; procurábales su cómodo con gran cuidado». Había sido perseverante en el servicio de la Reina Católica, mi abuela, desde 1486, además de maestresala de mi tío, el príncipe don Juan, alcaide de la fortaleza de Trujillo, y luego gobernador y justicia mayor de la villa realenga de Arévalo. Cuando murió mi tío Juan, a los dos meses de matrimonio con Margarita de Austria, Velázquez estaba allí. Y asistió de luto al bautizo de mi otro tío Fernando en Alcalá de Henares. Más tarde fue nombrado jefe de la Casa de Miguel, hijo de mi tía Isabel, que prometía juntar como heredero las coronas de Portugal, Castilla y Aragón, pero que vivió solo un par de años. En 1506, cuando Íñigo aún era solo un adolescente, le ofreció a su padre, don Beltrán Yáñez de Loyola, que abandonara su villa natal para brindarle casa, manutención, afecto, familia y educación de acuerdo con su rango y aspiraciones.

El padre de Íñigo, respondiendo a la tradición de familia y a la costumbre de enviar a Castilla a sus hijos, se apresuró a acceder, agradecido. Y, aunque en contra de lo que se ha dicho, el muchacho no fue nunca paje de los reyes, había tenido la oportunidad de conocerles y hacer con ellos oficios de tal, como ayudarles a montar, ofrecer aguamanil y otros menesteres de mesa. Además había tratado a mi hermano Fernando que, como es bien sabido, llegaría a ser rey de romanos y emperador, pues también vivió y se educó junto a Velázquez en Arévalo. ¡Cuánto había aprendido Íñigo junto a aquel noble caballero! Desde caligrafía, en la que llegó a ser experto y considerarse «buen

escribano» –no en vano en casa del contador se llevaban cuidadosamente libros y estados de cuentas–, a las artes marciales, pasando por el de tañer la viola, y las letras, pese a que a él no le habían atraído nunca demasiado los estudios. Si bien algunos aseguran que un día se atrevió incluso a rimar unos versos dedicados a san Pedro, lo que movería con el tiempo a comentar no sin sorna a su primer biógrafo y amigo, Pedro de Rivadeneyra: «Sería curioso de ver cómo se explicaba en verso un hombre que tan trabajosamente escribió siempre en prosa».

Don Juan sí que era aficionado a la cultura y *litteris deditus*. El tesorero del reino había enriquecido su biblioteca con parte de los libros de la reina. Algunos de ellos píos, como varias vidas del Señor y de santos, el famoso *De Imitatione Christi*, y clásicos de Agustín, Bernardo y otros santos padres. O un curioso libro traducido del francés y titulado *Del pelegrino de la vida humana*, de un tal Guillaume de Guileville, impreso en Tolosa de Francia en 1490. Aquello de peregrinar le cautivó al joven vasco por un momento, al hojear sus páginas. Pero en realidad Íñigo, cuando se adentraba en la umbrosa biblioteca, dirigía siempre sus pasos al estante donde se amontonaban los mejores libros de caballerías, sobre todo el *Amadís de Gaula*, que fue estampado en Zaragoza el año de 1506. ¡Cuántas veces lo había leído! ¡Cuántas se había identificado con aquel caballero, espejo de valor y cortesía, modelo de vasallos leales y amante fiel, escudo y apoyo de débiles y necesitados, brazo fuerte al servicio del orden moral y la justicia! Aquel caballero creyente y devoto, valiente sin jactancia y siempre cortés, se había convertido en el modelo de la época. Como Amadís, le gustaba a Íñigo soñar con emprender el rescate de alguna distinguida dama, desfacer entuertos y derribar enemigos en lejanas tierras al servicio de algún poderoso rey. Le placía imaginar que el propio rey Fernando, que había estado en Arévalo media docena de veces, un día le llamara cabe sí para conquistar algún reino de moros y quién sabe si Jerusalén, o si le ofreciera su propia tienda para descansar del combate, y hasta su copa y mesa para compartir refrigerio.

Don Juan de Velázquez, la cabeza altiva, apoyaba su mano sobre el pomo de la espada. Un cierzo helado de clara estirpe abulense peinaba las plumas azul y grana de su principesca gorra. Las algodinosas nubes y el limpio cielo castellano armonizaban con el viejo y rojizo ladrillo de la torre mudéjar llamada de la Lugareja, a las afueras de Arévalo a donde había llegado paseando.

–Bien sabéis, querido Íñigo, con cuánta dedicación y esmero hemos servido a nuestros señores los reyes Isabel y Fernando, gloria y prez de estos reinos. Pero también quiero que sepáis hasta qué punto la situación ha cambiado tras la muerte de doña Isabel. Mi esposa, como veis, se esfuerza con ahínco en complacer los deseos de la reina Germana. Pero esta solo piensa, como cada día podéis comprobar, en fiestas, escanciar buen vino y banquetear. Los nobles castellanos están preocupados por el futuro, desde la prematura muerte del príncipe Juan. Y ya conocéis el triste estado en que se encuentra doña Juana. Barrunto nubarrones que pueden afectar a nuestra situación en Arévalo y quisiera teneros cerca en todo cuanto acontezca.

–Mi brazo y mi espada, como bien sabéis, estarán siempre a vuestro servicio, don Juan.

–Lo sé, hijo, y ello me reconforta. Pero hemos de ir tomando medidas. Y una es estar más cerca de doña Juana, pues, aunque ha perdido el juicio, dicen que no es para tanto y que tiene momentos de lucidez, cuando no se le recuerda a su malogrado esposo don Felipe. He ido con este fin en varias ocasiones a visitarla a Tordesillas. Pero esta vez me complacería contar con vuestra compañía, amén de la de mis hijos Miguel, Agustín, Juan y Arnao, que quiero ir introduciendo en la corte. Ya sois todos hombres hechos y derechos y será bueno que allí os conozcan por lo que pudiera pasar.

Al día siguiente Íñigo sacó lustre a su mejor armadura y vistió su jubón acuchillado preferido, blanco y azul, que armonizaba con su rubia melena. Cuidó mucho que las calzas le ajustaran bien, porque le gustaba llevar la media muy «polida». Con el alba salieron los jinetes de Arévalo hacia Medina y Tordesillas a un trote ligero bajo el que temblaba el terso pecho anchuroso de Castilla. Cruzaron el medieval puente y arco de Medina, que salva el cauce del río Arevalillo, y comenzaron a tragar leguas. Caseríos, ríos, fortalezas y viñedos iban quedando atrás, mientras en la mente del joven caballero bullían historias imposibles, hazañas inalcanzables.

Tras una parada para descanso de los caballos en Medina, con las luces del primer atardecer divisaron la fábrica del castillo de Tordesillas y las torres de su cercano convento de Santa Clara entre la polvareda que levantaban las cabalgaduras. Al acercarse, Íñigo creyó ver a una jovencita asomada a una de las troneras que blandía al aire con alegría un pañuelo blanco.

–¡Ah del castillo! –gritó uno de los ballesteros de Velázquez.

–¿Quién va? –respondieron soldados desde las almenas.

–¡El contador y tesorero del reino, don Juan Velázquez de Cuéllar y su mesnada!

Al rato chirriaron las cadenas del puente levadizo y sonaron timbales y trompetas, como a un alto cargo del reino correspondía. La guardia rindió honores y los jinetes cruzaron el puente y penetraron por las oscuras puertas de aquella sombría y medieval fortaleza.

Mi madre había accedido a recibir a don Juan Velázquez, quizás porque no estaba tan loca como para no ser consciente de que no andábamos sobrados de maravedíes y que aquel señor que administraba la hacienda y las arcas de Castilla bien podría interceder por nosotras. Se abrieron las puertas del austero salón del trono y don Juan se quitó el yelmo y entró con toda su gente. El contador y sus acompañantes, tras ser anunciados, hicieron una profunda reverencia, ante la figura cada día más oscura y siniestra de mi madre. Luego se retiraron los demás y quedamos nosotras junto al contador, sus hijos y pajes.

–Alteza, vuestro humilde servidor os rinde pleitesía.

Fue entonces, cuando a su lado mis ojos se tropezaron por primera vez con los de Íñigo. El resplandor de su armadura, su jubón azul y su cabello rubio me dejaron sin hálito. No podía dar crédito a mis ojos. ¡Era un calco exacto de la aparición de mis sueños! No podía dudarlo en modo alguno: aquel joven era mi caballero, mi Parsifal, mi libertador; y yo habría de ser la señora de sus pensamientos.

No pude oír lo que hablaron don Juan de Velázquez y mi madre de tan emocionada que me encontraba. Solo sé que el tiempo de aquella visita pasó en un instante. Nuestras miradas se comunicaron en silencio y nuestras almas quedaron prendidas una de la otra al igual que el sol penetra limpiamente en las aguas de un río claro. Supe que lo amaba y que él me correspondía. La pobre y pequeña niña sin paisajes, ni experiencia ni mundo que yo era en mis apenas doce años, ¿qué podría hacer ante el ímpetu de aquel primer sentimiento amoroso? Nos sonreímos y volamos a una nube sin más, como en los mejores viejos romances.

Luego un calor intenso subió como un incendio a mis mejillas y de pronto caí en la cuenta de mi catadura, de los vestidos de aldeana que eran mi atavío por la dejadez y descuido en que me abandonaban las camareras de mi madre: una saya de paño ordinario, una especie de manteleta de cuero y toca en la cabeza de tela blanca. La vergüenza me hizo bajar la mirada y solo levanté los ojos cuando Íñigo y el resto de la comitiva habían desaparecido ya tras la puerta.

Aquella noche apenas dormí de felicidad. Al fin había atribuido un rostro concreto a mi sueño y, aunque no fuera un príncipe ni un caballero andante sino un simple doncel y aprendiz de gentilhomme del contador del reino, el sentir no sabe de linajes y ya era él dueño de mi corazón y yo sin duda, así lo creía a pie juntillas, la señora de sus pensamientos...

Sin demora lo primero que hice la mañana siguiente fue acudir a la biblioteca y tomar entre mis manos el *Cancionero general de Hernando del Castillo*, que conocía por lecciones de mi preceptor. Entre sus poemas elegí una trova que iba como anillo al dedo a mi galán vascongado que, como enseguida supe, se llamaba Íñigo López de Loyola.

*Ha de ser lindo, lozano,
el galán a la medida,
apretado a la cintura,
vestido siempre liviano...*

*Capelo, galochas, guantes,
el galán debe traer
bien cantar y componer
en coplas y consonantes;
de caballeros andantes
leer historias y libros,
la silla y los estribos.
a la gala concordantes...*

*Flautas, laúd y vihuela
al galán son muy amigos;
cantares tristes antiguos,
es lo que más le consuela...*

*Damas, y buenos olores
al galán son gran holgura,
y danzar so la frescura*

*todo ferido de amores.
A fiesta con amadores
no dexar punto ni hora,
y decir que es su señora
la mejor de las mejores.*

Embelesada, me pasaba los días enteros y parte de las noches en claro viéndole cabalgar como otro Amadís y sintiéndome yo como Oriana, su eterno ideal femenino, hasta que el zarpazo de la realidad me devolvía a mi castillo, a mi enterramiento en vida junto a mi desdichada madre. Entonces solo se me ocurría rezar a nuestra Señora e incluía en mis plegarias a «mi sin par caballero». ¿Platónicos deliquios de adolescente? No, figuras arrancadas de nuestras lecturas y mitos de las novelas que más leía y alimentaban nuestra juventud.

Otras veces me preguntaba si más que a Amadís, mi caballero no se parecería al despreocupado Galaor de los episodios más escabrosos del libro, y en realidad se diera a cortejar y pecar, pendenciar y festejar por tierras de Arévalo, como era frecuente en jóvenes caballeros y hasta en reyes y señores a los que se les conocían amores extramatrimoniales e hijos bastardos. Esto vino a mi mente un día en que me encontré con este pasaje en el *Amadís de Gaula*:

Assí passaron hasta una cámara que con el palacio se contenía, y entrando dentro vio Galaor seer en una cámara de muy ricos paños una hermosa donzella que sus cabellos hermosos peinava, y como vio a Galaor puso en su cabeça una hermosa guirnalda y fue contra él diziendo:

–Amigo, vos seáis bien venido como el mejor cavallero que yo sé.

–Señora –dixo él–, y vos muy bien hallada, como la más hermosa donzella que yo nunca vi.

Y la donzella que lo allí guió dixo:

–Señor, veis aquí mi señora, y agora soy quita de la promessa; sabed que ha nombre Aldeva, y es hija del rey de Serolís y hala criado aquí la muger del duque de Bristoya, que es hermana de su madre.

Desí dixo a su señora:

–Yo vos dó al hijo del rey Perión de Gaula; ambos sois fijos de reyes y muy hermosos; si vos mucho amáis, no vos lo terná ninguno a mal.

Y saliéndose fuera, Galaor folgó con la donzella aquella noche a su plazer, y sin que más aquí vos sea recontado, porque en los autos semejantes, que a buena conciencia ni a virtud no son conformes, con razón deve hombre

por ellos ligeramente passar, teniéndolos en aquel pequeño grado que merescen ser tenidos. Pues venida la ora en que le convino salir de allí, tomó consigo las donzellas y tornóse donde las armas dexara, y armándose salió a la huerta...

Tales pasajes me causaban mucha turbación y le daba vueltas a mi cabeza si Íñigo, que tan aficionado como todos los jóvenes era a los libros de caballería, no se comportaría igual y no estaría entregado a «folgar con donzellas a su plazer». Carcomida de la inquietud de estos pensamientos, se me ocurrió un modo de enterarme. Un día supe que Diego, un joven criado, que me era muy aficionado a servirme, iba a ir a Arévalo para traer unas ropas que doña María había prometido a mi madre. Así que lo entrevisté en secreto y le rogué encarecidamente que trajera nuevas de Íñigo López de Loyola:

–Os daré seis maravedíes que tengo ahorrados.

–No oséis darme nada, mi señora Catalina, que serviros es para mí placer y contento mayores que toda paga.

A los tres días estaba el recadero de vuelta. Aprovechando que mi aya se ocupaba de curiosear la ropa con que doña María de Velasco obsequiaba a mi madre, me entrevisté con don Diego en una de las despensas del castillo. Allí, entre tinajas y piernas de carnero que colgaban del techo, le pregunté:

–Decidme, si os place, qué sabéis, pues muero de impaciencia.

–El joven Íñigo, señora, oriundo de Azpeitia y de la familia de los Loyola, es muy querido de don Juan de Velázquez y su esposa. Tanto que lo tienen desde los quince años como un hijo más en sus palacios de Arévalo, Madrigal y Valladolid. Como hijo se ha educado, y ha servido en la corte de vuestros abuelos, cuando venían a Arévalo, donde como sabéis ha vivido también vuestro hermano Fernando. De grande y noble ánimo, es hábil con las armas y en el tañer la viola, amén de refinado y de muy buenos modales. Siempre anda en reyertas y cosas de armas. Aunque, cuando se desafía, diz que compone una oración a nuestra Señora y que ni en viernes ni en sábado suele tañer música. Tampoco se le conoce odio a persona alguna, ni en los lances pronuncia blasfemias...

–Bien, bien... Pero, ¿y en cosa de mujeres? –pregunté impaciente.

—¿Mujeres? —titubeó Diego—. Cuentan los del lugar que Íñigo es joven travieso, que no para ni de noche ni de día. La madre de doña María, que es algo pariente suya y que vive como monja porque al convento quiere retirarse, según cuentan en la villa, le dijo una vez: «Íñigo, hijo, no asesarás ni escarmentarás hasta que te quiebren una pierna». Presumido sí es, que cuida mucho sus uñas y su vestido y tiene mucho pundonor en cosas de honra. Fácil es además al desafío y en sacar la espada...

—Ya, ya, Diego. Bien me lo ponéis. Pero, insisto, ¿damas? ¿Se le conoce alguna dama?

—No sé cómo deciros... Es joven y en la edad de buscar doncella. Más que una dama de sus pensamientos, amada o señora concreta, que no creo que tenga, pues sus pensamientos son altos y su porte altivo, todas las mujeres le gustan y con su amigo, el otro paje, Montalvo, va de fiesta en fiesta, que sabéis que con doña Germana en Arévalo no faltan, y ambos tratan con muchas doncellas. Todo el mundo sabe que son los dos jóvenes caballeros tan diestros con la espada como fáciles al requiebro y el galanteo.

Advertí enseguida que Diego se guardaba algo, que quería decir sin decir y que Íñigo no era precisamente un monje. Pero, ¿lo había sido mi abuelo y mi difunto padre? ¿Lo era mi hermano Carlos, del que ya se conocían relaciones en Flandes? Preferí convencerme a mí misma de que eran más correrías juveniles y cosas de carne que algo serio que le aprehendiera por dentro o le robara el corazón. Que ese amor, al menos de eso estaba entonces por entero convencida, había de ser para siempre mío.

Pasaron los días y solo después de una semana me enteré de cómo habían ido las conversaciones de mi madre con el contador. Este le había prometido echar una ojeada a las cuentas de nuestro castillo, y a cambio doña Juana le había dado esperanza para dos de sus hijos. Arnao, que estaba nombrado desde 1509 capellán de la reina, aun antes de ser presbítero, lo sería de veras en cuanto recibiera las órdenes, y Agustín vendría al castillo también como paje.

Eso desbocó mis pensamientos y me hizo alentar nuevas esperanzas. Doña María vendría a vernos con más frecuencia, para visitar a sus hijos, y con ella quizás acudiría también alguna vez mi soñado caballero Íñigo. Lo que yo ignoraba en mi inocencia es que una joven infanta no podía osar disponer de su futuro ni esperar otros enlaces que los de Estado y de conveniencia, y que a Íñigo le aguardaban otras inesperadas hazañas. Por

otro lado, las cosas parecían cambiar de color en el castillo y yo percibía que estaba dejando de ser una niña y que apuntaban en mi cuerpo formas y ensueños de mujer. Pero ¿quién puede atrapar al vuelo esas quimeras cuando la vida es solo un pergamino sin escribir? ¡Qué ajena andaba yo de los intrincados senderos que nos preparaba el futuro! Solo hay una zona, un lugar de nosotros donde no hay ni espacio ni tiempo. Es el silencio, que abundaba por cierto en nuestra casa. En él me refugiaba, cuando después de descansar los ojos en los verdes campos, los cerraba para estar largos ratos conmigo misma. No podía imaginar entonces cuánto me ayudaría en el futuro esta sencilla costumbre de estar dentro de mí sin darle vueltas a las cosas ni pensar en nada.

3.

Un tibio olor a castañas

Corrían, envueltos como siempre de color y ruido, los carnavales de 1515, y de la no lejana y porticada plaza medieval de Tordesillas llegaban hasta mí atemperados por el viento los gritos de máscaras y la música de la fiesta, un remoto mundo de afuera que en el castillo solo conocíamos por comentarios y referencias. A mi tristeza y encerramiento habitual se sumaba aquellos días la desalentadora noticia de que Íñigo se había marchado a su tierra, como solía hacer al menos una vez al año, a visitar a sus parientes. Mi fiel Diego me tenía puntualmente al corriente de los movimientos del joven López Oñaz de Loyola: cuándo salía de caza, cuándo venía a Tordesillas sin que yo siquiera pudiera verlo, cuándo se le había visto con alguna doncella o moza de los alrededores.

Esto último, aunque yo todavía no dejara de ser más que una frágil adolescente, casi una niña, no podía dejar de turbarme profundamente y hasta hacerme llorar. En mi obligado retiro las imaginaciones sobre sus lances amorosos crecían como negros fantasmas incontrolables y me llenaban de melancolía. Pero ocurrió por entonces un percance que por el contrario me movió a risa y hasta compasión.

Estaba Íñigo una mañana ejercitándose con el estafermo, escudo giratorio con gruesas bolas de hierro al otro extremo, para un torneo a caballo frente al castillo de Arévalo junto a su inseparable Montalvo, cuando apareció doña María, acompañada de sus damas, que venía del convento de visitar a su señora madre y tía de Íñigo. El sol abrazaba dorándola la redonda torre del homenaje y unas deshilachadas nubes navegaban errantes sobre un azul frío y pálido. En el silencio del altozano que miraba la llanura y los no lejanos pinares, hacia los que apuntaba la muralla como una orgullosa quilla, solo se oía el galope de los caballos y el golpe seco y metálico de las lanzas sobre los falsos escudos. Íñigo, que vio llegar a la de Velázquez, detuvo su caballo y, con la

gentileza y agilidad que le caracterizaban, descabalgó y fue a rendir pleitesía a la esposa del contador.

Tras alzar el yelmo, se inclinó el joven en una reverencia.

–Señora.

–¿Cómo estáis, hijo?

–Feliz de hallaros con buen ánimo. ¿Y cómo ha encontrado vuesa merced a vuestra madre? ¿Goza de salud y contento?

–Muy bien está, a Dios gracias, dedicada a sus rezos y devociones. Entre las monjas parece haber hallado la paz. Por cierto que me preguntó una vez más por vos, siempre preocupada de vuestras correrías y de que no paráis día y noche.

De pronto, doña María frunció el ceño mirando sorprendida el rostro a Íñigo.

–¿Qué sucede? ¿Qué miráis? –preguntó este.

–¡Vuestra nariz, Íñigo! ¿Habéis observado vuestra nariz? –sonrió doña María–. Creo que debéis haceros mirar cuanto antes por un buen médico.

Íñigo se llevó enseguida la mano al rostro. Una incipiente protuberancia le había surgido de pronto sobre su ya notable curva aguileña. El joven sin más dilación corrió al castillo, cruzó de un salto el patio de armas y buscó preocupado el primer espejo que encontró. Efectivamente, le había salido un grano [1]. Lo malo es que con el paso del tiempo aquello creció y creció, hasta convertirse en una repugnante apostema que además olía mal.

Tras la primera sorpresa, el percance empezó a convertirse para el presumido doncel en verdadera tragedia. Se aplicó toda clase de remedios, acudió a cuantos médicos conocía del lugar y alrededores, pidió consejos a curanderos y mujeres sabedoras. Nada, el grano se convirtió en una tormentosa pesadilla para su vanidad. Ya no se le veía en fiestas y se ocultaba de todo el mundo. No podía soportar que pajes y doncellas se taparan al pasar las narices y volvieran el rostro. Renunció incluso a participar en el anunciado torneo. Le obsesionaba, como él decía, su fealdad corpórea, aquella «llaga y postema o ponzoña turpísima». Tanto se preocupó con el percance que por primera vez se la pasó por la mente la posibilidad de huir de Arévalo y dejarlo todo.

Incluso le agitó el deseo, como más tarde contaría, «de marcharse al desierto y sepultarse en algún escondite inaccesible». Pero no había en este repentino anhelo de quitarse de en medio otras motivaciones que la vanidad. «Lo hacía más –confesaría con el tiempo en tercera persona– porque no le vieran los hombres, o él los contemplara tapándose las narices y volviendo el rostro, que por deseo o voluntad de servir a Dios».

Continuó aplicándose emplastos de hierbas y pócimas de toda clase. Todo era inútil. Hasta que un día, con ese aire pronto y resuelto tan suyo, tomó una drástica decisión. Abandonó todos los médicos y remedios y optó por curarse con su propia industria. Comenzó a aplicarse irrigaciones de agua fría en la nariz día y noche. Con ello logró dominar el mal y su orgullosa y bien marcada curva nasal comenzó a lucir como antaño.

«¡Ay, Íñigo! –le decía yo entonces en voz alta desde mi frágil ternura de niña y como si pudiera escucharme desde la empinada ventana del castillo–. ¡Qué pronto os olvidasteis de aquel golpe, aquella enseñanza que os daba la vida! ¡Qué poco duró vuestra “peña pobre” del Amadís desesperado!». A los pocos días supe que había vuelto a juegos, amores y desafíos. Lo imaginaba entonces en brazos de una lozana doncella, sin pensar en mí, sin acordarse siquiera de que un día con solo una mirada me había prometido el amor eterno de los caballeros andantes.

Pasó la crisis, y un buen día Íñigo salió al despuntar el alba solo y a caballo camino de Azpeitia. Dejó a sus espaldas el castillo de Medina y enderezó su corcel hacia Valladolid, la gran ciudad, cuyo verdor hacía olvidar las extensas llanuras recorridas. Cruzó las calles transitadas por universitarios y carruajes cortesanos, puesto que aquella era la sede favorita de los reyes de Castilla y principal chancillería del reino. Tras hacer noche, abreviar su caballo y tomar algún refrigerio, emprendió el trote hacia Dueñas, sobre la ladera de una colina, y cruzó Torquemada hasta ganar Burgos, *caput Castellae*, donde volvió a descansar. Era un viaje largo, pero conocido y grato, porque le conducía a sus gentes y a su cuna.

Por fin, como una aparición, se desplegó ante sus ojos el amado valle, largo y ondulado, íntimo y abierto. Bajo un protector cielo encapotado respiró una vez más la penetrante fragancia de su verde frescura. Al fondo, junto a la casa-torre, trepaban por los altozanos espesos bosques de castaños, hayas y robles. Al otro lado, la mole calcárea del Izuraitz, con su casi inaccesible cresta pelada. Sintió ante aquel valle que se le

llenaba el alma de aromas entrañables y a su mente venían amontonados recuerdos de infancia, mientras dejaba al caballo al paso, sin forzarlo, seguir caminos conocidos.

Su casa-torre estaba en un altozano, cercada de floresta y árboles frutales, en un lugar solitario, como había sido su infancia, como iba a ser su vida. Recuerdos, gratos y tristes, que contrastaban con el vértigo de Arévalo. Pensó en don Beltrán de Oñaz, su padre, un rostro y un cuerpo de soldado irremediablemente frío, muerto cuando él solo tenía dieciséis años. Demasiado joven para carecer de su respaldo. ¡En la corte le habían preguntado por él tantas veces!

—¡Ah, don Beltrán! Generoso caballero vuestro padre, gran soldado. Luchó en servicio del rey don Enrique IV y también de don Fernando e Isabel, como lo había hecho del rey de Navarra, don Juan, padre del Rey Católico. He visto en las contadurías asientos por los que nuestros reyes le recompensaron con privilegios y rentas anuales —le dijo un día don Juan Velázquez.

A sus abuelos nunca los había conocido. De madre le quedaban escasos recuerdos. Y eso se le notaría siempre en un deje triste de la mirada; que tienen algo de niños grandes y un cierto desvalimiento todos los hombres que no pueden evocar las caricias de su madre. Doña Marina Sánchez de Licon, hija del jurista de la corona don Martín de Licon, más conocido por doctor Ondárroa, se perdió en las sombras de un pasado y escasa memoria: una saya que dejó de testamento y unas mandas de tres ducados para cumplir un voto. Brumosa figura femenina sin rostro que a veces sustituía por el de su querida cuñada Magdalena de Araoz o por la buena mujer que lo amamantó, María Garín, esposa del herrero Martín de Errazti, que vivía en el cercano caserío de Eguibar. ¿Quién le iba a decir que con el tiempo el testimonio de aquella madre de leche se iba a imponer a todos los eruditos sobre la fecha de su nacimiento: 1491? *Nutrix tamen eius duos annos addebat*. La nodriza, sin embargo, añadía dos años sobre la fecha que todos creían la auténtica.

¡Cuántas veces había recorrido el camino antiguo desde su casa solariega que lleva a Azpeitia enfrente de la antigua ermita de Nuestra Señora de Olaz! Le gustaba de niño bajar aquellos húmedos escalones de piedra que llevan hasta el río Urola y beber en la fuente que allí sigue manando aguas sonoras y frescas después de jugar. Pero había algo de orfandad en aquel paisaje sin madre, era un vacío que se hundía en su interior siempre

que volvía al valle. Su infancia guardaba además reminiscencias del hierro bien forjado del herrero Martín ante el que se quedaba extasiado en la labor de fundirlo hasta convertirse en espadas, hoces y arados.

–Lejos van estos fierros, Íñigo. A Flandes y a Inglaterra van –le comentaba con vasca sobriedad el esposo de su nodriza.

Pero él se quedaba con esa compenetración de fuego y fierro hasta ser uno, una imagen que le duraría toda la vida, como trasunto del verdadero amor. ¡Y qué olor el de las castañas de su tierra asadas en casa del herrero! Hasta la ancianidad en Roma llegaría el recuerdo de aquella fragancia campesina y hogareña. Un par de castañas sería siempre su mejor regalo.

Y luego esa multitud de hermanos, trece nada menos. Siete años tenía Íñigo cuando jugaba con los hijos del mayor de ellos y trataba como madre a la esposa del heredero Martín, el segundo de la lista, puesto que el primogénito, tras haber armado en Zumaya una nao con ochenta y cinco hombres de guerra, para apoyar la segunda expedición de Colón, había muerto dos años antes, como lo haría el tercer hermano, bajo el meridional cielo azul de Nápoles, batallando junto al Gran Capitán. Los nombres de sus hermanos venían a su mente por riguroso orden: Juan, Martín, Beltrán, Ochoa, Hernando, Pedro el cura; y las chicas: Juaniza, Magdalena, Petronila, Sancha... Soldado había sido también Ochoa, que moriría en Loyola hacia el 1510; y en la lejana América se habían perdido los pasos del quinto hermano, Hernando. De familia le venía pues la afición a las armas, ya que siete de ellos las habían empuñado. También en algún testamento, como en tantas stirpes de la época, aparecerían dos hermanos bastardos, de los que apenas se hablaba en casa. El concubinato, las rencillas y la acción de los propios curas de Azpeitia eran un telón de fondo que contrarrestaba con el recoleto toque puntual de las campanas de numerosas freiras y ermitas que salpicaban todo el valle y una recia fe de transmisión patriarcal que llega incluso a prohibir a aquellas tierras el acceso a judíos, mahometanos y cristianos nuevos.

Los nombres se ramificaban con otros apellidos sonoros: Lazcano, Iraeta, Emparán, Licona, Yarza: parientes y tierras, ferrerías y molinos que ocuparon su entorno y se convertían en vívidas sensaciones, olores, imágenes y descubrimientos hasta los dieciséis años. De niño, se imponía la figura de su hermano Martín García de Oñaz. Le veía entrar

en casa como si fuera su padre, con aires de dueño y señor de Loyola. Porque así en realidad lo era, como heredero único a quien correspondía el mayorazgo, obligado solo a dar a su hermano una modesta ayuda, la legítima.

Recordaba aquel día en que su hermano le dejó acariciar, con olor y polvo de años, los papeles otorgados en 1402 a don Beltrán, los diezmos de la parroquia y bulas y privilegios de Benedicto XIII. Y más aún, de aquella arqueta sacaba Martín documentos de los Reyes Católicos que parecían levantar estruendo de caballos, espadas y gritos de guerra; que alababan los «muchos, buenos e leales servicios», que costó a su padre ponerle «a peligros e aventura». En los relatos de Martín veía el niño cabalgar y crecer la figura de su progenitor, luchando en los cercos de Toro y Burgos o la defensa de Fuenterrabía.

—¿Y qué decir de nuestro abuelo, Íñigo? —relataba Martín—. Era un trueno. Se atrevió a desafiar con otros señores a las villas guipuzcoanas. Pero fue vencido por los vecinos de Azpeitia y Azcoitia, que conquistaron nuestro castillo, emplazado como una amenaza entre los pueblos, y luego desterrado por el rey. Desmochadas quedaron las almenas de esta casa-torre, cuya parte superior hubo de levantar a su regreso. Desde entonces acabaron las guerras de nuestros parientes mayores. Nosotros, los Loyola, siempre fuimos oñacinos y los más poderosos del bando, junto a los Lezcano. Del otro lado, nuestros odiados enemigos, los gamboínos. La gente solía decir: «No pasaban los de Oñaz por la calle de los Gamboa, ni los de Gamboa por los de Oñaz; y hasta los vestidos y trajes se diferenciaban y en traer penachos, que los de Oñaz los traían en la parte izquierda y los de Gamboa a la derecha». Nada menos que hasta Jimena de la Frontera, desterraron a tu abuelo, Íñigo, para que luchara contra los moros «en defensa de la fe católica, guerreando por vuestras personas, e con vuestros caballos e armas, e a vuestras costas contra los enemigos de la dicha fe católica». Y bajo aquel ardiente sol gaditano pudo desfogar su ímpetu guerrero y engendrar dos hijos. Hermosa se llamaba la niña. Volvió nuestro abuelo a Loyola y obtuvo real licencia para reedificar la casa con ladrillos, que son los primeros que en estas tierras trajeron sabor mudéjar de influencia moro-castellana. Y fijaos cómo es la vida: al final el abuelo acabó casándose con doña Sancha, una gamboína de la casa de Iraeta, que le dio a Beltrán, nuestro padre, y a otras dos hijas más, porque además, sin ella, tuvo otro bastardo.

De estos relatos de su hermano y de la añosa caligrafía de papeles, mandas, testamentos y legajos que circulaban por su casa, supo Íñigo cuánto desasosiego, cuántas lizas y disputas urdían la trama de su pasado. Eran aquellos papeles de la polvorienta arqueta pedazos del orgullo, violencia y ambición que estaban clavados en su estirpe; préstamos, deudas no canceladas, odios y venganzas, transmisiones patrimoniales y hasta el vago y triste nombre de una tal Tessa que, a diferencia de los hombres que dejaban sin pena ni gloria hijos ilegítimos, es desheredada porque «escogió de vivir inhonesta, no castamente». Eso sí, siempre de un modo u otro, aparecía en aquellos documentos y relatos del pasado el nombre de Dios o de la Virgen María, a quien todos invocaban cerca de la muerte, tal como les habían enseñado desde niños.

Un aroma a incienso le subía a las papilas al divisar las torres de ermitas que salpicaban el valle y evocar aquellas fiestas en las que iba de la mano de doña Magdalena de Araoz a misa con sus primos, tras el sonar de las nueve campanadas y las estrofas que entonces llenaban la iglesia en loor de santa María compuestas por un conocido cura del lugar:

*Doncella Madre Dios,
Estrella, guiadnos vos...
Guiadnos a do subió
él, y la cruz do murió.
De la cual él descendió
A los infiernos por nos.*

Allí, en aquella iglesia de San Sebastián de Soreasu, estaba también la pila de piedra en que le cristianaron. Y su cuñada le señalaba al salir de iglesias y ermitas, rodeadas de lujurioso verdor, los místicos anagramas de Jesús y María que coronaban torres y cresterías desde tiempos medievales. Luego sus ojos se quedaban prendidos de las cimas del Izarraitz y el Ardanza que flanqueaban un lado del valle, y del Oleta, Izaspi y Pagotxeta por otro. Entonces ya se veía blandiendo la espada desde un blanco corcel; comenzaba a soñar despierto con emular a sus antepasados y hermanos, y conquistar aquellas tierras y mares lejanos de los que había oído hablar a Martín. ¿Acaso un pariente suyo de Lequeitio, entre otros marinos de la familia, tal como le había contado su hermano, no llevó en su nave al mismísimo Boabdil, el que lloró «como mujer» los perdidos jardines de la Alhambra que no supo defender como hombre?

Pero la infancia, ungida de campanas y relatos caballerescos, pasó como un suspiro y don Beltrán, su padre, se sobresaltó de alegría al saber que el contador mayor de Castilla ofrecía a su benjamín la posibilidad de educarse cerca de la corte. No olvidaría Íñigo la mañana de 1506 en que dejó por primera vez aquel seno protector y verde valle y dedicó su última mirada de orgullo al rancio blasón de piedra de la familia Loyola, un caldero pendiente de una cadena, flanqueado por dos lobos rampantes negros, para emprender viaje a Arévalo. Fue la última vez que vio a su anciano padre, que moriría el veintitrés de octubre del año siguiente. Partía repleto de ilusiones, con el ensueño de la caballería en su alma y la posibilidad real y cercana de convertirse en un gentilhomme de pies a cabeza.

Ahora, cuando entraba en su casa solariega, todo era distinto. Ni madre, ni padre. Solo la voz solitaria de las campanas y la melodiosa y amiga bienvenida de Magdalena, su cuñada. Con un abrazo le recibió cuando los criados anunciaron la llegada de Íñigo. Él bajó del caballo dejando brillar una familiar sonrisa, mientras atusaba su larga melena rubia.

—¡Bienvenido a vuestra casa, Íñigo! ¡Qué buen mozo y apuesto volvéis! Vuestro hermano Beltrán anda fuera en la villa de Azpeitia; vendrá a comer. El que os espera con ansia es Pedro.

Pedro López de Oñaz, el único hermano sacerdote de la familia, de escasa diferencia de edad, era el que más había tratado a Íñigo. Como siempre que volvía, le esperaba para ir a divertirse juntos. Era Pedro algo casquivano y no buen observante de las normas eclesiásticas, hasta el punto de que se le conocieron cuatro hijos naturales. Bien es verdad que las costumbres del clero de Azpeitia dejaban mucho que desear. Se peleaban entonces con el naciente convento de franciscanas, por miedo a perder los diezmos. En 1506 llegaron a excomulgar en la misa mayor a las beatas y derribar el pobre altar que las monjas habían improvisado. Además hubo un litigio entre los Loyola y el párroco Juan Anchieta, ya que los primeros querían que Pedro fuera el párroco, y el segundo pretendía el cargo para un sobrino suyo. El caso acabaría en sangre, puesto que este último terminaría muriendo a manos de dos espadachines de los Oñaz.

No hay pruebas de que Íñigo estuviera complicado en este crimen. Tampoco está muy claro lo que ocurrió aquella noche de martes de Carnaval, veinte de febrero de

1515, cuando, de visita en su tierra, se encontró, como he contado, con su hermano el clérigo, y este –que recibiría las órdenes sagradas tres años después–, le esperaba para irse de juerga a Azpeitia. A Tordesillas me llegaron algunos ecos confusos de lo que allí ocurrió.

No es difícil imaginar que el pueblo ardiera en el bullicio de máscaras y danzantes; que el vino corriera sin cuento entre algunas promiscuidades y desenfrenos; y que Pedro e Íñigo, acostumbrados a corrérselas juntos, como constaría en varios procesos, bebieran entre risas algunos vasos de más. El caso es que en mitad de la noche y en algún rincón más oscuro de la villa probablemente chocaron las espadas desenvainadas por los hermanos Loyola, sin duda en torno a alguna hermosa mujer. Las cosas se pusieron tensas, aparecieron los alguaciles y Pedro e Íñigo acabaron ante el corregidor de Guipúzcoa.

–Ambos somos clérigos, señor corregidor. Nos acogemos, por tanto, al fuero eclesiástico del obispo de Pamplona, puesto que nos amparan las bulas y privilegios concedidos por su santidad Alejandro VI a los reyes Isabel y Fernando –arguyó el mayor de los Loyola.

La indignación alteró el rostro del corregidor, que ordenó al escribano Juan Pérez de Ubilla que investigara si era verdad que tales individuos fueran realmente clérigos. Estaba claro que Pedro lo era. Pero ni el aspecto ni los modos de Íñigo hacían pensar que hubiera sido tonsurado.

El hecho es que aquel proceso les complicó la vida. Mientras esperaban en las cárceles del obispado de Pamplona, las autoridades eclesiásticas respondieron el seis de marzo que estudiarían el caso. Íñigo, para defenderse, nombró de procurador a Martín de Zabladica. Al final nadie pudo probar que el joven Loyola hubiera sido tonsurado, «antes es público e notorio que siempre ha traído armas e capa abierta e cabello largo sin traer corona (tonsura) abierta»; y, por lo tanto, «no se entremetan a impedir al dicho señor corregidor la justicia real de su alteza, pues aquel dicho Íñigo de Loyola no ha traído hábito e tonsura decente, e los delitos que cometió son cualificados e muy enormes, por los haber cometido él e Pero Lopes de Loyola, clérigo, e le den la pena condigna al dicho delicto, e al dicho Íñigo de Loyola remitan el dicho señor corregidor, para que le den la pena que fallare por derecho, pues es de su fuero e jurisdicción».

Total, que ni se encontraba el nombre de Íñigo en el registro de clérigos, ni él se comportaba como tal, aun en la hipótesis de que hubiera sido tonsurado de niño como a veces se acostumbraba, pues insisten los informes que seguía luciendo «cabellos copiosos y melena larga hasta los hombros inclusive», y que «ha llevado y lleva aún el día de hoy la veste escaqueada y bipartida en dos colores, birrete colorado, espada y otras armas».

¿Qué sucedió luego? Nunca conseguí saberlo. Fuera que Juan de Velázquez intercediera, que hubiera sobreseimiento del caso o se quisiera evitar conflictos entre ambos tribunales y jurisdicciones, el hecho es que el cura volvió a su parroquia e Íñigo a su palacio de Arévalo, donde le esperaba con los brazos abiertos su amigo y protector Velázquez, las fiestas y banquetes, el ejercicio de las armas, los galanteos y las cacerías de perdices patirrojas y de tímidos conejos que se escondían en los fríos campos abulenses entreverados de pinares y calvas roquedas.

A mí se me aquietó el alma al saber a Íñigo cerca de nuevo. Aunque en realidad en Tordesillas andábamos preocupados por la salud de mi abuelo Fernando, más solo que nunca y pagado con la misma ingratitud con que trataba a la gente. Las cortes le habían negado subsidios para la guerra y su propio amado Aragón, al que él le había engrandecido y arrancado de su provincianismo, le daba la espalda a sus proyectos. Se comentaba entonces que el rey, amargado y casi acabado, andaba errabundo por los campos de Castilla. Cuando el preceptor de mi hermano Carlos, el deán de Lovaina, Adriano de Utrecht, le solicitó audiencia en su calidad de enviado del futuro emperador, mi abuelo exclamó: «¡Solo ha venido para comprobar si me estoy muriendo!». Evitaba acercarse al pueblo de Madrigal, para impedir que se cumpliera aquella profecía, que le obsesionaba, de que allí moriría. Pero, ¡pobre abuelo!, cuando cae enfermo en un insignificante caserío, pregunta por su nombre y le dicen que aquello es Madrigalejo. Entonces se derrumbó y convocó a toda prisa a sus consejeros para dictarles sus últimas voluntades.

Si alguien consiguió entrar en su corazón fue, como he dicho, mi hermano Fernando, que tenía por entonces doce años. Para él había creado el reino de Italia. A él lo quería como sucesor, quebrantando todos los derechos. Pero las coronas no podía dejárselas, ya que una pertenecía a mi madre, y las otras le correspondían también a ella a la muerte de mi abuelo. Pensó en dejar a su nieto, el infante Fernando, el «gobierno y

la administración». Los consejeros le abrumaban en el lecho de muerte con su minoría de edad y el peligro de una guerra fratricida y al final tuvo que inclinar la cabeza y reconocer que los reinos pertenecían a mi otro hermano, «el flamenco». Ni siquiera le dejaron nombrar gran maestro de las órdenes militares a Fernando, pues ya estaban ligadas a la corona. «Muy pobre quedará pues el infante», exclamó mi abuelo. Lo único que pudo hacer por su nieto preferido fue dejarle una pensión de cincuenta mil ducados procedente de las rentas del reino de Nápoles.

Era un momento de aceptaciones, y, a pesar suyo, tuvo también que dejar como regente a Jiménez de Cisneros. Lo que es la vida: aquel veintitrés de enero de 1516 se establecía definitivamente la unidad de España, rota durante ocho siglos por la invasión mora. Y mi pobre madre se convertía en reina y señora de Castilla, Aragón, Navarra, Nápoles, Sicilia y las tierras descubiertas por Colón allende el océano.

Fue entonces cuando estalló la revuelta contra mosén Ferrer entre la servidumbre, la guardia y la población de Tordesillas, como he narrado; cuando se habló de la demencia de mi madre como efecto de las brujerías de su rival la sonrosada flamenca de rubia cabellera, y se decidió traer a un exorcista que, sin que se enterara mi madre, desde una habitación contigua practicaba sus ritos, que de nada sirvieron, como informaba doña María de Ulloa, la nueva camarera mayor, en las puntuales cartas que mandó a Cisneros.

Cuando el cardenal regente recibió este informe, creyó prudente enviarnos al obispo de Málaga, para poner orden en el castillo y cumplir las últimas voluntades de mi abuelo. El obispo advirtió que no todo era trigo limpio en el recinto y un cierto número de empleados fueron paseados por las calles de Tordesillas, precedidos por un pregonero que voceaba sus fechorías, y azotados públicamente.

Vi que el mundo cambiaba a mi alrededor. Los cuidados físicos y espirituales de mi madre fueron confiados respectivamente al médico, doctor Soto y al confesor Juan de Ávila, al que ella tenía mucho apego. Por entonces, el cardenal Cisneros, preocupado por nuestra situación, había decidido enviarnos otro alcaide. Consiguió convencer al caballero Hernán Duque para que ocupara el cargo. No fue fácil, porque este señor, cumplido que había los cuarenta años, tenía decidido profesar como fraile franciscano.

Me impresionó cuando me lo presentaron. Tenía los ojos claros, la frente erguida y era muy aficionado a las letras. Ya de niño había querido ser religioso, pero, por ser el

primogénito de una familia noble, se vio obligado a seguir la carrera de las armas. Un día de invierno a la luz de la lumbre que desde la chimenea del salón de su despacho de alcaide proyectaba sombras sobre las añosas piedras, deshilvanó ante mis ojos asombrados, que no perdían detalle, un relato que parecía arrancado de algún libro, pero que era rigurosamente histórico.

Él había participado en dos batallas con moros, en Mozalquivir y Orán. En esta última contienda los sarracenos aherrojaron a un alabardero, hombre humilde, padre de siete hijos, al que iban a degollar sin más. Don Hernán estimaba mucho a este soldado por lo que pidió en secreto a su enemigo un plazo de quince días para conseguir la suma del rescate.

Ben Alhajib, que así se llamaba el *bey*, un pirata con banda armada que colaboraba con los reyes moros, dijo que quince días era mucho, pero que si don Hernán hacía trueque de su persona por la del alabardero, que esperaría. Alhajib se quedó de piedra cuando vio al caballero Hernán Duque en persona delante de su tienda dispuesto a entregarse. Aquel gesto convenció al jefe moro de que ningún capitán hubiera hecho otro tanto por sus soldados. El alabardero, que se llamaba Tomás Cuesta Rodríguez, al ver a su señor, se echó a sus plantas hecho un mar de lágrimas rogándole que no consentiría tal trueque, que quería que le mataran allí mismo y dejaran a su caudillo en libertad. Don Hernán replicó al alabardero que pronto conseguiría el rescate, para lo cual él tenía que ir al campamento contrario y ponerse en contacto con los mercedarios, que son los frailes que gestionan la redención de cautivos. Este hecho levantó mucha polvareda porque los capitanes no veían con buenos ojos que un superior se entregara para salvar a un inferior. El *bey* se aprovechó de la generosidad del capitán y exigió una gran suma por el rescate, que solo después de un año envió el padre de don Hernán desde Aranda de Duero. Liberado Hernán, intentó de nuevo entrar en religión como mercedario; pero el superior de estos frailes le vino a decir que ellos tenían que hacer difíciles tratos con dinero y que él no parecía muy prudente en cuestión de trueque; por tanto, que era mejor que se buscara una orden más quieta y contemplativa, como tachándole de ingenuo.

Cuando, a uña de caballo, Hernán llegó finalmente a su casa, se encontró a su padre en trance de muerte y se enteró de que la suma de dinero del rescate la había logrado su progenitor gracias a la dote de una joven llamada María Micaela, con la que lo había prometido en matrimonio. «Más quisiera ser cautivo con los moros que padecer el

cautiverio de la vida matrimonial, dulce yugo para quien es llamado a él, pero penoso calvario para quien tiene otras miras», dijo don Hernán. Quiso arreglar este el asunto con su posible suegro a cambio de tierras y otros bienes. Pero el suegro, rico labrador, le dijo que lo que quería era un buen yerno, pues su hija padecía de convulsiones y un cirujano moro le había recomendado para sanarla casamiento y embarazo, y que además el marido elegido debía ser moderado en el uso del matrimonio. O sea que el bueno de don Hernán estaba que ni pintado para yerno. Hubo, pues, boda y gravidez, pero Micaela murió en el intento. Y, cuando finalmente iba don Hernán a cumplir sus verdaderas apetencias como novicio franciscano en Valladolid, hete aquí que el cardenal Cisneros, que, como es sabido, también era fraile francisco, le pide que se convierta en alcaide de nuestro castillo en Tordesillas.

El prior, que era consejero espiritual del cardenal, pidió a don Hernán que decidiera él mismo. Don Hernán arguyó que por nada del mundo quería dejar los apacibles muros y la vida contemplativa del convento, pero que aceptaba a pasarse una noche en oración a ver si el Espíritu Santo le iluminaba antes de decidir. A la salida de la capilla, en la sala capitular le esperaba el alto y flaco cardenal regente que tenía a la sazón ochenta años. Le vino a decir que se había equivocado mucho con mi madre con lo de intentar casarla con Enrique VII, que donde él decía blanco, la reina decía negro y a él también le atraía la observancia y los eremitorios, pero que entre los muchos pretendientes que tenía en Castilla el cargo de alcaide, él era el que lo podía desempeñar mejor tratando a mi madre con cariño.

Así fue cómo entró a gobernar nuestro castillo don Hernán Duque de Estrada, hombre abierto, dulce y razonable y con él mi madre experimentó notables cambios. Las menores atenciones de Hernán Duque pasaban a ser a sus ojos honores reales que le ayudaban a recobrar el sentido de las proporciones. Desaparecieron de nuestras habitaciones los negros cortinajes. La reina fue trasladada a una estancia más clara, donde podía recibir visitas. Iba a misa a Santa Clara acompañada de don Hernán y todo mejoró: desde el vestuario y la comida hasta las visitas que venían con mayor frecuencia al castillo.

También cambió considerablemente mi vida. Don Hernán preparó una nueva habitación junto a mi madre y abrió una ventana en ella que daba al campo, con vistas sobre el Duero. Solicitó permiso al cardenal para que me diera una amiga, Beatriz de

Mendoza, que tenía mi misma edad y alivió algo mi soledad. Y aunque seguíamos prisioneras y con escaso dinero, nuestra vida comenzó a cambiar de color.

Bien es verdad que mi madre pasaba días malos. Como aquel en que empezó a gritar y golpear a la camarera que la peinaba porque le hacía daño. Al oír el ruido, apareció Hernán Duque y recomendó mesura a mi madre. Doña Juana, ni corta ni perezosa, le clavó la peineta en la mejilla al pobre de don Hernán. Pero este, en vez de encerrarla como era habitual cuando le daban esos ataques, se limitó a restañarse la herida y a pedir permiso a la reina para retirarse, sin un mal gesto.

Al día siguiente Hernán Duque se mostró como si nada hubiera pasado. Mi madre, al verlo, fingió sorprenderse:

—¿Seré yo acaso el que os he hecho esa señal en la cara?

Hernán no osó responder y la reina entonces le acarició la mejilla, gesto al que sí replicó el caballero:

—Si con una mano me habéis ofendido, con otra me habéis sanado más de lo que merece el más humilde de vuestros servidores.

Desde aquel día mi madre se normalizó bastante. Salía a cabalgar acompañada del alcaide por las riberas del Duero o a galopar por los pinares que se extendían hacia Salamanca, y aunque seguía visitando puntualmente el catafalco de mi padre en Santa Clara, se le veía sonreír y parecía otra persona. Tenía las mejillas arreboladas y el apetito mejorado, cuando volvía de respirar aire puro en aquellas correrías. Todo transcurría apaciblemente bajo la vigilante mirada de don Hernán. Pero los días de luna llena o cambio de tiempo se le cambiaba el ánimo. Uno en que amenazaba tormenta, se escapó sola. Cuando el alcaide lo advirtió salió enseguida con una mesnada en su busca porque se desató un enorme aguacero con fuertes riadas. De pronto la encontró atravesando un arroyo que venía muy caudaloso por Torrecilla de la Abadesa.

Al sentir el tropel de gentes que la buscaban, quiso escapar como una niña traviesa y espoleó su caballo para cruzar el arroyo que venía muy crecido, con tan mala fortuna que salió despedida por encima de las orejas. Se lanzó don Hernán al río para salvarla y ambos tuvieron que asirse a una rama para no ser arrastrados por la riada hasta que llegó el resto de la tropa para salvarlos.

En contra de lo que pensábamos, mi madre salió animada de aquel percance y como halagada de que don Hernán se hubiera arriesgado por salvarla. Tanto que ella misma, preocupada de las fiebres que le cogieron a don Hernán en el episodio del río, le puso con sus propias manos emplastos de mostaza en el pecho, porque no le gustaba cómo se los aplicaba el barbero. Es más, hizo traer a un médico de Valladolid, puesto que no se fiaba del doctor Soto.

—No puedo consentir que os desviváis así por vuestro humilde servidor —protestó don Hernán.

—¿En tan poco tenéis el haber sacado de un mal paso a vuestra reina y señora, que le pudo costar la vida? Por menos de eso hay caballeros que lucen el Toisón de Oro.

Se propuso incluso escribir a su padre, el rey, que creía vivo. Pero no lo hizo porque le había cogido miedo a empuñar la pluma desde que mi padre le prohibió firmar cualquier cosa en los tiempos en que comenzaron los pleitos con mi abuelo. De modo que se limitaba a enviar recados al rey, que, claro, se quedaban sin respuesta, lo que le causaba gran dolor. Don Hernán la mantenía en la piadosa mentira.

—Mirad, señora, que el rey tiene graves ocupaciones de Estado.

—Se me figura, don Hernán —le contestó la reina—, que un enamorado no sería tan gentil como vos lo sois conmigo, y hasta pienso si no habrá algo de ello.

Se puso rojo el alcaide hasta las orejas al oír tal aserto, lo que interpretó mi madre como que efectivamente don Hernán se había enamorado de ella y en un desplante muy femenino, le reprendió severamente por apuntar tan alto. A lo que el alcaide, muy azorado y con el ampuloso estilo lírico que usaba en tales ocasiones, le respondió:

—Nunca me atrevería a tanto, señora mía, como el hombre prudente no se atreve a mirar al sol de hito en hito en el cenit de un día de verano. Basta a mi corazón la sombra de sol que tanto alumbra.

Aquellos ingenuos escauceos platónicos cambiaron algo a doña Juana, pues se detenía ante el espejo y cuidaba más sus atavíos, sobre todo cuando salía con don Hernán a pasear bajo los olmos junto al río. Un día en que el caballero lució sus dotes literarias para elogiar la belleza del paisaje, mi madre se atrevió a decirle:

—Si otra fuera vuestra condición y otra vuestra sangre, no hubierais hecho mal marido para esta desventurada... O quizás mejor aún —se corrigió—, si otra hubiera sido mi condición y mi sangre. ¡Que todos mis males, don Hernán, vienen de ser reina!

Nada de esto se le subía a la cabeza a don Hernán, quien en sus cartas al cardenal Cisneros le decía que «en ocasiones nuestra señora se muestra tan en razón que parece que podría ser la mejor de las reinas, pero los que así piensan olvidan que los locos no son necios, y que, habiendo sido educada por la mejor de las soberanas, la Reina Católica, poco le cuesta comportarse como reina cuando las lunas no le son adversas; pero de ahí a que pudiera gobernar siempre en razón, media un gran trecho. Lo que no cabe dudar es cuánto conviene razonarla con amor, porque si se quiere torcer su razón por fuerza, todo se desbarata».

No olvidaré nunca a este mesurado y elegante hombre de bien, el mejor alcaide que tuvo mi madre en Tordesillas. ¡Qué distinto de don Hernán era Flaviano, aquel caballero flamenco que intrigaba por entonces en nuestra casa! Había venido a Castilla con el séquito de mi padre y era hijo bastardo del conde Bergenroth. Alto, buen espadachín y no mal parecido, se dedicaba a perseguir a las damas con intención de seducirlas por los oscuros y largos tránsitos del castillo. Se creía que las españolas eran tan fáciles como las flamencas y en uno de estos lances llegó a matar a un esposo agraviado en un duelo, cuando aún vivía mi padre, que supo sacarle de aquel mal trance. Decían las malas lenguas que en Flandes servía a don Felipe el Hermoso de intermediario en sus correrías amorosas.

Don Flaviano estaba que trinaba contra don Hernán, porque en su obsesión por medrar había pretendido ser el alcaide del castillo y decía a todo el mundo sobre la reina que no se podía conceder tantas libertades a quien no estaba en su sano juicio. Doña María de Ulloa no se inmutaba ante esos comentarios, porque sabía muy bien cómo se las gastaba el tal Flaviano. Pero el astuto flamenco se las pintaba solo en el arte de encandilar a algunas damas de nuestra reducida corte ante las que se lucía tocando la vihuela y otros instrumentos. En una de estas veladas Flaviano susurró un día al oído de una de ellas:

—¿Acaso no sabéis lo que está pasando y que es notorio que el alcaide pretende embaucar a la reina? ¿Estáis ciega para no advertir que don Hernán requiere en amores a

nuestra señora doña Juana?

El gran secreto, como suele suceder, corrió como la pólvora y al final Flaviano logró lo que pretendía: que llegara el rumor a oídos del cardenal Cisneros, quien se apresuró a pedir un informe a doña María de Ulloa, que, aun cuando se ausentaba mucho del castillo por estar casada con un gentilhombre de cámara y para dedicarse al cuidado de sus hijos, pasaba temporadas con nosotras. Así que vino especialmente tres semanas a Tordesillas para enterarse de qué fundamentos tenía aquel enredo urdido por Flaviano. Observó que efectivamente mi madre estaba cambiada con la ilusión de que don Hernán la cortejaba asiduamente y que cuidaba mucho más su apariencia. Hay que tener en cuenta que por entonces la reina contaba treinta y ocho aún lozanos años y conservaba mucho de la suave belleza, espigamiento y tez blanca de su juventud, que había levantado la admiración de las cortes europeas y prendó al mismo rey de Inglaterra.

Era lógico, además, que a mi madre todavía le hirviera la sangre, pero conociendo a don Hernán, yo sabía que todo se limitaba a limpios e inocentes escarceos. Doña María, sin más rodeos, confesó a don Hernán la misión que la había traído al castillo. El caballero llevándose la mano al pecho espetó:

—¡Os juro por los clavos de Cristo que nunca pasó por mi mente pensamiento carnal alguno hacia mi reina y señora! Mi trato con ella se ciñe cada día a cuidar de que se halle bien aseada y comida, y en gracia de Dios, como me ordenó su eminencia el cardenal regente. Pero, si en algo creéis que me he excedido y mi presencia en el castillo es en desdoro de su majestad, decídmelo. Presto estoy a abandonarlo y a cumplir mi única vocación, la de profesar como hermano lego franciscano, ya que no merezco más, puesto que tanto me estoy dilatando en el servicio de mi Señor.

Las lágrimas rodaron por las mejillas de doña María de Ulloa, compungida al presenciar tanto candor:

—Seguid enhorabuena con vuestro cometido y no abandonadlo por nada del mundo, que ya quisieran muchas reinas ser servidas de tan honesto y aguerrido caballero.

Los acontecimientos que siguieron con la subida al trono de mi hermano Carlos y la decisión del Consejo de Grandes de España, presidido por el duque de Alba y almirante de Castilla de que quien gobernara habría de hacerlo en nombre de mi madre, repercutieron de inmediato en nuestra vida. Dios se llevó al perspicaz cardenal Cisneros,

que no veía bien que se mermara autoridad al que iba a ser emperador con el nombre de Carlos V. Cuando vino mi hermano a Castilla, como contaré, los grandes de España, recelosos de que se quitara poder a mi madre, dispusieron que había que dar mayor lustre a nuestra corte, por lo que de buenas a primeras nombraron como primer caballero de esta a don Bernardo de Sandoval y Rojas, marqués de Denia, personaje de abolengo.

En principio doña Juana se alegró con el nombramiento, porque era de alguna manera una forma de devolverle honores de reina. Pero, no entendiendo por qué razón eso conllevara la dimisión de don Hernán, montó en cólera y anunció una de sus famosas huelgas de hambre y jabón. Hasta que un buen día el alcaide se presentó en su alcoba y tras una reverencia le preguntó:

—¿Qué os pasa, señora? ¿Cómo este empecinamiento en no alimentaros, ni peinaros, ni asearos como es conveniente a vuestro rango y salud?

—De ninguna manera aceptaré que os marchéis de este castillo, don Hernán.

El alcaide sonrió.

—¿Lo aceptaríais, señora, si supierais que con ello me dispensaríais un gran favor? Porque sabed que yo estoy desengañado de los amores de este mundo y la única ilusión de mi vida desde mi juventud es entrar en religión.

Mi madre se quedó pensativa. Luego, como siempre, interpretó el hecho a su gusto. Con lágrimas en los ojos achacó la decisión de Hernán como la consecuencia de la desesperanza, por que ella, como reina, no podía corresponder al gran amor del alcaide. Y apretando las manos de don Hernán, que a su vez no pudo contener el llanto, exclamó:

—Habéis de saber que por mi condición de reina me debo a todos mis súbditos, aunque siempre ocuparéis vos un sitio preferente en mi corazón.

Doña María de Ulloa me elogiaba mucho el trato que dio a mi madre Hernán Duque. Decía que «la hizo muy dichosa dentro de su mal» y que era de lamentar que no tuviera la alcuernia suficiente para seguir rigiendo el castillo. Y añadía: «En cuanto al amor que tenía a nuestra señora, aparte de sus gracias personales (pues conviene no olvidar que en aquellos años se mostraba muy hermosa y aseada), se debía en no menor medida a que veía en ella al mismo Cristo, como corresponde a un alma tan entregada a Dios».

No diría yo tanto, pues, aunque platónicamente, a mí no se me escapaba que ambos se atraían. El hecho es que por fin pudo Hernán Duque entrar en religión y así lo hizo en un noviciado de Galicia, para estar lo más lejos posible de Tordesillas, pues mi madre estaba empeñada que, en cuanto recibiera las sagradas órdenes, se convirtiera en su confesor, e incluso en algunos días de luna aseguraba que lo iba a nombrar arzobispo de Toledo, como hizo su madre con Jiménez de Cisneros. La verdad es que todos le añoramos mucho en el castillo. Yo misma lo recordaba, pues algo hizo en sustitución del padre que nunca tuve, y cuando soñaba despierta con mi caballero Íñigo le atribuía la gallardía y hombría de bien de Hernán. ¿Quién me iba a decir entonces que de alguna manera sus caminos iban a ser paralelos?

Pero por aquellos años, acontecimientos más apremiantes iban a marcar nuestras vidas, sobre todo la llegada de mi hermano Carlos, que los flamencos acababan de proclamar rey de Castilla y Aragón. No podía ocultar mis nervios anhelando el día y momento en que pudiera conocerlo y estrecharlo entre mis brazos.

4.

De Flandes a Castilla

Nunca podré olvidar, por muchos años que pasen, mis estremecimientos de aquella helada mañana de noviembre, algunos meses antes de los episodios que acabo de narrar. La nieve había convertido en un dibujo a carboncillo el paisaje que se recortaba en el marco ojival de mi ventana, suavizando los perfiles de pinos y roquedas. El Duero parecía una serpiente de bruma que se perdía en el horizonte de niebla. Todo está vivo en mi memoria como si acabara de ocurrir, porque lo que sucedió aquel día fue en cierto modo el primer fulminante que cambiaría los destinos de Íñigo y también, en su medida, mis sueños de adolescencia. Estaba yo enfrascada en compañía de mi anciana ama en una lección de bordado, a la luz de la lumbre para protegernos del frío y escuchando el viento que silbaba entre las almenas del castillo. Acababa de rematar con suave hilo gris azulado el yelmo de un caballero que en mi terso bastidor cabalgaba lejanas tierras de moros, cuando de pronto apareció en la puerta de mi alcoba, sin apenas aliento y todo sudoroso, la familiar figura de mi fiel Diego. Se veía por sus trazas y el polvo de su vestido que acababa de llegar sin resuello y a uña de caballo desde Arévalo. Pensando que algo malo le había ocurrido a Íñigo, le pregunté enseguida angustiada. Respondió con ojos desorbitados:

—¡Arévalo se ha alzado en armas! El alcaide don Juan de Velázquez se ha hecho fuerte y ha levantado barricadas, parapetos, fosos y torres desde las orillas del Adaja a las del Arevalillo. La villa toda, partiendo de la puerta del hospital hasta el monasterio de la Trinidad, es un palenque, un pueblo entero puesto en pie de guerra con mucha gente de infantería y a caballo. No solo la de Velázquez, señora, sino también hombres al servicio de algunos grandes, sus amigos, y deudos de su mujer. Tienen armas gruesas y artillería y todos están muy enardecidos a enfrentarse con quien sea. ¡Ver para creerlo!

—¿Pero a qué tanto alboroto? ¿Contra quién y por qué se han levantado en armas los Velázquez? ¡Contadme, Diego, que me tenéis en vilo!

—Vos sabéis, mi señora, que en el testamento que dictó vuestro recordado abuelo don Fernando la víspera de su muerte en Madrigalejo no se ocupó solo de su nieto preferido, vuestro hermano Fernando, y del heredero Carlos, sino que también pensó en su última esposa, doña Germana de Foix, a la que dejó una renta de treinta mil escudos de oro y cinco mil más durante su viudez, sobre el reino de Nápoles. Además, en el testamento el rey recomendaba encarecidamente a don Carlos el cumplimiento de esta manda.

—¡Disculpad, Diego, pero no acabo de entender a qué viene esta voluntad de mi abuelo con lo sucedido en Arévalo!

—No os impacientéis, alteza, que ahora iba a eso. Resulta que vuestro hermano don Carlos pensó que era muy difícil cobrar esos ducados en el voluble y lejano reino de Nápoles; de modo que se los sustituyó a la viuda doña Germana por el señorío de Arévalo, Olmedo y Madrigal, durante los días de su vida, amén de otras rentas de veinticinco mil escudos de oro sobre estas villas y las ciudades de Salamanca, Ávila y Medina.

—¡Dios mío! ¡Eso significa la ruina para los Velázquez! ¡Cómo estarán don Juan, mayordomo que fue de mi madre, y doña María de Velasco, tan amada de todos los de nuestra casa! ¡Cuando mi madre se entere! Pero seguid, buen Diego, que ardo en ascuas.

—Pues resulta que don Juan Velázquez se hallaba, mientras esto sucedía, en la villa de Madrid para unos asuntos de su cargo, cuando recibió la carta del cardenal regente con la orden del emperador. Ya había oído antes sobre lo que se le venía encima. No obstante, se irritó sobremanera, pues no hacía aún veinte años que había trabajado con mucho empeño por que la reina Isabel confirmase los privilegios que Arévalo tenía de reyes anteriores. Por lo visto, doña Isabel había dispuesto que «en tiempo alguno la dicha villa sería enajenada, ni apartada ni quitada de su coraza real, por causa alguna, ni dada en merced a persona alguna».

—¿Acaso desconocía mi hermano esa voluntad de la reina nuestra abuela? —pregunté indignada.

–Lo ignoro, señora. Lo que parece claro es que ahora esta disposición viene a anular los derechos otorgados por la Reina Católica y a desairar la palabra real.

No pude ocultar mi indignación:

–¡Y encima a favor de doña Germana, esa extranjera tan generosamente agasajada y banqueteada más de lo que era honesto en la mansión de los Velázquez! ¡Valiente manera de pagarle los desvelos y amistad a doña María!

–A eso hay que añadir, señora, que, como sabéis, crece en el pueblo de Castilla la rabia contra los extranjeros, a quienes acusan de llevarse nuestro oro a tierras de Flandes. Pero, dejad que acabe de contaros: don Juan Velázquez, tan pronto se hizo cargo de la situación, pidió recado de escribir y dirigió una carta a don Carlos a Bruselas, recordándole los múltiples servicios que desde antiguo había prestado a la corona. Vuestro hermano le respondió amablemente y con palabras de gratitud prometiéndole que sus cosas serían muy miradas. Parece que al mismo tiempo don Carlos escribió a Cisneros para que Velázquez pudiera seguir viviendo en el castillo. Pero doña Germana necesitaba dinero y urgió a don Carlos que le entregara las villas, recordándole que le iba a mantener en sus tenencias y oficios. Don Juan Velázquez no se tranquilizó con palabras de consuelo y acordó con los suyos manifestar al Consejo Real que sus bienes no podían ser enajenados de la corona, ya que todas estas villas eran de realengo. Así que acudieron en embajada a Cisneros citando palabras de vuestra abuela. Pero las razones del alcaide no fueron atendidas. Entonces dejó Madrid, donde se encontraba, regresó a Arévalo y decidió «sostenerse en la corona», defenderse y resistir la entrega de la villa, que es tanto como defender al mismo tiempo su casa y el privilegio real. No olvidéis que don Juan nació en el palacio de Arévalo y fue tan querido de la reina como para hacerle su testamento y que el contador mayor no hace otra cosa que defender tierras de la corona. Cisneros había insistido con letras persuasivas a que depusiera su actitud para evitar el uso de las armas, pero al final el cardenal mandó al doctor Antonio Cornejo, alcalde de la corte, al frente de numerosas tropas. ¡Si la Reina Católica levantara la cabeza! Después de la generosidad con que los Velázquez se volcaron en la educación de su nieto, vuestro hermano Fernando.

A este punto no pude ocultar mi ansiedad:

–¿Y qué me decís de Íñigo? ¿Qué hace, cómo se comporta en tan reñida contienda?

–Tranquilizaos, infanta, que está muy bien. Ya le conocéis. Pocos brazos tan dispuestos a la batalla como los suyos. Don Juan le ha encomendado que organice la defensa entorno a la iglesia de San Pedro, la más antigua de Arévalo, mitad templo, mitad fortaleza. Y a fe que lo hace con arrojo y entusiasmo, pese a sus aún jóvenes veinticinco años. En compañía de los hijos de Velázquez ha levantado el palenque de Arévalo, que va de río a río y es este tan fuerte que no solo sirve para defenderse, mas para ofender.

Quedé aterrorizada con tan tristes noticias, que seguiría día a día y punto por punto, mientras duró el asedio de las tropas reales, desde aquel aciago noviembre hasta marzo de 1517. Al cardenal Cisneros le interesaba mucho apagar la revuelta, pues después de la muerte de mi abuelo se estaban alzando con mayor peligro para la unidad del reino otros nobles de Andalucía, Castilla y León. Temía además que pudiera acudir en ayuda de Velázquez el prócer y pariente suyo, don Fadrique Enríquez. Pero esos y otros prometidos refuerzos nunca llegaron. Para colmo el veintidós de febrero resultó herido en la contienda el hijo mayor de los Velázquez, don Gutierre, que yo conocía bien, pues estaba casado con doña María Enríquez, pariente mía, ya que era sobrina del Rey Católico.

En fin, mis sobresaltos acabaron a principios de marzo, cuando Diego, con una media sonrisa que delataba pena y placer al mismo tiempo, me vino a informar que Arévalo se había rendido. Don Juan estaba destrozado. Era un caballero cansado que arrastraba su armadura. Pobre, gastado, hundido en el dolor, sobre todo por la muerte de su hijo, se había convertido de pronto en un anciano. En junio tomó el camino de Madrid y se puso a merced del regente y gobernador del reino, Cisneros. Pese a que el cardenal no le recibió mal y le prometió interceder por él ante el rey, como amigo, Velázquez, deprimido por su fracaso, no le creyó y se dejó dominar por la melancolía. Arévalo era ya de doña Germana y de un aragonés, antiguo criado de mi abuelo.

Un par de meses después, en el mes de agosto, llegó la noticia a Tordesillas: el noble y desgraciado caballero, don Juan Velázquez, había muerto casi de repente en Madrid. Posiblemente había perdido las ganas de vivir. Lo primero que pensé fue qué sería ahora de mi querido Íñigo. ¿Cómo habría encajado aquel duro golpe que comprometía su futuro en la corte?

Los acontecimientos de aquel año de sobresaltos se precipitaron, aunque no he de dejar de añadir –¡ironías de la vida!– que la historia le daría la razón al inolvidable don Juan Velázquez. Por una parte, doña Germana bien poco caso hizo de sus nuevas posesiones en Arévalo, puesto que se refugiaría enseguida en Aragón con una corte de flamencos de los que vinieron con mi hermano y acabó casándose dos años después con uno de ellos, el marqués Juan de Brandeburgo, de tan escasa hacienda como noble alcurnia, lo que levantó como era de esperar la indignación de todos los españoles, no sin antes establecer una relación en secreto que contaré en su momento. Mi hermano Carlos, temiendo ya la enconada revuelta de los comuneros, acabó reconociendo su error y revocando su decreto sobre Arévalo y las otras villas a las que devolvió su realengo. ¡Debieron de estremecerse los huesos de don Juan en su sepultura!

Mientras, en Tordesillas, todos esperábamos a mi hermano Carlos, que a primeros de marzo del año anterior, y nada más muerto mi abuelo, se había proclamado, en la catedral de Santa Gúdula y en lengua francesa, rey de Castilla y Aragón, en paridad con mi madre, y se decidió que viniera enseguida a España.

Cuarenta naves, cincuenta gentileshombres de cámara, cien criados entre camareros y coperos, doce ayudas de cámara, dieciséis pajes nobles y treinta caballerizos además de todo un ejército, que le acompañaba, zarparon del puerto de Felsinga el nueve de septiembre. Antes, Carlos hizo llorar a sus súbditos en una alocución a los Estados Generales de los Países Bajos. Les dijo que venía a España por fuerza para tomar posesión de su nuevo reino y dejar en él quien pudiera gobernarlo. Al decir esto dirigió una mirada a sus cancilleres Sauvage, Chièvres y Adriano de Utrecht, y añadió que en cuanto pudiera retornaría a donde tenía su corazón, Flandes. Me contaron luego sus pajes que tanto lo querían en su país que las mujeres alfombraban de flores la tierra por donde pisaba.

Cuando mi hermano llegó al puerto para zarpar, pudo ver que su nao, la principal, llevaba pintada en sus velas una imagen de Cristo crucificado con la Virgen María y el apóstol Juan al pie de la cruz. Tanta devoción, el frecuente rezo de los capellanes que marcaban las horas y los días y otras imágenes que ornamentaban las velas, no impedía que viajaran con ellos, como solían hacer los flamencos, mujeres de vida airada. Hay que reconocer que no fue fácil el primer viaje de mi hermano a España. La noche del segundo día se incendió el forraje del barco que llevaba a la caballeriza real y en el

intento de salvar a los caballos descuidaron el pañol de las municiones, con lo que las llamas alcanzaron la santabárbara y hombres y bestias salieron volando por los aires. Cien caballos, cincuenta hombres y doce mujeres, todas ellas meretrices —«menos mal» señalarían, ay, las crónicas—, perdieron la vida. Aquel suceso le pareció a mi hermano un mal augurio, por lo que quería volverse. Gracias a que el virtuoso deán de Lovaina, el canciller Adriano, le disuadió de tal idea.

Pronto, al divisar aguas más claras y cristalinas, supieron que se aproximaban a España. Dicen que una nave vizcaína, que viajaba de Sevilla a Flandes con un cargamento de vino y frutas, advirtió de quién se trataba y les hizo llegar un canasto con una muestra de su exquisito cargamento. El caso es que los marinos flamencos se equivocaron y al duodécimo día tocaron puerto de España, pero no en Laredo, como estaba previsto, sino en Villaviciosa, donde, claro, nadie les esperaba. Es más, los asturianos creyeron que eran corsarios. Con todo, en el pueblo de Tazones, al darse cuenta de quién había llegado, organizaron una corrida de toros, la primera que Carlos vio en su vida. Aficionado desde niño a las artes marciales, tanto le gustó el espectáculo que con el tiempo llegaría a alancear toros él mismo. En fin, como el recibimiento era en Laredo, tuvieron que atravesar Asturias y Cantabria por caminos tortuosos y pobres villas. No pude contener la risa cuando me contaron que mi hermano, acostumbrado a los brocados y tapices flamencos, tuvo que hospedarse en una hacienda de Cabuérniga con las paredes cubiertas de piel de oso y sin una mala banqueta donde descansar sus augustas posaderas. Pero todo eso no le quitaría su conocido apetito. Por donde pasaban los recién llegados daban buena cuenta de cuantas viandas y pellejos de vino tenían a mano, tanto que en Aguilar más de ochenta flamencos, incluido mi hermano, cayeron enfermos. El hecho es que la travesía por tan montañosos vericuetos y el contacto con rudas gentes no facilitó que el refinado Carlos tuviera una grata primera impresión de España.

A todo esto, uno de aquellos días que estábamos esperando su anhelado advenimiento en Tordesillas, alguien comentó en el castillo:

—¿Sabéis dónde se encuentra Flaviano? Hace días que nadie lo ve.

En efecto, se había esfumado sin decir nada. Más tarde supimos que el intrigante hijo bastardo del conde de Bergenroth se había largado a tiempo de acudir al encuentro

de los flamencos e incorporarse al séquito de mi hermano. Enseguida consiguió entrevistarse con Chièvres uno de los más astutos consejeros de Carlos. Este se apresuró a interrogarle sobre la vida en nuestro castillo y la salud de la reina. Preguntó Flaviano:

–¿Qué os interesa? ¿Que esté loca o que esté cuerda?

A lo que Chièvres respondió:

–Lo suficientemente loca para no poder gobernar. Pero lo suficientemente cuerda para otorgar poderes a su hijo, nuestro señor el rey.

Flaviano le dijo a Chièvres que tenía mucha entrada con mi madre, la reina. Y en realidad a ella no le disgustaba oírle tocar la vihuela mientras hacía labor de aguja rodeada de sus damas. Incluso llegó a insinuar un día, lo cual ya era elogio, que le recordaba a su llorado Felipe el Hermoso. Flaviano había conseguido esta entrada, gracias a que sedujo a la dulce napolitana Gertrudis Vercelli, que en aquella época era la que mejor entendía a mi madre y la que lograba atemperarla cuando le daban los arrebatos. Acababa de irse de casa don Hernán Duque y solo en Gertrudis y en contarle sus melancolías hallaba la reina consuelo. Tanto afecto le profesaba a Gertrudis que un día le dijo:

–Si encontráis un pretendiente de vuestro gusto, yo os dotaré para que os podáis casar de acuerdo con vuestro noble linaje.

–¡Muero de amor por don Flaviano! –confesó la dama sin rodeos.

–Pues francamente, Gertrudis, no os lo aconsejo, que ese joven flamenco, aunque bien parecido, nunca llegará a nada por su condición de bastardo.

Por eso, entre otras cosas, se apresuró Flaviano a entrevistarse con Chièvres en Noceda, al límite de Asturias y Castilla. Y por la misma razón pidió al consejero ni corto ni perezoso que en recompensa de sus buenos oficios con la reina le concediera ser alcaide del castillo. Chièvres, que ignoraba que los grandes de España habían nombrado ya al marqués de Denia, aunque todavía no había tomado posesión del cargo, accedió a su petición.

En cuanto Flaviano regresó a Tordesillas, reventando su caballo, le faltó tiempo para decirle a Gertrudis:

–Tenéis que conseguir de la reina que ceda sus poderes en su hijo Carlos. Así me nombrarán alcaide y nos podremos casar como deseamos. Será doble beneficio, para nosotros y para la reina, que con vos de alcaidesa vivirá feliz y contenta.

Aquella noche, embelesada con las promesas de Flaviano, la dulce Gertrudis se entregó a él. Dicen que de su alcoba se escapaban ardientes gemidos que repetían: «Mi alcaide», y que desde la mañana siguiente no hacía otra cosa que regalar los oídos de mi madre con las excelencias de su hijo Carlos, que se hallaba en camino para rendirle pleitesía. A lo que la reina respondió:

–Ay, Gertrudis, ya son doce años que no veo a mi hijo y heredero.

–No os turbéis, mi reina, ya para siempre lo tendréis cerca gobernando en nombre de vuestra majestad.

–¿Cómo puede ser eso siendo regente mi augusto padre? –replicó mi madre que seguía en la idea de que don Fernando estaba vivo.

–Yo nada sé de negocios de Estado, señora mía, pero cuantos hablan de vuestro hijo Carlos se hacen lenguas de su persona. Dicen que es el vivo retrato de su padre, vuestro difunto esposo don Felipe.

Mientras tanto, el intrigante Flaviano, negociaba a través de Estrada, un gentilhomme de cámara muy ambicioso, los pormenores de la recepción de Carlos. Sigilosamente, y para aliviar su austeridad, se habían ornamentado de terciopelo y seda recamada de plata las salas y pasillos que iban a servir para el encuentro. Querían subrayar el efecto sorpresa.

Y llegó el día tan esperado. Fue la tarde del día cuatro de noviembre de 1517, un atardecer oscuro, como son las tardes invernales en Castilla y más en nuestro lóbrego castillo, donde escaseaban las ventanas y no abundaban las troneras. Primero se adelantó Chièvres para preparar a mi madre, que se puso muy nerviosa nada más oír aquel nombre que le evocaba Flandes y otros tiempos mejores, también porque sospechó enseguida que sus hijos Leonor y Carlos no debían andar lejos.

Esperábamos impacientes en el salón del trono, cuando finalmente penetraron en el castillo mis hermanos Carlos y Leonor, el ayudante de cámara Laurent Vital, el consejero Chièvres, dos caballeros flamencos más y dos damas de corte. Laurent Vital,

cronista del rey que iba escribiendo las peripecias de su primer viaje a España, ordenó que se encendieran hachones, tal era la oscuridad a su paso, y él mismo tomó uno para alumbrar al rey. Carlos lo apartó de un manotazo:

—¡No necesito luz!

A mí me latía fuertemente el corazón cuando mis hermanos mayores aparecieron al fin en el dintel de la puerta. Con tres reverencias, una a la entrada, otra en medio de la habitación y la tercera a los pies de la reina antes del besamanos, como prescribía el protocolo, se acercaron Carlos y Leonor. Yo miré emocionada a mi madre, que estaba como ajena y con los ojos entornados en el intento de reconocer aquellos hijos que ella había dejado con cinco y siete años en Flandes. Leonor, que estaba a punto de cumplir los veinte, me deslumbró con su vestido cuajado de brocados y generoso escote. Estaba verdaderamente bonita y no era extraño, como luego supe, que el bien parecido conde palatino Federico, caballero del Toisón de Oro, hubiera puesto pocos meses antes los ojos en ella, causando antes de la partida hacia España la indignación de mi hermano que descubrió cómo ocultaba en su seno una carta del pretendiente, en la que la llamaba *ma mignon* y era una declaración en toda regla, por lo que ordenó la expulsión del conde, no sin antes hacer jurar a ambos ante un tribunal que no se habían casado en secreto.

Carlos, que contaba diecisiete, me pareció mayor para su edad, no en vano desde los diez había tenido en su cuarto, durmiendo a su vera, al sagaz Chièvres que le inculcaba al oído sueños de grandeza y responsabilidades de emperador. Iba de punta en blanco, con su armiño, vestido como un auténtico rey. Aunque la verdad me pareció más bien flaco y desgarbado y con aquel desajuste tan suyo entre los maxilares —prognatismo típico de los Habsburgo—, que, además de cecear, le obligaba a mantener la boca entreabierta.

La reina al principio solo esbozó una sonrisa, pero luego no permitió el besamanos y estrechó las manos a sus hijos flamencos. ¿Era posible que hubieran pasado doce años? ¡Cuánto dolor, silencio y monotonía en aquel tiempo vano y enterrado! Mi madre no estaba bien, tenía un ligero temblor de manos. Carlos se dirigió a ella en francés, ya que no sabía ni una palabra de castellano:

—Madre y señora: nosotros, vuestros hijos, nos alegramos de encontraros bien de salud y os expresamos nuestro más profundo rendimiento.

Ella murmuraba una y otra vez entre dientes:

–¡Mis hijos! ¡Mis hijos! ¡Cuántos años han pasado! ¡Cómo habéis crecido!

A Leonor, que era la que más la recordaba, se le saltaron las lágrimas mientras nuestra madre le acariciaba los cabellos. Mi hermana me miraba sorprendida. Pronto advertí que la causa eran mis vestidos –una saya de paño ordinario, una manteleta de cuero y una toca de tela blanca en la cabeza–, que parecían más de aldeana que de princesa, al lado de la riqueza y vistosidad de los suyos.

De pronto mi madre cortó en seco aquel esperado encuentro y enderezándose, más en reina, se tragó las lágrimas:

–Ciertamente, hijos míos, habréis pasado muchas penas y trabajos viniendo de tan lejos y deberéis hallaros fatigados; y, pues que ya es tarde, lo mejor ahora será que os retiréis a descansar hasta mañana.

Y, con la misma ceremonia que en los Países Bajos se despedían cuando los enviaba de niños a la cama, Carlos y Leonor se retiraron con muestras de respeto y nuevas reverencias, según prescribía la complicada etiqueta borgoñona. Antes mi madre obsequió a sus hijos flamencos con unos sencillos regalos.

Cuando doña Juana quedó sola con su doncella Gertrudis, esta le ponderó las cualidades de Carlos, su prudencia y buenas disposiciones. La reina, todavía ausente por la impresión, asintió con la cabeza. Pronto supieron Flaviano y Chièvres el resultado de la entrevista y optaron por aprovechar el buen momento de la reina para hablarle del tema de los poderes. El político se apresuró a pedir audiencia a mi madre y tras complicados rodeos y con sus mejores artes diplomáticas le habló de la conveniencia de descargar sobre los hombros de Carlos las responsabilidades de gobierno, que en cualquier caso su hijo desempeñaría siempre con la anuencia de la reina.

–Así debe ser –respondió mi madre con voz compungida–. ¿Qué mayor satisfacción para una madre que el que su hijo le suceda en la administración de sus bienes? Y, si esa madre, por la gracia de Dios es reina, y sus bienes son todo un reino, razón de más para que le ilustre sobre el mejor modo de gobernarlo. Sea como vos decís.

Chièvres, frotándose las manos, se deshizo en alabanzas por el buen juicio que mostraba la reina y salió en busca de un escribano. En la puerta le esperaba Flaviano de

Bergenroth:

–¡Vano intento, señor! ¡Nunca conseguiréis una firma de doña Juana! No sé si sabéis que entre los desvaríos de su majestad está el no firmar papeles por nada del mundo, desde que su malogrado esposo así se lo ordenara.

–Bien, pues buscaremos otro modo de dar valor oficial a su asentimiento.

Fue entonces en busca del gentilhombre Estrada, dos nobles del Consejo de Castilla y al fraile dominico que a la sazón confesaba a mi madre. Ante ellos consiguió arrancar de la reina las mismas palabras de su conversación anterior en las que manifestó su alegría porque su hijo Carlos gobernase los reinos de Castilla a la muerte de su padre, Fernando el Católico.

La artimaña dio resultado y aunque algunos de los presentes miraban corridos de vergüenza a otro lado, todos convinieron luego que, como mi abuelo había muerto, aquello era *statim* una automática resignación de poderes en favor de mi hermano. Al momento se redactó un documento que sirvió a Carlos para gobernar todos los reinos de España en nombre de su madre, la reina doña Juana.

Flaviano recibió aquella misma tarde una bolsa de ducados de oro por los servicios prestados, lo que no complació del todo al flamenco, que seguía empeñado en obtener el prometido cargo de alcaide. Chièvres le dio buenas palabras que dejaron a Flaviano desencantado, pues la dilación suponía retrasar el matrimonio con Gertrudis.

Mientras tanto, en la otra ala del castillo, donde mi madre y yo teníamos nuestras alcobas, por primera vez en mi vida tenía la dicha de charlar con mi hermana Leonor. Me contó que estaba en vísperas de casarse con el rey Manuel de Portugal y que traía su ajuar de reina.

–Pero, decidme, Catalina, ¿cómo os cuidan tan mal y os visten de forma tan desabrida?

Y, llamando a sus criados, les ordenó que trajeran los baúles con su equipaje. Me centelleaban los ojos ante el colorido espectacular de aquellos ricos vestidos que iba sacando de las arcas y ajustándose al talle para que los viera lucir sobre el corpiño. Me imaginaba vistiéndolos bajo los iluminados salones de la corte borgoñona y le dije con toda candidez:

–¡Qué guapa estáis hermana y qué suerte tiene el rey don Manuel!

Leonor, cautivada por mi inocencia, ordenó a sus camareras:

–Vamos, vestid ahora a mi hermana como una princesa y de acuerdo con su condición.

Y, abriendo nuevos baúles, eligió los que creyó que más podían favorecerme. Para mí fue como un cuento de hadas, como si por un momento nuestro triste castillo se convirtiera en un palacio, y por primera vez pude contemplar realzada mi figura en el azogue de los espejos.

–¿Veis hermana? ¡Qué transformación! Ya no sois niña, sino mujer. ¡Cuántos hermosos caballeros se rendirán a vuestros pies!

Y, apuntando unos pasos de baile, reímos las dos de buena gana. Eran risas inéditas de jóvenes hermanas que por primera vez violaban el luto permanente de aquel castillo. Nunca olvidaré aquella noche, ni la sonrisa que me dedicó mi hermana antes de despedirse camino de Valladolid:

–¡Confía en nosotros! ¡No te abandonaremos, hermana!

¿Qué significaba aquella frase?, me preguntaba yo dándole vueltas por la noche en confidencias con la almohada. ¿Qué podrían hacer mis hermanos por mí? ¿En qué iba a repercutir eso en la pobre de mi madre, para quien yo era la única alegría de su triste vida?

Pronto supe que durante el viaje a Valladolid, después de estar unos días con nosotros, al comentar mis hermanos la visita a Tordesillas y el lamentable estado de su madre, Leonor muy compungida le dijo a Carlos:

–Mal está que dejemos en esa situación a nuestra madre, pero Catalina es un querubín que no merece vivir en ese aposento oscuro, junto a una madre privada de razón, sin más recreo que ver pasar por la ventana que da al río a la gente que acude a misa a Santa Clara o jugar por señas con niños que no son de su condición. ¡Carlos, hemos de hacer algo!

–Cualquier cosa que hagamos para llevarnos a Catalina del castillo –frunció el ceño Carlos– puede alterar nuestros planes. Chièvres ha quedado muy satisfecho de cómo han

ido las cosas de cara al gobierno. Nuestra madre ha quedado bastante calmada. Quitarle a su hija pequeña, que tanto le recuerda a nuestro padre, sería descabalarla mucho más.

Por el momento Leonor guardó silencio y no insistió. Se limitó a señalarle las luces cercanas que anunciaban la proximidad de Mojados, sin disimular una secreta sonrisa que inducía a pensar que hablaba consigo misma: «Ya insistiré. Carlos me quiere. Hará caso a su hermana mayor. ¡Vaya si me hará caso!». En Mojados, hacia donde nos habíamos desviado antes de llegar a Valladolid, se produjo el esperado encuentro entre mis hermanos Carlos y Fernando, quien se presentó acompañado de fuerte guardia y nobles castellanos. Parecía que iba a mediar un pulso entre los dos, pero Fernando descabalgó y, cumpliendo el protocolo, hizo las reverencias de rigor al rey, dando muestras de sincero acatamiento a Carlos. Prueba de ello es que Carlos antes de entrar en Valladolid le impuso en el monasterio de Abrojo el preciado collar de la orden del Toisón de Oro.

Tordesillas se había quedado sorda tras la partida de la animada corte flamenca. Los salones volvían a estar oscuros y desiertos: la reina se abandonó de nuevo a su desaliño y los pequeños ruidos habituales retornaron a cobrar protagonismo en la espesura del recuperado silencio. En mí se entrecruzaban contradictorios sentimientos: la esperanza de poder vivir la vida como una princesa en la corte de mi hermano y el dolor y el cariño que me encadenaban a la recluida vida de mi madre. Pero, sobre todo, mi corazón se preguntaba qué habría sido de Íñigo. Solo me respondía el viento y el rutinario santo y seña de los vigías al cambiar de guardia en las cercanas y oscuras almenas.

5.

Justas en Valladolid

Creía que aquello no era real, que todo había sido un sueño del que acababa de despertar de pronto. Levantó la cabeza y contempló por última vez el rico artesanado mudéjar del viejo palacio. Solo el silencio y un indefinible aire de nostálgica tristeza, que vibraba en el ambiente, era lo único que le recordaba el fasto, el ir y venir de los criados, el chasquido de las copas al brindar y el fondo de la gentil música con que bailaran hace aún poco tiempo las cortesanas, que se habían esfumado como por encanto. También la villa de Arévalo se había quedado desierta, como sumida en el polvo derrotado y depresivo que había seguido tras enmudecer los cañones a su capitulación a las tropas del cardenal y a la repentina muerte del alcaide.

Dos caballos le esperaban bufando en la puerta. Sobre las ancas de uno de ellos, Rodrigo, uno de los escasos criados que habían permanecido fieles a la casa, depositó los zurroneos con su exiguo equipaje. Antes de partir, Íñigo se apresuró a realizar su último cometido. Se descubrió al entrar en la alcoba de doña María de Velasco. Pálida, vestida de negro de pies a cabeza, la viuda acusaba en sus pronunciadas ojeras los difíciles días que acababa de vivir: la pérdida de su hijo, de su entrañable marido y de todos sus bienes, además del mal trago de entregar el palacio, la villa y la fortaleza al doctor Antonio Cornejo, por orden del rey.

—Ya parto, señora mía. Vengo a despedirme —dijo Íñigo compungido y con un no disimulado temblor en los labios, descubriéndose y haciendo una elegante reverencia ante la dama que le había acogido en su casa desde adolescente—. Mi gratitud tanto a vos, querida doña María, como a vuestro difunto marido irán siempre conmigo.

—¿Lleváis con vos las cartas que os he dado para mi deudo el duque de Nájera? Don Antonio Manrique de Lara os tratará bien. Ya sabéis que después de lo ocurrido hemos

quedado en la indigencia. Nada más puedo daros, querido hijo, pues como tal siempre os he cuidado. No obstante, tomad esto para el viaje. Poco es, pero me resisto a que cabalguéis por esos campos sin un maravedí.

Y, sacando de un arca repujada una bolsa de fieltro con trescientos ducados, se los entregó cariñosamente.

—No deberíais, señora. Es mucho para lo poco que os ha quedado. Ya me las arreglaré yo con mi propia industria y el esfuerzo de mi brazo.

—Aceptadlos, Íñigo, junto a los dos caballos. Es lo menos que puedo hacer y lo que hubiera hecho mi querido esposo en semejantes circunstancias —dijo doña María conteniendo las lágrimas—. Habéis demostrado ser un valiente caballero y sé que haréis una brillante carrera en el ejercicio de las armas como gentilhombre, ya que ahora por desgracia no podremos llevar a cabo nuestros planes de introducirnos en la corte.

—No os agobiéis, doña María. Me siento muy honrado y agradecido con la educación y el afecto recibidos en esta casa. Eso sí, os confieso que parto con dolor. Y, decidme, señora: vos, ¿qué haréis ahora?

Aderezando su negro velo doña María se entretuvo explicándole los acontecimientos de los últimos días. Mientras su mano derecha accionaba expresivamente sin abandonar un pañuelo de encaje con el que se enjugaba los ojos, le contó que, mi madre, la reina y yo, al saber lo ocurrido le habíamos rogado que se viniera a servirnos a Tordesillas y que ella había aceptado de buena gana. ¿Quién me iba a decir entonces que doña María se convertiría en mi dama preferida, mi camarera mayor inseparable y que seguiría siempre a mi lado en mis alegrías y mis penas hasta acompañarme durante el resto de su vida en mi futuro reino de Portugal?

—¿Visitaréis entonces pronto a doña Catalina? —preguntó algo turbado Íñigo.

—En efecto, le reina quiere que me convierta en su camarera. ¿Dónde puedo estar mejor dadas mis circunstancias?

—¡Qué hermosa es la rubia princesa! ¡Presentadle si os place mis respetos!

Asintió doña María y el futuro gentilhombre se despidió con una profunda reverencia, que la dama interrumpió alzándole y estrechándole las manos con los ojos llenos de lágrimas.

Afuera parecía que el mundo se estaba derrumbando, al menos desde los ojos del joven Loyola que leían en la desolada villa su propia derrota y tristeza.

Unos tordos con pausados giros le dedicaron un melancólico adiós desde la torre del homenaje. El castillo estaba fuertemente custodiado. Soldados del rey con casco y malla se afanaban en desarmar el palenque junto a la iglesia fortaleza de San Pedro, que días antes había intentado defender en el primer combate de su vida, y retiraban los pertrechos de guerra amontonándolos para su traslado. ¡Qué pronto habían callado los arcabuces! ¡Qué súbitamente se había apagado la vida de su alcaide, el contador Velázquez! Arévalo ya no era suya, le parecía una villa extraña, que no le pertenecía, como perdida para siempre en un pasado irre recuperable. El paisaje otoñal acompasaba en su cabalgar con ocre melancolía el interior latido del desengaño. Cualquiera que hubiera visto el aire serio y la dejadez con que sostenía las riendas se hubiera preguntado si aquel era el doncel festivo dado a la risa fácil, al arte de la seducción y a la sutilidad del galanteo. ¿Qué se hicieron de aquellas mejillas arreboladas de mujer, de aquel vino rojo de ventero, de aquellos lances a la luz de la luna? Rostros huidos, quebradizos quejidos de amor, promesas incumplidas se desvanecían con el frío viento de la mañana que le despertaba el rostro y levantaba las hojas caídas.

Cuando cruzó el pequeño puente mudéjar que le había dado la bienvenida once años atrás, le invadió, si se quiere, un sentimiento aún mayor de tristeza y no pudo evitar doblarse sobre la montura de su caballo para dedicar su última mirada a la noble y leal villa de Arévalo. Detrás quedaban sus balbuceos de espada y corte, fugaces amores y primeros sueños juveniles que nunca volverían y un futuro que parecía truncado como la vida de sus protectores, los inolvidables Velázquez de Cuéllar. También las duras horas de asedio, su bautismo de guerra y los primeros desengaños de su vida:

*¿Qué fue de tanto galán?
¿Qué fue de tanta invención
como trujeron?*

*¿Fueron sino devaneos?
¿Qué fueron sino verduras
de las eras,
las justas e los torneos,
paramentos, bordaduras
e cimeras?*

*¿Qué se hicieron las damas,
sus tocados e vestidos,
sus olores?*

*¿Qué se hicieron las llamas
de los fuegos encendidos,
de amadores?*

¿Era acaso eso el placer? ¿Se va tan presto y produce tanto dolor su recuerdo? ¿Tenía razón su contemporáneo el poeta Jorge Manrique en sus coplas a los ríos de la vida «que van a dar en la mar», donde van los señoríos «derechos a se acabar y consumir»? Su caballo parecía interpretar el sendero de sus pensamientos conduciendo al jinete a un paso meditabundo, sin apresurarse, como si no quisiera abandonar del todo los perdidos compases de una interrumpida música cortesana que dejaba atrás.

Pero, a medida que se alejaba de las evanescentes imágenes del pasado, que ya no eran sino fantasmas, y que espoleaba su caballo por Tierra de Campos, reverdecían en su alma anhelos juveniles y en su mente apasionada emergían otras imágenes que los sustituían como por encanto. Soñaba despierto. Se veía empeñado en brillantes batallas a las órdenes del rey, no solo para dilatar los reinos de España, sino por motivos más altos y universales. Y en lo secreto de su corazón también alimentaba otros sueños imposibles, quizá convertirse en mi caballero enamorado y quién sabe si rescatarme a mí –pensaba yo a mi vez al conocer su partida–, la dama de sus pensamientos, de mi encierro en el castillo y ponerse a mi servicio como un nuevo Amadís. Como contaría a sus amigos con el tiempo, le quemaba en el alma un ardiente afán «de aventajarse sobre sus iguales y de alcanzar un nombre de hombre valeroso».

Pero ahora se imponía la realidad. Doña María le había informado que su nuevo señor, el duque de Nájera y virrey de Navarra, disponía de tres residencias: una villa en Navarrete, a la derecha del Ebro y solo a dos leguas de Logroño, regalo que fuera de Juan I de Castilla; Nájera, que daba nombre al ducado y que contaba con una bella colegiata rodeada de un arracimado caserío; y el palacio de los virreyes en Pamplona.

Tras detenerse para reponer fuerzas en Valladolid, en la casa de los Velázquez, Íñigo alcanzó Navarrete el segundo día de su cabalgada. Sobre un cerrillo alzado sobre la llanura se levantaba el viejo alcázar, una fortaleza sobria donde sus señores, rodeados de campesinos que cultivaban vides y cereales, vivían un estilo de vida bien diverso al que

él estaba acostumbrado en Arévalo. Supo en seguida al cruzar las austeras puertas del castillo que su vida pasaba de la corte palaciega a la rudeza y desnudez del estilo militar.

—¡Don Antonio no está aquí. Se halla en Pamplona, en el palacio de los Virreyes! — le dijo el lugarteniente de la guardia mientras abrevaba su caballo, tiempo que aprovechó para darle cuenta de las hazañas del primer virrey de Nájera, don Pedro Manrique de Lara, que había apenas fallecido en 1515.

—¿Don Pedro? Nadie más estimado por su valor no solo entre cristianos, sino también en tierra de moros. Nunca se le oyó palabra injuriosa, nunca trajo guantes adobados y otros olores. Decía que mal iría a los Manrique cuando se diesen a olores y perfumes. Donde estaban sus hijas y mujeres no consentía que estuviera presente un criado, porque decía que «lo que no ven los ojos no lo desea el corazón». Debía saberlo él por propia experiencia ya que se le conocieron no pocas amantes o entretenidas. Y de la fuerza de su brazo, ¿qué deciros? Fue un incansable guerrero, como demostraría en campañas de Portugal y Granada, donde peleó fieramente como capitán general de la frontera de Jaén, rivalizando con el marqués de Cádiz. Y, como sabéis, a la muerte de don Felipe el Hermoso, supo contener las ambiciones del rey Fernando, al que también demostró lealtad sincera cuando acudió en ayuda del duque de Alba, asediado en Pamplona por los franceses. «Me parece que no ha quedado honra en Castilla, que toda se la ha llevado el duque consigo», llegó a decir de él el rey don Fernando a su muerte.

Tales palabras iba rumiando Íñigo, mientras espoleaba su caballo impaciente por saludar al hijo de tan señalado caballero y actual virrey, don Antonio, que no le iba a la zaga a su padre. Cisneros confiaba en el duque y pronto le había concedido el virreinato porque sabía que era un hombre de bien —tan valiente como su padre y menos mujeriego, lo que para el cardenal no dejaba de ser un punto a su favor—, y porque en cualquier momento podía armar najereños y juntar de sus dominios un ejército de al menos tres mil infantes y setecientos caballos, lo que tampoco era de despreciar si se tenía en consideración que sus dominios colindaban con el reino de Navarra. Solo había transcurrido un año de este nombramiento de virrey, gobernador y capitán general de Navarra, que incluía la promesa de respetar sus fueros. Un nombramiento que apoyó y corroboró por cierto sin rodeos mi hermano Carlos pidiendo a los alcaides de castillos y fortalezas navarros que le obedecieran.

En el horizonte se recortó como una aparición la nueva ciudadela destacada sobre las recién restauradas murallas de Pamplona. El bastión sobresalía no lejos de la puerta de la Tejería con planta cuadrada y sendos cubos redondos en los ángulos, contruidos con sólida sillería. Por diversas partes, encaramados en los cubos de granito, albañiles y menestrales laboraban presurosos en dar término a la obra por lo que pudiera pasar en aquella peligrosa frontera.

El duque se levantó de su escritorio para saludar, con una amplia sonrisa, al recién llegado. Tenía la tez y la nariz enrojecidas, como buen norteño, y una palabra directa y franca que hallaría siempre entre sus amigos y compañeros de armas.

–Bienvenido a nuestra casa, Íñigo. He leído las cartas de doña María y por si fuera poca la amistad a que a ella nos une y a su difunto esposo don Juan, se une la que profeso a vuestro hermano. Sabéis que siempre he sido considerado como alto jefe y protector de los oñacinos, frente al condestable de Castilla, que a su vez protege a vuestros seculares enemigos, los gamboínos. Podéis llevar, pues, con garbo por las calles de Pamplona vuestro birrete colorado, aunque no os oculto que ello puede provocar enfrentamientos y reyertas. Además, como sabéis, a la sazón conozco muy bien los problemas de Martín, el mayor de los Loyola, y sus tierras...

Íñigo respondió con una reverencia, que advirtió en seguida que en aquel ambiente más militar debió parecer en exceso cortesana.

–Solo pretendo servirlos como el último de vuestros soldados...

–Nada de eso, nunca os admitiré ni como soldado ni como capitán a sueldo. Habréis de ser mi gentilhomme, que es tanto como decir caballero de mi casa, y estaréis a mi lado en cada batalla o viaje que emprenda, como mi familiar y amigo.

El joven guipuzcoano agradeció al duque su magnanimidad y se aprestó a informarse de sus obligaciones y comenzar la nueva etapa de su vida. Aquello no era Arévalo. Por ejemplo, pronto advirtió que el duque y su ejército estaban siempre en pie de guerra.

–Don Antonio pasa casi todo su tiempo en Pamplona y viaja de vez en cuando a Nájera y Navarrete, pero cada vez se mueve menos de aquí –le comentó un día el

capellán Francisco Manrique de Lara, que pronto se hizo su amigo y que con los años llegaría a ser obispo de Salamanca y siempre recordaría a Íñigo.

—¿Por qué así? —inquirió el recién llegado.

—¿Ignoráis que por aquí las cosas andan asaz revueltas? El rey de Francia tiene sus ojos puestos en Navarra, que es puerta para invadir Burgos o Zaragoza. Así que el virrey anda con ojo avizor y oído atento por lo que pudiera pasar.

El joven López de Loyola pudo comprobar personalmente que así era efectivamente. En Navarra se vivía siempre en preparativos para la guerra y había menos tiempo para cortejar damas y deleitarse en fiestas y torneos que en Arévalo, que al fin y al cabo había sido una prolongación de la corte de doña Isabel y don Fernando. Poco a poco se dio cuenta de que había trocado la vida palaciega por la de la milicia, pese a que el duque le llevaba consigo en sus viajes a Navarrete y Nájera y le hacía partícipe con frecuencia de su no mal abastecida mesa, regada con rojos caldos navarros. Durante uno de estos banquetes en el palacio de Nájera y mientras daba cuenta de una tierna pierna de cordero, el duque dijo con la nariz más roja de lo acostumbrado:

—Nuestro rey y señor don Carlos hace esta semana su solemne entrada en Valladolid. Allí hemos de acudir todos los caballeros y señores de estas tierras para rendirle pleitesía.

Aquella recepción entraba de lleno en la realización de los sueños de Íñigo. Cuanto más cerca del rey y la grandeza, más posibilidades veía de llevar a cabo ambiciosas hazañas que le dieran renombre y que no se habían apartado de su mente, una vez olvidados los tristes sucesos de Arévalo. A ello le ayudó también encontrarse a María de Villarreal que había conocido en el palacio de Arévalo, antes de que ella se fuera a Villavaquerín, cabeza del señorío de los Velázquez de Cuéllar. A Íñigo se le iban los ojos detrás de la gentil María, que ahora andaba al servicio de doña Aldonza Enrique de Lara, la hija del duque de Nájera. Dicen que era tan mística y «alumbrada» como ligera de cascos.

Pero sus ambiciones apuntaban más lejos. Jamás olvidaría aquellas jornadas. Se alzó la celada y levantó su espada al paso del cortejo. ¡Cómo relucían al sol las armaduras recién bruñidas y colmaban de júbilo las calles de Valladolid la limpia trompetería, timbales y chirimías aquel dieciocho de noviembre! Todos rodeábamos a

don Fernando, junto a los grandes de España, duques, marqueses, condes, gentileshombres y numerosos obispos que habían llegado de todos los rincones de España. Seis mil caballeros, en traje de gala los esperaban y la ciudad era un bullir de pueblo curioso que contenían los lanceros en las bocacalles junto a los arcos de triunfo o se asomaban por ventanas y balcones, adornados con pendones y banderas.

Iniciaban el cortejo las formaciones de Infantería, las guardias de Espinosa. Tras ellos el pueblo admiró la caballería regia, a los que seguían los grandes señores de Castilla. Luego venían, escalonadamente, mis hermanos: Carlos, Fernando y Leonor. Fernando llevaba a su izquierda y derecha al cardenal Adriano y a don Alonso, el arzobispo de Zaragoza. A conveniente distancia avanzaba Carlos entre vítores, vestido de brocado de pies a cabeza y adornado de mucha pedrería. Montaba un brioso corcel blanco de raza española y se tocaba con una gorra al estilo borgoñón rematada con una gema preciosa que desprendía irisaciones a los ojos de las admiradas gentes. Escoltaban a Carlos los embajadores de la cristiandad, entre los que destacaban el del papa y el emperador.

—¡Mirad qué joven es el hijo de Felipe el Hermoso! —decían a su paso.

A Carlos le seguía Leonor, acompañada a respetuosa distancia por el señor de Chièvres y el resto de las damas asistidas por caballeros de la corte. Cerraban el desfile los arqueros de la guardia del rey, que levantaban nubes de aplausos.

Íñigo no perdía detalle. Vio cómo su señor el duque de Nájera se adelantaba junto al condestable de Castilla, los duques de Alba, Béjar y otros notables a su encuentro para rendir pleitesía al nuevo monarca. Las fiestas duraron hasta Navidad. Corrió el vino y se seguían sin interrupción banquetes y justas, torneos y corridas de toros. Hubo representaciones en vivo de libros de caballerías. En uno de los torneos Carlos quiso participar personalmente en la liza. La justa más sonada fue la que tuvo lugar en la plaza mayor, donde participaron sesenta caballeros en sus corceles encubertados con arneses de guerra y lanzas con puntas de diamante. Treinta se pusieron en sus puestos en cada lado de la plaza, y cuando tocaron chirimías y trompetas, arrancaron con tanta fuerza chocando cuerpos y lanzas que fue, según harían constar todos los cronistas, «negocio muy peligroso». Ellos no dejarían de relatar que entre los más brillantes de la justa destacó el duque de Nájera. No logré saber, si entre tantos jinetes, intervino Íñigo, pero

no me extrañaría, conociéndole y siendo gentilhomme del virrey, que no hubiera entrado en el fragor de las armas de aquellos prolongados y famosos festejos. Cuentan que, muertos la mayoría de los caballos, continuó el combate a pie y que el propio Carlos tuvo que detenerlo para que no corriera más sangre.

Lo que más impactó al pueblo de Valladolid era aquella invasión de flamencos adornados con una vestimenta y un lujo al que ciertamente no estábamos acostumbrados en Castilla. La gente estaba impresionada por la atrevida moda femenina, los escotes, y especialmente por la distinción con que iba ataviada mi hermana Leonor.

—Nunca se vio tanto derroche en Castilla —cuchicheaban las damas desde las gradas donde asistían al torneo. Otros miraban con recelo al nuevo rey:

—¡Dios nos libre de que sea como el frívolo de su padre! Dicen que Chièvres le tiene comido el seso y bien agarradas las riendas del gobierno.

—¡A llevarse el oro de España vienen esos extranjeros! —comentaba un espectador.

Por su parte los flamencos también murmuraban a media voz. Les resultó fría la acogida de la capital de Castilla, a pesar de que se sucedían los bailes, banquetes y juegos de cañas:

—No es que se hayan lucido mucho estos pueblerinos castellanos en el arte floral de aderezar los arcos triunfales. ¡Se ve que no están habituados a estos lujos! —subrayaba un borgoñón de pluma en el sombrero al oído de su sonrosada dama.

Por su parte Carlos, con el labio caído, carecía aún del empaque que la vida y la experiencia le aportarían años después. Respondía a la divisa de su escudo, *Nondum*, «No todavía». Ignoraba que bullían las ambiciones de Francisco I de Francia, el que sería su proverbial enemigo, o las consecuencias de aquellas tesis que Martín Lutero acababa de fijar en la puerta de la iglesia de Wittenberg [2]. Aunque no tan ajeno a todos estos hechos como mi joven caballero Íñigo, a quien también iban a marcar su misterioso futuro aquellos acontecimientos. No es raro que con el tiempo mi hermano cambiara ese «No todavía» por el *Plus ultra* de su escudo, un «Más allá» más adecuado a su imperio sin fronteras.

Por entonces estaba muy pegado a la rueda de Chièvres. Prueba de ello es que aquel mismo año elevó al sobrino de este, que se llamaba como su tío, Guillermo de Croy, a la

mitra primada de Toledo, «mayor joya de estos reinos» con solo diecinueve años de edad. «¡Si Cisneros levantara la cabeza!», comentarían en seguida en el castillo los caballeros de la reina cuando se enteraron. Chièvres, con los ojos en Francia y en los pingües beneficios que sus mulas trasladaban a Flandes, procuraba mantener a mi hermano lejano de consejeros españoles, lo que hacía crecer el descontento. Además, la situación económica empeoraba por días con dispendios inútiles y un lujo escandaloso, en medio de rivalidades internas, mientras el rey de Francia no apartaba sus ojos de Navarra e Italia. Carlos pensó, pues, que urgía convocar cortes en Valladolid.

Mientras tanto, Leonor no cesaba de calentarle los oídos con lo precario de mi situación en Tordesillas. «Si tú no te decides, lo hago yo», le decía una y otra vez. Pero la reacción de nuestra madre y sin duda lo que esto podría redundar en sus poderes le retenía de tomar medidas.

Los procuradores de las villas y ciudades que tenían voto habían llegado a Valladolid el cuatro de enero de aquel inolvidable 1517. Precedidos de la comitiva regia, que se hospedaba en la cercana casa-palacio, la esplendorosa fachada del monasterio de San Pablo les dio la bienvenida cuando el dos de febrero se juntaron allí para discutir entre otras cosas la situación de mi madre. El rey, montado a caballo, era precedido en su entrada en las cortes por el conde de Oropesa que portaba la espada regia como símbolo de justicia. Era un día frío en el que caía una fina aguanieve de recio invierno castellano sobre el cortejo. Dentro del templo una solemne misa inauguró los trabajos de los procuradores. En un sillón puesto en alto presidía Carlos. Detrás de él, la mirada inteligente del cardenal Adriano, que, erguido, sostenía los santos evangelios. Desfilaron ante Carlos, Fernando, Leonor, la nobleza, el clero y los procuradores de dieciocho ciudades, todos besando la mano del rey en señal de acatamiento. Carlos colocó su mano diestra sobre los evangelios y juró cumplir como un buen rey ante sus nuevos súbditos. Dos días después se abrían las cortes que habrían de reflexionar sobre si Carlos debía jurar o no, estando viva doña Juana y si se iba a comprometer a aceptar lo dispuesto en cortes pasadas.

A los procuradores del reino les disgustó que ocupase la presidencia el gran canciller flamenco Juan Sauvage, lo que dejó muy claro su portavoz Juan Zumel, procurador de Burgos que «en nombre de todos requirió que no estuviesen en las cortes aquellos que no eran naturales, y que, si lo contrario hiciesen, lo recibía por agravio».

Aquellas palabras encendieron la hoguera. Al día siguiente Zumel fue llamado por el gran canciller. A su lado, el obispo de Badajoz, doctor Ruiz de la Mota, hacía de intérprete de Chièvres junto a García de Padilla, miembro del Consejo Real, que también se hallaba presente.

Zumel aguantó toda suerte de recriminaciones. Le amenazaron de muerte y con la enajenación de todos sus bienes como «a deservidor del rey». Zumel, que no tenía pelos en la lengua, no se retractó y les dijo que el reino no podía permitir que Chièvres y otros extranjeros se llevasen la moneda que había en el reino. La tensión endurecía los rostros de los procuradores. El primero que cedió fue el duque de Nájera, al que servía el gentilhomme Íñigo, que dijo que él quería jurar luego al nieto de los Reyes Católicos. Así que le siguieron todos los grandes: duques, condes, vizcondes, comendadores, alto clero..., en fin, todos rindieron homenaje finalmente a mi hermano. Aunque la actitud de Zumel sirvió para que Carlos tuviera que aceptar ochenta y ocho peticiones, entre las que figuraban que a nuestra madre se le diera un trato adecuado, que Carlos casase cuanto antes, que los cargos de la casa real fueran ocupados solo por españoles, que no se sacase dinero de España, y que el rey se sirviese hablar en castellano para que le entendieran sus leales súbditos, además de que se repoblaran de árboles los montes. Cuando llegó el turno a la petición de no dar cargos a extranjeros, Zumel se atrevió de nuevo a tomar la palabra y pidió al rey que lo hiciera explícitamente. Carlos, un tanto desencajado, dijo:

—Esto juro.

El número trece de los capítulos que juró el rey debió tocar la fibra más sensible de Íñigo: «Otro sí, suplicamos a vuestra alteza no permita que Arévalo y Olmedo salgan de la corona real». Algo que Carlos cumplió, como ya conté, disponiendo que volvieran «cuando la reina muriese», decisión que cambiaría por miedo a que se la arrebatara los comuneros, por lo que Arévalo y las demás villas nunca, ni siquiera temporalmente, pasaron a poder de doña Germana de Foix.

Todos estos acontecimientos se fijaron imborrablemente en las pupilas de Íñigo, que callejeaba por aquel Valladolid en fiestas, invadido por lo más granado de la época, en el que se cruzaban castellanos y flamencos y corría el buen vino y los ininterrumpidos banquetes. Un día se tropezó en la calle con una cara familiar.

—¡Martín! ¿Vos aquí? ¿Cuándo llegasteis?

–¡Íñigo!

–¿Qué os ha traído a Valladolid?

–Mi voluntad de asegurar el poder y riqueza de nuestra estirpe. A fundar mayorazgo en mi hijo Beltrán, para lo que es imprescindible autorización real.

–¿Acaso pediréis audiencia al joven rey?

–No osaría –sonrió el hermano mayor de Íñigo–. He hablado ya con nuestro buen amigo y vuestro señor, el duque de Nájera. Manrique de Lara me ha prometido que intercederá por mí.

Parecía que todos se estaban dando cita en la capital de Castilla. ¿Quién me iba a decir entonces que yo también iba a encontrarme con Íñigo en Valladolid? Porque Carlos dio finalmente su consentimiento y con el mayor sigilo se preparó mi «rpto» en plena regla. Días antes Beltrán Plomont, que era otro flamenco ayudante de cámara de mi madre, vino a darme cuenta de los preparativos. Yo no podía dejar de sentir dentro de mí la lucha interna que he relatado: deseos de vivir la vida de la corte junto a los de no hacer daño a mi madre.

–Estad preparada, pues, para la noche del doce al trece de marzo –me anunció Plomont.

La dificultad radicaba en que, como yo vivía al lado de mi madre, no se podía entrar o salir de mi aposento sin pasar antes por la cámara de la reina. Pero Beltrán había inspeccionado todo con sumo cuidado. Sabía que una pared de mi alcoba, que daba al pasillo, no era muy gruesa. Así que cubrió esa pared por ambos lados con tapices y telas para atemperar los golpes.

La tarde anterior, cuando las habituales sombras cayeron sobre el castillo, acentuando su lóbrego silencio, oí cerca unas leves pisadas y unos cuchicheos.

–¡No temas, somos nosotros! –dijo Beltrán en un susurro.

A los pocos minutos unos sordos golpes abrieron el agujero, que no habría de ser muy grande para que pasara mi ligero cuerpo adolescente. Al día siguiente, llegada la medianoche yo dormía profundamente. Beltrán se deslizó por el agujero empuñando una antorcha. Para evitar que me sobresaltara, despertó a mi camarera, que descansaba

también en la habitación. Ella a su vez lo hizo conmigo suavemente, tocándome en el brazo.

—Nos vamos, señora.

—¿Os he entendido bien, Beltrán? —pregunté—. ¿Y qué dirá la reina, mi madre, cuando sepa que ya no estoy aquí? ¿No sería mejor que yo me quedase cerca, alojada en alguna casa conocida para ver cómo reacciona la reina? Si se conforma, podríamos darle la disculpa de que los médicos han dispuesto que yo cambie de aires para volver luego en su compañía.

—¡Disculpad, señora, pero las órdenes del rey son terminantes! —respondió Beltrán—. ¡No perdamos más tiempo!

Mientras me vestía, no pude evitar que los ojos se me llenaran de lágrimas. Después de tantos años no iba a decir adiós a mi querida madre.

Salimos de la alcoba por el agujero del tabique y, abandonando sin hacer ruido la parte más noble del castillo, bajamos las escaleras apresuradamente, mientras advertía con sorpresa que la guardia, previamente alertada, nos abría el paso sin inmutarse. Pronto vi la luz de la Luna que se reflejaba con palidez mortal sobre el río. Volví la cabeza atrás. El castillo parecía un gran animal dormido. Estaba de tal forma ligado a mi vida, que presentí que tarde o temprano volvería a él. Aquella sombra negra y sin embargo querida era como un símbolo asociado a la tristeza de mi madre y de toda mi vida. Cuando atravesamos el puente, me quedé atónita. Al otro lado un ayudante de Leonor, el señor de Trazegnies, esperaba con una escolta nada menos que de doscientos gentileshombres a caballo. También me esperaban algunas damas de honor de mi hermana, que me recibieron con una sonrisa y me mostraron una litera cubierta.

—Vamos, señora, subid presto, que ahí iréis cómoda. ¡Partamos! —ordenó el caballero de Trazegnies.

Mi excitación hizo que el viaje se me hiciera corto. Valladolid dormía cuando entramos, aunque, como estaba en fiestas, no faltaban trasnochadores que abrían paso a la comitiva, que se dirigió directamente al palacio de mi hermana. Allí me tenían preparado un bellissimo vestido de satén color violeta recamado de oro, que jamás antes había vestido en mi vida y adornaron mi cabeza a la usanza de Castilla. El señor de

Trazegnies me asió de una mano, y madame de Chièvres de la otra, mientras doña Ana de Beaumont sostenía la cola. No olvidaré nunca la risa abierta en el rostro de Leonor cuando me abrazó así ataviada.

—¡Ahora sí sois una infanta de Castilla!

Al día siguiente la noticia corrió como un rayo por todo Valladolid. Mi llegada redobló la alegría de las fiestas. El catorce de marzo se celebraba un gran torneo en la plaza Mayor. Cincuenta caballeros españoles y flamencos, puestos en dos hileras de veinticinco se apostaron en los extremos de la plaza entre el clamor de las gentes, enfundados en refulgentes armaduras. Tras los primeros enfrentamientos *more belgico*, lo cual quería decir que eran justas de sangrienta ferocidad, una ovación se levantó entre contendientes y espectadores.

—¡El rey! —gritaron algunos—. ¡El rey en persona!

Carlos iba en todo su esplendor. El aderezo que el rey sacó sobre las armas y cubiertas del caballo era de terciopelo y raso blanco, bordado y recamado de oro y plata, sembrado además de mucha pedrería. El pueblo vociferaba al ver a su nuevo monarca armado de pies a cabeza, como observarían asombrados los cronistas del evento.

Luego, Carlos se sentó junto a Fernando. A entrambos lados, Leonor y yo le recibimos con aplausos. Poco después los jinetes reemprendieron el torneo. De pronto y detrás del duque de Nájera, que pasaba ante la tribuna a rendirnos pleitesía y brindarnos sus justas, vi a un caballero vestido de azul que me resultaba familiar. Cuando se acercó, sentí que el corazón iba a salirseme del cuerpo. No lo podía creer: no se equivocaban mis ojos. Era él. ¡Era Íñigo!

Me sonrió y yo le devolví la sonrisa. Tenía entonces yo solo catorce años, una edad casadera para nuestras costumbres y está mal que lo diga, pero tan joven, delgada y vestida con aquellas galas, que realzaban mis cabellos rubios, otros escribirían de mí que era «la más gentil y linda dama que hay en el mundo». No sé si exageraban, pero yo así me sentía por dentro. No pude contenerme y aunque nadie lo advirtió alcé mi pañuelo a la vista de Íñigo como en señal de nombrarle mi caballero, mientras este rindió su lanza e inclinó su cabeza ante mí. Fue un instante eterno que no olvidaré jamás. Pájaros multicolores despertaban en mi mente. Sentí, como ya lo había experimentado en

nuestros fugaces encuentros de Tordesillas cuando todavía era una niña, que para siempre yo sería su dama y él mi caballero andante.

Luego supe que algo parecido debió sucederle a él, porque más tarde cuando se recuperaba en su casa solariega de Loyola en el espeso tiempo del dolor volvía una y otra vez a pensar en los años pasados en Castilla evocando durante «dos y tres y cuatro horas sin sentirlos» –escribiría– estos sueños de una dama que habitaba en su corazón «imaginando lo que había de hacer en servicio de dicha señora, los medios que tomaría para poder ir a la tierra donde ella estaba, los mores, las palabras que le diría, los hechos de armas que haría en su servicio. Y estaba con esto tan envanecido, que no miraba cuán imposible era poderlo alcanzar; porque la señora no era de vulgar nobleza: no condesa, ni duquesa, mas era su estado más alto que ninguno de estas». Solo le faltó escribir un nombre: Catalina, hija de la reina de Castilla y hermana del emperador Carlos V, encerrada en un inexpugnable castillo como la Oriana de Amadís.

Luego Carlos celebró un fastuoso banquete al que invitó a todos los caballeros de la corte y al que siguieron grandes saraos. Es más, dejó claro que corría con el gasto, una escalofriante suma que alcanzó los cuarenta mil ducados.

Estaba yo feliz, aunque un poco aturrida por el contraste entre el esplendor de aquellas fiestas y mi retiro de Tordesillas. Era tanto como sacar de pronto a una monja de clausura y descolgarla en medio de un mercado o plaza de toros. Además, en el fondo no las tenía todas conmigo, pensando en cómo mientras tanto se encontraría mi querida madre.

Pronto llegaron noticias de Tordesillas a través de don Beltrán Plomont, el mismo caballero que había organizado mi rapto. Al día siguiente de mi partida mi madre, sorprendida de mi ausencia, mandó buscarme por todo el castillo. Aún más, ella misma examinó personalmente salones, pasillos y estancias. Al llegar a mi cuarto, descubrió finalmente el agujero de la fuga. Imaginó al verlo que por allí algunos malhechores habrían raptado a su hija. Entonces se recrudeció su locura. Recorría de un ala a otra todo el castillo gritando y gimiendo desgredada como una posesa:

–¡Malhaya esos bandidos que me han arrebatado a mi hija! ¿Acaso no soy la reina de Castilla? ¡A mí la guardia! ¿Dónde están mis ejércitos? ¡Ni comeré bocado ni beberé agua hasta que me devuelvan a mi hija!

Avisado don Beltrán, acudió en seguida al quite:

–No os angustíéis, señora, que en cuanto el rey sepa lo sucedido, seguro que mandará pesquisar todo el reino hasta devolveros sana y salva a la infanta.

Pero la reina iba de mal en peor. A su ayuno voluntario se sumó una tristeza depresiva que le impedía hablar con persona viviente. Preocupado, Plomont pensó que debía saberlo el rey y, transcurridos dos días sin que cambiara la situación, saltó a su caballo y alcanzó al galope Valladolid sin parar hasta entrevistarse personalmente con mi hermano.

Carlos no ocultó su preocupación, no solo por la postración de su madre, sino además porque eso podía modificar sus planes, habida cuenta de que a él y a sus consejeros, por los que respiraba, les convenía que la reina estuviera tranquila y sin abandonar las murallas de Tordesillas. De modo que me llamó inmediatamente a su presencia.

–Supongo, Catalina, que estáis informada de lo ocurrido a nuestra madre. Como vos misma suponíais, no puede vivir sin vos. Es preciso que volváis a su lado.

–Sea como vos queréis –contesté sin inmutarme.

Solo tres días había saboreado aquella vida de lujo y diversión. Era como si me hubiera asomado por un momento a una de esas troneras del castillo desde las que se veía brillar al sol el paisaje de afuera. Carlos quedó sorprendido ante mi serenidad, que atribuía a una precoz madurez.

–Yo os acompañaré a Tordesillas –me dijo, disimulando el ceceo que le provocaba su labio inferior.

Y así lo hizo. Durante el viaje de vuelta íbamos en silencio. Yo rumiaba en mi interior las sensaciones vividas en aquellos días, sobre todo la sonrisa de mi caballero, que cada vez intuía como más ideal y más andante, tan lejano a mí como yo de él en la vida real.

A nuestra madre le brillaron los ojos de júbilo cuando me recuperó y nunca olvidaré la ternura y la fuerza de su abrazo. Carlos le habló sin rodeos:

–He de confesaros, mi reina, señora y querida madre, que yo ordené personalmente la salida del castillo de doña Catalina.

Al percibir el gesto de entre extrañeza y cólera que se apuntaba en las cejas de la reina, Carlos se inventó una explicación sobre la marcha:

–Lo hice, madre, porque no podía desatender las continuas protestas de los grandes, que no ocultaban su descontento por la reclusión de la infanta, sin ver a nadie ni disfrutar del menor recreo. Con objeto de evitar más murmuraciones, he resuelto, si así os place, organizar vuestra casa de modo que vengan aquí jóvenes de ambos sexos, que hagan compañía a Catalina y le permitan esparcirse sanamente, así como, cuando el tiempo lo permita, salir al campo y respirar aire puro.

Mi madre, feliz con mi vuelta, no puso reparo alguno. Fue entonces cuando Carlos nombró a don Bernardo de Sandoval, marqués de Denia y conde de Lerma, mayordomo, guarda y curador de la reina, además de alcaide del castillo y gobernador de la villa. Entre los muchachos que vinieron a hacerme compañía se presentó uno muy especial. Llegaría a ser un personaje de la historia de España y un íntimo amigo y hasta sucesor de Íñigo. Hijo de Juan de Borja, tercer duque de Gandía y de Juana de Aragón, era por línea paterna nada menos que bisnieto de un papa, el famoso Alejandro VI, y por parte de madre de mi propio abuelo Fernando. Francisco de Borja venía de Zaragoza donde estaba recibiendo su primera educación en las letras, también en la música –ya empezaba a tocar hábilmente– y por supuesto en las armas. Permaneció en nuestra corte hasta el momento en que yo abandoné el castillo.

Reconozco que soy y he sido una persona tranquila y dicen que madura y de buen contentar, aunque muchas veces me he preguntado por qué el rey no saltó por encima de intereses y consejeros y se llevó a su madre y a su hermana consigo, como corresponde a cualquier buen hijo. Pero la vida me ha demostrado que en tratándose de reyes y gobernantes no hay ni madre, ni hijos, ni afectos que puedan con las razones de Estado. Así lo probaría yo el resto de mi vida, posponiendo mis deseos y sueños a otros designios superiores. Cuando vi a Carlos volver grupas a Tordesillas, comprendí que, tras probar las mieles de la libertad, aunque un tanto aliviada mi vida retornaba a ser lo que había sido siempre desde que salí del seno enlutado de mi madre, una reclusión y un misterio de silencio. Con un consuelo: que ahora había sido yo misma la que había

tomado la decisión y elegido tal vida por amor a mi madre. Eso me reconfortaba, me convertía prematuramente en adulta y me decía por dentro que uno en este mundo solo crece cuando en verdad comienza a sentir el gozo y sufrimiento del amor. Así que, asomada a mi ventana recuperé mi paisaje desde una nueva serenidad y una luminosa imagen en la memoria para alimentar mis sueños, la de Íñigo sonriendo y peleando por mí en las inolvidables justas en las Cortes de Valladolid. Luego, cayó una vez más la noche con un fondo de murmullos inconexos que venían de la alcoba contigua. Era mi madre, que repetía «¡Felipe, Felipe!», y, más allá, otra vez el monótono santo y seña de la guardia desde las almenas.

Solo me angustiaba a veces el recurrente y triste pensamiento de dónde estaría ahora él, si comiendo, si bebiendo, si cabalgando o quién sabe si entregado a qué amores, qué fiesta o qué hecho de armas.

6.

Con las huestes reales

Dicen que el silencio y la concentración agudizan los poderes de la mente y abren la intuición para adivinar o presentir los acontecimientos. Mi regreso al castillo avivó de nuevo esas facultades dormidas de las que ya gozaba en gran parte como mujer y además mujer enamorada, capaz de captar las vibraciones de la persona amada por lejos que se encuentre. En el silencio de los pasadizos del viejo baluarte, sus enormes salas y la quietud de sus almenas se despertaban mis presentimientos y viajaba mi imaginación volandera.

Desde que doña María de Velasco vino a vivir con nosotras conocía punto por punto las aventuras y desventuras de Íñigo, ya que la viuda del contador Velázquez poseía aún su casa de Valladolid, en donde pasaba temporadas dedicadas a arreglar sus asuntos y recibir visitas de sus amistades, aunque estas, como suele acontecer, menguaron con los infortunios y desgracias.

Mis hermanos, Carlos y Fernando, habían dejado Valladolid a finales de marzo, camino de Aranda, donde se despidieron. El dulce Fernando tenía que partir para Laredo y embarcar allí para los Países Bajos. No imaginaban ninguno de los dos entonces que tardarían años en volver a verse. Carlos se encaminó entonces hacia Zaragoza con cierta inquietud: se había corrido el rumor de que don Alonso, arzobispo de Zaragoza e hijo natural de mi abuelo Fernando, por lo tanto tío natural mío, quería alzarse con el poder. Pese a que el arzobispo había asegurado fidelidad «fasta derramar la sangre y perder la vida», Carlos no debía estar muy convencido, porque le prohibió que viniera a visitar a mi madre, medida que le agravió sobremanera. Desde luego ese repentino cariño por su hermanastra doña Juana resultaba sospechoso. Por cierto que el bufón Francesillo contaba una divertida anécdota por aquellos días en que Carlos juró en la iglesia colegial

de Calatayud los fueros de la ciudad. Relata que «el rey iba descuidado con la boca abierta, y llegó a él un villano y le dijo: “Nuestro señor, cerrad la boca; moscas deste reino son traviesas”». Más tarde, mi hermano consiguió disimular aquel desajuste de sus maxilares con una poblada y cerrada barba.

No fue Carlos, que iba con mi hermana Leonor y Germana de Foix, mal acogido por el pueblo aragonés en un principio, lo que le hizo creer que iba a ser fácil conseguir el juramento de aquellas cortes. Pero pronto pudo comprobar por sí mismo la famosa tozudez de los aragoneses, que se empeñaban en defender sus privilegios. Estaban remisos a jurarle porque decían que, mientras doña Juana viviera, era ella la reina y que debían jurar a Fernando como príncipe heredero; aunque acabaron finalmente por aceptarle como nuevo rey conjuntamente con mi madre y sin aflojar mucho la bolsa. Le concedieron menos de la mitad de lo que le dio Castilla: doscientos mil ducados, y eso a condición de que se pagaran para las deudas de la corona y de ninguna manera fueran a manos de los extranjeros.

He de añadir que aquellos fueron unos meses ajetreídos para mi hermano. En poco tiempo se le murió su consejero Sauvage; Luisa Claudia, la hija del rey francés Francisco I, con la que se iba a casar Carlos, falleció también de repente; el rey don Manuel el Afortunado de Portugal cursó su petición de casarse con Leonor, que lo haría por poderes en junio de aquel año de 1518, y casi al mismo tiempo llegó la noticia de cuán enfermo se hallaba el emperador Maximiliano, lo que aproximaba el momento en que quedaría vacante la corona del imperio y la consiguiente disputa por ella entre los reyes de Francia, Inglaterra y mi hermano. Supe que Íñigo había seguido de cerca todas estas vicisitudes, porque acompañó en todo momento al duque de Nájera que figuraba entre los castellanos que escoltaban al monarca. Por cierto que no faltó algún encontronazo entre ambas noblezas, porque al castellano conde de Benavente se le ocurrió decir al rey que, si se lo permitía, él «traería a la melena» a los ariscos aragoneses. Pese a que mi hermano no concedió el permiso, los de Benavente y los de Aranda se enfrentaron en las calles de Zaragoza. Menos mal que llegó a tiempo el arzobispo y los separó, no sin que veinte contendientes resultaran heridos en la reyerta.

Todas estas noticias llegaban con retraso y a veces con sordina a Tordesillas y por supuesto a mi madre todos se las ocultaban con tanto mayor ahínco cuanto conocían su situación y los intereses de Estado.

Uno de aquellos días, avanzado ya diciembre, peinaba con mimo una camarera mi reluciente cabellera rubia, de la que yo presumía tan orgullosa, cuando doña María de Velasco entró súbitamente en mi alcoba:

–¡Buenos días, alteza! ¿Podemos conversar a solas?

Salió la camarera, mientras yo sonreía a doña María sujetándome el pelo. Una luz lechosa de cielo nubladamente lívido bañaba la estancia, dándole una apariencia casi irreal.

–¡Tengo noticias de Íñigo! –dijo con voz queda–. No os preocupéis, pero dado vuestro interés por nuestro antiguo y querido paje, creo que debo contároslo. ¡Me dijeron ayer en Valladolid que hay un gallego que le sigue los pasos donde quiera que va para darle muerte!

–¿Qué me decís? –respondí angustiada.

–Como os cuento. ¡Ese hombre le ha seguido hasta Zaragoza! Se llama Francisco de Oya y es criado de la condesa de Camiña. Va como un poseso diciendo por ahí que le ha de matar, e Íñigo ha escrito a su alteza real solicitando licencia para traer armas para guarda y defensa de su persona. La concesión real ha sido inmediata y sin limitación de tiempo.

–¿Y sabéis por qué le quieren matar? –pregunté temblorosa.

–Me ha contado el corregidor, que era amigo de mi marido, que detrás del tal Hoyos hay una mujer que le da dineros para que busque la manera de herirlo o acabar con él. La autorización que Íñigo finalmente ha conseguido lleva, por lo visto, firma del arzobispo de Granada, como presidente, y de otros altos miembros del Consejo.

Me quedé muda. Evidentemente Íñigo, que se perdía por unas faldas, se había metido en otro buen lío, donde los celos de una mujer seguramente andaban por medio. ¡Ay mi caballero azul, mi desfacedor de entuertos, jinete de mis sueños! ¿Por qué me hacíais sufrir de esta manera? ¿Era la culpa de vuestra gallarda figura y aquellos bucles rubios que vi reverberar al sol en la plaza de Valladolid durante las justas? ¿O es que alguien os había jugado una mala pasada? De todas formas, la familia de los condes de Camiña era famosa por los conflictos y violencias en que estaban implicados por aquellos años. Aunque de lo que no me cabía duda es de que mi caballero tenía ya en su

haber no escasas conquistas amorosas y quién sabe si no varios maridos burlados, con los que habría estado a punto de cruzar su espada. Pero el dato incontestable es que las mujeres le metían en problemas al guipuzcoano, y me parece que las principales aventuras traían cola de los tiempos en que estaba con el contador en Arévalo.

Lo que me extraña es que pidiera permiso para llevar armas, pues antes las había sacado con bastante facilidad. Años después me contaría un hijo del duque de Nájera: «Yo vi a Íñigo por estos ojos en Pamplona, que, porque iba por una calle una hila de hombres, y toparon con él, y le arrimaron a la pared, echó mano a la espada y dio tras ellos una calle abajo, que, si no hubiera quien le detuviera, o matar algunos de ellos o le mataran». Eran tiempos en que Pamplona ardía con los partidarios de Enrique de Albret.

Todo esto me preocupaba seriamente y a veces incluso perturbaba mis sueños. Pero pronto se desarrollaron en el castillo acontecimientos que me impidieron hundirme por más tiempo en mis cavilaciones. Después de que Carlos entró en Barcelona y tras porfiar con los catalanes durante veinte días porque no querían jurar, apoyándose en la tesis de siempre –que mi madre la reina estaba viva–, consiguió también la pleitesía de aquellas cortes, que solo le dieron cien ducados. Los saraos, banquetes y torneos que se celebraron después empalidecieron ante la noticia, llegada en mayo de 1519, de que el abuelo Maximiliano, rey de los romanos, había muerto. Era tanto como decir que el imperio quedaba vacante y que solo había dos candidatos para disputárselo: mi hermano y Francisco I.

Carlos se apresuró a enviar sus agentes a los príncipes electores, que tenían potestad para elegir al emperador, con bolsas bien provistas de ducados, para doblegar sus voluntades. Su oponente, Francisco I, había hecho lo mismo, a ver quién podía más. Hasta Enrique VIII de Inglaterra quiso pujar en aquella carrera por el poder, pero no tenía ni dinero ni prestigio para ser tomado en serio. Y el propio papa León X se inventó otro candidato, Federico de Sajonia, que con inteligencia anunció que él lo tenía claro: votaría por Carlos.

Mi hermano se enteró de que había sido elegido al regreso de una romería por Montserrat. Y al saberlo, Barcelona estalló en fiestas, convertida en aquellos días en capital de la cristiandad. De allí Carlos regresó a Valladolid, en vez de pasar por Valencia, como al principio tenía decidido para ser jurado en aquella ciudad. El gesto fue

interpretado por mucha gente como que mi hermano posponía a España por el imperio. Esto y el mal ambiente creado por los flamencos que seguían esquilmando nuestras arrecidas arcas despertaban las iras y encendía ya a la rebelión.

—¡Se han levantado en armas los valencianos! —corrió en seguida como la pólvora la noticia—. ¡Nada más llegar a Valladolid, el rey ha pedido a Chièvres que saque de las arcas de Castilla trescientos cuentos de maravedíes para financiar su viaje a Alemania!

El día cinco de marzo un capitán, recién llegado de Valladolid, me contó muy alterado:

—Corren negros rumores por la ciudad. Dicen que, además del dinero, vuestro hermano quiere llevarse fuera del reino a la reina mi señora y, como el vulgo cree fácilmente lo que oye, las gentes andan soliviantadas por calles y corrillos. El otro día, un cordonero, de nación portugués, se atrevió a subir a la torre de San Miguel y a tañer la campana llamada del consejo, que, como sabéis, solo se tañe en tiempos de guerra y rebatos. Y, en cuanto el pueblo lo oyó, sin saber para qué, tomaron las armas y juntaron hasta cinco mil hombres de la calle que gritaban: «¡Matemos a Chièvres y a todos los flamencos!»». Dicen que el obispo de Osma, don Alonso Enríquez, le advirtió al consejero lo que se le venía encima, pero que este no lo quiso creer. Mas, cuando sintió el alboroto y ruido de armas, se le acercó don Pedro Portacarrero y le dijo: «Señor, no es tiempo de que os pongáis en consulta, que andan públicamente gritando por las calles: “¡Viva el rey don Carlos y mueran sus malos consejeros!”». Chièvres y los flamencos advirtieron en seguida que la cosa iba en serio. Así que el rey y los suyos se han dado prisa por abandonar Valladolid. Salieron con tanta oscuridad y llovía de tal manera que parecía, señora mía, un mal presagio para Castilla. Añadiré que parte del populacho se había guarecido de la lluvia bajo el arco de la puerta, en la muralla de la ciudad. Y al advertir que se aproximaba el rey, la gente pretendió cerrar la puerta. Ambos bandos vinieron a las manos y la guardia real tuvo que acudir a sus armas para abrir paso. Yo me he adelantado a uña de caballo para advertiros ¡Deben de estar a punto de llegar!

En efecto no tardaron una hora en presentarse en Tordesillas. Venían calados hasta los huesos. ¡Qué contraste y humillación ver a mi hermano, que acababa de ser nombrado el hombre más poderoso de la cristiandad, entrar por las puertas del castillo de

su madre hecho una sopa y literalmente huido de Valladolid como si fuera un malhechor!

—¿Dónde está la reina, mi madre y señora? —dijo secándose el rostro.

Fue como un suspiro, porque Carlos estuvo muy poco tiempo con nosotras. Un día, lo justo para abrazar a su madre y partir para Villalpando, donde recibió a comisionados de Toledo y Salamanca, que venían a exigir al rey que cumpliera las condiciones de la carta de Toledo. Mi hermano contestó con evasivas dilatorias y con que todo se vería en las cortes convocadas en Santiago de Compostela. Mientras se dirigía a Galicia, Chièvres ya había dado órdenes a un obispo, que era muy aficionado a las cosas del mar, pese a ser titular de Burgos, que preparara una flota para zarpar en el puerto de La Coruña. De hecho, el emperador estuvo solo cuatro días en Santiago y trasladó enseguida las cortes a La Coruña. ¡No disimulaba las ganas de irse! Me contaron que fue muy sonado el discurso del obispo de Badajoz, Ruiz de la Mota, sobre la idea del imperio y de que España fuera el corazón de esa cristiandad. Pero yo ya le había oído a mi hermano hablar de su proyecto de un gobierno de las naciones cristianas y, pese a su juventud, tenía las ideas muy claras. El caso es que el domingo veinte de mayo, Carlos, antes de que amaneciese confesó, oyó misa, recibió el santísimo sacramento y se fue a embarcar entre música, ministriles y clarines, dando velas al viento con gran regocijo y dejándonos en una situación límite, bajo la regencia de su ex preceptor, el cardenal Adriano de Utrecht.

Fue marcharse Carlos y la sublevación de los nobles que ya había comenzado en Valencia con las Germanías empezó a estallar en Castilla con mucho ruido. Cada día nos llegaban noticias de nuevos rebeldes. Primero de Segovia, donde fue asesinado el procurador en cortes Rodrigo de Tordesillas, por considerarlo representante del rey. Luego, Toledo, cuyo regidor, Juan de Padilla, proclamó la ciudad como comunidad independiente del poder central y del regente Adriano. En fin, aquel caliente verano de 1520 no parábamos de sufrir sobresaltos.

—A Toledo, señora, se han unido ya Zamora, Guadalajara, Soria, Valladolid, Toro, Madrid, Ávila, Burgos, Palencia y más allá del Duero, Cáceres, Badajoz, Sevilla, Jaén, Úbeda y Baeza. Media España está soliviantada contra los flamencos.

En Toledo precisamente —me contó el famoso Florián que aún pretendía ser alcaide del castillo— corrió la voz de que Padilla, que era hijo del adelantado mayor de Castilla,

iba a ser preso. Dicen que el pueblo saltó como una fiera vulnerada y que la gente gritaba enardecida: «¡Viva Carlos y muera Chièvres!». En Segovia, después del asesinato del procurador, el regente Adriano mandó tropas contra los zamoranos, que tuvieron que enfrentarse a las huestes de Juan Bravo, jefe de los comuneros segovianos, engrosadas con las toledanas de Padilla. Las mesnadas de Adriano tuvieron que huir ante el descalabro que sufrieron, pero el 21 de agosto vino la venganza con el saqueo y feroz incendio de Medina del Campo y todas las riquezas de tan famosa villa y enclave comercial. ¡Todo sucedía a un paso de Tordesillas! Los mejores paños y brocados, los talleres de los más finos orfebres y joyeros del reino se convirtieron en suspiros de humo e inmensa hoguera. Novecientas casas fueron destruidas hasta los cimientos. Adriano no sabía qué hacer. Hasta creo que publicó cartas apócrifas del rey para aquietar a los rebeldes.

Las noticias eran confusas. Aunque muy pronto supimos que los comuneros se habían dado cuenta de que su movimiento tenía que estar unido, por lo que se reunieron en la catedral de Ávila para deliberar sobre sus planes. Bajo las bóvedas de aquel templo con sabor a fortaleza se hallaban representadas todas las instancias de la sociedad: clero, caballeros, nobles y ciudades, que crearon la Junta Santa y nombraron capitán general de las fuerzas comuneras a Juan de Padilla. La Junta además se apresuró a hacer público su propósito de ponerse al servicio de la reina.

Así las cosas pronto comencé a sentir más cerca el fragor de aquella revuelta. Los del otro bando, el obispo Rojas, presidente del Consejo de Castilla, y algunos miembros del mismo se presentaron un buen día haciendo mucho ruido en Tordesillas a entrevistarse con mi madre, pues querían obtener de ella algunas provisiones contra los comuneros. Precisamente doña Juana, mi señora y reina, acababa de salir de una violenta escena con el marqués de Denia. Mi madre, la verdad, no había pedido nada del otro mundo. Se había limitado a solicitar que se le abriera una parte cerrada del pasillo en que se hallaba el altar, y su carcelero, ya que Denia no merecía otro nombre, se lo había negado alegando que la cosa no tenía objeto. Entonces, en un acceso de rabia impotente, llenó al marqués de insultos e improperios. Y he aquí que el presidente del Consejo en persona pidió audiencia a una mujer que no tenía autoridad para abrir una puerta en un pasillo. Me sorprendió cómo se creció, tomó empaque de reina en aquel periodo y con lucidez supo contestarles:

–Quince años hace que no tratan bien a mi persona, y el marqués de Denia es el primero que me ha mentido.

Denia se puso pálido y, tartamudeando, le contestó:

–Verdad es, señora, que os he mentido; pero helo hecho por quitaros algunas pasiones. Y hágoos saber ahora que vuestro padre es muerto y yo lo enterré.

Menuda forma de darle, después de tantos años de silencio, la luctuosa noticia. Un velo de tristeza y congoja cubrió el rostro de mi madre, que se dirigió al presidente Rojas,

–Obispo: creedme que cuanto veo y me dicen me parece sueño.

Rojas se apresuró a aprovechar aquella ocasión.

–Señora, en firmar hará vuestra alteza más milagro que hizo san Francisco, porque después de Dios en vuestras manos está el remedio de estos reinos.

–Descansad ahora –respondió mi madre– y volved otro día.

De esta manera se los quitó de encima, que mi madre, repito, cuando quería estaba bien cuerda. Los consejeros se retiraron y, al volver días después advirtieron que en el salón de la reina no había donde sentarse. El presidente se dirigió entonces a doña Juana:

–Señora: el Consejo no ha de estar de esta manera.

–Traigan donde se sienten los del Consejo –asintió ella. Pero al ver que traían sillas exclamó:

–No sillas, sino banco, porque así se hacía en vida de la reina, mi señora y madre; y al obispo denle silla.

Que para eso era obispo.

El caso es que la entrevista duró largo rato. Luego la reina despachó a los del Consejo a que volvieran a Valladolid y estudiaran allí, con ayuda de los otros consejeros, las provisiones que se habían de firmar. Ni la reina ni los del Consejo sabían que Valladolid por entonces era ya rebelde y había hecho causa común con los comuneros. Estos se apresuraron a escribir una carta al Consejo de Valladolid advirtiéndole que con

el fin de que la reina «no fuese tomada por manos de los tiranos destructores de estos reinos» venían a salvar a la reina a Tordesillas.

No olvidaré aquel veintinueve de agosto. Los centinelas advirtieron la presencia del ejército de los comuneros al atardecer que se extendía en lontananza como una gran mancha de hormigas y que colmó pronto la vega del río y los alrededores de la fortaleza. Mandó don Juan de Padilla cargar dos cañones gruesos e hizo saber su venida a la reina y a la villa. Mi madre se puso sus mejores galas y ordenó que les salieran a recibir. Sonaron las salvas y los clarines hendieron su metálico grito en el aire limpio de Castilla. Lanzas, espadas, ballestas y arcabuces brillaban sobre el azul. Todos gritaban al mismo tiempo levantando sus armas. Vi desde el corredor del río cómo entraba Padilla rodeado de nuestra gente. Tras descansar, subió a ver a la reina. Me sorprendió que fue ella y no Denia la que autorizó oficialmente a entrar a los comuneros. Yo, por primera vez, la notaba contenta, quizás porque después de tantos años, la trataban como lo que era, la reina y legítima heredera de Castilla.

—¿Quién sois vos? —preguntó doña Juana.

—Juan de Padilla me llamo; hijo de Pedro López de Padilla, capitán general que fue de Castilla, y servidor de la reina doña Isabel, vuestra madre. Del mismo modo vengo yo ahora a servir a vuestra alteza con la gente de Toledo.

—¿Y qué os trae aquí, capitán?

—Hacer saber a vuestra alteza que, desde el fallecimiento del rey, vuestro padre, han ocurrido en Castilla muchos males, daños y disensiones por falta de gobernador, y que si bien ha venido a estos reinos vuestro hijo el rey don Carlos, su estancia en ellos ha sido muy breve y tras su marcha han quedado los pueblos tan alborotados que toda España está para abrasarse. Y con este fin vengo con la hueste de Toledo para servir a vuestra alteza. Ved pues lo que mandáis, que yo estoy presto a morir a vuestro servicio.

Mi madre no ocultó su sorpresa.

—Dieciséis años ha que estoy encerrada en una cámara guardada por el marqués de Denia y a fe que me maravilla oír tales nuevas; que si hubiera sabido la muerte del rey, mi padre, hubiera salido a remediar algo de esos males. Por tanto, id vos agora, que yo

os mando que tengáis el cargo y uséis el oficio de capitán general en el reino, y poned todo recaudo en las cosas que es menester hasta que yo prevea otra cosa.

Padilla quedó muy contento con la reacción de la reina y el ejército permaneció acampado en las inmediaciones de la villa. Luego mi madre presenció el desfile desde los corredores de Santa Clara y recibió pleitesía de todos los capitanes. Había recuperado un no sé qué de altanería y dignidad real. Se la veía contenta, excepto cuando uno le dijo aquello de que su hijo Carlos había cometido grandes desafueros con el Estado y sus vasallos. Entonces reaccionó violentamente y dijo que el príncipe no era culpable, pues era muchacho y que la culpa era del reino, que se lo había consentido. Así que dio autorización a la Junta para reunirse en Tordesillas. Esta proclamó que todos los procuradores del reino tenían que rendirles cuentas, bajo pena de vida.

El regente, cardenal Adriano, se apuró en extremo ante lo que se le venía encima y no sabía qué hacer para impedirlo. Pulsó voluntades y se encontró con que todo le fallaba. Así que le escribió una carta a Carlos muy pesimista. Le pedía por adelantado que perdonase a los conjurados para evitar mayores males y que evitase el envío que el rey pretendía de un ejército de tres mil alemanes a España por respeto al país. Terminaba contándole que muchos consejeros habían huido y los demás estaban atónitos para poder resolver.

¡Qué agitación mientras tanto en Tordesillas! Cumpliendo la orden de la reina, la Junta de las Comunidades se vino de Ávila a nuestra villa, mientras que sus enemigos corrieron la voz que la decisión de mi madre era inválida, pues estaba loca. Los de la Junta, para complacer a mi madre, pusieron en la calle a los marqueses de Denia, sin darle tan siquiera tiempo de llevarse sus pertenencias. En su lugar se nombró a Catalina de Figueroa, esposa de Quintanilla y a algunas mujeres del pueblo. Mientras, iba llegando a Tordesillas lo más florido del reino: clérigos, caballeros, gentes de pluma, además de capitanes famosos. Entre ellos el catedrático de Salamanca, doctor Zúñiga, que en una de las recepciones y ante notario puso a caldo «a aquella gente extranjera que vuestra alteza conoció mejor que nadie». Por primera vez tenía yo la sensación de vivir en el volcán de intrigas y decisiones de una verdadera corte. Mi madre estaba tan impresionada con lo que decía Zúñiga que en un momento de su discurso exclamó:

—Traíganme una almohada porque quiero oír despacio

Luego la reina intervino muy sosegadamente. Añadió que después de la muerte de su madre la Reina Católica siempre había obedecido al rey su padre y cuánto había sentido su muerte, pues su vida era más necesaria que la de ella. Que sentía mucho las mentiras y falsedades que le habían dicho, así como los males que habían venido de los extranjeros. Me impresionó oír de labios de aquella prisionera, que tanto había sufrido por el egoísmo y las ansias de poder, palabras tan sensatas.

—E yo tengo mucho amor a todas las gentes, e pésame mucho de cualquier mal o daño que hayan recibido, e porque siempre he tenido malas compañías e me han dicho falsedades e mentiras e me han traído en dobladuras, e yo quisiera en parte donde pudiera entender en las cosas que en mi fuese; pero, como el rey mi señor me puso aquí, no sé si a causa de aquella que entró en lugar de la reina mi señora o por consideraciones que su alteza sabría, no he podido más.

Luego pidió que se nombraran a cuatro de los más sabios para entender con ellos en todo lo que conviene. Fray Juan de Ávila, de la orden de san Francisco —su confesor, que ya era uno de los que estaban intrigando en la nueva camarilla de la reina—, propuso que las audiencias de los comisionados fueran cada semana. Pero mi madre, que ya no estaba dispuesta a recibir más órdenes de nadie, añadió: «Todas las veces que fuesen menester les hablaré». Y el doctor Zúñiga agradeció en nombre de todos. Padilla encerró en prisión a los miembros del Consejo Real, residentes en Valladolid, se apoderó de los libros de la contaduría y del sello real, y cuando volvió a Tordesillas para que la reina legitimara estos acuerdos, mi madre, como siempre, se negó a firmar papel alguno.

La situación dio un vuelco cuando Carlos nombró corregentes al almirante y al condestable de Castilla. Hasta el momento los grandes del reino habían permanecido neutrales. Pero cuando vieron que los comuneros pretendían revocar ciertos privilegios e imponer contribuciones sobre los bienes de la nobleza, empezaron a alinearse al lado de la corona. Sobre todo cuando los dos citados primeros grandes de Castilla fueron nombrados corregentes. Por su parte los comuneros, pese a todos sus intentos, no podían conseguir ni una sola firma de mi madre, mientras ella pedía continuamente que vinieran sus grandes. Pero, claro, estos no aparecían. ¿Qué hacer entonces? Mi madre no estaba tan loca como para no saber que aquellos capitanes no eran sus nobles. ¿Iba a entregar el reino a la burguesía frente a la nobleza? No era eso lo que había vivido en tiempos de mi

abuela la Reina Católica, que siempre estuvo rodeada de sus famosos y brillantes grandes.

Los comuneros entre tanto habían ideado una curiosa estratagema para poder publicar decretos en nombre de Juana. Exponían a la reina las leyes y medidas que creían conveniente; luego le preguntaban si estaba de acuerdo con lo propuesto y se publicaba el decreto en nombre de la reina. Una solución poco satisfactoria, pues iba siempre sin la firma real.

Cuando los comuneros insistían en que firmara, ella argüía que necesitaba deliberar con su Consejo Real como era costumbre en tiempos de su madre y enviaba mensajeros que Adriano interceptaba para que no llegaran a salir del castillo. Era del todo inútil que los comuneros entraran y salieran de su alcoba repitiéndoles que entre los consejeros se hallaban los principales culpables de la situación. Mi madre creía a pie juntillas en aquellos hombres en que confiaron sus padres.

Y cuando los comuneros intentaban acusar a su hijo Carlos de todos los males, ella les gritaba presa de cólera:

—¡No intentéis hacerme querellar con mi hijo! Que nada tengo que no sea también suyo.

A partir de ese momento mi reina y señora perdió toda la confianza en los comuneros y esperaba que acudieran sus grandes. A mí me parecía otra persona. Se le había despertado una rara inteligencia. Hasta conseguía entretener a los rebeldes con toda clase de argucias. Una vez se les quejó del trato que le daban las mujeres que la servían:

—Si despedís a todas esas inútiles, dentro de cuatro días consentiré en firmar. Al instante fueron despedidas todas las sirvientas, menos una criada. Pero pasados los cuatro días, mi madre declaró que los decretos no llevaban prisa y que su firma podía esperar. Soñaba por entonces con salir de Tordesillas y comprobar la situación de Castilla por sí misma.

En otra ocasión los comuneros acudieron al engaño. Una noche sonó la alarma dentro del castillo y se presentaron en el cuarto de la reina.

–¡Señora, el condestable está dentro de los muros de la villa, dispuesto al asalto! Debéis firmar de inmediato una orden conminándole a que deponga las armas.

–Decid al condestable en mi nombre que puede pasar tranquilo la noche y que mañana le recibiré en audiencia –contestó la reina tranquilamente, que por supuesto no firmó papel alguno ni por asomo.

La situación se iba tensando cada vez más, sobre todo cuando el gobierno empezó a procurarse dinero en el extranjero y reclutar tropas. Los comuneros no dudaron entonces en amenazarla directamente: que no le permitirían salir de palacio si no firmaba. Que la dejarían sin comer. No había manera. No firmaba. Entonces los comuneros anunciaron que la reina estaba enferma e incapaz de gobernar. Llamaron a médicos que la curaran y a clérigos para que la exorcizaran. Yo recordaba otros tiempos de acoso y angustia. Lo único que consiguieron fue asustar a doña Juana, que finalmente, como era lógico, cayó enferma de veras. Pasaba las noches sin poder dormir y los días sin probar bocado. Ahora el rumor era que la Junta tenía prisionera a la reina.

Al llegar a este punto la situación dio otro vuelco. Según la consigna de los grandes había llegado la hora de «liberar a la reina». Carlos escribe que no encuentra palabras para expresar su inquietud cuando piensa en la osadía y desvergüenza con que los rebeldes tratan a «nuestra señora» y a mí misma, «la serenísima infanta su hermana». El cardenal comenzaba ya a tener miedo de que mi madre pudiera morir y el condestable llamaba «soldadesca» a los comuneros, de la que había que rescatarla. Al mismo tiempo los rebeldes comenzaron a dividirse entre sí. La hegemonía de Toledo despertó celos entre los demás y la Junta dio el mando al grande andaluz don Pedro Girón, sin saber que al final les iba a traicionar. Al saberlo, Juan de Padilla se retiró a Toledo con sus tropas.

Girón salió con todo el ejército hacia Rioseco, donde se hallaban concentradas las tropas fieles a Carlos, pero en lugar de presentarles batalla mantuvo inactivas sus huestes y permitió que el enemigo saliera, sin ser molestado, camino de Tordesillas, donde solo había dejado una guarnición de dos mil hombres.

Tengo grabada en mis pupilas de adolescente aquellas épicas escenas. Las tropas reales, al mando del conde de Haro cayeron sobre Tordesillas el día cinco de diciembre de aquel memorable año de 1520. Los quietos paisajes de Tierra de Campos se convirtieron en nubes de polvo y fuego. Un destacamento de las tropas reales, con el

secretario del almirante a la cabeza, pabellón y dos cornetas, tomó la delantera pidiendo la rendición. Los comuneros demandaron tres cuartos de hora para rendirse, porque esperaban que les llegaran refuerzos por el puente. A un nuevo requerimiento de los asaltantes los rebeldes volvieron a dar largas. Entonces las fuerzas reales no esperaron más, abrieron un portillo en la muralla y un alférez del conde Alba de Liste logró encaramar una bandera en lo alto de ella. Los villanos de Tordesillas quemaban leña en el portillo para que no entraran los ejércitos del rey, pero estos agrandaron el agujero con picos y situaron escaleras para escalar el muro de piedra. Eran sobre las nueve de la noche cuando entraron las fuerzas del rey en Tordesillas y duró seis horas aquel combate, que conservo vivo en mi mente, como si acabara de ocurrir.

Los procuradores que estaban en la villa huyeron sin que los atacantes pudieran impedirselo, gracias al puente de la otra orilla, que seguía en poder de los comuneros. No obstante, trece miembros de la Junta Santa cayeron prisioneros. Entre los atacantes estaban casi todos los grandes de Castilla: el almirante, el conde de Benavente, el marqués de Astorga y muchos otros. No puedo dejar de señalar que se encontraba también el duque de Nájera y con él su gentilhombre Íñigo de Loyola, que pese a conservar un amargo sabor de la actuación de Carlos en Arévalo, era por principio fiel a su rey y a su inmediato señor el duque. ¿Pensaría él en el asalto a Tordesillas que venía a liberar a la señora de sus pensamientos? A mí, lo confieso, al verlo cubierto de polvo blandir su reluciente espada entre los atacantes me dio un vuelco el corazón. De algún modo se habían cumplido mis sueños, aunque, como diré, el envite de la realidad había también agujereado la ciudadela de los limpios ideales de la incauta adolescente.

Doña Juana, durante la batalla, mandó sacar del convento de las clarisas el ataúd de mi padre y tomó el cofre de sus joyas, encaminándose a la puerta. Yo creo que pretendía marcharse, porque me tenía muy sujeta de la mano. Pero los primeros caballeros que entraron en la villa, en cuanto la vieron, la condujeron sin dilación a su aposento. La reina recibió bien a sus grandes, manifestándoles que estaba maravillada de que no hubieran llegado antes. Mientras, el ejército entró a saco en la villa, incluyendo cosas de palacio, nuestros criados y hasta una vieja mula de mi propiedad, que no respetaron los soldados ni iglesias ni hospitales.

Mi madre en los días siguientes mejoró de humor, conversando indistintamente con el conde de Benavente y con el almirante, y yo me sentía insensatamente feliz de saber a

Íñigo en Tordesillas, aunque solo le pude ver una vez en que el duque de Nájera se sentó a departir con nosotras junto con sus hijos Juan y Rodrigo.

—¿Y qué os diré, señora infanta, de cómo sufrimos en nuestra propia casa la rebelión? Hace poco más de dos meses la ciudad de Nájera se levantó contra mí, mandaron a la horca a un criado mío y metieron en prisión a otros muchos. Los comuneros saquearon todo lo que encontraron y se hicieron fuertes en el castillo. Yo poco podía hacer, pues me hallaba en Pamplona, y determiné venir en persona a remediarlo con mi gente y con la que me envió el condestable de Navarra. Les advertí con una trompeta que se rindiesen, que les trataría con toda equidad. Pero no solo no quisieron sino que comenzaron a disparar su artillería hacia donde yo me encontraba. Incluso les mandé al corregidor de Logroño para que entraran en razón y decirles que serían perdonados, pero intentaron matarle. Así que no hubo otra manera que entrar en la ciudad por fuerza de las armas. Es verdad que no pude evitar el saqueo según uso de guerra, pero fueron reducidos sin muerte, aunque luego, claro, mandé ahorcar a cuatro de ellos.

Mientras el duque hablaba, el aire en la estancia era distinto. Yo sentía como si aletearan pequeños ángeles mudos entre nosotros dos. Crucé con Íñigo elocuentes miradas, como ya nuestros ojos en tan poco tiempo habían aprendido, y si estas pudieran hablar hubieran revelado inagotables discursos y preñados silencios. Supe entonces que había mucho más detrás de aquellos ojos de las turbadas imágenes que mis temores urdían. Barruntaba un mar profundo que al mismo tiempo me enamoraba y superaba todas mis intuiciones y sueños, algo que aún no había aflorado en aquel joven caballero y que me cautivaba aún más. No sabría expresarlo, quizás algo así como un fondo de inocencia, mezcla de orfandad y misterio, una rara sensación de que cuanto vivía no le hacía del todo mella en aquel lejano territorio de su interior todavía por explorar. Quise hablar con él, pero no pude; el protocolo me lo impedía. Eso sí, vine a enterarme, gracias a una dama que había conversado con uno de los hijos del duque, que Íñigo, cuando tomaron Nájera, luchó como un valiente y tuvo el buen gusto de no participar en el saqueo, juzgándolo «acción deshonrosa y poco digna de su persona». Tales fueron sus palabras, como un soplo de aire fresco entre las ambiciones y afiladas saetas de intrigas que ya sentía silbar junto a mis inexpertos oídos. También supe que, pese a todos sus

pecados de espada y faldas, nunca en su juventud había mentido ni blasfemado jamás, cosas inaceptables desde luego para un caballero que se preciara de tal.

He de confesar que tanto Íñigo como yo misma éramos entonces bien distintos de aquellos niños que se habían encontrado antes algunas veces, envueltos en la nube de un sueño. Él había sufrido algunos desengaños en Arévalo y ahora se le veía endurecido por la experiencia de la vida militar y las recientes batallas. Posiblemente también por algún desengaño amoroso. Yo había dejado de ser la chiquilla enclaustrada para tomar decisiones por mí misma y darme cuenta de mis responsabilidades. Los cambios vividos en Tordesillas y las intrigas de unos y otros cerca de mi madre me hicieron reflexionar, ya que a mí misma, pese a mi juventud, quisieron manipularme y por ello tuve que escribir, como contaré, a mi hermano Carlos, para dejar las cosas claras.

Así concluyó en Tordesillas el episodio de los comuneros, un periodo en el que nuestra villa y castillo casi fueron la capital del reino. Es verdad que todavía el intrépido Padilla obtuvo una resonante victoria en Torrelobatón, aunque pronto supo advertir que las fuerzas comuneras desfallecían por rivalidades y disensiones internas además de escasear de recursos. Al salir de Torrelobatón hacia Toro le alcanzaron las fuerzas del condestable en Villalar y vio bajo la lluvia a su ejército huir por tierras empantanadas. Padilla, junto con Maldonado y Bravo, serían condenados a muerte y degollados, cuando hubieran podido huir. Con el tiempo nos llegó el relato de su valerosa muerte. Cuentan que Padilla dijo en el cadalso: «No permita Dios que digan en Toledo y Valladolid las mujeres que traje a sus hijos y esposos a la matanza, y que después me salvé huyendo». Y, dirigiéndose a Juan Bravo, añadió: «Señor Juan Bravo: Ayer era día de pelear como caballeros, pero hoy no es sino de morir como cristianos». Pedro Girón, turbio personaje que fomentaba pillajes y asesinatos a sus tropas y jugaba a dos barajas, se libró de la quema, y el obispo de Zamora, Antonio Acuña, de la misma calaña, acabó encarcelado y ajusticiado en Simancas, por haber asesinado al alcaide de la prisión.

También a Íñigo le tocó luchar como un valiente contra los últimos brotes de la revuelta acompañando a Juan Esteban, el hijo mayor del duque, buen caballero, aunque mancebo, en la conquista para el rey de Salvatierra y en la batalla del puente de Durana, que acabó con los comuneros de Álava.

Algunos han dicho que simpaticé con los comuneros. No es cierto y así se lo escribí a Carlos para aclarar maledicencias de los Denia. Pero al cabo de los años debo confesar que es comprensible que aquel tiempo permanezca como un paréntesis relativamente feliz en nuestras vidas de encierro y obligado claustro, quizás por haber visto en él a mi madre ser y comportarse por única vez como reina. Desde entonces quedé convencida de que mi abuelo y hermano habían sido en gran medida responsables del agravamiento de su locura, alimentada por una leña que acrecentaba el incendio: su aislamiento y soledad.

¡Ah! ¿Recordáis a Flaviano de Bergenroth, el flamenco enamorado de Gertrudis Vercelli? Durante todo aquel tiempo siguió soñando con ser alcaide para conseguir la mano de su amada, a la que en 1520 dejó encinta. Mientras, Flaviano seguía intrigando cerca de Chièvres y luego del cardenal Adriano. Gertrudis hizo lo imposible para evitar que mi madre se enterara de su situación de buena esperanza. Pensaron en la posibilidad de huir juntos a las Indias o de casarse en secreto. Pero Gertrudis no imaginaba la posibilidad de contraer matrimonio sin la bendición de su reina. Cuando los comuneros se levantaron en armas, Flaviano intentó probar fortuna con estos adelantándose a entrevistarse con Padilla e informarle de la guarnición de Tordesillas así como de la disponibilidad de la reina para gobernar. Acabó luchando del lado de los rebeldes, logró liberarse de las cárceles y refugiarse en Toledo como alférez de María Pacheco, viuda de Padilla, que se mantuvo fuerte y capitana comunera hasta el final. Gertrudis intentó salvarlo del cadalso, pero al final fue degollado. Un drama en fin el de Gertrudis y Flaviano en el que se entrecruzaron dos ingredientes que siempre deberían ir separados: la ambición y el amor. Por eso, repito, hay momentos en que me gustaría ser solo aldeana y correr libremente más allá del perfil de árboles que blandamente atraviesa el Duero.

7.

Defenderla o morir

La rutina volvió a mi vida, apenas interrumpida por los correos que llegaban del emperador y las noticias que venían allende las fronteras. ¡Qué ajena andaba yo entonces, preocupada con el regreso de los Denia al castillo, de lo que sucedía a miles de leguas de distancia, en el corazón de las brumosas tierras del Norte! ¡Y qué ignorante para comprender que un conflicto de conciencia iba a condicionar tan íntimamente las vidas tanto de mi hermano Carlos, que a la sazón se encontraba en Alemania, como de mi querido Íñigo!

Y es que, tal como se llegaría a saber al cabo de los años, un hombre llamado Martín sufría en silencio. Entonces era prácticamente un desconocido que se sentía prisionero del propio yo. ¡Cuánto daño puede hacernos el fardo de la culpa de aquellos que ignoran el perdón de Dios! El sentimiento del pecado perduraba en la conciencia de aquel hombre a pesar del arrepentimiento. No se cansaba de hacer penitencias, de ayunar, orar y pasar las noches en vigilia, para conseguir que Dios fuese clemente con él. Pero todos sus esfuerzos eran en vano. Hasta que tuvo la certeza interior de que el Señor le redimía por el evangelio de la sola fe, y le abría las puertas del paraíso.

Aquel hombre de ojos pequeños, boca ondulada y manos regordetas se inclinó un día sobre la oscura mesa de roble y escribió con letra puntiaguda: «Me poseía un deseo obstinado de comprender al apóstol Pablo de la Epístola a los Romanos. No me lo había impedido hasta ahora la falta de fervor, sino una sola frase del primer capítulo: “La justicia de Dios se revela en el evangelio”. Pues yo odiaba la expresión “justicia de Dios”».

Miró por la ventana los bosques acariciados por la niebla, ayunos de sol, que parecían copiar las viejas y torturadas oscuridades de su conciencia, y siguió

escribiendo: «En efecto, había sido yo enseñado, según el uso y la interpretación de todos los doctores, a entender filosóficamente esta expresión, como dicha de la llamada justicia formal o activa, en virtud de la cual Dios es justo en sí mismo y castiga por ello a los pecadores e injustos. Mas yo sentía, con un completo desasosiego de conciencia, que, a pesar de que mi vida de monje era intachable, ante Dios era un pecador, y que no podía confiar en aplacarle mediante mis obras de satisfacción. Así, pues, no amaba yo a este Dios justo y que castiga el pecado, sino que le odiaba...».

¿Hay algo peor que la continuada conciencia de culpa? La oscuridad interior había durado demasiado tiempo y se había convertido en una obsesión. De modo que volvió a deslizar el cálamo por la blanca página, sin saber que aquellas líneas iban a ser históricas y provocar la mayor escisión religiosa de la edad moderna: «Hasta que, cavilando día y noche, presté atención, por la misericordia de Dios, al contexto de aquel pasaje que dice: «La justicia de Dios se revela en él, como está escrito: el justo vive de la fe». Entonces comencé a entender la justicia de Dios como la justicia mediante la cual el justo vive por regalo de Dios, es decir, de la fe. Y comprendí que el sentido es este: El evangelio revela la justicia pasiva de Dios, el Dios misericordioso nos justifica por la fe, como está escrito: El justo vive de la fe. Entonces me sentí verdaderamente como nacido de nuevo y como si hubiese entrado en el cielo más alto por las puertas abiertas. E inmediatamente el semblante de toda la Escritura se me apareció de un modo nuevo».

Aquellas palabras iban a ser nada menos que el fundamento teológico de la naciente Reforma protestante. Se sentía tan seguro de su descubrimiento que el día de Todos los Santos de 1517, en medio de la concurrencia que celebraba el aniversario de la consagración de la iglesia de Wittenberg, con paso decidido, fijó en sus puertas [\[3\]](#) las famosas noventa y dos tesis, relativas a las indulgencias, denunciando un verdadero escándalo, el de la manipulación económica de la religión.

El fraile agustino, profesor de aquella universidad fundada por Federico, príncipe elector de Sajonia, que sería su gran protector, desencadenaba así el cisma. Al mismo tiempo la idea de una religión «adaptada» a cada pueblo tentaba mucho a los príncipes alemanes, que veían en ella un precioso medio para aumentar aún más el ya despótico dominio que ejercían sobre sus súbditos.

Mientras aquí nosotros andábamos enredados en los sangrientos acontecimientos domésticos que acabo de narrar con los comuneros de Castilla, mi hermano, que había sido coronado con gran solemnidad emperador en Aquisgrán, y a pesar de la excomunión que pesaba sobre Lutero, prefirió invitarle para que se defendiese en la Dieta de Worms, reunida en abril de 1521. El emperador, ante la posibilidad de un atentado contra su vida, le proporcionó un salvoconducto y escolta personal.

Vestido a la española, de negro y oro, y rodeado de una cohorte de cardenales, obispos y príncipes, Carlos V presidía la dieta, ante la que compareció Martín, aclamado por el pueblo. Tras interrogarle por sus escritos, que reconoció como suyos, Johann Eck le preguntó:

—¿Mantiene o rechaza aquellas de sus doctrinas que acaba de condenar el papa?

A Lutero le temblaban las manos. Al comprobar que perdía la serenidad, pidió tiempo para preparar su respuesta. Al día siguiente, con voz firme, negó la autoridad del emperador y de la dieta para juzgar su doctrina, «porque no puede permitir que hombres juzguen la palabra de Dios».

—Mientras no se me rebata por medio de la Sagrada Escritura o la clara razón, no puedo ni quiero retractarme, ya que obrar contra conciencia es penoso y peligroso. Que Dios me ayude. Amén.

A la pregunta de si consideraba que los concilios podían equivocarse, aquel hombre severamente vestido y seguro de sus ideas, contestó que sí, rebatiendo al concilio de Constanza, que calificaba esa doctrina de no conforme con las Escrituras.

Esa misma noche mi hermano, tras escuchar a sus consejeros, se retiró a sus habitaciones y redactó un discurso, que pronunciaría al día siguiente, al reanudarse la sesión. Dicen que fue allí precisamente cuando Carlos creció de veras, cuando obtuvo su mayoría de edad, y no es difícil hallar en él de alguna manera la pluma de sus teólogos y confesores. Su voz era firme y convencida, mientras los miembros de la dieta escuchaban sin pestañear:

—Sabéis que yo desciendo de los más cristianos emperadores de la noble nación alemana, de los Reyes Católicos de España, de los archiduques de Austria, de los duques de Borgoña, todos los cuales fueron, hasta su muerte, hijos fieles de la Iglesia de Roma,

defensores de la fe católica, de las prácticas y costumbres del culto, santificada en los decretos; que todo esto me lo han legado después de su muerte y cuyo ejemplo ha sido norma de mi vida. Por tanto, estoy resuelto a perseverar en todo aquello que se ha dictado desde el concilio de Constanza. Pues es evidente que solo un hermano está en error al enfrentarse con la opinión de toda la cristiandad, ya que, en caso contrario, sería la cristiandad la que mil y más años hubiera vivido en error. Por tanto, estoy decidido a empeñar en su defensa mis reinos y dominios, amigos, cuerpo y sangre, alma y vida. Pues sería una vergüenza para nos y para vos, vosotros miembros de la noble nación alemana, si en nuestro tiempo y por nuestra negligencia entrara en el corazón de los hombres, aunque solo fuera una apariencia de herejía y menoscabo de la religión cristiana. Después de haber escuchado ayer aquí el discurso de Lutero, os digo que lamento haber titubeado tanto tiempo en proceder contra él. No volveré a escucharle jamás; que se respete su salvoconducto, pero, de aquí en adelante se le considerará como hereje notorio y espero que vosotros, como buenos cristianos, obraréis en consecuencia.

Dos mundos enfrentados se miraban cara a cara desde aquel momento. Desde entonces Lutero será el gran antagonista de Carlos. Durante un cuarto de siglo tendría que hacer frente todavía a aquel hombre tan distinto y tan igual que encarnaba un espíritu opuesto al suyo. Hoy, después de tantos años, he de reconocer que ambos eran sincera y profundamente religiosos, pero, en cuanto a los puntos cardinales de la teología, Carlos casi se atenía a la fe del carbonero, mientras que Lutero era un doctor versado en las vías más laberínticas de la ciencia de las ciencias.

A partir de aquel instante el luteranismo comenzó a extenderse en Alemania y los países escandinavos como una mancha de aceite.

Carlos era muy consciente de que las costumbres no estaban en alza en la Iglesia. Si Lutero contraía matrimonio con una monja, él mismo había nombrado arzobispo de Toledo al joven Guillermo de Croy. Nuestro abuelo, Fernando el Católico, había designado arzobispo de Zaragoza a su bastardo Alonso, y lo hubiera hecho arzobispo de Toledo si la reina lo hubiera consentido. En fin el emperador tenía un ejército en Valencia mandado por un hijo ilegítimo del gran cardenal de España. Por no hablar de los conocidos excesos de los pontífices de la época o de las historias de cama de Carlos incluso con la segunda mujer de mi abuelo Fernando, la oronda doña Germana.

También andaba bien ajeno de esta importante escena Íñigo López de Loyola, pese a que ella iba a configurar en gran medida su propio futuro y verdadero campo de batalla. Desde que partió de Tordesillas con el virrey de Navarra no supo nada de él hasta que llegaron nuevos correos con oscuras noticias de las revueltas que turbaron y dividieron en dos bandos su provincia de Guipúzcoa. Allí hacía un año que habían pedido al regente Adriano que designase un corregidor, para evitar los trastornos de Álava, donde la Junta de Tordesillas les había nombrado al conde de Salvatierra. Toda la provincia había fijado sus ojos en un gran personaje, don Cristóbal de Acuña. Pero antes de que el nuevo corregidor llegase a su destino, se adelantó otro, un tal Nicolás Insausti, que acudió con cartas de los comuneros de Tordesillas, que trataban de soliviantar a los guipuzcoanos para que no aceptasen a Vázquez de Acuña.

Lo cierto es que aquello activó el polvorín que desgarró en dos a Guipúzcoa. Se temía incluso que iba a provocar otra guerra civil entre la Junta de San Sebastián, obediente al poder central, y la Junta de Hernani, rebelde y más poderosa porque disponía de un ejército de hasta cuatro mil hombres. Cuando al corregidor Acuña se le ocurre dictar sentencias durísimas contra los rebeldes, estos se levantan en cólera y corre la sangre.

Enterado el duque de Nájera, escribió a mi hermano Carlos dándole cuenta de la situación y anunciándole que enviaba a Guipúzcoa personas de su casa. Entre ellos creo que iba Íñigo y más tarde el propio virrey. Lo cierto es que, como le contaría en carta el condestable de Castilla a mi hermano, merecía la pena darle las gracias al de Nájera, pues había conseguido la paz, una paz firmada en Pamplona el doce de abril de 1521.

Estaba Íñigo aún saboreando el sosiego de la verde intimidad de las laderas de su tierra natal, cuando un mensajero del virrey turbó el silencio del valle con el galope seco de su caballo hasta presentarse frente a la casa solariega de los Loyola:

—¡El duque os ruega que regreséis con la tropa cuanto antes a Navarra! ¡La fortaleza está en peligro! Como sabéis, aún no han concluido las murallas y los adarves de los torreones carecen de antepechos. ¡Ni pretil siquiera tienen! Se teme, señor, un inminente asalto de los franceses.

Íñigo volvió la mirada a su hermano Martín y con tono apasionado le dijo:

—¡No hay tiempo, Martín! Reclutemos hombres y aparejemos armamento. Ya sabéis que las órdenes del emperador son claras: acudir a Navarra en caso de peligro.

Francisco I de Francia, el gran antagonista bélico de Carlos, no perdía ocasión de herir a mi hermano. Había seguido paso a paso la guerra comunera y, tan pronto supo que España andaba dividida, se dijo a sí mismo: «Esta es la ocasión». Navarra estaba desarmada, puesto que había enviado la mayor parte de la guarnición a luchar contra los comuneros. Y el francés albergaba una buena excusa: reivindicar los derechos de Enrique de Albret, hijo de Juan de Albret. Había que aprovechar la oportunidad e introducir su ariete en aquella España rota por la guerra civil.

El mensajero traía informes detallados:

—Nuestro señor el duque asegura que el pretendiente al trono navarro cuenta con todo el apoyo del rey Francisco I, y que tiene reunidos en Bearne hasta doce mil soldados de infantería, ochocientos lanceros y veintinueve piezas de artillería bajo el mando de Andrés de Foix, señor de L'Esparre. Como veis, la situación es grave.

El quince de abril el importante bastión navarro de San Juan de Pie cayó en manos de los franceses. La tensión aumentaba y los acontecimientos se precipitaron. Vuelan correos desde Pamplona hacia Castilla. El día dieciséis se divisan a media legua de la capital navarra las impresionantes fuerzas del invasor, aunque allí no se sabía bien quién era invasor e invadido, porque miles de vascos de la montaña se lanzaban ya a apoyar al príncipe Enrique. Vienen también de Sangüesa, Caseda y otros lugares. Frente a aquel ejército que se extendía y amenazaba como una tormenta, solo sobresalía una fortaleza aún sin torres y casi desguarnecida, provista de un puñado de veteranos sin ánimo, mal pagados, y habitada por un pueblo que no tenía las cosas claras, como confesaría más tarde el propio alcaide, Miguel de Herrera.

El duque de Nájera puso pies en polvorosa y escapó para pedir auxilio. Sin aliento se refugió en Segovia con autorización del almirante de Castilla.

¿Qué quedaba en Pamplona? Pánico y poco más: un destacamento de un millar de hombres con diecinueve cañones grandes y otros pequeños, cien coseletes, numerosas ballestas y abundantes víveres bajo el mando de don Pedro de Beaumont, que pronto se quitaría también de en medio, camino de Logroño, con ochocientos riojanos de los suyos y doscientos cincuenta infantes viejos. Allí no quería quedarse nadie. Huyó hasta el

obispo asesor del duque, el guipuzcoano Mercado de Zuzola. Se esfumaron, camino de Alfaro, los señores de Góngora y Guendulain, con sus haciendas, mujeres e hijos. La gente de la ciudad estaba alborotada y con miedo a ser degollados. Mientras, los invasores o «liberadores», según criterios, se aproximaban –el día dieciocho ya estaba a las puertas de Pamplona el grueso del ejército–, el pueblo saqueó la casa del duque, derribó los escudos de España y se amotinó contra los militares que pretendían defender la plaza. Beaumont se había ido, el concejo pedía el mando de la ciudad, quizás para pactar y evitar el asedio.

En medio de aquel caos y terrible amenaza, el día dieciocho de mayo sonaron lejanos clarines. En las próximas lomas despuntan los primeros yelmos y corceles de las fuerzas guipuzcoanas, mandadas por don Martín de Loyola y su hermano Íñigo, que acuden a tiempo con la intención de reemplazar a don Pedro en la defensa de la ciudad, quien por su parte apresta sus fuerzas para huir. La situación es tal que adelantados de la misma confiesan sin rodeos no querer ser defendidos.

Don Martín, atónito, frenó el galope de su sudoroso caballo, que echaba espuma por el belfo. Lleno de amargura y rabia, exclamó:

–¡No, yo no sigo! Ni ellos mismos nos aceptan. ¡Volvamos grupos!

Y dio media vuelta con toda su gente, no sin tornar la cabeza para saludar con la mano a su hermano pequeño.

–Adiós, hermano –respondió Íñigo–. ¡No perdamos tiempo! ¡A mí los míos!

Y, picando espuelas, seguido de unos pocos caballeros –porque, como él mismo contaría, «juzgaba ignominioso retirarse»–, el joven Loyola entró a galope tendido en la ciudad.

¿Qué sentía entonces sobre su caballo ante el viento impetuoso que azotaba su frente, mientras las tropas galas avanzaban por otro flanco de la ciudad desde la vecina Villaba? Supo seguramente que podía morir, que se sumergía en una aventura loca. Pero ¿no era ese su sueño? ¿No era propio de un caballero andante lanzarse al peligro en defensa de su rey y su imperio? ¿No era cierta locura, el amor al riesgo, «el mucho más» la gran palanca de las grandes hazañas? ¿Qué importaba morir si eso suponía alcanzar la

gloria? Lo otro, huir, iba contra sus íntimas convicciones, contra su ideal querido, las leyes de la caballería.

Así lo explicaría ya anciano al dictar sus recuerdos de juventud: «Teniendo por ignominioso el marcharse también él, e impulsado en cuestión tan difícil por la grandeza de su ánimo y por la ambición de la gloria, dejando a su hermano, picó espuelas a su caballo y se metió a galope en la ciudad con unos pocos soldados».

Loco Íñigo, loco de amores, loco Amadís y caballero ebrio de conquistas, caballero de mis sueños. Allí pudo verse que eras tal como te había pergeñado mi alma, aunque no llevaras atado a tu valiente brazo mi pañuelo, ni midieras, por medio de la lógica y la sensata prudencia, tus fuerzas, ni las posibilidades de vencer. Hecho a la medida de un ideal imposible, arrancado de una página de mis más preciadas novelas y romances.

Cuando se cruzó con don Pedro de Beaumont que huía tomando ya el camino de Logroño, intentó en vano retenerlo. «¡No faltan pamploneses, partidarios de los invasores, que ya han ido a Villaba a jurar obediencia a Enrique de Albret!», le aseguran.

Pero Íñigo alcanza la ciudadela e intenta reunir el concejo.

Él mismo lo cuenta así: «Y así, estando en una fortaleza que los franceses combatían, y siendo todos de parecer que se diesen salvadas las vidas, por ver claramente que no se podían defender, él dio tantas razones al alcaide, que todavía lo persuadió a defenderse, aunque contra parecer de todos los caballeros, los cuales se conhortaban con su ánimo y esfuerzo». El miedo se reflejaba en aquellos curtidos rostros y bajo los relucientes yelmos corría un sudor frío y empalidecían las mejillas que afloraban sobre las aguerridas barbas. Sus corazones batían violentamente tras las corazas.

—No hay otra solución. ¡Hemos de entregar la ciudad! —decían todos.

—En manera alguna la entregaremos. ¡O defenderla o morir! —gritó Íñigo, frente a la opinión general.

Entrada la noche del domingo, chirrían de nuevo las puertas de la ciudadela.

—¡Es el alcaide! ¡Ha vuelto de Logroño!

El capitán Herrera, un aragonés valiente, hijo de un caballero portugués, tenía que decidir si la ciudad había de rendirse o resistir como fuera. Aquella noche del diecinueve

al veinte fue oscura e interminable. Nadie pudo dormir bajo la angustia de la incertidumbre y el temblor triste de unas pálidas estrellas, que no auguraban nada bueno.

Una calma sospechosa bañaba los campos más allá de la muralla al amanecer del lunes. Desde las filas enemigas, Andrés de Foix contiene su artillería.

—Enviemos antes un heraldo para intimarles a la rendición e invitémoslos a capitular para evitar la carnicería —decide.

Miguel de Herrera no dudó más. Sabía que la mayoría estaba a favor de rendirse y bajó al campo en medio de aquella macilenta aurora. Le acompañaban tres caballeros; uno de ellos, Íñigo.

Andrés de Foix no pudo ocultar una sonrisa:

—Íñigo, ¿vos aquí?

Se conocían de los tiempos de Arévalo, cuando Andrés acompañaba a doña Germana. Pero no era momento de desempolvar recuerdos. El francés declaró los términos de la capitulación, mientras Íñigo enrojecía de vergüenza.

—¡No haremos tal! —dijo.

Y con tal brío expuso que la rendición era vergonzosa que el alcaide y sus dos acompañantes cobraron ánimo con las palabras del de Loyola. Andrés de Foix entonces, preocupado por la vida de su viejo conocido, exclamó:

—Os ruego, Íñigo, que os atengáis a razones y que no os expongáis a perder la vida. Si algo os ocurriera, no me lo perdonaría.

Pero el joven guipuzcoano, contento de haber puesto a Herrera y a los otros dos de su parte, no atendía ya a argumentos, aunque no era tan insensato para ignorar lo que se jugaba. Al retornar a la fortaleza, sabiendo lo que se avecinaba, quiso tranquilizar su conciencia. «Y venido el día que se esperaba la batería, él se confesó con uno de aquellos sus compañeros en las armas». No encontró un sacerdote o sentía que era una forma de compartir su culpabilidad con alguien, como era vieja costumbre entre combatientes desde la Edad Media, que el fardo entre dos parece más ligero. ¿Qué aventuras e historias del pasado saldrían a media voz de sus labios mientras ambos soldados esperaban el asalto francés junto a las bombardas y los cañones de las almenas

inacabadas? ¿Qué hechos con ruido de espadas, revuelo de faldas o altanerías de soldado le contaría a aquel desconocido? Luego, el silencio espeso de la espera de una guerra absurda y desigual. Los cascos de los centinelas refulgían al sol entre las inconclusas almenas.

El día veinte las baterías francesas comenzaron a disparar en firme y las bolas a provocar estragos en la muralla. Volaban piedras sin cuento y pelotas de hierro sobre las cabezas de los defensores. Herrera apuntó las suyas contra los invasores. La falta de empalizada en torreones y almenas dejaba a los atacados sin apenas defensa. Crecía el número de heridos. Cayó el mayordomo de la artillería y munición, Alonso de San Pedro. Poco después, Pedro de Malpaso, veedor de las obras, que falleció no mucho tiempo después.

Algunos, desesperados, gritaban:

—¡Francia, Francia! —mientras, alzaban por tres veces la bandera blanca de rendidos y bajaban corriendo para descerrajar las puertas a los atacantes.

Íñigo batallaba ardientemente, dirigiendo el encendido de las bombardas en las almenas a cuerpo gentil, sin apenas protección. El bombardeo había durado ya seis horas. Loyola veía cómo cruzaban gritando de dolor ante sus ojos nuevos heridos y se producían continuas bajas, mientras los disparos arreciaban agujereando la ciudadela. Le silbaban ya cerca de las orejas.

De pronto cayó desvanecido en una nube de polvo y fuego: una bala de cañón le había alcanzado las piernas. Cuando recobró el sentido, el terrible dolor le retorció el alma y el cuerpo. Intuyó que la pelota le había quebrado el hueso por varias partes de una pierna, mientras la otra le sangraba. Así lo recordaría siempre. «Y después de durar un buen rato la batería, le acertó a él una bomba en una pierna, quebrándosela toda; y porque la pelota pasó por entrambas las piernas, también la otra fue mal herida», escribiría.

Caído Íñigo, los demás se desanimaron. Herrera decidió pactar. Callaron los falconetes y culebrinas y se iniciaron las conversaciones, que duraron hasta el veintitrés de mayo, dedicando tres días a la reflexión. Al tercero se concertaron y Herrera rindió la fortaleza. Ese mismo día apareció en lontananza la artillería pesada francesa, que aún no

había actuado. ¡Hubiera sido suicida continuar la defensa! Las puertas del castillo se abrieron y el vistoso ejército galo entró victorioso.

Cuando Andrés de Foix preguntó por los heridos, le dijeron que Íñigo estaba entre ellos. Nada más saberlo, se apresuró a visitarlo y ordenó que le cubrieran de atenciones, a lo que se dio puntual cumplimiento, porque Loyola era muy conocido de todos los oficiales.

Por el momento el dolor apenas le permitía pensar. En la improvisada enfermería del castillo, rodeado de lamentos de otros heridos, aparecieron los cirujanos con sus temibles adminículos. Un bisturí oxidado sajó su pierna; entraron las primitivas pinzas y tenazas en su carne, mientras él apretaba los dientes sin decir un ay.

En aquel clima caballeresco hasta los enemigos venían a visitarle.

—¡A fe, Loyola, que habéis luchado como un valiente! Aceptad como don mi rodela.

Otro le regaló su puñal, y otro francés le trajo su coraza, que Íñigo agradecía asombrado. Los médicos diagnosticaron que la herida era grave. Así lo constató también el alcaide Miguel Herrera, que en un proceso que se instruiría por la rendición del castillo no pudo llevar de testigo a Loyola por su enfermedad ya que se hallaba «a punto de muerte de los tiros de la pólvora que a la dicha fortaleza se tiraron».

Durante aquellos quince días en que Íñigo se retorció en su lecho de Pamplona, algunos soldados huidos vinieron a Tordesillas y nos pusieron al cabo de cuanto había acontecido en la batalla. Tras la derrota comunera en Villalar había quedado Castilla si no apaciguada, sometida a la fuerza de las armas y en aparente tranquilidad, mientras la vida en nuestro castillo-palacio se desarrollaba otra vez como siempre, monótona y triste. La reaparición del marqués de Denia nos tenía otra vez soliviantados. Al que más se le notaba la desazón era a fray Juan de Ávila, que recorría los pasillos como alma en pena. Un buen día se desahogó conmigo.

—He de confesaros, señora infanta, que no puedo aguantar más. He decidido escribir al emperador sin más dilación y contarle lo que está ocurriendo.

—¿Os referís al marqués?

—Así es. Me trae por la calle de la amargura. No soporto que me encomiende siempre los trabajos más viles y más apartados de mi condición eclesiástica. ¡Hasta me

regatea comida y paga!

—Pues contra mí ha puesto también al cardenal de Tortosa y los marqueses no cesan de escribir a mi hermano quejándose de lo que ellos consideran libertad de costumbres. Le han dicho además que aquí tenemos poca seguridad, que mi madre y yo debemos ser trasladadas a Arévalo porque piensan que Tordesillas sigue siendo comunera y que aquí se gasta demasiado en una guardia excesiva y permanente. Ya sabéis, además, que hace meses me obligaron a escribir cartas a Carlos, mi señor, al dictado y a su favor.

Fray Juan enviaría su misiva a mediados de junio y yo le daba vueltas a armarme de valor y escribirle al emperador todo lo que de veras pensaba, cuando las noticias de Íñigo acrecentaron mi turbación. ¿Cómo se encontraba realmente? ¿Sería su herida de muerte? ¿Estaba en manos de expertos cirujanos? ¿Se quedaría inválido toda su vida? Acudí a doña María, mi paño de lágrimas, y le abrí mi alma:

—¿Tenéis nuevas de Íñigo? No duermo, hundida en la incertidumbre. Solo sé que combatió como un valiente, que tiene tres veces rotos los huesos de una pierna y la otra magullada. Decidme algo, si os place, que muero de angustia.

—Dentro de una semana pasarán por aquí gentes del duque de Nájera. Tranquilizaos, que ahora, después de la caída de Pamplona, vienen muchos a Castilla, que no quieren ni ver al francés. Ellos nos contarán.

Luego hablamos de los de Denia. Le conté cómo me maltrataban y cómo después de su regreso me impedían que ni viese ni hablase con los criados de la reina, ni escribirme siquiera con la condesa de Módice, la esposa del almirante, que tanto bien me ha hecho, hasta el extremo de hacer pesquisas a mi fiel Diego y a otros que llevan y traen las cartas. Sacarme los ojos hubiera querido la de Denia por ello, y me ponen guardias para que no escriba ni hable con nadie, y me restringen ropas y joyas. Llegan hasta mentir a Carlos escribiéndole que yo mando sacar vestidos, ropa blanca y oro de mi madre, lo que es completamente falso.

—Hija mía. Sobrada razón tenéis. Hasta el comendador mayor ha escrito al rey advirtiéndole del odio con que ha regresado el marqués, pidiéndole que se temple mucho y que trabaje con amor de contentar a los criados de la reina nuestra señora y de servirlos a vos como conviene. También el almirante le ha advertido que es tan impopular en la

villa como entre la servidumbre de palacio y que sería un gran peligro dejarlo solo en Tordesillas.

—Mucho me temo que Carlos anda absorbido por grandes tareas de gobierno como para preocuparse de nuestros agravios domésticos y se fía de las cartas de los marqueses que escriben siempre: «La reina está bien», «la infanta está buena y contenta». Aunque mi buen trato con los sirvientes le parece indicio de connivencia con los rebeldes y le ha pedido, según creo, que me dé una reprimenda. También azuza al emperador contra el almirante, acusándole que ha dejado en libertad a los principales culpables.

En medio de estas rencillas palaciegas mi corazón volaba a los bosques navarros donde un grupo de buenos mozos, a las órdenes de un tal Zuasti, que luego supe con el tiempo que era primo de Francisco Javier, llevaban a Íñigo en parihuelas. Eran ocho y se turnaban de a cuatro. Fue un camino duro. A Íñigo el hueso encabalgado le dolía horrores, sobre todo cuando, al cruzar los ríos y escalar peñas, los inevitables baches repercutían en sus heridas. Casi veinte días tardaron desde que salieron de Pamplona, creo que sobre el tres de julio, no sin dar rodeos y hacer frecuentes paradas.

Cuando las andas reposaban periódicamente en tierra y los portadores le traían agua del algún riachuelo, Íñigo miraba el pedazo de azul que enmarcaban los copudos árboles y escuchaba los mil pequeños sonidos del bosque. Todo había ocurrido demasiado de prisa. Se sentía como en Arévalo, después de la muerte de don Juan. El tiempo se diría detenido y sus sueños de gloria yacían por tierra. Le humillaba estar allí derrumbado sobre una camilla, conducido como un fardo hacia su hogar, siempre como un perdedor, por mucho que le hubieran alabado su valentía. Primero, su carrera en palacio; ahora su triunfo en las armas. El mundo se había parado para él. También las risas de las mujeres. ¿Qué dirían ahora al ver esa su pierna malformada que ya no podría soportar la elegancia de una media ajustada a la pantorrilla? Y eso, si Dios le concedía quedar con vida, pues por momentos le sobrevenía tales sudores y tales fiebres que creía que ya estaba para marcharse de este mundo.

Por Oñate llegaron a Anzuola, donde le esperaba su hermana Magdalena, que le cuidó durante ocho días. Íñigo estaba muy callado, sin proferir una queja. Hacia el día veinte de junio los portadores avistaron el valle de Loyola, después de soportar lluvias,

imprevistos y el cansancio de transportar a pie a un enfermo en peligro de muerte tan largo camino.

El herido miró el valle de su infancia encapotado por grises y frescas nubes y se sintió algo más seguro. Al menos había llegado con vida hasta su casa. Respiró hondo. Se había librado de aquella aventura, pero, si lograba sobrevivir, ¿qué le reservaba la vida? ¿Acaso no era más que un paje fracasado y un gentilhomme vencido? Por el momento no había más respuestas que aquel ardiente dolor de huesos que le ascendía desde el tobillo y aquella extraña debilidad que le impedía pensar.

Durante el mes de junio del agitado 1521 muchas y variadas nuevas llegaron a Tordesillas; como que los agermanados de Valencia habían asesinado a un grupo de moriscos; que mi hermano había firmado un tratado con el papa; que al fin André de Foix, señor de L'Esparre –el que había sometido a Navarra–, había caído prisionero en Esquiroz y que Hernán Cortés estaba llegando a los arrabales de México. Pero yo esperaba sobre todo una, y finalmente llegó: Íñigo había sido trasladado felizmente a su casa de Loyola, pero se debatía entre la vida y la muerte.

Aquella noche corrí a mi ventana predilecta. El Duero copiaba la melancólica luna de siempre, que acariciaba con sus dedos blancos las tristes almenas del castillo. Cerré los ojos y recé con la cabeza entre las manos por mi amado caballero: «¡Dios mío: permitid a Íñigo que pueda caminar de nuevo, volver a cabalgar y conquistar nuevas tierras y reinos, para así servirlos con su espada y con su fuerte brazo!». Entonces, como por encanto, se disiparon mis angustias y sentí una gran paz que no sabría definir, como si en la quietud de la noche alguien realmente estuviera escuchándome.

8.

Los dos sabores del alma

Tan pronto le notificó un criado que el enfermo acababa de llegar, doña Magdalena de Araoz se recogió con ambas manos el vestido y corrió presurosa a su encuentro, pues don Martín no se encontraba en casa. La exigua comitiva, cubierta de polvo, depositó la rudimentaria camilla en el suelo. Con una amplia sonrisa disimuló la dama la mala impresión que le causó la pálida delgadez de Íñigo, que llegaba literalmente roto de dolor y por el mareo causado por el violento zarandearse de la litera conducida a hombros de los fuertes pero exhaustos navarros. Sin dilación, tras saludarle cariñosamente, su cuñada, que era una dispuesta ama de casa, discreta y agraciada por una madura belleza, tenía todo preparado en la casa solariega.

—¡Al tercer piso! Ya está la cámara lista.

Los portadores cruzaron el portalón e Íñigo vio sobre la ojival entrada el familiar blasón de armas del que se sentía orgulloso y que ahora le parecía otro, inalcanzable desde su estado de postración, lejano del que le saludaba cada vez que había venido a caballo lleno de ilusiones desde Castilla. La habitación que le destinaron era amplia y con tres ventanas. Una de ellas miraba al río Urola, serpeante entre copudos árboles. Las otras dos se abrían hacia la mole marmórea del Izarraitz que se dulcificaba en el verdor intenso de los robles y encinares de sus faldas, un paisaje familiar ahora estivalmente risueño —corrían finales de junio—, que apenas podía entrever desde el lecho.

—¡Aquí cuidaremos como se merece al héroe de la familia!

Magdalena tuvo de nuevo que disimular al advertir el sospechoso ennegrecimiento de la herida que empapaba las vendas sobre la pierna deformada, como consecuencia de

la carnicería que le habían practicado los cirujanos de campaña. Tenía todas las trazas de haberse infectado.

—¡Hay que llamar cuanto antes a los mejores médicos y cirujanos de la comarca! Ahora reposad tranquilo —dispuso Magdalena.

En cuanto llegó el doctor Martín de Iztiola acompañado de otros galenos, destaparon las vendas y se encontraron con los huesos encabalgados. El enfermo lo recordará así: «Lo llevaron en una litera a su tierra; en la cual hallándose muy mal, y llamando todos los médicos y cirujanos de muchas partes, juzgaron que la pierna se debía otra vez desconcertar, y ponerse otra vez los huesos en sus lugares, diciendo que por haber sido mal puestos la otra vez, o por se haber desconcertado en el camino, estaban fuera de sus lugares, y así no podía sanar. Y hízose de nuevo esta carnicería; en la cual, así como en todas las otras que antes había pasado y después pasó, nunca habló palabra, ni mostró otra señal de dolor, que apretar mucho los puños».

Era el Íñigo de siempre. Un caballero no podía quejarse, puesto que su dignidad, honor y valentía estaban por encima de toda duda. Los huesos crujieron al encajar y él, sin abrir la boca, creyó morir del tremendo dolor. Sabía que su situación era grave.

El estilo de su relato, que pude saborear muchos años después ya en mi reino de Portugal, suma el sabor sobrio y viril del soldado a la fuerza de la sencilla autenticidad: «Y iba todavía empeorando, sin poder comer y con los demás accidentes que suelen ser señal de muerte. Y llegando el día de San Juan, por los médicos tener muy poca confianza de su salud, fue aconsejado que se confesase; y así, recibiendo los sacramentos, la víspera de San Pedro y San Pablo, dijeron los médicos que, si hasta la medianoche no sentía mejoría, se podía contar por muerto».

Aquella noche se decidía pues su suerte. Sudaba intensamente; el dolor y la debilidad le hacían sentirse al borde del último tramo de su corta vida. Magdalena, sus hermanos Martín y Pedro, el famoso cura de sus correrías juveniles, le miraban ahora silenciosos alrededor de su lecho casi como a un habitante de otro mundo. ¿Se iban a acabar así tan pronto las aventuras y correrías del gentilhomme Íñigo López de Loyola? ¿Se extinguían sus sueños, victorias y conquistas?

Cerró los ojos. Él podría haber sido en su juventud un soldado desgarrado y vano, pero tenía la fe cristiana enraizada en su alma desde niño. «Mañana es San Pedro»,

recordó. Su santo amigo, el que le había encargado defender don Juan, el contador, en la iglesia consagrada a su nombre allá en el palenque de Arévalo, y al que él se había encomendado en sus ingenuas oraciones juveniles. «Solía ser el dicho enfermo devoto de san Pedro, y así quiso nuestro Señor que aquella misma medianoche se comenzase a hallar mejor; y fue tanto creciendo la mejoría, que de ahí a algunos días se juzgó que estaba fuera de peligro de muerte».

Cuando abrió los ojos, el sol bañaba la estancia de tonalidades cálidas, familiares, recién estrenadas. Magdalena le limpiaba la frente sudorosa con una toalla húmeda.

—¡De esta se ha librado nuestro héroe! A Dios sean dadas las gracias.

—Y a san Pedro, a quien me encomendé —dijo con un hilo de voz el enfermo—. Pero, decidme, Magdalena, ¿he de quedarme así?

—Hay que tener paciencia, caballero. Por ahora los quirurgos afirman que hay que esperar a que los huesos se suelden.

Íñigo se palpaba aquella mal remendada pierna y el remonte de sus huesos descalabrados. No se podía imaginar en un salón palaciego saludando a una dama con aquella horrible pantorrilla que ninguna calza de seda podría disimular. ¡Con lo que le gustaba a él llevar la media ajustada y la pierna muy «polida»!

«Y viniendo ya los huesos a soldarse unos con otros, le quedó abajo de la rodilla un hueso encabalgado sobre otro, por lo cual la pierna quedaba más corta; y quedaba allí el hueso tan levantado, que era cosa fea; lo cual él no pudiendo sufrir, porque determinaba seguir el mundo, y juzgaba que aquello lo afearía, se informó de los cirujanos si se podía aquello cortar; y ellos dijeron que bien se podía cortar; mas que los dolores serían mayores que todos los que había pasado, por estar aquello ya sano, y ser menester espacio para cortarlo; y todavía él se determinó martirizarse por su propio gusto, aunque su hermano más viejo se espantaba y decía que tal dolor él no se atrevería a sufrir; lo cual el herido sufrió con la sólita paciencia».

Fueron inútiles los razonamientos de Martín.

—¡Digo que vengan a sajarlo! —insistía Íñigo, conocido por sus prontos fuertes.

Los quirurgos se presentaron con la sierra. Magdalena no quiso mirar y se tapaba los oídos. Él aguantó con la consabida paciencia.

«Y cortada la carne y el hueso que allí sobraba, se atendió a usar de remedios para que la pierna no quedase tan corta, dándole muchas unturas, y estendiéndola con instrumentos continuamente, que muchos días le martirizaban. Mas nuestro Señor le fue dando salud; y se fue hallando tan bueno, que en todo lo demás estaba sano, sino que no podía tenerse bien sobre la pierna, y así le era forzado estar en el lecho».

Recortes, sangre, estiramientos. ¿Cómo sonaría, sin otra droga para el dolor que los puños cerrados y los dientes prietos, aquel prolongado serrar de huesos? Y luego la pierna alta, la tirantez de las pesas y otras máquinas rudimentarias. Caballero presumido hasta el martirio, mi gentilhombre, ¿pensabais que ibais a lucir de nuevo vuestra rubia cabellera y el lazo azul de la capa sobre la bruñida armadura en los palacios del virrey? ¿Que incluso el emperador mi hermano pudiera quizás llamaros algún día a su lado? La postración y el silencio comenzaban a urdir su labor. Nosotros hacemos planes y la vida los hace por nosotros. Cuando Martín de Iztiola, el maestre cirujano que le había intervenido, lo vio por última vez y dio por terminado su trabajo, Íñigo sabía que venía lo más duro, una inmovilidad que lo enfrentaba consigo mismo. Su cuñada Magdalena le dio al médico diez ducados en pago por la operación. Después, el silencio, la rutina de los días sin armas, sin cabalgadas, sin galanteos.

¡Qué dimensión tan distinta tenía ahora el tiempo! ¡Cómo se suceden las luces de la mañana, el caer de la tarde y las sombras de la noche en el cuadrilátero de una ventana que arroja su haz frente al lecho! Y el son de las esquilas, las voces asordinadas de los *casheros*, la voz redonda de las campanas filtradas por el viento anchuroso del valle, llamando a los fieles desde las ermitas, el monótono golpe seco del yunque de las cercanas ferrerías. Sentís el silencio en vuestros pulsos y comenzáis a asomaros al mundo como desde un balcón, no ya como actor sino como espectador. Primero estaban los hechos: el fracaso de Arévalo y la muerte del contador. Luego, la caída de Pamplona y el consiguiente descalabro del duque. Nada le habían dado a cambio de arriesgar su vida. Solo le quedaba el honor. No se sentía resentido ni tampoco atrapado en una depresión. Pero la vida se había detenido de golpe con un cierto sabor a desengaño, como si recortara sus horizontes y apagara una a una las estrellas de los mejores sueños.

Al día siguiente, cuando no había nadie en su cámara, intentó poner el pie en el suelo. Era imposible; aquella pierna no podía soportar el mínimo peso. Desesperado, volvió a tumbarse. Iba en verdad mejorando cada día, pero no le quedaba más remedio

que esperar. ¿Y qué iba a hacer mientras tanto? Aunque hombre de acción, no demasiado aficionado a los libros, recordó que en Arévalo se entretuvo con algunos, sobre todo con las aventuras, que le apasionaron, de *Los cuatro libros del esforzado e muy virtuoso caballero Amadís de Gaula, hijo de Perión y de la reina Elisena*. De modo que, cuando Magdalena apareció en la puerta con aquella sonrisa entre maternal y cómplice con la bandeja de su almuerzo, le preguntó:

–¿Tendríais acaso en la biblioteca algún libro de caballerías, Magdalena?

–¿De caballerías? Me temo que no, pero buscaré, Íñigo. Lo importante es que no os mováis ni realicéis esfuerzos por nada del mundo. No sea que se abra esa herida o se os separe el hueso. ¡Ay! No en vano vuestra tía en Arévalo repetía: «¡Hasta que se le quiebre una pierna!».

Por la tarde su cuñada se presentó con algunos volúmenes.

–Sospecho, Íñigo, que no es esta la clase de libros que os gusta leer, pero, ya sabéis, vuestro hermano Martín es más dado a la espada que a la lectura y es lo único que he encontrado a mano.

Íñigo miró los títulos y acarició los lomos. Encuadernados en pergamino, sus páginas crujían y olían a viejo. Ojeó el amarillento papel y sus ilustraciones góticas. El primero se titulaba *Vita Christi*, escrito por un tal Ludolfo de Sajonia y traducido al romance por el poeta franciscano fray Ambrosio Montesino. Constaba de cuatro tomos en folio. El otro era el *Flos sanctorum*, también llamado *Legenda aurea*, del dominico fray Jacobo de Varazze, que tradujo el cisterciense aragonés fray Gaubert F. de Vagad.

Ni corto ni perezoso Íñigo se enfrascó en la lectura de aquellos únicos libros que tenía a mano para matar el tiempo. Comenzó con la «Vida de Cristo» del Cartujano. Las primeras páginas le resultaron familiares. Hablaba de don Fernando y doña Isabel, alabando las virtudes y hazañas de los católicos monarcas, mis abuelos, a los que se dedicaba el libro. Luego venía un capítulo sobre la generación divina de Cristo, que se le caía de las manos, por lo que Íñigo pasó sobre ascuas. Demasiada teología.

Más adelante tropezó con la historia de la circuncisión, cuando sus padres le ponen nombre a Jesús. Le impresionó aquel pasaje: «¡Jesús, Jesús, cuánto dice un nombre!».

No imaginaba que aquel monograma llegaría a escribirlo con los años miles de veces en el encabezamiento de todas sus cartas: «IHS».

Más abajo leyó: «Este nombre *Christo* es nombre de gracia; mas este nombre *Jesús* es nombre de gloria; porque ansy como en esta presente vida por la gracia del baptismo son llamados los *Christianos* deste nombre *Christo*, bien ansí en la gloria celestial serán llamados los santos *Jesuytas*, que quiere decir fechos salvos por la virtud del Salvador».

Ludolfo de Sajonia se inventaba un nombre, jesuitas, que leyó sin mucha atención, pero que debió quedarse grabado en su subconsciente. A ratos abría las páginas del otro libro, el florilegio de la vida de santos. Si bien no era ni por asomo un libro de caballerías, estaba escrito con cierto regusto caballeresco. Hablaba de los santos como miembros de «la Santa Caballería», que sirven a un rey tan soberano, y de «los caballeros de Dios», que tienen como «Capitán y Señor» al «Eterno Príncipe Christo Jesús». Ellos son los que llevan en la mano diestra la bandera de la cruz. Y se enfrascaba en la vida de aquellos hombres que habían hecho grandes cosas por Dios. Eso sí, en un principio tanto más le impresionaban cuantas más austeridades y penitencias más arduas habían hecho ellos por su Señor, en una clave de entrega y heroísmo. Por ejemplo, las vidas de san Onofre, san Francisco o santo Domingo.

Lo que en un principio le llamaba a curiosidad comenzó a interesarle. Leía y releía comparando sus hazañas hasta que el sueño o el cansancio le abatían. Entonces sus ojos quedaban colgados del vacío. «Leyendo muchas veces, algún tanto se aficionaba a lo que allí hallaba escrito. Mas dejándolos de leer, algunas veces se paraba a pensar en las cosas que había leído; otras veces en las cosas del mundo que antes solía pensar. Y de muchas cosas vanas que se le ofrecían una tenía tanto poseído su corazón, que se estaba luego embebido en pensar en ella dos y tres y cuatro horas sin sentirlo, imaginando lo que había de hacer en servicio de una señora, los medios que tomaría para poder ir a la tierra donde ella estaba, los motes, las palabras que le diría, los hechos de armas que haría en su servicio. Y estaba con esto tan envanecido, que no miraba cuán imposible era poderlo alcanzar; porque la señora no era de vulgar nobleza: no condesa, ni duquesa, mas era su estado más alto que ninguno de estas».

Cuando con los años me permitió leer Gonçalves de Câmara en Lisboa este precioso manuscrito, no pude dejar de derramar lágrimas. ¿Quién era aquella señora, más

que duquesa o condesa, a donde volaban los pensamientos de Íñigo en su habitación de enfermo en Loyola? Ciertamente no la reina Germana, que tan ingrata fue con los de Arévalo. Ya tenía bastante con engatusar a mi hermano después de mi abuelo. Tampoco Leonor, mi hermana, que apenas vio. Solo yo sabía su nombre y esa certeza me estremecía. ¿Quién me iba a decir cuando yo lo añoraba desde mi cárcel de Tordesillas que él también se pasaba las horas soñando cómo piropearme, qué deliquios de amor dedicarme y qué hechos de armas realizar en mi servicio? Aún estaba vivo el sueño de los dos aquel verano de tensiones en el castillo en el que nuestros deseos e ilusiones volaban para enlazarse en el aire. Solo con saber que Íñigo me dedicaba hasta cuatro y cinco horas a soñar despierto me gratificaba al cabo de los años al saber que, pese a sus lances amorosos, yo cifraba el ideal de su juventud y sus conquistas.

Ni Amadís, ni don Galoor, ni el rey Lisuarte o Gandalín iban a hacer tanto como él por su princesa encantada de Tordesillas. Pero sus pensamientos no se quedaban allí. Como por encanto, se cruzaban en su imaginación, junto a los guerreros, dragones y castillos medievales, otros personajes, los caballeros de Cristo cuyas aventuras acababa de leer. Veía a san Onofre, desnudo y veloso en medio del desierto de la Tebaida, cubierto hasta la cintura por sus largos cabellos, y alimentándose solo de pan y dátiles que mezclaba con hierbas salvajes. Este caballero tenía que luchar con el diablo, «enemigo de natura humana» hasta que después de vivir hasta la muerte en una cueva, «las huestes del cielo llevaron arriba el ánima del noble caballero, caballero de Dios».

Luego reproducía en su mente a santo Domingo, autoflagelándose cada noche tres veces, o embarcado en aquella frágil nave en la que un marinero le reclamaba el pago del pasaje. Y él respondía: «Soy discípulo de Jesucristo y no traigo oro ni plata ni dinero». De pronto, se le presentaba el *Poverello* de Asís, que había pasado toda su juventud en vanidades de este mundo y que, tras convertirse, «yendo a Roma en romería, dexó las sus vestiduras y tomó otras de un hombre pobre y estuvo ante la iglesia de San Pedro entre los otros pobres».

Era aquella una lucha de sueños, todos heroicos, todos caballerescos. En el silencio de su cámara tan pronto se veía dedicándome un soneto y rindiéndome su espada en el patio de armas, como vestido de saco, dando en rostro con su pasado, como un anacoreta con larga barba, peregrino por el mundo e ignorado de todos. Lo primero ya lo había

soñado muchas veces. Lo segundo, después de la experiencia que había tenido de palacio y la milicia, ¿no tenía también su atractivo?

«Porque, leyendo la vida de nuestro Señor y de los santos —cuenta—, se paraba a pensar, razonando consigo: ¿qué sería, si yo hiciese esto que hizo san Francisco, y esto que hizo santo Domingo? Y así discurría por muchas cosas que hallaba buenas, proponiéndose siempre a sí mismo cosas dificultosas y graves, las cuales cuando proponía, le parecía hallar en sí facilidad de ponerlas en obra. Mas todo su discurso era decir consigo: santo Domingo hizo esto; pues yo lo tengo de hacer. San Francisco hizo esto; pues yo lo tengo de hacer. Duraban también estos pensamientos buen rato, y después de interpuestas otras cosas, sucedían los del mundo arriba dichos, y en ellos también se paraba grande espacio; y esta sucesión de pensamientos tan diversos le duró harto tiempo, deteniéndose siempre en el pensamiento que tornaba; o fuese de aquellas hazañas mundanas que deseaba hacer, o de estas otras de Dios que se le ofrecían a la fantasía, hasta tanto que de cansado lo dejaba, y atendía a otras cosas».

El gentilhombre, tan habituado a mirar hacia afuera, cuidar de los arneses, limpiar y ejercitar sus armas, organizar una estrategia, atildar su vestimenta y acudir a fiestas y concertar citas de amor, aprendió aquellos días a mirar hacia sí mismo en brazos del elocuente silencio. ¿Quién le iba a decir entonces que estaba haciendo sus primeras armas un maestro de la introspección, del autoexamen y de un «reflectir [4] », como él decía, que le iba a enseñar el gran arte del discernimiento?

Descubrió entonces que asomaba en él una enorme capacidad de análisis. Pero no solo de aquellos pensamientos e imágenes que cabalgaban por su imaginación. No, era algo más. Le gustaba estudiar sus sentimientos, sopesar el talante que le dejaban unos y otros, para compararlos, para valorar su alcance.

Unos, le dejaban inquieto. Los otros, le traían una gran paz.

Siempre recordaría aquella sensación: «Había todavía esta diferencia: que cuando pensaba en aquello del mundo, se deleitaba mucho; mas cuando después de cansado lo dejaba, hallábase seco y descontento; y cuando en ir a Hierusalem descalzo, y en no comer sino yerbas, y en hacer todos los demás rigores que veía haber hecho los santos; no solamente se consolaba cuando estaba en los tales pensamientos, mas aun después de dejando, quedaba contento y alegre. Mas no miraba en ello, ni se paraba a ponderar esta

diferencia, hasta en tanto que una vez se le abrieron un poco los ojos, y empezó a maravillarse de esta diversidad y a hacer reflexión sobre ella. Cogiendo por experiencia que de unos pensamientos quedaba triste, y de otros alegre, y poco a poco viniendo a conocer la diversidad de los espíritus que se agitaban, el uno del demonio, y el otro de Dios. Este fue el primero discurso que hizo en las cosas de Dios; y después cuando hizo los ejercicios, de aquí comenzó a tomar lumbre para lo de la diversidad de espíritus».

Empezaba a discurrir por las «mociones» que actúan en el ánima y distinguir las diversas energías que militan en nuestro interior. Con el tiempo llegó a la conclusión que esas sensaciones internas dependen primero de dónde se encuentre uno espiritualmente. Porque, claro, a la persona que tiene embotadas las facultades interiores, por vivir volcado en lo de fuera, todo lo espiritual solo produce rechazo. Pero el que está en camino empieza a sentir consolación y desolación. La desolación es como andar sin luz: «Oscuridad en el ánima, turbación en ella, moción a las cosas bajas y terrenas, inquietud de varias agitaciones y tentaciones, moviendo a infidencia, sin esperanza, sin amor, hallándose toda perezosa, tibia, triste y como separada de su Criador y Señor». Cae en el alma ese mal espíritu de forma turbadora, inquietante, como la gota de agua sobre la piedra, en comparación del propio Íñigo.

¿Y qué era aquello que le dejaba tan en paz y con tanta alegría interior? «Llamo consolación cuando en el ánima se causa alguna moción interior, con la cual viene el ánima a inflamarse en amor de su Criador y Señor; y *consequenter* cuando ninguna cosa criada sobre la haz de la Tierra puede amar en sí, sino en el Criador de todas ellas. Asimismo cuando lanza lágrimas motivadas a amor de su Señor... Finalmente llamo consolación todo aumento de esperanza, fe y caridad, y toda leticia interna que llama y atrae a las cosas celestiales, y a la propia salud del ánima, quietándola y pacificándola en su Criador y Señor». Cae en el alma, pues, el buen espíritu muy suavemente, como la gota de agua en la esponja.

«Y cobrada no poca lumbre de esta lección, comenzó a pensar más de veras en su vida pasada, y en cuánta necesidad tenía de hacer penitencia della. Y aquí se le ofrecían los deseos de imitar los santos, no mirando más circunstancias que prometerse así con la gracia de Dios de hacerlo como ellos lo habían hecho. Mas todo lo que deseaba de hacer, luego como sanase, era ir a Hierusalem, como arriba es dicho, con tantas disciplinas y tantas abstinencias, cuantas un ánimo generoso, encendido de Dios, suele desear hacer».

¡Qué dos mundos tan distintos! De aquellas horas de reflexión sacó algo en claro que más adelante remató en su retiro en la cueva de Manresa, que «así como en la consolación nos guía y aconseja más el buen espíritu, así en la desolación, el malo». Y que, por tanto, cuando está uno en ese estado triste y depresivo, conviene «no hacer mudanza», por que no es buen tiempo para cambiar nada, sino luchar contra esa negatividad hasta que vuelva la consolación, porque Dios no deja a nadie sin fuerzas de nuestra naturaleza.

¡Cuánto aprendería Íñigo de aquel contraste de espíritus para saber elegir bien en la vida! Pero tampoco se puede negar que había aprendido otras cosas en su vida anterior de Arévalo y Navarra hasta llegar a ese momento. ¿Acaso no le habían enseñado algo también su trato con las mujeres, el mundo y la milicia? Cuando me fue posible leer en Portugal el libro de los ejercicios que él escribiera, no pude dejar de escapar una sonrisa al llegar a ese párrafo de sus reglas para discernir espíritus:

«El enemigo –escribe– se hace como mujer, en ser flaco por fuerza y fuerte de grado; porque, así como es propio de la mujer, cuando riñe con algún varón, perder ánimo dando huida cuando el hombre le muestra mucho rostro; y, por el contrario, si el varón comienza a huir perdiendo ánimo, la ira, venganza y ferocidad la mujer es muy crecida y tan sin mesura, de la misma manera es propio del enemigo enflaquecerse y perder ánimo (dando huida sus tentaciones) cuando la persona que se ejercita en las cosas espirituales pone mucho rostro con las tentaciones del enemigo, haciendo *oppositum per diametrum* (exactamente lo opuesto). Y, por el contrario, si la persona que ejercita comienza a tener temor y perder ánimo en sufrir las tentaciones, no hay bestia tan fiera sobre la haz de la Tierra como el enemigo de natura humana en la prosecución de su dañada intención con tan crecida molicia».

Aparte de comparar a la mujer con el demonio, cosa que no alabo a mi querido Íñigo, que podría yo mostrarle hombres tan ladinos en los reinos de Castilla y Portugal que le hubieran servido de cumplido ejemplo, no se puede negar que de algunas alcobas había aprendido mi caballero tanta psicología femenina. Y no ciertamente de la mía, en la que jamás entró.

Y, decidme, ¿de dónde sacó las siguientes lecciones? Dice, por ejemplo, que el enemigo «asimismo se hace como vano enamorado en querer ser secreto y no

descubierto; porque así como el hombre vano que hablando a mala parte requiere a la hija de un buen padre, o a la mujer de un buen marido, quiere que sus palabras y suasionen sean secretas; y al contrario, le displace mucho cuando la hija al padre, o la mujer al marido descubre sus vanas palabras o intención depravada, porque fácilmente colige que no podrá salir con la empresa comenzada; de la misma manera, cuando el enemigo de natura humana trae sus astucias y suasionen a la ánima justa, quiere y desea que sean recibidas y tenidas en secreto; mas cuando las descubre... mucho le pesa, porque colige que no podrá salir con su malicia comenzada».

Quizás algunos padres y maridos hubieran podido abundar en datos que ahora servían de experiencia vital a Íñigo para mirarse por dentro y distinguir los caminos más profundos, positivos y negativos, del espíritu humano. Gonçalves de Câmara me contaría en Portugal que su sabiduría sobre los modos de elegir y el arte de discernimiento de espíritus «los había sacado en Loyola, cuando se hallaba aún malo de la pierna».

Pero, antes de seguir adelante y narrar qué sucedió luego a nuestro caballero, no puedo dejar de lanzar al aire una pregunta que se me quedó en el tintero y nunca pude en vida formularle: ¿Por qué a mí, encerrada en Tordesillas y avezada también por fuerza al silencio y a meditar largas horas, dedicar mis pensamientos a Íñigo no solo no me traía turbación alguna, sino una paz y una alegría infinita? Es claro que yo no llegué a ser santa, sino una pobre reina en un país extranjero, llena eso sí de buena voluntad y no exenta de torpezas. Pero al cabo la experiencia de la vida me dio una respuesta: que lo que yo sentía por Íñigo era amor, verdadero amor, y cuando este apareció supe enseguida que no era sino una chispa del único y gran amor, mientras que en Íñigo su ilusión por mí no pasaba de ser un enamoramiento, lleno de ensoñaciones, eso sí, pero al mismo tiempo de ambiciones, conquistas mundanas e ideales caballerescos propios del que anhela poseer, triunfar y alcanzar el poder en estos reinos terrenales. De ello y del vacío que le dejaba deleitarse en esas vanidades, se estaba sin duda sirviendo Dios. Pero del verdadero amor entre un hombre y una mujer, que nunca llamaría amor mundano en cuanto que mana de la misma fuente, tengo para mí que sabemos más las mujeres.

Pero tampoco me imagino que todavía Íñigo pasara de ser durante su convalecencia poco más que un principiante en cuestiones espirituales. Por ejemplo, en aquella época se fijaba mucho en lo externo y estaba convencido de que la santidad, tal como leía en los varones del desierto, era una cuestión de cueva, latigazos y austeridades. Es decir la

falsa creencia, que a veces no es sino otra forma de vanidad, de que a más penitencia, más santo.

Pero también tenía sus luchas y angustias, como es lógico.

Una noche en que se le representaban las dificultades y trabajos que se le venían encima, se levantó de la cama, como hacía muchas veces a hacer oración. Luego se arrodilló delante de nuestra Señora y le rezó de esta guisa:

—Oh, Madre, mi reina y señora. Rogad a vuestro piadoso y amoroso Hijo que me acepte por soldado y siervo fiel, que yo os prometo seguir su estandarte real y dar de coces al mundo.

De pronto se oyó un estallido y estruendo muy grande y la cámara tembló con toda la casa. Fue como un terremoto y aun hoy, dicen, se conserva la grieta en Loyola. No sabría decir si aquello fue milagro o fenómeno natural, pero Íñigo se lo contó a su buen amigo Pedro Ribadeneyra y ciertamente que para él fue más que un símbolo del cambio interior que había experimentado.

También me contaría Gonçalves de Cámara lo que pasó otra noche, que «estando despierto, vio claramente una imagen de nuestra Señora con el santo Niño Jesús, con cuya vista por espacio notable recibió consolación muy excesiva, y quedó con tanto asco de la vida pasada, y especialmente de cosas de carne, que le parecía habérsele quitado del ánima todas las especies que antes tenía en ella pintadas». En una palabra que a partir de aquel momento «nunca tuvo ni un mínimo consenso en cosas de carne».

No era poco lo que dejaba atrás, a pesar de que no han faltado seguidores suyos que han intentado ocultar detalles de su más turbulento pasado, que dicen que hasta pueden faltar páginas de la autobiografía dictada a Cámara. Yo sé realmente cómo era, por lo que me contaron y por lo que llevaba en mi corazón: mozo lozano y polido, muy amigo de galas y de traerse bien, además de retador y peleón, metido en lances peligrosos, por más que hubiera compuesto alguna vez coplas a Nuestra Señora. Polanco algún día lo dijo bien claro, sin que el ropaje del latín llegue a suavizar sus palabras: *Satis liber in mulierum amore, ludis, e concertationibus honoris cuasa suceptis* («Bastante libre en el amor a las mujeres, en juegos y en enfrentamientos por motivos de honor»). «Combatido y vencido en el vicio de la carne», insistiría su compañero Laínez. Amar libremente en aquel tiempo era siempre un riesgo de tener algún hijo natural. ¿Lo tuvo

Íñigo? ¿Es aquella María de Loyola, hija de María de Villarreal, que conoció en Arévalo y que ahora usa ambos nombres y creo vive en Navarrete su hija? Lo ignoro, ni nadie hasta ahora creo que pudo probarlo, pese a ciertos rumores. Para mí en todo caso sería lo de menos, una consecuencia de su forma de vida anterior a su conversión. Lo cierto es que aquel hombre fogoso, algo colérico, celador de su intimidad pero al mismo tiempo sensible y apasionado como buen vasco y hasta el momento solo cristiano del montón, desvió su ardiente fuego a quemar otros horizontes.

La visión de María, la Madre, le cautivó. ¿Fue aparición o imaginación? Tampoco importa demasiado. Lo inolvidable para él es que le dejó un sabor y una consolación en el alma que, cuando apenas comenzó a caminar, llegó cojeando –le proveyeron de un alza a su calzado derecho– o a lomos de una mula hasta el santuario cercano algunas tardes a visitar a la Señora. Respiraba entonces hondo los perfumes de su valle desde la persona nueva que se sentía.

Algo de madre tenía también Magdalena, que seguía desviviéndose por él. Años después cuando leía Íñigo un hermoso breviario cuajado de imágenes, al abrirlo un día, se encontró una página que tenía un grabado de la Virgen que se parecía enormemente a su cuñada Magdalena. Metido en el silencio y largas horas de oración, aquello le turbaba, por el gran cariño que le tenía. De modo que decidirá desde entonces poner una hoja de papel para evitar su vista.

Que las conversiones no cambian el carácter. Y el de Íñigo era extremoso, radical y colérico. O blanco o negro, o pecador o santo. Y suele suceder que la persona que se tiene más cerca y de la que se reciben más delicadezas cobra también los momentos desabridos.

Un día se presentaron los parientes de la casa de Iraeta, solicitando que les prestaran los perros de caza. Doña Magdalena les respondió:

–Siento no poder prestaros los perros, pues no están en casa.

No era verdad, sino una disculpa para no prestarlos, porque los Iraeta eran gamboínos. Íñigo montó en cólera y regañó a su cuñada «ásperamente» y hasta le negó la palabra algunos días. Turbulencias domésticas e intrascendentes y cosas del carácter y la convivencia, frente a los que quieren presentar ya a Íñigo como un santo sin mácula.

No obstante, la familia empezó a sospechar de tanto cambio. Al joven Loyola se le ha pacificado el rostro de tantas horas de oración y ya casi no habla de asuntos guerreros. Hasta sus pequeños sobrinos, Millán, Magdalena, Catalina y Marina, preguntan:

—¿Qué le pasa al tío? ¿Por qué no nos cuenta hazañas de Amadís y no nos relata como antes sus divertidas victorias en los torneos? Está todo el día lee que te lee.

Más que leer, rumiaba su lectura, la hacía carne y sangre. Tanto le entusiasmaban aquellos libros que sintió la necesidad de extractar, reproducir o copiar algunos párrafos. Así que pidió un bonito cuaderno de trescientas páginas y al atardecer, en la mesa junto a la ventana, escribía con aquella buena letra que le habían enseñado los secretarios reales mientras a ratos perdía la mirada por el entrañable paisaje: «Y gustando mucho de aquellos libros, le vino al pensamiento de sacar algunas cosas en breve más esenciales de la vida de Cristo y de los santos; y así se pone a escribir un libro con mucha diligencia (porque ya comenzaba a levantarse un poco por casa); las palabras de Cristo de tinta colorada, las de nuestra Señora de tinta azul. Y el papel era bruñido y rayado, y de buena letra, porque era muy buen escribano».

Tenía también algo de regusto artístico aquel cambiar de tinta, roja para Jesús, azul para María, sobre el papel bruñido y rayado. Era el placer de detenerse y el recrearse en el gusto interior que deja el sonido de un nombre, un pasaje, una palabra que desencadena vida y para el tiempo. «Que no el mucho saber harta y satisface el alma, más el sentir y gustar de las cosas internamente», como advertiría en el futuro a quienes deseaban dedicarse a la meditación.

Se hacía pequeño Íñigo, del tamaño de su caligrafía. Aprendía mi caballero como un niño, bien lejano al rudo militar que algunos han visto, y concentraba su alma así en el punto focal de nombres queridos y sucesos heroicos de la santidad. Mucho lo he recordado aquí, cuando llegan cartas de Oriente a este puerto de Lisboa, narrando cómo los bonzos budistas se embeben en el arte de la escritura con pincel, que dicen que para ellos es una forma de liberación y de alcanzar la luz interior.

También le consolaba contemplar la naturaleza, sobre todo, cuando llegaba el silencio de la noche. Entonces se acodaba sobre el alféizar de la ventana y miraba largo tiempo las estrellas. «Y la mayor consolación que recibía era mirar el cielo y las estrellas, lo cual hacía muchas veces y por mucho espacio, porque con aquello sentía en

sí un muy grande esfuerzo para servir a nuestro Señor». Esa sensación cósmica a la que abre el firmamento le recuperaba a la auténtica dimensión de todo. ¿Qué se deja y qué se toma? ¿Qué eran castillos, damas y triunfos desde la relatividad de este minúsculo planeta flotando en el universo? «¡Qué pequeña me parece la Tierra cuando miro al cielo!», exclamaría contemplando las mismas estrellas desde las intrigas de poder de Roma. Aquel silencio de los espacios infinitos hablaba sin palabras que le despertaban a otra dimensión y le alentaban por dentro hasta hacerle derramar lágrimas.

Así se fue marchando blandamente el verano y los días se fueron haciendo más oscuros y más cortos, mientras una fina lluvia, que los vascos llaman chirimiri, acariciaba el valle haciéndose una con el paisaje bañado de humedad. De modo que uno no sabe allí si el agua cae de arriba o es un modo de ser de aquel aire fresco, como una prolongación de la hierba.

Martín, su hermano mayor, estaba poco en casa. Andaba de un lado a otro de campaña en reyerta, como representante de los Loyola. Había participado en la batalla que, como dije, infringimos al De Foix en Naoín junto al capitán azpeitiano Ugarte. Por su hermano supo también de la suerte del duque de Nájera, que había batallado en esta contienda. Tras el desastre de Pamplona logró en parte resarcirse, pero pronto tuvo que dejar su virreinato de Navarra al duque de Miranda. Y es que Francisco I, el gran antagonista francés de mi hermano Carlos, no se resignaba a la pérdida de Navarra, por lo que envió a su querido almirante Gouffier de Bonnivent. A finales de septiembre tenía su ejército, bien provisto de artillería, en San Juan de Luz. Luego entró por Roncesvalles y el Baztán, para cruzar el Bidasoa y enfilar sus tropas hacia Fuenterrabía, plaza defendida por el valiente Diego de Vera. La historia se repetía. El capitán español carecía de guarnición y víveres. De modo que pidió ayuda a los representantes de mi hermano: el cardenal Adriano, el condestable y el almirante. Estos se limitaron a reunirse en Vitoria y congregar algunos jefes y soldados.

La alarma encendió a los guipuzcoanos. E Íñigo vio de nuevo partir a su hermano Martín, junto a otros dos «parientes mayores» con lo más escogido de sus tropas prontos a morir antes que entregar Fuenterrabía a los franceses. Martín iba a vivir una historia parecida a la de su hermano. Primero fue una brecha en la muralla el seis de octubre. La gente de Diego de Vera se puso a temblar y a pensar que era mejor entregarse. El capitán llamó a los tres vascos:

–Señores: Yo tengo determinado morir en la defensa de la villa. Y aunque solo me quedase, solo moriría.

Don Martín respondió en nombre de los tres:

–Nosotros y nuestra gente moriremos con vos en la defensa de la villa. Que aquí no hemos venido a perder honra, sino a ganarla. Y en lo demás proveed vos, capitán, pues sois tan instruido en la guerra, que nosotros os seguiremos hasta la muerte.

Otro capitán, Martín Íñiguez de Carquizano, que mandaba a la gente de Elgoibar, intentó convencerles de que, por los demás, era mejor rendirse, a lo que el hermano de Íñigo les repitió lo mismo, que no se había encerrado en la villa para perder honra sino para ganarla.

De modo que oyeron misa y recibieron la arenga de Diego de Vera:

–¡Sabed que si no acudís a la defensa habréis de pagar con vuestras vidas! ¡No creáis en los franceses, que os degollarán a todos! ¿No es mejor morir como hombres?

Pocos días después corrió la sangre en Fuenterrabía. Un grupo de valientes lucharon hasta caer exhaustos. Pero otros prefirieron salvar la vida y sus haberes a la honra.

Martín volvió a Loyola derrotado, pero con la cabeza alta. Al calor de la chimenea, su esposa doña Magdalena, los hijos de ambos y el convaleciente Íñigo escucharon el sobrio relato del señor de la casa. A medida que Martín se entusiasmaba, miraba de reojo a su hermano. ¿No estaba contándole una repetición del asedio en el que había caído herido? ¿No corría la misma sangre por sus venas? Sin embargo, advertía una distancia en la mirada de Íñigo, como si estuviera en otra cosa. ¿Qué le pasaba?

–Me preocupa este muchacho –le comentó un día a Magdalena–. Ya no parece enardecerse con gestas y batallas. Quizás vos, que lo veis a diario, podáis darme alguna respuesta.

–No sé. Me pidió libros para leer, y le di los que tenía en casa: libros de piedad y vidas de santos. Yo también lo veo raro. Aunque es muy reservado y no cuenta nada de sí, lo sorprende muchas veces leyendo, rezando o absorto mirar por la ventana.

–Espero que no haga ninguna locura. Íñigo es brillante y bien parecido, ha recibido una esmerada educación y debe mantener en alto el pabellón de los Loyola. Hablaré con

él.

Ya hacía frío en la casa solariega y se hacían preparativos para celebrar la Navidad. El olor a castañas recién sacadas de las brasas se cruzaba en los atardeceres con el ensayo de villancicos. Dos fallecimientos nos conmovieron a todos aquel último mes de 1521: la muerte del papa León X en Roma y la partida de este mundo en Lisboa del marido de mi hermana Leonor, Manuel I. Me parecía verla probándome sus vestidos en Valladolid. ¡Qué poco le duró el matrimonio!

Íñigo le daba vueltas a la cabeza sobre qué hacer, a dónde dirigir sus pasos para realizar sus nuevos propósitos. Primero le fascinaba la idea de ir a Jerusalén. El país de Jesús estaba en el ambiente desde hacía tiempo, porque todo el mundo, desde que mi abuelo Fernando soñara con ello, deseaba reconquistarlo para la cristiandad. Ahora porque, tras sus lecturas, se veía a sí mismo caminando por los mismos caminos de su nuevo Rey y Señor. Lo había leído en el Cartujano: «¿Quién puede contar cuántos devotos discurren e andan por la cada lugar della, e con espíritu inflamado besan la tierra, adoran e abrazan los lugares en que saben e oyen que nuestro señor estuvo o se asentó o fizo alguna cosa?». Tocar la cuna de Belén, caminar por Galilea, abrazar la tierra regada por la sangre de Cristo. ¿Y después?

«Y echando sus cuentas, qué es lo que haría después que viniese de Jerusalem para que siempre viviese en penitencia, ofrecíasele meterse en la cartuja de Sevilla, sin decir quién era para que en menos le tuviesen y allí nunca comer sino yerbas. Mas cuando otra vez tornaba a pensar en las penitencias, que andando por el mundo deseaba hacer, resfriábasele el deseo de la cartuja, temiendo que no pudiese ejercitar el odio que contra sí tenía concebido. Todavía a un criado de casa, que iba a Burgos, mandó que se informase de la regla de la cartuja, y la información que della tuvo le pareció bien. Mas por la razón arriba dicha y porque todo estaba embebido en la ida que pensaba presto hacer, y aquello no se había de tratar sino después de la vuelta, no miraba tanto en ello».

¿Por qué la cartuja? Quizás porque era lo más radical en orden religiosa que encontraba, y él necesitaba lo extremoso para purgar los pecados y lanzarse a la nueva aventura a lo divino. Pero Miraflores, para cuya bella iglesia encargó mi abuela Isabel a Gil de Siloé los hermosos sepulcros de su padre, su madre y su hermano Alonso, amén del sublime retablo del altar mayor, estaba en Burgos, demasiado cerca de sus parientes.

¿Y en la de Sevilla? Las informaciones del criado sobre la manera de vida de los hijos de san Bruno le parecían bien. Pero no se veía sometido a una regla. Él buscaba penitencias mayores. Y además lo de Jerusalén le tenía «todo embebido».

Finalmente un buen día en que estaban los dos solos, Íñigo se atrevió a hablar a su hermano:

–Señor, el duque de Nájera, como sabéis, ya conoce que estoy bueno. Sería conveniente que vaya a Navarrete, donde está ahora y hable con él.

–¿El de Nájera? Ha perdido casi todo el patrimonio. No os veo a su servicio.

–Bueno, hablaría con él de todo lo ocurrido y de mis propósitos.

–¿Qué propósitos? ¿No pensaréis hacer alguna locura?

La indignación encendía las mejillas de don Martín. Nervioso, le condujo a una cámara y luego a otra.

–Pero ¿acaso sabéis quién sois vos y a qué familia pertenecéis, cuáles fueron nuestros ancestros y qué hazañas llevaron a cabo? ¿Queréis echaros a perder? ¡Con las esperanzas que vuestra familia y la gente tenemos depositadas en vos! ¿No habréis perdido el seso? ¡Esos libros de santos que leéis! Muchas horas solo habéis pasado en ese aposento. Eso es lo que os ocurre. Volved al campo de batalla, retornad a los castillos, entreteneos con damas y se os olvidarán tales ideas. Buen cristiano a fe que se puede ser en el mundo.

Íñigo vio a su hermano tan alterado que, sin apartarse de la verdad –pues de eso tenía ya gran escrúpulo–, se escabulló como pudo.

–Solo pretendo ir a Navarrete a cobrar los ducados que me debe el duque.

Martín no quedó muy convencido. Le puso la mano en el hombro y le replicó:

–Bien. Haced lo que queráis que ya sois mayor para ello. Pero no olvidad cuanto os he dicho.

La suerte estaba echada. Después de que celebrara la última Navidad en su casa, partiría. Aquella noche volvió a mirar a las estrellas; pero el cielo estaba encapotado con nubes de invierno. Echó una ojeada a los muebles cálidos de su cuarto y escuchó los habituales sonidos que le habían acompañado desde el campo. A lo lejos, la bien

empastada voz de la dulce Magdalena hacía recomendaciones a sus hijos. Sintió que a partir de ahora su vida era como aquel cielo, sin señales ni rutas previstas, atado a la sorpresa y la deriva como un caballero andante de Dios. Pero de la herida en Pamplona había surgido mucha luz. Aquellos meses había percibido dentro de sí el contraste de los dos sabores del alma, el chocar entre sí de dos ejércitos, y en lontananza como una premonición de lo que sería toda su vida, el continuo ondear de dos banderas.

9.

Vela de armas

No todos estos procesos y vicisitudes interiores de Íñigo llegaron a mí de pronto y a la vez. Solo con los años, tras recibir muchas cartas y las relaciones de amigos que pasarían por mis palacios de Lisboa pude llegar a reconstruir los acontecimientos de aquel denso verano que transformarían a mi caballero tan profundamente que ni siquiera él mismo se iba a reconocer. Salvando los abismos, también he de confesar que para mí el de 1521 fue un verano importante, ya que finalmente me decidí a dejar de escribir cartas al dictado del marqués de Denia y en cambio comencé a dirigirme directamente a mi hermano Carlos sin más intermediarios. Se diría que aquellos meses también estaban despertando a mí misma y dando pasos para aterrizar de mis sueños de niña a la realidad de una joven a la que esperaban pronto graves responsabilidades.

La vida en Tordesillas seguía siendo lúgubre y triste, al compás que marcaban los marqueses, crecidos en su vanidad desde que habían sido repuestos en su cargo. Mi madre, tan pronto se vio mermada en su libertad, retornó a su resistencia pasiva. Un día se negaba a acostarse, otro a levantarse del lecho, a vestirse, comer u oír misa. Denia cuidaba mucho de ocultárselo al emperador en sus informes periódicos, preocupado de ofrecerle una imagen de normalidad que en realidad no existía.

Lo cierto es que llegó el momento en que no pude aguantar más y encontré un medio, a través de mi fiel Diego, de hacerle llegar una carta escrita de mi mano y sin censura a Carlos, contándole toda la verdad y rogándole por amor de Dios que me diera crédito, al mismo tiempo de recordarle que la reina mi señora y yo no teníamos otro bien y remedio que su majestad. Le contaba cómo los de Denia me obligaban a escribir al dictado las cartas, cómo les molestaba la protección con que me obsequiaba la esposa del almirante y cómo «la marquesa me quiere sacar los ojos, y hace pesquisas sobre mí,

quién me lleva o trae cartas de la condesa o sus hermanas, y me hacen poner guardas para que ni me hable ni escriba, y otras cosas muy fuera de lo que debería hacer conmigo». No solo me habían privado de mi antigua ama e institutriz, para que no tuviera a nadie con quien quejarme o a quien entregar cartas, sino que me llegaron a impedir que hablara con criados y criadas de la reina. Tan sola me dejaron que hasta me arrebataron al confesor, fray Juan de Ávila, que era el único con quien podía desahogarme. Y lo que para mí y en aquella edad era importante: Denia nombró una mujer para hacerse cargo de mi guardarropa que llegó a la insolencia de arrebatarme vestidos y joyas.

También relaté a mi hermano la situación de mi madre, que rayaba por entonces en un verdadero martirio. La mantenían recluida en un aposento interior, sin luz alguna. Solo contaba con velas durante todo el día para iluminarse. La impedían salir del castillo. La dejaban a veces pasearse por el corredor exterior o permanecer en la gran sala con ventanas que dan al río, siempre que la gente no la viera. Le habían puesto a su lado dos mujeres como carceleras; y la marquesa y sus hijas entraban cuando se les antojaba en el cuarto de la reina y de este pasaban al mío. Pero además, cuando mi madre quería hablar con el confesor y lo hacía llamar, no permitían que la visitara, aunque ella –escribí a Carlos– «no tiene otro con quien descanse y es buen servidor de Vuestra Majestad».

En mi carta le suplicaba además al emperador que trataran a mi madre de otra manera, arguyendo que ella en modo alguno quería huir, como decían, y que eso se podía probar preguntando a las mujeres que la cuidaban. Me consta que mi carta pasó por manos del cardenal Adriano, que se asustó ante el trato que nos estaban dando en Tordesillas. Inmediatamente pidió el regente a Carlos que diera orden para que se me tratara como me correspondía y aprovechaba para ponerme por las nubes: que la infanta es muy inteligente, prudente y adornada de todas las virtudes necesarias para llegar a ser un buen puntal en el reino, y que, si el marqués lo negaba, era porque no le convenía reconocerlo. Reclamaba también otro trato para nuestro confesor y guardián, Juan de Ávila, y encarecía su reconocimiento de que recibiría como especial favor la noticia de que el emperador le había atendido.

Carlos debió escuchar la petición del cardenal, porque los Denia comenzaron enseguida a llamarme «vuestra alteza» y hacerme muchas reverencias y le escribían reconociendo sus faltas. Pero el régimen de mi madre no cambiaba. Continuaba sumida

en la oscuridad de su cámara y controlada en sus relaciones. Tanto que, cuando alguien le tomaba cariño, esa persona desaparecía en seguida de su vista y de Tordesillas. Que es al final lo que ocurrió con fray Juan de Ávila, que fue despedido del castillo.

Todo eso exacerbaba la situación mental de la reina, que cuando lograba estar en el salón con ventanas, se precipitaba a una de ellas y se ponía a gritar:

—¡A mí la gente y mis capitanes, que me tienen encarcelada! ¿Dónde están mis grandes? ¡Que vengan mis consejeros!

Sus gritos rodaban y se perdían en el vacío de la campiña. Solo le respondía el silencio verde del valle y la sosegada voz del Duero. Pero ella no se desanimaba por esto, y no desaprovechaba ocasión de enfrentarse con sus carceleros.

Sus reacciones respecto a la misa también era una manera muy suya de reafirmar su libertad. Después que echaron a fray Juan, recuerdo como si la estuviese viendo la noche de Navidad, en que estaba yo asintiendo al rezo de maitines, cuando se presentó y cogiéndome de la mano, me llevó afuera dando gritos:

—¡Quitad ese altar y todo lo dispuesto, que hoy no oiré misa!

No me extrañó nada, puesto que mi madre era desde niña bastante reacia a la religión, hasta tal punto que la abuela Isabel, tan católica, llevaba en secreto esta inclinación de su hija. Solo iba a misa cuando no la obligaban. En los Países Bajos, al principio de su matrimonio, se alejó aún más de la práctica religiosa, adoptando las costumbres de su marido. Luego aquí iba a misa, cuando ello significaba salir de palacio y poder tomar algo el aire. Pero en cuanto se le prohibió salir fuera de casa, volvió a la saña contra el servicio religioso. Para mí que mi madre, insisto, no estaba tan loca como parecía.

Como en aquestos tiempos de Inquisición tales cosas se pagan con la hoguera, Denia llegó a pedir permiso a Carlos para forzarla, y le escribió diciéndole que si daba su autorización, «servirá a Dios, y a su Alteza hará servicio y muy buena obra, porque las personas que están en su disposición así lo quieren».

Mi hermano no consintió tal medida, ya que Denia estaba dispuesto a torturarla para que fuera a misa. Solo cuando el marqués llegó a convencerse de que Carlos no daría nunca su venia para tal desafuero, le contestó adulándole su piedad filial.

Este era el ambiente y la tensión acumulada, tan espesa que casi se cortaba, en aquel castillo que algunos llamaban «palacio» de la reina doña Juana, cuando a finales de enero un capitán trajo una sorprendente noticia:

—¡El regente cardenal Adriano ha sido elegido papa!

Adriano de Utrecht, ex preceptor de mi hermano y uno de sus hombres de confianza, había sido votado por los cardenales en Roma el nueve de enero de aquel año de 1522. El cardenal, inquisidor general y a la sazón obispo de Tortosa, se encontraba en Vitoria con los otros dos regentes, el condestable Velasco y el almirante Enríquez, cuando un mensajero particular del cónclave llegó a esa ciudad el veinticuatro con la buena nueva. No he dicho que Adriano Florenz, llamado de Utrecht por ser este su lugar de nacimiento, era un buen hombre, hijo de una familia de artesanos, que llegó a ocupar la sede pontificia contra su voluntad para la que fue elegido por influjo de mi hermano, que lo apreciaba mucho desde niño. En realidad siempre fue un sacerdote austero y caritativo, incluso cuando vivió en Roma, ya que dejó los palacios de su predecesor y vivió en el último piso del Vaticano con un criado, un secretario y un ama de llaves por toda servidumbre. Recuerdo, por ejemplo, que más adelante a los cardenales no les gustaría precisamente que les bajara su sueldo a seiscientos ducados. En Vitoria, donde se encontraron de pronto nada menos que con un papa en casa, el júbilo llegó al paroxismo. La noticia corrió como un estampido por toda España y los grandes, los embajadores, el alto clero, los magistrados corrieron a su encuentro como abejas a la colmena. Unos, para recibir la bendición; otros para no perderse el espectáculo y no pocos por ver si podían sacar alguna tajada del suceso.

La ciudad, convertida en una pequeña Roma, resplandecía de carruajes, soldados, banderas y colgaduras. Hasta el doce de marzo no salió de ella el brillante cortejo camino de Roma, que iba presidido por Adriano y el condestable. Un par de días después la nutrida y polícroma comitiva avistó las torres de Santo Domingo de la Calzada, donde se detuvo tres días. Tampoco el duque de Nájera quiso perderse el acontecimiento y acudió, acompañado por muchos nobles, a besar los pies del santo padre, rogándole una y otra vez que no dejara de pasar por Nájera a bendecir su ciudad.

El neoelecto papa, aunque había pensado dirigirse a Logroño por otro camino, puesto que lo que deseaba era llegar a Roma cuanto antes y sin más historias, accedió a

las insistentes súplicas del de Nájera, cruzó el río y se admiró de lo bien fortificada que estaba la villa. El duque tenía preparadas abundantes viandas para el cortejo, pero el papa se demoró solo una noche y nada más amanecer el día siguiente emprendió camino de Logroño. Pasó junto a Navarrete pero no quiso entrar en el pueblo, quizás porque en su castillo estaba preso Antonio de Acuña, el obispo de Zamora, que, como ya conté, había estado implicado en la sedición de los comuneros.

Nada más cruzar la verde arboleda y los hermosos viñedos que riegan el Ebro, el nuevo pontífice contempló maravillado el recibimiento de la ciudad de Logroño. A su paso se abrían grandiosos arcos triunfales adornados de guirnaldas, mientras músicos y corales, bombardas, culebrinas, morteros, serpentinas y otras máquinas de artillería atronaban el aire poblado por los desgañitados vítores de los logroñeses que nunca se habían visto en otra: poder aclamar a un papa en medio de sus calles. Después de tres días en esta ciudad, el cortejo pontificio siguió a Alcandre y Calahorra, siempre acompañado de sonados festejos. Era el veintiuno de marzo cuando entró en la villa de Alfaro. Fue allí donde el duque de Nájera, que venía acompañando al papa desde Santo Domingo, se despidió del santo padre y, tras dejar al servicio de su santidad a sus trompeteros, se volvió a su ducado.

Adriano continuó por Tudela, Zaragoza y Tortosa hasta Barcelona, donde embarcó en una flota que, bordeando los golfos de Narbona y Génova, le conduciría hasta el puerto de Ostia; de modo que a finales de agosto tomaría posesión de su sede de Roma.

Doy cuenta a grandes trazos de este viaje porque se vea cuánto había cambiado la vida de Íñigo, que en otras circunstancias habría corrido a acompañar al duque de Nájera y participado del boato de este traslado tan brillante, que contó con todo pormenor en una crónica el canónigo Blas de Ortiz. Pero Íñigo tenía otros planes. Enterado sin duda de la elección de Adriano, hizo exactamente lo contrario de lo que hubiera hecho antes de su herida, evitar el cortejo.

Él se despidió de los suyos en torno a finales de febrero. Una atmósfera de adiós contenido bañaba de bruma las cimas y mojaba la verde quietud del valle de Loyola aquella mañana. La noche anterior había cenado con Martín y Magdalena entre medias palabras, porque nadie quería plantear preguntas comprometedoras que explicitaran lo que todos intuían. De madrugada había vestido sus armas de caballero. Luego entró unos

instantes en la pequeña capilla de la casa y oró ante el cuadro de la Anunciación y el retablo de María con el hijo muerto en sus brazos. Fuera, tras la puerta ojival esperaban Magdalena y Martín. También estaba Pedro, su hermano el cura, que por cierto acababa de tener una hija pocos meses antes. Le iba a acompañar algunas leguas. Los criados Andrés de Narbaiz y Juan de Landera ensillaban las cabalgaduras, cuatro pausados mulos. Tenían orden de acompañar también a Íñigo hasta Navarrete. Quizás era una garantía impuesta por su hermano mayor para asegurarse de que no iba a «perderse» nada más salir de casa y porque quizás llevaba consigo la legítima. A Magdalena le brillaban los ojos cuando los cuatro jinetes se difuminaron en el horizonte. Íñigo, que ya no cabalgaba al galope ni en corcel blanco, volvió la mirada hacia la casa-torre de su niñez, que se desvanecía medio oculta entre la niebla. Algo le decía dentro que aquel adiós era definitivo. Lo último que vio fue el blanco pañuelo, que no cesaba de agitar muy conmovida la entrañable Magdalena.

Tras un rato de camino en silencio, se volvió a su hermano:

—¿Os parece, Pedro, que nos detengamos en Aránzazu para pasar una vigilia en el santuario de nuestra Señora?

El sacerdote no se podía negar. Desde Azcoitia los viajeros enfilaron sus cabalgaduras hacia el sur de Guipúzcoa y por intrincados y montañosos vericuetos, no lejos de Oñate, llegaron a Aránzazu, que significa «¿Tú en el espino?», palabras del pastor al que según la tradición se le apareció la Virgen. Atardecía ya silencioso el paisaje, encrespado y feraz, sobre el que navegaba como una quilla el sobrio convento franciscano. Crujió la puerta del santuario e Íñigo levantó su mirada hacia la imagen. Los ojos grandes y la leve sonrisa de la imagen del siglo XIII se quedaron grabados en su corazón aquella primera noche del resto de su vida. Todo un símbolo: nuestra Señora, antes de que los vascos la cubrieran de adornos, resplandecía de simplicidad con la bola del mundo en una mano y su hijo en la otra, encaramada al tronco de un espinar. Lo que él prometió a la nueva Señora de sus pensamientos lo ignora. Dicen que allí le juró castidad y que desde que salió de su casa se flagelaba cada noche, siguiendo los ejemplos extremos sobre los que había leído. Luego bajaron a Oñate y allí Íñigo se despidió con un abrazo de su hermana Magdalena, la esposa de Juan de Galleiztegui. A Pedro también le dijo adiós, sin saber que no se verían nunca más en esta vida. Siete años después el sacerdote, que se convertiría en rector de la parroquia de Azpeitia,

moriría tras regresar de Roma donde fue a litigar en un pleito con las clarisas de su pueblo.

Rodeó, acompañado de los dos criados, Vitoria, que bullía con el júbilo único en toda su historia de albergar a un papa, y se adentró en la Rioja para atravesar Laguradi y Fuenmayor, camino de Navarrete.

—El duque no se encuentra en la villa, señor. ¿Y vos estáis ya bueno? Don Antonio, según creo, os ha mandado visitar varias veces —le dijo el tesorero.

—Así es. ¿Y dónde se halla a la sazón el duque?

—En Nájera, creo, donde se ocupa en preparar con su gente el recibimiento al nuevo papa; pues ignoro si sabéis que tiene el propósito de que su santidad se desvíe a visitarlo en su camino hacia Roma.

—¿Se encuentra bien de salud mi señor el duque? —insistió Íñigo.

—Bueno de salud, aunque no de ánimo. A pesar de sus victorias en la reconquista de Navarra, la mala voluntad del condestable lo mantiene en la sombra. A vos mismo no os ha tratado como merecíais, don Íñigo. No podéis negarlo. Quizás por vuestra condición de oñacino, que ni una paga os dieron después de lo de Navarra.

—¿Y de la cédula que os mandé reclamando los ducados que me debíais?

—Me dijo el duque que de momento está sin dineros, mas que para vos no faltasen. Y que su deseo es daros alguna tenencia, castillo, plaza o lugar fortificado, como el castillo de Fermoselle, cerca de Zamora, si os place aceptarlo por el crédito que habéis ganado en el pasado. Así, pues, decidme: ¿Qué disponéis que haga con los dineros cuando los tenga? ¿Os lo hago llegar a casa de vuestro hermano Martín?

Íñigo le encargó que los repartiera entre varias personas a las que se sentía obligado y que destinara «parte a una imagen de nuestra Señora que estaba mal concertada, para que se concertase y ornase bien». ¿Parte de ese dinero y alguno de la legítima que pudo traer de Loyola lo dejó a alguien con quien estaba obligado en Navarrete? ¿Quizás a una niña llamada María? Nunca lo pude confirmar. Lo que sé de cierto es que no se detuvo más tiempo en Navarrete. Despidió a los criados, que regresaron a Loyola. Había cumplido la palabra dada a su hermano, que ya no podía tenerle por mentiroso. Pidió que le despidiesen del duque y se puso en camino.

–Y vos, ¿qué haréis? –preguntó el tesorero.

–A Monserrate voy, como romero de pobreza y penitencia.

El tesorero le miró extrañado. Íñigo aún vestía su pantalón acuchillado a dos colores y sus ricas armas. Pero el funcionario no olvidó aquellas últimas palabras: «A Monserrate voy». Tal dato sería el único que tendría durante varios años su perpleja familia.

Solo sobre su mula, sin más equipaje que un Libro de Horas de nuestra Señora, una escribanía y su grueso cuaderno de trescientas páginas, se sintió libre. Todo el horizonte era suyo. Muy pronto se iba a convertir en «el peregrino». Faltaba ya solo el último tramo. Espoleó la mula con la inquietud de apresurar ese momento.

Dirigió sus pasos hacia Montserrat, pues su verdadero deseo era embarcar en Barcelona hacia Jerusalén, para imitar a Jesús en todo, incluso en recorrer paso a paso su misma tierra, contemplar los paisajes que él vio, tocar las piedras que él palpó. Mientras caminaba, Íñigo traducía torpemente a su nueva vida una forma exterior y grosera de espiritualidad. ¿Qué hacer?, se preguntaba:

«Y en este camino le acaeció una cosa, que será bueno escribirse, para que se entienda cómo nuestro Señor se había con esta ánima, que aún estaba ciega, aunque con grandes deseos de servirle en todo lo que conociese, y así determinaba de hacer grandes penitencias, no teniendo ya tanto ojo a satisfacer por sus pecados, sino agradar y aplacer a Dios. Y así, cuando se acordaba de hacer alguna penitencia que hicieron los santos, proponía de hacer la misma y aún más. Y en estos pensamientos tenía toda su consolación, no mirando a cosa ninguna interior, ni sabiendo qué cosa era humildad, ni caridad, ni paciencia, ni discreción para reglar ni medir estas virtudes, sino toda su intención era hacer de estas obras grandes exteriores, porque así las habían hecho los santos para gloria de Dios, sin mirar otra ninguna más particular circunstancia. Tenía tanto aborrecimiento a los pecados pasados, y el deseo tan vivo de hacer cosas grandes por amor de Dios, que, sin hacer juicio que sus pecados eran perdonados, todavía en las penitencias que emprendía a hacer no se acordaba mucho de ellos».

Hacer las mismas penitencias y aún más que los santos. Hazañas al revés. También en lo espiritual su mundo era aún hacia afuera, como el de conquistar castillos o desfacer entuertos. Tenía ahora por delante una primera meta: llegar a Montserrat, santuario muy

visitado por entonces desde muchos senderos y reinos de España. Para ello había de hacer un camino semejante al itinerario del recién elegido papa: de Navarrete a Logroño, de Logroño a Zaragoza por el camino real que deja el Ebro a su derecha hacia Calahorra y Alfaro; y atravesar Navarra por Tudela y Cortes, rumbo a Mallén y Pedrola.

Los campos pujaban ya por florecer y marzo embebía el aire de una rara transparencia sutil y perfumada, que alegraba con verdes primerizos las márgenes húmedas del río. Casi caminaba sola la mula, enfrascado como iba en sus pensamientos de realizar locuras por su nuevo Rey y Señor.

De pronto algo le sacó de su ensimismamiento. En las proximidades de Pedrola, donde abundaban los moriscos –que en Aragón, tan bellamente florecido de ladrillo mudéjar, había entonces hasta doscientos mil y, como se sabe, muchos de ellos falsos conversos–, alguien le adelantó. Era efectivamente un moro, caballero en un mulo, que le saludó y comenzaron a entablar una animada conversación, de mulo a mulo. Ambos componían una pintoresca figura: Uno, barbudo, gesticulaba tocado de su blanco turbante; Íñigo, distinguido aún, con su capa al aire y sus relucientes armas, pero pensativo y cabizbajo.

–¿A dónde os encamináis, señor?

–A Monserrate como romero, al conocido santuario de Nuestra Señora.

–¿Nuestra Señora? Os confieso que bien me parece, como dicen los cristianos, que la Virgen haya concebido sin hombre. Mas el parir, quedando virgen, eso, señor, a fe mía que no lo puedo creer, puesto que no se explica con causas naturales.

Íñigo se apasionó en la disputa, con el celo típico del converso, e intentó convencerle, como pudo, desde sus rudimentarios conocimientos, de la virginidad *post partum* de María, sin conseguir nada. Entonces el moro espoleó al mulo y se adelantó con tanta prisa que en un santiamén lo perdió de vista. El peregrino se quedó dándole vueltas al asunto. Sentía dentro de sí varias «mociones» o impulsos. Por un lado, descontento consigo mismo, pensaba que no había hecho su deber. Por otro, ardía en indignación contra el moro, «pareciéndole que había hecho mal en consentir en que un moro dijese tales cosas de nuestra Señora, y que era obligado volver por su honra. Y así le venían deseos de ir a buscar el moro y darle de puñaladas por lo que había dicho; y perseverando mucho en el combate de estos deseos, a la fin quedó en duda, sin saber lo

que era obligado a hacer. El moro, que se había adelantado, le había dicho que se iba a un lugar, que estaba un poco adelante en su mismo camino, muy junto del camino real, mas no que pasase el camino real por el lugar».

«Y así después de cansado de examinar lo que sería bueno hacer –prosigue el relato de Íñigo–, no hallando cosa cierta a que se determinase, se determinó en esto, *scilicet* (es decir), de dejar ir a la mula con la rienda suelta hasta al lugar donde se dividían los caminos; y que si la mula fuese por el camino de la villa, él buscaría el moro y le daría de puñaladas; y si no fuese hacia la villa, sino por el camino real, dejarlo quedar. Y haciéndolo así como pensó, quiso nuestro Señor que, aunque la villa estaba poco más de treinta o cuarenta pasos, y el camino que a ella iba era muy ancho y muy bueno, la mula tomó el camino real, y dejó el de la villa».

Me pregunto qué hubiera pasado si la mula hubiera tomado otro derrotero. ¿Habría el caballero cristiano apuñalado al moro? Afirmino desde mi ignorancia que sí, pues en aquellos tiempos estaba bien visto y hasta considerado lícito apuñalar a un moro o judío si se le oía blasfemar, «porque si es lícito matar a un ladrón mucho más a un blasfemo». Y eso que el bueno del moro creía, conforme al Corán, en la virginidad de María antes del parto. Pero la honra de María estaba en juego. ¿Y esa locura de dejar la iniciativa al mulo? Habéis de saber que era forma corriente en las leyes de caballería para salir de dudas.

Tengo que confesar que no me extrañó este episodio pues refleja bien el ambiente que se vivía entre caballeros, que al mismo Amadís podría haberse ocurrido y muestra hasta qué punto mi caballero no había cambiado demasiado, sino que traducía unos sueños y locuras de amor por otros a lo divino, y su amor a una princesa de este mundo por otra Señora que superaba con creces a esta pobre cautiva de Tordesillas.

Enfrascado en sus pensamientos, Íñigo cruzó el río Ebro, atravesó los páramos desnudos de los Monegros y, al paso cansino de su mula, entró en Igualada, pueblo grande e industrial. Ya se aproximaba a Montserrat, de modo que pensó que era el momento de cambiar de indumentaria, con la que, a imitación de los santos, pensaba ir hasta Jerusalén. Así que se apeó de la mula y entró en la animada plaza del mercado de la villa que bullía bajo el sol medianero en sus ventas y transacciones. Cruzó tenderetes que vendían frutas y verduras, quesos y barricas junto al remedio para la hidropesía, las

especias traídas de América, los aperos de labranza y los afeites que seducen y enamoran. En varios puestos encontró lo que quería, que en Igualada había fábrica de ese género, «tela, de la que se suelen hacer los sacos, de una que no es muy texida y tiene muchas púas, y mandó luego de aquella hacer veste larga hasta los pies, comprando un bordón y una calabacita, y púsolo todo en el arzón de la mula», tal como había visto en las ilustraciones góticas de los libros que vestían los anacoretas del desierto. Luego, se acercó a otro puesto de alpargatas y calzado, «y compró también unas esparteñas, de las cuales no llevó más de una; y esto no por cerimonia, sino porque la una pierna llevaba toda ligada con una venda y algo maltratada, tanto que, aunque iba a caballo, cada noche la hallaba hinchada: este pie le pareció que era necesario llevar calzado».

Saco en mano, se acercó a un sayalero que le improvisó una tosca vestidura con mangas y una abertura por el cuello. La única alpargata le evitaba cojear demasiado, puesto que le servía de alza y prevenía algo la hinchazón de la todavía convaleciente pierna. Pero, sin vestir aún su nueva indumentaria, la colgó del arzón de la mula y volvió a ponerse en camino.

Al doblar una loma se produjo el milagro: la piedra se hacía fantasía, se levantaba hacia el cielo en gigantescos dedos graníticos, como el órgano descomunal de un templo surgido de la entraña misma de la Tierra, un fantasmagórico ensueño, una estampa arrancada de un libro de caballerías, las torres de un monasterio natural recortándose en el cielo que invitaba a levantar el corazón, a escuchar el silencio. Atardecía y la sierra de Montserrat se ruborizaba con pálidos tonos del crepúsculo: «Con sierra de oro lo aserraron los ángeles». Sobrecogido con *les agulles*, agujas de piedra, y *els flautats*, donde el viento entona misteriosas melodías, sus ojos quedaron prendidos del monasterio benedictino en el que los monjes cuidaban una venerada imagen de la Virgen desde el siglo XI. Desde entonces no faltaban peregrinos que llegaban hasta aquel lugar disciplinándose, descalzos y con sogas al cuello, para cumplir toda clase de ayunos, vigiliass y oraciones. Era el atardecer del veintiuno de marzo de 1522, festividad de San Benito.

Ató la mula a las cuerdas de la explanada y, cojeando, atravesó los claustros para visitar a la Morena de la Sierra. A la umbría fresca del santuario los relatos de los grandes caballeros retornaron a su mente soñadora. No, no dejaba de ser otro Amadís mi querido Íñigo. ¡Cómo me estremecería años después al leer en Lisboa aquellos párrafos

lentos de sabor medieval y aventurero!: «Y fuese camino de Monserrate, pensando, como siempre solía, en las hazañas que había de hacer por amor de Dios. Y como tenía todo el entendimiento lleno de aquellas cosas, Amadís de Gaula y de semejantes libros, veníanle algunas cosas al pensamiento semejantes a aquellas; y así se determinó de velar sus armas toda una noche, sin sentarse ni acostarse, mas a ratos en pie y a ratos de rodillas, delante el altar de nuestra Señora de Monserrate, adonde tenía determinado dejar sus vestidos y vestirse las armas de Cristo».

Él sabía que ser armado caballero era un rito que obligaba a sacrificio y entrega a los demás. Durante años el doncel de Arévalo y el gentilhomme de Nájera había soñado despierto con profesar en esa orden laica de los caballeros andantes novelescos que, por libre, defendían al débil y ponían sus armas al servicio de los menesterosos. No se desbancaba de aquel sueño ni quería cercenarse una ilusión alimentada desde niño. Simplemente la encarrilaba por un nuevo camino. Y ya decía Alfonso X el Sabio en sus Partidas que los que desean tomar orden de caballería, «deben tener vigilia, llevándoles a esglesia, en que han de recibir trabajo velando e pidiendo merced a Dios que le perdone sus pecados..., ca la vigilia de los caballeros non fue establecida para juegos, ni para otras cosas, si no para rogar a Dios que los guarde como a omes que entran en carrera de muerte». Luego recordó a Amadís y el viejo anacoreta, que le bendijo diciéndole: «Agora decid todos los pecados que se os acordaren. Amadís así lo hizo».

En la intimidad de la basílica de paredes ahumadas que tanto impresionaban a mi hermano el emperador, hasta afirmar que «las paredes de este santuario están ahumadas y siento de ellas tanta devoción y una deidad, que no lo sé significar», oyó el canto limpio de los niños de coro o escolanos que desde tiempos medievales entonaban la *Salve Regina*, embriagando al aire como de un contenido temblor de ángeles. Luego buscó un confesor, que se llamaba fray Juan Chanones, un sacerdote francés que se había hecho monje en Montserrat. Este se quedó un tanto impresionado ante el porte de Íñigo, ataviado aún «con vestidos ricos, preciosos y delicados, al modo y talle de soldado». Era este monje, miembro de una comunidad de más de cincuenta frailes benitos, una persona instruida y con fama de prudente y buen consejero, que aprovechó la ocasión para enseñar los primeros rudimentos de espiritualidad a aquel extraño peregrino. Algo le habló de otros caminos bien distintos del uso de las armas, el galanteo y la caligrafía, aprendidos en su juventud en el palacio de Arévalo.

–Sabed, señor, que hay una vía purgativa por la que el hombre se purifica de sus pecados; para, tras largo camino y esfuerzo, lograr luego engolfarse en la vía iluminativa y unitiva en la que el ánima llega a ser una misma cosa con su Dios. Tal enseña el *Ejercitatorio de la vía espiritual* de García Jiménez de Cisneros.

–¿El señor cardenal que fuera regente del reino?

–No, sino su primo hermano, gran abad y reformador benedictino. Pero ahora os diré, si os place, el modo de examinar vuestra conciencia...

Tras las orientaciones de Chanones, Íñigo decidió confesarse por escrito y, entre la reflexión y el sacramento, estuvo tres días enteros recordando su pasado bajo el dramatismo espectacular de las montañas de Montserrat; «y concertó con el confesor que mandase recoger la mula, y que la espada y el puñal colgase en la iglesia en el altar de nuestra Señora. Y este fue el primer hombre a quien descubrió su determinación, porque hasta entonces a ningún confesor lo había descubierto».

Llegaron el día y la hora previstos, la noche previa a la fiesta de la Anunciación. «La víspera de nuestra Señora de Marzo en la noche, el año de 22, se fue lo más secretamente que pudo a un pobre, y despojándose de todos sus vestidos, los dio a un pobre, y se vistió de su deseado vestido, y se fue a hincar de rodillas delante el altar de nuestra Señora; y unas veces desta manera, y otras en pie, con su bordón en la mano, pasó toda la noche».

Solo los que, como yo, hemos visto presumir a aquel caballero y entrar con aquel porte altivo por el patio de armas y observar aquella manera tan estudiada de quitarse el sombrero y dejar ondear al viento sus cabellos rubios, podemos comprender lo que significaba verle subir, tras entregar sus ropas a un mendigo, de vuelta a la basílica con aquel saco miserable, ceñido de burda cuerda y bordón en mano. ¿Quién os ha visto y quién os ve, Íñigo, caballero de mis sueños? Vuestra espada y puñal colgaban ya como exvoto de la Morena de la Sierra como don de un caballero que pretendía alcanzar otras armas. Y vuestra mula, sin amo quedaba en las cuadras de los monjes.

Renqueando con la única estameña en el pie izquierdo y con la noche como sola compañera, penetró en el claustro. Al ser víspera de la fiesta de la Virgen, las cincuenta lámparas de plata –una de ellas regalo de Carlos– y los cuarenta hachones del altar proyectaban sus haces en la sombra. Sentados y arrodillados en el suelo, peregrinos y

devotos, enfermos y gente del pueblo rezaban o suspiraban, cuando a la doce en punto la campana mayor del monasterio rompió la quietud de la noche con el canto de maitines. Los monjes llenaron en dos filas el coro y sus voces, como el oleaje marino, inundaron del canto gregoriano las naves del templo. Luego, tras el *Te Deum* y el oficio de laudes, los religiosos se retiraron y él quedó de pie en silencio mirando a la Señora de sus pensamientos. La imagen de madera policromada de la Moreneta que le devolvía la mirada, se le presentaba, con el Niño Dios en su regazo, como una reina madre.

¿No era aquella mujer joven que estando en oración en su casa-cueva de Nazaret recibió una visita y anuncio de parte de Dios? ¿No dijo ella que sí a aquel ángel para dar carne, fragilidad, lágrimas y sudor de hombre al Hijo del Rey eterno? Sintió cómo la Trinidad echaba una ojeada por este orbe oscuro, «toda la planicie y redondez de todo el mundo, llena de hombres, con tanta diversidad así en trajes como en gestos; unos blancos y otros negros, unos en paz y otros en guerra, unos llorando y otros riendo, unos sanos y otros enfermos, unos naciendo y otros muriendo». Vio los gritos de la guerra, las entrañas abiertas de los heridos, las jóvenes violadas, el saqueo de los soldados. Vio la mentira de los poderosos, las intrigas de la corte, la hipocresía de los clérigos, un mundo que blasfema, que hiere, que jura, que mata, que llora. Y una voz desde arriba que dice: «Hagamos redención del género humano». Desde el silencio el rostro dulce de la adolescente María que inclina la cabeza y vuelve a decir que sí para servir. Ve luego a Jesucristo encarnado. Viene vestido de fragilidad, viene con armas de pobreza y sencillez; no trae otra fuerza que su palabra y su estandarte es una bandera blanca de paz con una cruz de sangre. Le abre a Íñigo la puerta de su tienda de campaña, como Rey eterno, y delante del universo mundo, le llama y le dice:

«Mi voluntad es de conquistar todo el mundo y todos los enemigos, y así entrar en la gloria de mi Padre; por tanto, quien quisiere venir conmigo, ha de trabajar conmigo, porque siguiéndome en la pena, me siga también en la gloria». Y le invita a tomar parte en una campaña hombro con hombro, en la que podrá comer y beber a su lado, sufrir con él y vencer con él. Solo un «perverso caballero» podía negarse a tal invitación de participar en aquella batalla inédita para cualquier libro de caballería. De modo que se sintió afectado, no solo a seguir al lado de este Rey eterno y Señor universal, sino movido a señalarse en todo servicio suyo, haciendo «contra la propia sensualidad y

contra su amor carnal y mundano», y a hacer así una «oblación de mayor estima y mayor momento». De su corazón, aún sin cristalizar en palabras, salió el ofrecimiento:

«Eterno Señor de todas las cosas, yo hago mi oblación con vuestro favor y ayuda, delante de vuestra infinita bondad y delante de vuestra Madre gloriosa, y de todos los santos y santas de la corte celestial, que quiero y deseo, y es mi determinación deliberada, solo que sea vuestro mayor servicio y alabanza, de imitaros en pasar todas injurias y todo vituperio, y toda pobreza, así actual como espiritual, queriéndome vuestra santísima Majestad y recibir en tal vida y estado». Esta fue su oblación tal como afloraba a su alma y que luego, más tarde, incluiría en su pequeño libro de Ejercicios.

El silencio se hacía más denso y como preludio del día un esbozo de amanecer se desperezaba en el resplandor íntimo de las vidrieras. Ya estaba armado caballero del Rey Eternal, ya era uno de esos «omes que entran en la carrera de la muerte» según las leyes caballerescas; de aquellos cuyo «vivir es Cristo y morir ganancia», en frase de Pablo bajo su nuevo estandarte, el de la Cruz.

Cuando el aire limpio de la aurora le saludó con frescor en el rostro, creía ser en efecto otro hombre. Frente a él, entre las rocas ribeteadas de hierba serpeaba el camino que le podía llevar a una nueva vida. Nadie podría reconocerlo con su túnica de saco y su bordón de peregrino. ¿Pero se reconocía él a sí mismo? «Y en amaneciendo se partió por no ser conocido, y se fue, no el camino derecho de Barcelona, donde hallaría muchos que le conociesen y le honrasen, mas desvióse a un pueblo, que se dice Manresa». Quería evitar el cortejo del recién elegido Adriano VI, aunque ignoraba con exactitud las fechas en que el nuevo papa embarcaría, pues de hecho por entonces todavía estaba el pontífice en Tudela de Navarra. En todo caso Íñigo quería soledad, sortear conocidos, ya que en Barcelona, desde que estuvo como gentilhombre en el cortejo de Carlos, cuando mi hermano fue allí a jurar, tenía muchos.

Caminaba enfrascado en sus pensamientos, cuando después de haber alcanzado poco más de una legua, oyó los gritos de un alguacil que venía corriendo tras él:

—¡Eh, deteneos, señor, en nombre de la ley!

Íñigo se volvió sorprendido. El alguacil, aún jadeante, preguntó:

—¿Por ventura eran de vuestra propiedad unos ricos vestidos que un pobre asegura que se los habéis regalado como limosna?

«Y respondiendo que sí, le saltaron las lágrimas de los ojos, de compasión del pobre a quien había dado los vestidos; de compasión, porque entendió que lo vejaban, pensando que los había hurtado». Se sorprendió a sí mismo ante aquella nueva sensibilidad. Creía haber ayudado a un pobre y le había puesto en un aprieto. No le había auxiliado vistiéndolo de lujo. Había pensado más en sí mismo, en liberarse de su mundanal librea, símbolo de poder y apariencia que en ayudar realmente al pobre. Por eso lloró. ¿Qué extraña sensación era aquella que hacía del caballero, hermano del dolor del pobre? ¿Qué era realmente ser pobre, si un rico vestido no libraba a un hombre de su pobreza?

El sol caía vertical sobre la tierra catalana cuando le dejó el alguacil. Quería continuar solo y a pie por los caminos del mundo. Una ciudad amurallada con ocho puertas, de la que despuntaban torres de media docena de conventos con aberturas ojivales, dominada por la mole de la seo, bordeada de contrafuertes y aún sin campanario, le saludaban de lejos.

, si entonces, desde algún rincón hubiera podido yo contemplar a mi transformado caballero peregrinar los caminos del anonimato y el *contemptus sui*, un desprecio de sí calcado de las viejas vidas de santos! Desgreñado y sin peinar, pero conservando aún su hermosa cabellera rubia, en la que apuntaban unas generosas entradas o incipiente calva, la barba y las uñas sin recortar, poco quedaba de mi doncel de Arévalo. Pero seguramente que mis ojos le habrían adivinado cierto fulgor de lágrimas en sus ojeras, el dolor de su pierna al caminar y una no disimulada transparencia del que ha ayunado y ligero de equipaje ha crecido en capacidad de percepción y porosidad a las voces ocultas del universo.

Pero yo no podía acudir a su encuentro como aquella mujer barcelonesa que más tarde percibió más allá de sus ropas de pobre que, «aunque andaba vestido con un saco y descalzo en forma de penitente, cuando le hube mirado, me pareció que era una persona bien nacida, conforme a la cara que tenía y las carnes de las manos regaladas, que me parecía bien nacido, de noble sangre y de buen gesto».

En cualquier caso, si por azar se hubiera acercado a nuestro palacio o cualquier otro, los guardianes del castillo lo hubiesen despedido a golpe de lanza, como a cualquier otro pordiosero, cojo o desarrapado de los que abundaban y siguen mendigando por desgracia por nuestras depauperadas tierras de Castilla. ¿Bien nacido? Nacido de nuevo parecía él, pero aún muy ajeno de los largos caminos que le quedaban por peregrinar.

10.

Un río de luz

¿De qué color es el mundo contemplado desde el silencio? ¿Cómo te miran cuando descabalgas de tu caballo blanco y cambias la rutilante armadura por un vestido de saco? ¡Cuántas veces he deseado escaparme de mi castillo y, vestida como una aldeana, mezclarme entre los campesinos a la hora de la siega; ver y oler desde un rincón amasar el pan o escuchar las conversaciones de los escuderos en las tabernas y hasta las esquilas y el simple redoblar de las pueblerinas campanas en los campos solitarios! Palpar la vida en una palabra, sin las protecciones y prejuicios que supone ser infanta, hija de una reina y hermana de un emperador.

Eso me permite de alguna manera barruntar qué pasaba dentro de Íñigo, en aquellos días cuando apareció en Manresa embutido en un saco. Solo que en él había mucho más que curiosidad o búsqueda de libertad interior y exterior. Brillaba en su ánimo un ansia sincera de ir más allá de las apariencias, hasta el fino tejido fronterizo donde el alma trasluce su sabor a infinito y pasa por superar la fascinación de la cáscara de este mundo.

Inés Pascual, que pasaba unos días en Manresa para liquidar la herencia de su primer marido Juan Sagristá –quien por cierto había muerto tras solo un año de matrimonio–, regresaba charlando amenamente de hacer una visita a Nuestra Señora de Montserrat en compañía de sus ahijados y tres amigas viudas, Paula, Catalina y Jerónima, y un flaco burrito, cuando divisaron a la vuelta del camino a aquel extraño personaje.

–¿Quién será ese joven tan pobremente vestido?

–Romero parece. Vendrá de hacer penitencia en Montserrat.

–Pero no puede decirse que su aspecto sea el de un mendigo. Clara es su piel, tiene porte distinguido y camina con los ojos bajos.

–¡Id con Dios, peregrino! –dijo Inés.

–Con Dios quedad, señoras. ¿Sabéis por ventura si hay en esa ciudad algún hospital de misericordia donde poder alojarme?

–Precisamente esta señora, Jerónima Clavera, es hospitalera del de Santa Lucía. Seguramente allí os pueden recoger que es albergue de pobres. Pero os veo muy cansado además de cojo. No deberíais llevar un pie descalzo. Subid un rato a lomos del asno, que os hará bien.

Íñigo se negó y ellas caminaron despacio para que pudiera seguir las hasta la ciudad. Cerca ya de Manresa, Inés pensó que podían murmurar en el pueblo, que entonces no pasaba de dos mil habitantes, si a ella, viuda, la veían entrar con un guapo mozo, por muy de saco que fuera vestido.

–Id en buena hora con mi amiga Jerónima, que ella os indicará el camino del Hospital de Santa Lucía. Yo también os enviaré algo de comer, que estáis tan pálido y flaco que se diría ha varios días que no probáis bocado.

Íñigo le agradeció sus atenciones con una sonrisa y se adentró por empinadas y empedradas callejas en compañía de Jerónima, también viuda, pero de más edad. En el inhóspito hospital, albergue habitual de peregrinos, le mostró ella un par de camastros de troncos de árbol en una destartada habitación oscura. En realidad, el Hospital de Santa Lucía no era más que un miserable hospicio para pobres y enfermos forasteros.

–Ahí podéis descansar, si os place. Inés me ha dicho que os enviará caldo caliente y algo de gallina.

Él se acostó en el suelo y en dos minutos se quedó profundamente dormido; tan agotado estaba. Al día siguiente le despertó un enorme bullicio. Los mendigos y enfermos vociferaban en el patio, reclamando ayuda, cura y colación. Así que se quitó de en medio buscando silencio y mendigando él también por las calles, aunque se pasaba casi todo el tiempo en oración en los oscuros rincones de las iglesias; un día en la de Santo Domingo, otro en El Carmen, en San Miguel, la colegiata o campo a través en busca de ermitas perdidas, el limpio toque del ángelus y las cruces o humilladeros de los

caminos: «Y él demandaba en Manresa limosna cada día. No comía carne, ni bebía vino, aunque se lo diesen. Los domingos no ayunaba, y si le daban un poco de vino, lo bebía. Y porque había sido muy curioso de curar el cabello, que en aquel tiempo se acostumbraba, y él lo tenía bueno, se determinó dejarlo andar así, según su naturaleza, sin peinarlo ni cortarlo, ni cubrirlo con alguna cosa de noche ni de día. Y por la misma causa dejaba crecer las uñas de los pies y de las manos, porque también en esto había sido curioso».

Siempre iba con los ojos bajos y miraba a las gentes con gravedad. Cuando respondía, era serio –cuentan los que conocieron al vagabundo de Dios en Manresa–. Los viandantes lo miraban con curiosidad.

–¡Mirad, ahí va «el hombre del saco»!

Y con *l'home del sac* se quedó. O *l'home sant*, que decían otros. A veces los rapaces le perseguían riendo, como suelen hacer los niños con los tontos y mendigos del lugar.

–Tiene algo ese hombre. ¿Sabéis que un alguacil me contó que regaló en Montserrat sus ricas vestiduras a un pobre? –comentaba una dama.

–¡Sabe Dios qué misterio ocultará! ¡Y qué pasado se esconde tras ese sayal! –replicaba otra mujer con un punto de morbosidad.

–Pues dicen que es un santo y que apenas come ni duerme. En pocos días se ha quedado en los huesos.

Como siempre, aun vestido de santo, su misterio y buen porte atraía a las mujeres, que se arremolinaban a su lado, pidiéndole consejo. Él por entonces no era muy sociable. Buscaba el anonimato y el silencio sobre todo, aunque alguna plática les decía, de lo que había aprendido y saboreado en sus libros, o daba catequesis a los niños sentados al sol de las plazas.

No todo el mundo le miraba con buenos ojos. Como Inés Pascual se preocupaba tanto de él, la acusaban de haberlo llevado a Manresa.

–¿Qué se traerá esa con el hombre del saco? Tiene a todas alborotadas con lo que les dice. Por cierto, ¿habéis visto que cada día está más flaco y más pálido?

Camino de la misa mayor, Íñigo parecía una sombra de sí mismo. Como apenas comía y se pasaba hasta siete horas dedicadas a la oración, muchas de ellas de rodillas, comenzó a adelgazar y a sentir dolores de estómago e hígado, que le durarían toda su vida. Cada día, cuando se extinguían las llamas vacilantes de los cirios y la iglesia se quedaba desierta, leía la Pasión, saboreando cada palabra del Evangelio de Juan. A veces sacaba una estampa de la Virgen de los Dolores, traída de Loyola, que contemplaba largo rato, o releía el Libro de las Horas, con aquella Virgen que se parecía tanto a su cuñada y que tenía que tapar para no distraerse con afectos de este mundo. Al atardecer acudía a oír vísperas y completas. ¡Cómo le curaba el alma la armonía de la música, el flujo y reflujo de los salmos en aquella hora que la noche recoge el color de todas las cosas!

Luego, se recogía también él y volvía al hospital donde lavaba a los enfermos y arreglaba las pobres cámaras de los forasteros. De aquel hospital pasó más tarde a vivir en la habitación que le consiguió Inés Pascual, en casa de su amiga la viuda de Serra. Cuando, tras varias semanas, pensó en seguir camino a Barcelona para embarcarse rumbo a Jerusalén, supo, por bandos fijados en la plaza, que se había extendido la peste en la capital catalana y que estaba prohibido entrar en la ciudad, por lo que se demoró en Manresa. Otras viudas, a causa de las graves enfermedades que tuvo aquel largo verano, debidas a su austeridad, se sintieron movidas a hospedarle durante algún tiempo en sus casas. En una de ellas, la de Ángela Amigat, se entretuvo pintando tres cruces frente a los pies del lecho a modo de monte Calvario. Pasó también por casa de la familia Ferrer. Y la viuda Canyelle le hospedó más tarde por algún tiempo.

Un día, cuando se perdía en el campo camino de la ermita de Viladordis, cuya imagen de la Virgen tanto le gustaba, se adentró junto al montículo que caía sobre la orilla izquierda del río Cardoner. En sus escarpas se escalonan los huertos y más abajo, entre rocas y maleza, descubrió algunas cuevas causadas por la erosión del río. Miró con curiosidad aquellas aberturas y se fijó especialmente en una más honda y oscura, cubierta de zarzales y espinos. Retiró la maleza y observó que tenía una apertura, suficiente para penetrar en ella con facilidad. Luego, al volverse, advirtió fascinado que desde allí se divisaba la imponente montaña de Montserrat, que cambiaba de color en las diferentes horas del día. Era la montaña de su juramento y vela de armas. Miró luego

hacia abajo. Las aguas del Cardoner musitaban fresca entre las piedras, tan solo a unos treinta metros de distancia. Sin duda era aquel un quieto y plácido lugar.

De pronto apareció el dueño del huerto. Íñigo le saludó y le preguntó respetuosamente:

–Perdonad, señor. ¿Os importa que venga a esta cueva para retirarme y orar?

–Al contrario, buen hombre. Me sentiré con ello muy honrado.

Se hicieron amigos. A Íñigo le gustó su descubrimiento, que le acercaba a esos grabados de anacoretas del desierto que había visto en sus libros y le proporcionaba sobre todo soledad y silencio, solo perturbado por los pequeños sonidos de fondo de la naturaleza: grillos, pájaros, agua, lluvia, junto a los penetrantes olores del campo, cuando los respiraba «por anhelitos» para gustar como si fuera un monje de Oriente cada palabra de una oración.

¡Ah, la oración! ¿Qué sentía el peregrino dentro de sí durante aquellas largas horas de silencio en capillas, iglesias o su cueva retirada? ¿Cómo era su mundo interior? Yo, que había tenido la suerte de enamorarme del doncel y el gentilhomme, al saber su gran mutación, me pasé la vida indagando los secretos de aquel caballero transformado, cuya fuerza interior arrastraría tanta gente y cambiaría tantos corazones. Pero he de confesaros que nunca lo he conseguido del todo y no dudaría en afirmar que ni sus mejores amigos, no sé bien si por vasco o por discreto, acabaron de escrutar plenamente sus secretos más íntimos. Siempre quedaba en él una zona de misterio.

Al principio tenía como extrañas visiones: «Estando en este hospital le acaeció muchas veces en día claro ver una cosa en el aire junto de sí, la cual le daba mucha consolación, porque era muy hermosa en grande manera. No devisaba bien la especie de qué cosa era, mas en alguna manera le parecía que tenía forma de serpiente, y tenía muchas cosas que resplandecían como ojos, aunque no lo eran. Él se deleitaba mucho y consolaba en ver esta cosa; y cuanto más veces la veía, tanto más crecía la consolación; y cuando aquella cosa le desaparecía, le desplazía dello». ¿Era aquello una visión o alucinaciones debidas a la hambruna y la debilidad? No sabría decirlo, pero en todo caso eran los primeros pasos de un buscador.

Poco a poco vino a darse cuenta de que si arruinaba su físico, nada podría hacer por servir a su nuevo Rey. Así que empezó a moderarse en el trato que daba a su castigado cuerpo. La liturgia, el rezo de las horas y la lectura de un pequeño libro, al que se aficionó mucho, el Kempis, entonces llamado el Gersoncito, le inspiraba momentos profundos. Cada día leía un capítulo por orden, y después de comer lo abría al azar «y siempre topaba lo que en aquella hora tenía en el corazón, y de lo que tenía necesidad». No se separaría de aquel libro –«perdiz de los libros espirituales» lo llamaba– en toda su vida. Fue una primera etapa en la que vivió apaciblemente «cuasi en un mismo estado interior con una igualdad grande de alegría, sin tener ningún conocimiento de cosas interiores espirituales».

Pero un buen día aquella placidez se transformó en inquietud. Al entrar en la iglesia de los dominicos, en la que oía misa y leía la Pasión, una voz interior comenzó a turbarle:

–¿Y cómo podrás tú sufrir setenta años esta vida que son los que has de vivir?

Se había liberado del fardo del pasado, de la angustia de la culpa. Pero ahora el futuro se presentaba insoportable. Hasta que comprendió que era una trampa del enemigo, al que le contestó:

–¡Oh, miserable! ¿Puedes tú prometerme una hora de vida?

Con esta respuesta se centró en el presente, que siempre es lo que tenemos más seguro y entre manos, y así aquietó su alma. Luego le venían distintas mociones o sentimientos. Había temporadas en las que se aburría y se sentía triste, sin encontrar consuelo en las cosas espirituales. Otras, de pronto le venía una alegría sin razón, un gozo inexplicable. «Y aquí se empezó a espantar de estas variedades, que nunca antes había probado, y a decir consigo: “¿Qué nueva vida es esta, que ahora comenzamos?”».

Se sentía Íñigo un tanto solo en este bucear en los caminos del espíritu, por lo que comenzó a apetecerle mucho conversar de esos temas con alguien. Lo hacía en la calle con quien mostraba interés y con mucho «hervor». Pero, la verdad, no era cosa fácil encontrar personas versadas en teología espiritual que pudieran iluminarle.

A la vuelta de una esquina, una de las señoras que conocía bien le dijo:

–¿Habéis hablado con «la santa»?

–¿Qué santa?

–Esa mujer de muchos días y muy antigua sierva de Dios, conocida en muchas partes de España, que dicen que hasta el Rey Católico la llamó para comunicarle algunas cosas.

–Decidme, ¿dónde podría hallarla?

Íñigo fue al encuentro de la anciana y estuvo conversando con ella. Hasta que un día la arrugada mujer, cuyas blancas greñas despuntaban bajo su oscuro manto, le espetó agitando su mano huesuda.

–¡Oh! ¡Plega a mi Señor Jesucristo que os quiera aparecer un día!

El nuevo soldado de Cristo, como le gustaba llamarse a veces, se quedó espantado con aquel comentario de la vieja y se decía: «¿Cómo a mí se me ha de aparecer Jesucristo?». Pero no olvidó la profecía de aquella mujer.

También conversaba con el padre Galcerán Perelló, un dominico que lo oía en confesión. Sobre todo cuando empezó a atormentarle el pasado, una negra nube de escrúpulos que lo tenía a mal traer. Aunque se había esforzado en recordar todo en Montserrat durante aquellos tres días que dedicó a la confesión de su vida anterior, «todavía le parecía a las veces que algunas cosas no había confesado, y esto le daba mucha aflicción; porque, aunque confesaba aquello, no quedaba satisfecho».

Los escrúpulos, lejos de esfumarse, le torturaban más y más. Una y otra vez acudía desconsolado al sacerdote. El confesor le dijo que pusiera por escrito la relación de sus culpas a ver si así se quedaba tranquilo. Y nada, seguía igual de angustiado. Se le ocurrió entonces una luminosa idea:

–¿Y si el confesor me mandase que no me vuelva a confesar más?

Pero no se atrevía a decírselo. Y cual no fue su sorpresa, cuando el dominico, sin abrir él la boca, le mandó:

–Olvidaos de lo pasado. No os confeséis de eso más, hombre, a no ser que sea algo muy claro.

Aquella coletilla le hizo polvo, porque siempre le parecía que quedaba algo muy claro en el fondo de su pasado, algún matiz que permanecía sin reconciliar.

Los dominicos le habían dejado por entonces una camarilla en el convento para que se dedicara a su oración con mayor tranquilidad. Se pasaba hasta siete horas diarias en oración de rodillas, levantándose a medianoche y continuando en sus ayunos. No había manera con todo de liberarse del fantasma de la culpa, que se cernía sobre él, y literalmente le comían los escrúpulos.

—¿Confesé aquel lance en Arévalo, aquella mentira, el trance con aquella mujer? Sí. ¿Pero lo dije con todos los pormenores? Creo que olvidé un detalle.

Se pasó así meses enteros de tribulación y sufrimiento. Un día no podía más, y gritó a Dios en voz alta:

—¡Socórreme, Señor, que no hallo ningún remedio en los hombres, ni en ninguna criatura; que si yo pensase de poderlo hallar, ningún trabajo me sería grande! Muéstrame tú, Señor, dónde lo halle; que aunque sea menester ir en pos de un perrillo para que me dé el remedio, yo lo haré.

Su pobre camarilla se abría a un lado a un agujero o precipicio. Un día en que la angustia rayaba en la desesperación, pensó en tirarse por allí y suicidarse. Pero en seguida le venía otro pensamiento: «No, Señor, no haré cosa que te ofenda». Y lo repetía muchas veces, para liberarse de la tentación de quitarse la vida.

De pronto recordó que había leído en la vida de un santo que, para conseguir algo que deseaba mucho, estuvo sin comer varios días hasta que lo consiguió. De modo que se determinó hacer tal cual, aunque poniéndose a sí mismo una condición: Que, si se viese en peligro cercano de muerte, pediría pan.

Y, ni corto ni perezoso, inició el ayuno total. Al domingo siguiente fue a confesarse de nuevo.

—¿Otra vez aquí, Íñigo? Si ya os he dicho mil veces que no es necesario que os confeséis tan a menudo...

—Es que he de deciros que no pruebo bocado desde la semana pasada.

—¿Cómo? ¡De ninguna manera! Yo os prohíbo ese ayuno. Comed ahora.

De pronto comprobó que se le habían ido los escrúpulos. Pero al tercer día, el martes, volvió la imagen del pasado y comenzó a recordar sus fechorías. Como una

obsesiva telaraña, unos le traían a la mente otros y con ellos de nuevo la angustia de no estar del todo perdonado. Al mismo tiempo volvió a sentir desazón y tristeza por el tipo de vida que hacía. Era la otra cara de la soledad, del silencio, del ayuno. Su alma se había afinado también para la tortura interior y la tristeza.

Estaba en estos pensamientos cuando sintió de pronto que había despertado de un sueño. «Y, como ya tenía alguna experiencia de la diversidad de espíritus con las lecciones que Dios le había dado, empezó a mirar por los medios con que aquel espíritu era venido, y así se determinó con grande claridad de no confesar más ninguna cosa de las pasadas; y así de aquel día adelante quedó libre de aquellos escrúpulos, teniendo por cierto que nuestro Señor le había querido librar por su misericordia».

A partir de entonces volvió a su vida de siempre: siete horas de oración, conversaciones sobre Dios con los manresanos, y el tiempo que le quedaba paseaba recordando cosas que había leído. Luego, cuando se iba a acostar, al anochecer, le venían grandes noticias y consolaciones. De manera que se quedaba sin dormir. Pero comenzó a preguntarse si quedarse sin descansar era o no bueno. ¿Serían del buen espíritu aquellas luces interiores? «Y vino a concluir consigo que era mejor dejallas, y dormir el tiempo destinado, y lo hizo así».

Algo parecido le ocurrió a Íñigo con lo de comer carne o no. Al principio lo tenía muy claro: no comería por nada del mundo. Pero una mañana vio delante de sí, como si lo estuviera viendo con los ojos corporales, un succulento y humeante plato de carne, sin que sintiera hambre y sintió una certeza interior de que debía comerla. Se lo comentó al confesor. Y este le dijo que mirara si aquello no era una tentación. Pero Íñigo, por más que lo examinaba, no podía dudar de ello. Surgía la otra cara de su crecimiento espiritual, el sentido práctico.

Creo, por todo esto y otras muchas historias que relataré, que Íñigo fue un gran autodidacta. Dos o tres libros saboreados y rumiados, escasos consejeros espirituales y largas horas, semanas y meses de silencio, junto a una gran capacidad de introspección para distinguir la diversidad de sus experiencias. Eso fue todo. No me extraña que dijera, refiriéndose a aquellos tiempos de Manresa: «En este tiempo le trataba Dios de la misma manera que trata un maestro de escuela a un niño, enseñándole; y ora esto fuese por su rudeza y grueso ingenio, o porque no tenía quien le enseñase, o por la firme voluntad que

el mismo Dios le había dado para servirle, claramente él juzgaba y siempre ha juzgado que Dios le trataba desta manera; antes si dudase en esto, pensaría ofender a su divina majestad».

El cambio se notó fuera. Desde entonces entró en una época de paz y claridad, en la que sin dejar de tratar con la gente, disfrutaba de grandes luces y consolaciones, al mismo tiempo que se dio cuenta de que tenía que ir menos astroso y cuidar algo más su catadura exterior, para no espantar a nadie. Al ritmo de los salmos que leía en su Libro de las Horas, le venían como arrobos sobre la Trinidad, un tema que parece muy ajeno al hombre de la calle y de alta teología, pero que siempre ha apasionado a los místicos.

Sentado un día en una grada del convento de Santo Domingo rezando las Horas de nuestra Señora «se le empezó a elevar el entendimiento, como que veía la santísima Trinidad en figura de tres teclas, y esto con tantas lágrimas y tantos sollozos, que no se podía valer. Y yendo aquella mañana en una procesión, que de allí salía, nunca pudo retener las lágrimas hasta el comer; ni después de comer podía dejar de hablar sino en la santísima Trinidad; y esto con muchas comparaciones y muy diversas, y con mucho gozo y consolación; de modo que toda su vida le ha quedado esta impresión de sentir grande devoción haciendo oración a la santísima Trinidad». El secreto no estaba tanto en las tres teclas en sí sino el acorde único de tres sonidos distintos.

Otro día vio claro cómo Dios había creado el mundo, como en una especie de intercambio de luz, «que le parecía ver una cosa blanca, de la cual salían algunos rayos, y que della hacía Dios lumbre. Mas estas cosas ni las sabía explicar, ni se acordaba del todo bien de aquellas noticias espirituales, que en aquellos tiempos le imprimía Dios en el alma».

También se apercibió que ahora la gente le escuchaba con mayor atención. Desde luego valía la pena cortarse el cabello y las uñas, para entrar mejor con los que querían oír sus consejos. Además decidió escribir en su grueso cuaderno aquellas experiencias que tenía en romance, pues era «hombre simple» y aún no sabía latín, la lengua de los intelectuales. Otro día, mientras oía misa en Santo Domingo, «y alzándose el *corpus Domini*, vio con los ojos interiores unos como rayos blancos que venían de arriba; y aunque esto después de tanto tiempo no lo puede bien explicar, todavía lo que él vio con el entendimiento claramente fue ver cómo estaba en aquel santísimo sacramento Jesu

Cristo nuestro Señor». Aquellas visiones de los ojos interiores se multiplicaban. De vez en cuando, y de diversa forma, veía la humanidad de Cristo o a nuestra Señora, «como un cuerpo blanco ni muy grande ni muy pequeño», sin distinguir las partes o miembros de la figura. Lo cierto es que eso le ayudó mucho en confirmarse en la fe, de tal manera que desde entonces le quedaría algo muy claro: «Si no hubiese Escritura que nos enseñase estas cosas de la fe, él se determinaría a morir por ellas, solamente por lo que ha visto».

Pero lo más sublime ocurrió un día del caluroso agosto de 1522. Como acostumbraba, se alejó de la ciudad como una milla, rumbo a la iglesia de San Pablo. Caminaba junto al Cardoner, que iba refrescante y caudaloso, y se sentó junto al río con la mirada perdida en sus aguas. «Y estando allí sentado, se le empezaron abrir los ojos del entendimiento; y no que viese alguna visión, sino entendiendo y conociendo muchas cosas, tanto de cosas espirituales, como de cosas de la fe y de letras; y esto con una ilustración tan grande, que le parecían todas las cosas nuevas. Y no se puede declarar los particulares que entendió entonces, aunque fueron muchos, sino que recibió una grande claridad en el entendimiento; de manera que en todo el discurso de su vida, hasta pasados sesenta y dos años, coligiendo todas cuantas ayudas haya tenido de Dios, y todas cuantas cosas ha sabido, aunque las ayunte todas en uno, no le parece haber alcanzado tanto, como de aquella vez sola. Y esto fue en tanta manera de quedar con el entendimiento ilustrado, que le parecía como si fuese otro hombre y tuviese otro intelecto, que tenía antes».

Se me antoja que aquel día tuvo Íñigo algo semejante a lo que cuentan los que vienen del lejano Oriente y llaman la «iluminación», o una ilustración, como decimos aquí, tras la que el hombre ve definitivamente claro y aprecia el verdadero valor de las cosas, el sentido de la vida y como una ciencia infusa. Dicen que el que recibe este don místico no puede comunicarlo plenamente a los demás, pero ya nunca pierden la paz y la felicidad interior. Ahora sí, Íñigo era un hombre completamente nuevo, que ardía como un ascua y sentía al mundo y a sí mismo como un trasvase de amor; veía «cómo Dios habita en las criaturas, en los elementos dando ser, en las plantas vegetando, en los animales sensando, en los hombres dando entender; y así en mí dándome ser, animando, sensando, y haciéndome entender; asimismo haciendo templo de mí seyendo criado a la similitud y imagen de su divina majestad», como escribiría en su hermosa

«Contemplación para alcanzar amor». Ahora sí, él sabía para siempre que amor era mucho más que un sentimiento.

Era como si hubiera vuelto a nacer. Se sentía con un entendimiento y un corazón nuevos. Anonadado, se levantó y se hincó de rodillas delante de una cruz de piedra que había allí cerca, a dar gracias a Dios. ¿Nacería en aquel momento la raíz de su oración preferida? Quizás la musitó entonces sin palabras: «Tomad, Señor, y recibid toda mi libertad, mi memoria, mi entendimiento y toda mi voluntad, todo mi haber y mi poseer; Vos me lo distes, a Vos, Señor, lo torno; todo es vuestro, disponed a toda vuestra voluntad; dadme vuestro amor y gracia, que esta me basta». Las aguas del Cardoner seguían blandamente su curso, pero él ya no las veía igual.

Lo cierto es que de aquel momento hasta físicamente le quedó una huella. En adelante sus conocidos advirtieron que su rostro brillaba con cierto resplandor, que le acompañaría el resto de su vida. Quizás el aura con que pintan a los santos no sea otra cosa que el fulgor interior de haber visto claro, la vibración energética de la llennumbre interior. Llegaría a decir que en aquella ocasión «aprendió en una hora, más de lo que pudieran enseñarle los doctores de este mundo».

Manresa quedaría grabada para siempre en el recuerdo. Allí nació el germen de lo que sería su modo de vivir en adelante y de trabajar por los demás, la sustancia del pequeño libro que estaba escribiendo, un manual para ayudar a la meditación, y mediante esta poder contagiar a las gentes una nueva manera libre y auténtica de buscar la voluntad de Dios en la propia vida, sus famosos Ejercicios Espirituales. Lejos de ser un compendio de teología, ni siquiera un libro literario de espiritualidad, era un esquema de trabajo para tiempo de silencio con profundas sugerencias y técnicas con las que poner al hombre frente a su verdad y el mundo que le rodea, para que él mismo halle su propio camino, sin que los apegos o afecciones desordenadas le impidan alcanzar la luz. Una mezcla de experiencias místicas y férrea arquitectura interior, de devoción y realismo práctico.

Ya comenzaba a hacerse famoso en Manresa por su manera de vivir y hablar, cuando un sábado, Juan Pascual, hijastro de Inés, que tenía dieciséis años, se presentó corriendo en su casa y dando gritos.

—¡Madre, madre!

—¿Qué pasa, hijo?

—¡El santo, el santo! ¡Lo han encontrado muerto!

Inés se quedó pálida como el mármol.

—¿Muerto? ¿Qué dices hijo? Pero, ¿dónde está?

—¡En la ermita, lo he visto en la ermita de Viladordis!

Inés salió como una estampida acompañada de otras mujeres, que ya las llamaban «las ñigas», por su afición al peregrino. Efectivamente, entraron en la solitaria ermita y allí estaba tumbado en el suelo y aparentemente inconsciente. Intentaron reanimarle y nada, todo era inútil. Pero Inés le puso la mano en el corazón y, advirtiéndolo que tenía pulso, se lo llevaron a casa y lo acostaron.

No era la primera vez que el peregrino se desvanecía, posiblemente por sus exagerados ayunos. Pero aquella vez estuvo como muerto durante ocho días. Hasta el sábado siguiente no se despertó de su desvanecimiento y cuando lo hizo, exclamó:

—¡Ay, Jesús!

Si lo suyo fue arrobamiento místico, que dicen que los santos salen de su cuerpo por temporadas o no, lo cierto es que cuando se levantó apenas tenía fuerzas. Menos mal que Inés y sus amigas lo resucitaron gracias a su famoso caldo de gallina.

En cuanto se repuso, volvió a su cueva, su ermita, su rincón en la iglesia, su mirada interior y al oleaje de los salmos que cantaban los frailes de Santo Domingo con la quietud del atardecer. Volvió también a su libro, donde con muy buena letra, la limpia caligrafía que le enseñaron en casa del contador, escribía sus luces y experiencias.

Un día imaginó como un campo de batalla, dos ejércitos y dos banderas, uno de Jesús y otro del «enemigo de natura humana», Lucifer. Vio claramente cómo ambos quieren reclutar gente debajo de su bandera. Pero lo más apasionante de este esquema para la meditación es el estilo de cada caudillo. La bandera de Lucifer se presenta con el signo de la negatividad, la turbación, el poder, la soberbia, las intrigas y la corrupción: «El primer punto es imaginar así como si se asentase el caudillo de todos los enemigos en aquel gran campo de Babilonia, como en una grande cátedra de fuego y humo, en figura horrible y espantosa». El llamamiento a los soldados negativos que militan bajo

este oscuro pendón arranca de una arenga: «Los amonesta para echar redes y cadenas; que primero hayan de tentar de codicia de riquezas, como suele, para que más fácilmente vengan a vano honor del mundo, y después a crecida soberbia». A través de tres escalones: «El primero de riquezas, el segundo de honor, el tercero de soberbia, y de estos tres escalones induce a todos los otros vicios».

Por el contrario, frente a aquel campo de batalla humeante y turbado, vio enfrente la otra bandera, la blanca y reluciente de la paz, la sencillez evangélica y la alegría: «Assí por el contrario se ha de imaginar del summo y verdadero capitán, que es Christo nuestro Señor», y «considerar cómo Christo nuestro Señor se pone en un gran campo de aquella región de Hierusalén en lugar humilde, hermoso y gracioso». Una verde llanura florecida como la de Galilea, un maestro que se sienta frente al lago y no tiene otras armas que volverse niño y que no cuenta con otros cañones y baterías que medios tan insignificantes como la dracma perdida, el grano de mostaza o la levadura que pone la mujer en la masa.

¡Qué distinta arenga dirige a sus apóstoles y discípulos! «Encomendándoles que a todos quieran ayudar en traerlos, primero a summa pobreza espiritual, y si su divina majestad fuere servida y los quisiere elegir, no menos a la pobreza actual». Después «a deseo de oprobios y menosprecios, porque de estas dos cosas se sigue la humildad; de manera que sean tres escalones: el primero, pobreza contra riqueza; el segundo, oprobio o menosprecio contra el honor mundano; el tercero, humildad contra la soberbia; y de estos tres escalones induzcan a todas las otras virtudes».

Su meditación, que no era otra cosa que las dos partes que componían el libro de su vida, terminaba con «un coloquio a nuestra Señora, porque me alcance gracia de su hijo y Señor, para que yo sea recibido debaxo de su bandera».

¡Y cómo veía ondear sobre los campos aquella blanca bandera! Nadie como Íñigo sabía ya los sabores y estrategias de los dos mundos que chocaban sus armas de forma tan distinta de aquellos comuneros en Tordesillas o de los franceses en Navarra. ¡Sutiles ejércitos que había descubierto en el lecho del herido y en la soledad y el silencio desnudos de Manresa! Dos mundos, dos banderas que se entrecruzan en el campo de la conciencia del hombre despierto, tan dispares como el orgullo intransigente del poderoso y la encantadora sencillez de los pequeños de este mundo. Muchas veces ocultas batallas

sin ruido que se libran en todo tiempo y lugar, castillos, campos, palacios y aldeas, mientras el hombre sea hombre y que ocultan un solo objetivo: llegar a ser uno mismo.

Solo cuando leí esta meditación al cabo de los años, comprendí por qué había entrevisto en mi sueño de niña en Tordesillas aquellas dos banderas que irían siempre en pos de mi caballero andante. Este volvió a caer enfermo en Manresa aquel invierno de 1522 y 1523, con una enfermedad «muy recia», precisamente —¡quién me lo iba a decir a mí que muy pronto iba a ser reina de Portugal!— en casa de los Ferrera, uno de los cuales fue criado de Baltasar de Faria, gestor de negocios de mi futuro marido el rey de Portugal en Roma. Por entonces Íñigo ya era muy querido en Manresa y lo cuidaron con mucho interés, puesto que iban muchas señoras principales a velarlo por las noches. Logró rehacerse también de esta enfermedad, aunque le quedó como secuela un fuerte dolor de estómago. Así que, como el invierno era muy frío, le convencieron de que se vistiese, calzase y cubriese la cabeza como las personas normales. De modo que le proporcionaron dos ropillas pardas de paño muy grueso, y un bonete de lo mismo, como media gorra. Eran tiempos en los que ya charlaba mucho con la gente dispuesta a conversar de temas espirituales. Ahora brotaban solas las respuestas.

Le querían bien. Pero él debía continuar su camino, que no había olvidado. Había de proseguir su sueño de nuevo caballero andante, con una prioridad, embarcarse para Jerusalén. Así que, mediado ya febrero, decidió despedirse definitivamente de sus lugares más queridos: del rincón oscuro de Santo Domingo, el camastro de Santa Lucía, el recodo y la cueva del Cardoner, el humilladero, la ermita de Viladordis, y aquellas casas, familias y mujeres, «íñigas» sin Íñigo, que le habían ayudado de forma sencilla y generosa. Cada piedra sería un recuerdo imborrable. Dejó lágrimas sentidas detrás de los umbrales junto a su escudilla, su saco, su cinturón de esparto, que ellas guardarían por generaciones como objetos sagrados, y dio la espalda a la ciudad que había sido para él tierra de luz y bienaventuranza. Al salir de casa de Inés, el huérfano y sobrio vasco, se volvió, y por primera vez en su vida dijo:

—¡Madre!

Ella, sin poder contener las lágrimas, le respondió:

—¡Hijo!

Se recortaba un sol sangrante detrás de las murallas, cuando el peregrino se encasquetó su media gorra, cogió el bordón, llenó su calabacita con agua y, como otro hombre bien distinto del que había llegado hacía apenas un año, regresó al polvo, al silencio y al horizonte más suyo, el del camino. Llevaba un río de luz a la espalda.

11.

Sin blanca ni bizcocho

Mientras el peregrino se dirigía a Barcelona, bien ajeno del mundo cortesano y las noticias que antaño le apasionaban, yo no podía sustraerme al ambiente cada vez más enrarecido que se vivía en Tordesillas. Nuestro guardador y verdugo, el marqués de Denia, seguía escribiendo con tinta envenenada, como solía, a mi hermano Carlos, para convencerle de que yo siempre estuve del lado de los comuneros. Algo era verdad de la carta que le dirigió aquel invierno de 1522, como cuando decía que «la reina nuestra señora está en su indisposición como suele, y aun paréceme que cada día se le acrecienta».

—¿Dónde se hallan mis grandes, marqués? Decidles que acudan a mi presencia — repetía una y otra vez añorando aquellos meses de guerra en que los altos dignatarios del reino le hacían algún caso.

—Están todos muy ocupados, alteza, y no pueden venir. Cuando yo viere que se desocupan, sin mayor dilación les traeré a vuestra presencia, os lo prometo —atajaba Denia.

Doña Juana se contentaba a veces con estas palabras. En otras ocasiones echaba sapos y culebras contra todo y contra todos. Denia seguía empeñado, erre que erre, en que nos fuéramos a Arévalo y lo tenía todo pensado: que viniera el presidente del Consejo con mandato del emperador para llevarnos en litera durante la madrugada.

Carlos estaba demasiado ocupado con los asuntos de gobierno para hacerle caso. Pese a su influjo en la elección de Adriano como papa, este no accedió, como hemos visto, a dilatar su estancia en España como quería el emperador, probablemente para subrayar su independencia eclesiástica. Tanto que llegó a desairarle, cuando Carlos le

pidió que nombrase cardenales a cuatro de sus servidores, entre ellos el obispo de Palencia, en una carta escrita por el flamante papa desde Tarragona, que terminaba diciéndole: «Y os rogamos que toméis de buen modo si en cosas no convenientes no condescendemos del todo a vuestros deseos».

Todos esperábamos que Carlos volviera pronto a Castilla. El primero que lo deseaba era el propio emperador, que se había dado cuenta por entonces de que toda su fuerza radicaba aquí, tal como había dicho dos años antes su portavoz en las cortes el obispo Mota. Por entonces ya se había encendido con furia la guerra con Francisco I, que incordiaba en Navarra y el País Vasco además de en Italia, con intención de recuperar el Milanesado. Mi hermano, algo más pacífico, prefería defenderse a atacar y buscar alianzas en Roma o Londres. Así que, dejando a la tía Margarita de Saboya, la *bonne tante* como la llamaba, al frente del gobierno en los Países Bajos, inició su regreso, primero por Londres para visitar a Enrique VIII y a la tía Catalina.

Me preguntaba yo si con tantas ocupaciones, la guerra con Francia, el apoyo a nuestro hermano Fernando hacia quien se sentía, hay que reconocerlo, un tanto culpable, los problemas con Lutero, la reciente insurrección en España, encontraría tiempo mi hermano para asuntos de amor. Para festejos y banquetes, desde luego, no le faltaba. Con los años supe que a principios de 1522 se acostó con una joven de modesto linaje, llamada Juana van der Gheest, hija de un tapicero de Audenarde, la villa sueca donde el emperador reunió el capítulo de la orden del Toisón de Oro. De aquella relación nació Margarita, que influiría con el tiempo en la historia de los Países Bajos. De entonces datan también los amoríos fugaces con una muchacha de la clientela del conde Nassau, de los que vendría a la vida la pequeña Juana de Austria, que acabaría sus días de joven novicia en el convento agustino de Madrigal de las Altas Torres, donde por más señas estaba de abadesa nuestra tía, también ilegítima, María de Aragón. Quizás por eso el emperador les había donado a las monjas el antiguo palacio regio, que había visto nacer en sus habitaciones setenta años antes a mi inolvidable abuela doña Isabel. Por último, me consta que en Bruselas conoció a una hermosa y vivaz italiana, Ursolina della Penna, a quien todo el mundo llamaba *la bella di Perugia* y que acababa de enviudar. Con ella tuvo a Tadea, una joven que sufrió mucho, pues tenía hermanos muy violentos y perdió a sus padres, al parecer, envenenados. De las tres, se cuidó algo Carlos, sin pasarse desde luego, aunque de todas la que tuvo mayor suerte fue mi sobrina Margarita.

El hecho es que, amén de estas «veleidades» a las que nadie daba importancia, dio muestras de ser muy diplomático cuando evitó presentarse en Inglaterra con la enorme flota que se traía a España. Fue por tierra hasta Calais y allí alquiló unas naves hasta el puerto de Dover para realizar su segunda visita a los ingleses. Cuando vio a la tía Catalina, a la que tanto añorábamos en España –no en vano era la hermana pequeña de mi madre–, Carlos bajó de su caballo, hincó su rodilla en tierra y le pidió su bendición. Aquello gustó mucho, y su visita fue un verdadero acontecimiento. No hay que olvidar que entonces nuestros viajes de ultramar interesaban en las cortes europeas.

–¿Y qué es de esa Nueva España conquistada por Hernán Cortés?

–Para que lo comprobéis vos misma, os he hecho traer piezas riquísimas, fruto de un arte extraño y que pertenecieron al emperador azteca Moctezuma.

Y le hizo mostrar coronas, colgantes de oro y exóticas esculturas de un valor incalculable, cuya belleza había provocado la admiración del propio Alberto Durero. Enrique VIII le recibió con igual afecto en sus grandes castillos de Windsor y Richmond, donde corrió el vino, exquisitas viandas y bailaron la pavana con gran entusiasmo. Pero, aparte de divertirse con el ímpetu que le permitían a Carlos sus veintidós años, logró firmar el tratado de Windsor, que le guardaba las espaldas en el norte frente a los franceses, le concedía un importante préstamo económico, aunque al mismo tiempo le obligaba en el futuro a la boda con la princesa María, pues solo tenía ocho años.

A primeros de septiembre embarcó mi hermano de regreso a España en una flota que traía mercenarios alemanes y una importante artillería con piezas de todos los calibres. Tras una feliz travesía, desembarcó en Santander, sin que esta vez se perdieran sus pilotos. Me consta que el emperador venía enfadado por lo de los comuneros y, sobre todo, porque estos habían osado llegar hasta el palacio de su madre. Le preocupaba además que el francés hubiera logrado poner un pie en España con la ocupación de Fuenterrabía. Nada más desembarcar e instalar su corte en Palencia, Pedro Maldonado era ejecutado en la plaza mayor de aquella villa, y en Medina del Campo corrían igual suerte otros altos personajes comuneros encarcelados en el castillo de la Mota. Finalmente, al tener noticia de las últimas ejecuciones, Carlos exclamó:

–¡Basta ya! No se derrame más sangre.

A finales del mes de agosto nos llegó por fin la noticia: «¡El emperador acaba de entrar en Valladolid!». Recuerdo que me puse muy nerviosa, casi tanto como Denia, que pretendió en pocas semanas lavar la cara de nuestro ominoso encierro. Yo en mi última carta había intentado responder a los tonos duros con que Carlos me había escrito: «Vuestra Majestad me escribió sobre ello más recio de lo que yo merecía», le puntualizaba. Denia por su parte había bombardeado de misivas al emperador convirtiendo, a su favor, la situación de la reina en un problema de Estado.

Amanecía el dos de septiembre cuando salió Carlos de Valladolid. Al mediodía estaba comiendo en casa. Nada más verlo, se me antojó otro hombre. Parecía más maduro, seguro de sí y templado. La desaparición de Chièvres y sus enfrentamientos con Lutero en Worms le habían hecho crecer. Solo estuvo dos días entre nosotros. A la reina, le besó la mano. A mí me dijo:

–Vos saldréis pronto de este encierro.

–¿Y nuestra madre? –le pregunté.

–No sé qué deciros...

Lo cierto es que doña Juana estaba cada vez peor y apenas mediaron escasas palabras madre e hijo. Sus desvaríos impedían a Carlos sacarla de su reclusión, aunque a partir de entonces acudió con mayor frecuencia a la villa del Duero, mientras Denia le regalaba los oídos, porque además pretendía a toda costa una merced para un hijo natural, clérigo y letrado.

Para más complicación el emperador mandó llamar de Portugal a Leonor mi hermana, que como ya dije se había quedado viuda de su marido el rey don Manuel el Afortunado. Leonor no lo dudó un minuto y se vino a España, dejando en la corte lisboeta a su hija María. Quizás porque en el reino vecino corría el rumor, comentado incluso por los embajadores, que Juan III, el nuevo rey de Portugal se había enamorado de Leonor, su madrastra, y le había hecho un hijo. Cuando la vi, nos abrazamos llorando y se me cayó el alma a los pies. ¡Qué diferencia de aquella princesa que me engalanó con sus vestidos en su primera venida a España! Se debía haber sentido muy sola en Lisboa.

Carlos también se alegró de tenerla a su lado, mientras planeaba otra boda para mi abuelastra Germana de Foix. Resulta que hacía años que estaba encerrado en el castillo

de Játiva un distinguido prisionero, el duque de Calabria, noble napolitano que había sido apresado a principios de siglo y enviado a España, siguiendo las órdenes de mi abuelo don Fernando, por el Gran Capitán, porque tenía derechos sucesorios al trono de Nápoles. Durante la guerra, los rebeldes le ofrecieron tentadores planes y la libertad. Pero el de Calabria, que era todo un caballero, se negó a salir de su cárcel, y eso fascinó a Carlos que le dio la libertad, le recibió con mucha honra, poniéndole casa y renta, además de casarlo con doña Germana, esposa que valía por dos, si se tiene en cuenta que seguía cultivando su conocida costumbre de engullir cuanto se ponía por delante.

Yo continuaba asomándome a la vega del Duero para descansar mi alma de todas estas inquietudes y soñar con un caballero que seguía reflexionando mientras caminaba sobre los colores de sus dos banderas y que sabía del todo inalcanzable. Pero me daba paz pensar en su amor e imaginarle solo y a pie por tierras lejanas. Sabía de su fulminante conversión, pero solo con el tiempo pude reconstruir los hechos. ¡Qué dos mundos tan diversos! ¡Qué distintas banderas!

El peregrino tuvo en Barcelona la ayuda de la familia Pascual que le ofreció su casa de la calle Cottoners. Íñigo, para no causar molestias, se acomodó en un altillo mal amueblado que había en el ático de la casa. Como siempre, cada amanecer salía a mendigar su alimento por amor de Dios y a charlar con cualquiera que le interesasen los temas espirituales.

Un día estaba Íñigo escuchando un sermón en la iglesia de los Santos Justo y Pastor, sentado entre los niños en las gradas del altar. Isabel, una distinguida dama catalana casada con el rico y bien situado señor Roser, se encontraba en el templo. Los ojos de Isabel se quedaron prendidos de aquel hombre. Parecía como que resplandeciera su rostro con un fulgor especial. Isabel tuvo un impulso. Sentía una voz interior que le decía:

–¡Llámale! ¡Llámale!

Isabel no se movió. Se limitó a volver a su casa y se lo comentó a su marido que, contrastes de la vida, era ciego.

–Lo buscaremos por todo Barcelona, Isabel, y le invitaremos a comer a casa –dijo.

Los criados de Roser encontraron a Íñigo mendigando de puerta en puerta. Este se dejó invitar y para pagar el almuerzo, como solía, obsequió a sus nuevos conocidos con una charla espiritual. El matrimonio se quedó asombrado. Efectivamente aquel hombre tenía algo. Desde entonces Isabel ayudaría repetidas veces al peregrino y con el tiempo intentaría añadirse al grupo de sus compañeros sin éxito, a pesar de llamar a las mismas puertas del papa.

Pero lo que obsesionaba por entonces al peregrino era embarcarse cuanto antes hacia Tierra Santa. Con frecuencia se le veía en el puerto sentado en los cordelares, perdiendo su mirada más allá de las jarcias y velámenes y preguntando a marineros y contramaestres si alguna nave zarparía pronto y podría llevarle a Italia, donde sacar el necesario salvoconducto para Jerusalén.

Un día le dijo Íñigo a Isabel:

—¡Mañana parto rumbo a Italia, Isabel!

—¿Qué decís? ¿Acaso tenéis ya pasaje?

—Sí, lo acabo de concertar con un bergantín armado, que zarpa en seguida.

—¿Un bergantín? De ninguna manera, Íñigo. Eso es una locura. No lo consentiremos. No iréis sino en un navío mayor.

Íñigo cedió ante las insistencias de Isabel. Y, azares de la vida o mano de la Providencia, sucedió que el bergantín apenas salido de puerto, zozobró y se hundió con toda su tripulación y sus pasajeros.

Mientras esperaba algún otro barco, no faltaban algunos conocidos que se le ofrecían para acompañarle en el viaje, pero él se negaba una y otra vez. «Y aunque se le ofrecían algunas compañías —relata—, no quiso ir sino solo; que toda su cosa era tener a solo Dios por refugio. Y así un día a unos que mucho le instaban, porque no sabía lengua italiana ni latina, para que tomase una compañía, diciéndole cuánto le ayudaría, y loádosela mucho, él dijo que, aunque fuese hijo o hermano del duque de Cardona, no iría en su compañía; porque él deseaba tener tres virtudes: caridad y fe y esperanza; y llevando un compañero, cuando tuviese hambre, esperaría ayuda dél; y cuando cayese, que le ayudaría a levantar; y así también se confiara dél y le tendría afición por estos respectos; y que esta confianza y afición y esperanza la quería tener en solo Dios. Y esto,

que decía de esta manera, lo sentía así en su corazón. Y con estos pensamientos él tenía deseos de embarcarse, no solamente solo, mas sin ninguna provisión. Y empezando a negociar la embarcación, alcanzó del maestro de la nave que le llevase de balde, pues que no tenía dineros, mas con tal condición, que había de meter en la nave algún biscocho para mantenerse, y que de otra manera de ningún modo del mundo le recibirían».

Aquí se le volvió a presentar el problema de los escrúpulos. Si llevaba el «biscocho» o alimento consigo, ¿dónde quedaba la confianza en Dios? De modo que se determinó a acudir al confesor.

–Mi deseo es seguir a nuestro Señor, padre –le dijo–, y hacer todo a mayor gloria de Dios. Pero si llevo conmigo mantenimiento, no pondré en él mi confianza.

El confesor le miró sonriendo.

–Dejaos de escrúpulos. Yo os autorizo que pidáis lo necesario y lo llevéis con vos, como os ha exigido el maestro de la nave.

Aquella misma tarde se dirigió a una señora que solía socorrerle y le pidió que le diera para alimentarse durante el viaje. Esta, con extrañeza, le preguntó:

–¿Pero hacia dónde os queréis embarcar, hombre de Dios?

Íñigo dudó. «Si digo Jerusalén, me va a dar vanagloria», por lo que respondió:

–A Italia y Roma voy, señora mía.

La dama frunció el ceño.

–¿A Roma queréis ir? ¡Pues los que van allí no sé cómo vienen!

Y explica Íñigo: «Queriendo decir que se aprovechaban en Roma poco de cosas de espíritu». Es decir, que ya no gozaba por entonces Roma fama de ser precisamente un espejo de virtudes cristianas.

A mi rubio caballero le quedaba tal temor a la vanagloria que ocultaba su nombre, la familia a la que pertenecía y la tierra de donde procedía, cuando alguien se lo preguntaba. Otra avispada mujer, a la que pidió ayuda para el viaje, le miró las manos y la distinción que siempre conservaría en su rostro y le espetó:

—Cierto que parecéis un mal hombre, cuando así andáis por el mundo. Mejor fuera tornaros a casa, en vez de ir vagando por ahí como un perdido.

—Bien decís, buena señora, que no soy otra cosa —respondió Íñigo.

La mujer quedó tan impactada con la respuesta que le dio pan, vino y otras cosas para el viaje.

De modo que al final se hizo con su biscocho y se presentó en el puerto, que no era más que una playa con un embarcadero, dispuesto a zarpar en torno al día de San José. «Mas hallándose en la playa con cinco o seis blancas, de las que le habían dado pidiendo por las puertas (porque de esta manera solía vivir), las dejó en un banco que halló allí junto a la playa».

Así, sin blanca, desde cubierta contempló cómo se empequeñecían las casas de Barcelona, donde había permanecido poco más de veinte días, intentando buscar inútilmente personas espirituales con las que conversar. Un ansia que se le apaciguó desde entonces. Se pasaba el día «en continua oración, ora sobre cubierta, o en los sitios más bajos y solitarios de la nave» y se limitaba a una sola refección, la del mediodía, quedándose todas las noches sin cenar. Así lo comprobó con sus propios ojos el mozo de quince años Gabriel Perpiñá, que con el tiempo llegaría a ordenarse de presbítero. A veces se metía en la sentina con un calor sofocante, mientras fuera los soldados borrachos alborotaban toda la noche. Cuando estos callaban, subía a cubierta y miraba las estrellas o la luna rielando sobre las olas, mientras su alma se perdía, al cerrar sus ojos, en un mar más anchuroso aún.

Pero tal bonanza fue escasa ya que el viento les fue favorable, quizás demasiado, porque llegó a soplar tan recio en popa, que a velas henchidas, tocaron puerto en Gaeta solo en cinco días con sus noches, aunque con harto temor de todos por la mucha tempestad, que les sobrevino al final de su travesía.

Ante sus ojos se extendían apaciguadas ya las aguas azules del golfo de Gaeta y el laberinto de sus callejas medievales salpicadas de pequeñas iglesias con sabor arábigo-bizantino o la esbelta torre del *duomo* recortándose sobre un azul italiano, que no merecieron especial atención del ensimismado Íñigo, que iba a lo suyo. Él se limitó a preguntar el camino más corto hacia Roma.

—¿Roma? ¿Qué decís viajero? ¿Acaso desconocéis que toda esta región de Italia está infectada de peste? No os mováis de aquí. Además a Roma hay cuatro días a un paso ligero, más aún para un cojo como vos.

En efecto en la puerta de la ciudad se arremolinaban las gentes con la intención de entrar en Gaeta, fuertemente vigilada. Chequearon los guardias a Íñigo y le hicieron toda clase de preguntas antes de salir. De camino a Roma le acompañaba una madre que iba con su hija disfrazada. Joven y guapa, y sin duda para protegerse de intentos libidinosos, la joven iba vestida de muchacho. También caminaba con ellos el mozo Gabriel. Se hizo de noche y llegaron a un caserío. Un numeroso grupo de soldados se calentaba allí, por dentro y por fuera, en torno al fuego.

—¡Eh, venid aquí! Tomad un trago. Descansad con nosotros.

Las rezumantes jarras de barro pasaban raudas de mano en mano y los rostros enrojecían a medida que se iba adentrando la noche. Íñigo observó cómo insistían que bebieran, especialmente a las mujeres, mientras reían y les daban codazos. Alguno había advertido pronto las formas redondeadas que ocultaban aquellas ropas de muchacho, mientras miraba a la joven con los ojos encendidos y los labios babeantes. Cuando ya no podían tragar más, uno que parecía ser el jefe les dijo, señalando la cercana alquería:

—Vosotros dos venid arriba —dirigiéndose a la madre y la hija—; y vosotros —señalando a Íñigo y a Gabriel—, dormid si os place abajo, en ese establo.

Íñigo, tras orar un rato, se arropó como pudo entre las pajas y, agotado como estaba, se durmió enseguida. A medianoche le despertaron llantos y gritos. Se levantó de un salto y salió afuera. En el patio las dos mujeres lloraban temblando con los vestidos desgarrados.

—¡Esos desvergonzados pretendían forzarnos a mi hija y a mí, y hemos salido corriendo! —explicó la madre entre entrecortados sollozos.

Íñigo, conocedor por propia experiencia de las fechorías de la soldadesca, enrojeció de ira como en sus mejores momentos y se puso a gritar con una voz que hacían temblar las paredes:

—¿Esto se ha de sufrir? ¿Quién se atreve ahora a tocarlas? ¿A ver, dónde están esos valientes?

De pronto al humilde peregrino le había salido el pasado de gentilhomme y caballero andante, desfacedor de entuertos y defensor de doncellas. El silencio de la noche fue la única respuesta a sus potentes gritos. Los soldados no se atrevieron a abrir la boca.

–No podemos quedarnos aquí. Pongámonos en camino –dijo Íñigo.

Los cuatro españoles se entregaron, pues, de nuevo a las sombras de la noche, agotados como estaban. Gabriel, que decidió quedarse, temblaba. El peregrino le puso la mano sobre el hombro:

–No temas, Gabriel, que Dios está con nosotros y en todo nos será propicio.

Caminaron Íñigo y las dos mujeres juntos lo que quedó de noche, hasta que al amanecer descubrieron dibujarse entre las brumas las torres de la bien fortificada ciudad de Fondi. Mientras se acercaban, llovía torrencialmente. Al llegar a las puertas de las murallas, unos soldados les dieron el alto. Los centinelas tenían orden terminante de no permitir pasar a nadie a causa de la peste. Íñigo miró en derredor, a ver si encontraba algún sitio para cobijarse. No lejos divisó las ruinas de una iglesia sin techo empapada por la lluvia. Como pudieron, se refugiaron y pasaron allí el día y la noche.

Al clarear el día siguiente intentaron de nuevo entrar en la ciudad, pero las puertas seguían cerradas. Aquello era un descampado y, por lo tanto, no podía conseguir limosna. Estaba exhausto, macilento, en los huesos; le temblaban las manos de debilidad y aún le daba vueltas la cabeza de los recientes trabajos del mar, del ayuno y de aquella larga noche de insomnio.

–Caminad vosotras, adelantaos; que yo me quedo aquí –anunció a las dos mujeres.

Y se tumbó en tierra sin poder dar un paso. «Creerán que soy un apestado y se apartarán de mí», pensó. Luego cerró los ojos y se puso en manos de Dios. De pronto oyó ruido y alzó la cabeza. Vio cómo se abrían las puertas de Fondi y salía mucha gente. Entre la multitud y los soldados advirtió un revuelo y criados que portaban en una silla a una persona notable.

–¡Paso a la condesa Beatriz Appiani, señora de Fondi! –precedía anunciando un pregonero.

El peregrino, desesperado y hambriento, corrió hacia la silla, gritando en español:

—¡Soy castellano y no estoy enfermo de peste!

Beatriz, tan pronto oyó hablar en castellano que entendía por su parentesco con los Colonna, mandó detener la silla de manos. La dama corrió la cortinilla y quedó asustada ante aquel hombre que parecía un cadáver ambulante.

—¡Señora, no os asustéis que no soy un apestado! Es de pura flaqueza que así me encuentro. Os ruego licencia para entrar en la ciudad y buscar algún remedio.

La condesa accedió, e Íñigo, «empezando a mendigar por la ciudad, halló muchos cuatrines y rehaciéndose allí dos días, tornó a proseguir su camino». Enfiló sus pasos, hechos ya a la soledad y el lenguaje de los senderos, hacia Terracina en los Estados Pontificios. La luz dorada de Roma bañaba los románticos pinos de la Via Appia cuando el Domingo de Ramos entró en la urbe, atravesando el Aureliano y dejando a su izquierda las ruinas de Caracalla, para luego cruzar por el Circo Máximo, hacia el Teatro Marcello y por el bullicio de comerciantes de Campo dei Fiori hasta la animada Piazza Navona. Aquella mezcla de gran ciudad y aire provinciano le dejó sorprendido. Cerca de la plaza pululaban muchos españoles y se hallaba el hospicio e iglesia de *San Giacomo degli spagnuoli*, donde pidió posada.

Por muy recogida que llevara su vista el converso, la luz sensual reflejándose en los monumentos de la vieja Roma, como un polvo de oro que acaricia las fachadas y moldea las esculturas, tuvo que impresionar a la sensibilidad bien cultivada de mi caballero, aunque su figura esquelética, vestida de pobre solemnidad, se perdiera como un innominado mendigo más entre las oscuras callejuelas. Por ellas asomaban mujerzuelas, soldados y algunos miembros del alto clero, que descendían ornamentados con sus capelos, medias y guantes y envueltos en rojos mantos, de sus imponentes carruajes, atendidos por varios criados de librea.

¡Qué distinta entrada había tenido en la ciudad el antiguo preceptor de mi hermano, Adriano VI, cuando Roma toda salió a recibirle junto a la corte y ejércitos pontificios! El nuevo papa había intentado contener la paganización que reinaba en la ciudad en tiempos de su predecesor León X. Pero a Roma no se la domeña con decretos y por todos los rincones hervía en medio de su clima decadente y pastoso su característica mezcla de indolencia y formas religiosas, campanarios, palacios y casuchas sin importancia.

–¿Cómo puedo hacerme con un salvoconducto para entrar en Jerusalén?, señor – preguntó Íñigo a un español de buen aspecto junto a las fuentes de *Piazza Navona*.

Tras darle indicaciones sobre las oficinas de la curia romana, la conversación derivó hacia España, el emperador y la situación de Adriano VI.

–Difícil lo tiene el nuevo papa. Rodas, la isla de los Caballeros, ha caído en poder de los turcos, y el día de Navidad, Solimán ha convertido en mezquitas las iglesias cristianas. Creo que los jenízaros gritaban ebrios de victoria: «¡A Roma, a Roma!».

Ciertamente Adriano no lo tenía fácil. Mi hermano no le hacía caso en sus intentos de reconciliarle con Francia. Por otro lado estaba Lutero. Aquel mes que Íñigo caminaba por las calles de Roma el doctor Johann Eck, el gran impugnador de Lutero, se hallaba también en la capital de la cristiandad. Acababa de entregar al papa un memorial que era un grito desesperado sobre la necesidad de reformar la curia. Martín hacía público además aquella primavera su increíble panfleto contra «el Papa Asno», mientras la cobarde cautela de Erasmo constituye una decepción para el pontífice.

Pero la presencia de un papa que venía de España facilitó a Íñigo las cosas en las oficinas curiales. Dos días le bastaron para obtener el salvoconducto, que haría figurar para siempre por primera vez el apellido Loyola en los archivos vaticanos.

–¿Y cómo pensáis llegar a Jerusalén? ¿Tenéis dinero? –preguntó el minutante.

–No, sino la confianza puesta en nuestro Señor. Como he venido de España, como pobre peregrino, de limosna, así iré a Jerusalén.

–¿Estáis loco? Es imposible conseguir pasaje sin dinero. ¡No sabéis lo difícil que es embarcarse y más aún alcanzar aquellas tierras, dominadas por el turco!

Pero él tenía la certeza interior de que se realizarían sus propósitos y se demoró poco en Roma, unos quince días, no sin dejar de visitar las basílicas e iglesias estacionales aquella Semana Santa y celebrar el júbilo pascual en San Pedro, donde sobre los antiguos muros cristianos vio alzarse los primeros pilares de la futura basílica. Al día siguiente, domingo *In Albis*, catorce de abril, volvió sus pies al polvo del camino, un largo trecho, tantas leguas como miden, para entendernos entre Madrid a Cádiz, hasta Venecia, sorteando las ciudades y villas prohibidas por el contagio de la peste. A los dos días de salir de Roma se le quitaron los miedos que le habían metido en el alma los

romanos sobre su peregrinación y pensó que no era más que desconfianza en Dios, por lo que decidió repartir entre los pobres seis o siete ducados que le habían dado.

Paso a paso, comiendo mal y durmiendo peor, tardó un mes en llegar a pie a Venecia. Durante el camino, debido a la peste, dormía casi al sereno bajo los pórticos de las plazas y en los soportales de las iglesias. Cruzó la Umbría y subió por Rímini hasta la recoleta Rávena y la solemne Ferrara. En una de aquellas noches al raso, «le acaeció, en levantándose a la mañana, topar con un hombre, el cual que le vio con grande espanto, se puso a huir, porque parece le debió de ver muy descolorido».

Un alma en pena le tuvo que parecer por su palidez, el pelo crecido y despeinado en medio de aquella obsesión de pestilencia que asolaba a media Italia. Finalmente ya estaba en Chiggia, puerto situado al sur de la laguna veneciana, junto a otras personas que tenían la misma pretensión de entrar en la ciudad, cuando recibió un «no» por respuesta. No se permitía la entrada sin certificado sanitario de limpieza de peste. De modo que él y sus compañeros determinaron ir a Padua para conseguir la cédula de sanidad. Anochecía y aquellos hombres caminaban demasiado deprisa. Sus debilitadas piernas no podían seguirles. Él, tan andarín que cruzaría varias veces Europa a pie, estaba al límite, sus fuerzas no respondían a su animoso corazón.

Se hallaba solo en medio de aquel descampado del norte de Italia sin poder dar un paso, sin nada en este mundo, cuando algo ocurrió, como una inundación de luz interior, «le apareció Cristo de la manera que le solía aparecer, como arriba hemos dicho y le confortó mucho».

Sea como fuere aquella visión del famélico Íñigo, el caso es que se sintió reconfortado y con esa consolación que conocía tan bien. El peregrino no salía de su asombro cuando en las puertas de Padua, donde abundaban los sabios doctores en medicina, no le pidieran la cédula de sanidad ni a la entrada ni a la salida. Tampoco, cuando después de atravesar en barca la laguna, desembarcó finalmente en Venecia.

Los febriles ojos del flaco peregrino no pudieron dejar de admirar la clara horizontalidad de aquellos canales flanqueados de palacios y mansiones que parecían tejidas de encaje y filigrana, del lujo de las góndolas y del esplendor del dux Andrea Gritti, que acopiaba armas por aquellos días en sus arsenales para sus campañas. Venecia brillaba como una bandeja de plata cuando el dux celebró a finales de aquel mes de

mayo sus simbólicas bodas con el mar Adriático, con el insólito gesto de arrojar a las aguas desde el buque Bucéfalo un anillo de oro y piedras preciosas, mientras los gondoleros alzaban sus remos sobre el limpio azul del Gran Canal.

Las damas y caballeros ataviados de ricas sedas multicolores y tocados de sombreros de pluma pasaban de largo ante aquel peregrino que había gastado sus últimos cuatrines en la primera noche de hospedaje en un pobre hostel, y que dormía ahora como un vagabundo bajo los soportales de la plaza de San Marcos, puesto que no quiso acudir a casa del embajador español ni hacer gestión alguna, ya que mantenía «una gran certidumbre en su alma, que Dios le había de dar modo para ir a Hierusalem; y esta le confirmaba tanto, que ningunas razones y miedos que le ponían le podían hacer dubdar». A pesar de que solo tenía una oportunidad, pues los turcos de Oriente Próximo habían otorgado a la Señoría de Venecia autorización para organizar un único viaje al año de peregrinación a Tierra Santa.

Aquella confianza interior una vez más no le defraudó. Un día se tropezó con un rico español que le preguntó qué hacía y a dónde pretendía ir. Este personaje, se lo llevó a su casa y le convidó a comer. Íñigo no abrió la boca, si no para responder brevemente a las preguntas. Era la costumbre que tenía desde Manresa. Pero sí escuchaba atentamente lo que decían, tomaba buena nota mental y, cuando terminaban de comer, se servía de esas ideas que se habían comentado para hablar de Dios.

El caballero español y su familia quedaron encantados con su plática. Desde luego, aquel no era un simple mendigo.

—¡Quedaos unos días en casa, Íñigo, que así os recuperaréis para vuestro viaje!

Él no quería consentirlo, pero como le prometió que le iba a llevar personalmente al palacio del dux para obtener el pasaje, accedió. Era muy digno de ver aquella limpia mañana veneciana al caballero español y al pobre Íñigo, uno con sus mejores galas, el otro de trapillo, atravesar la serena belleza de la indescriptible plaza de San Marcos y subir ambos las solemnes escaleras del Palacio Ducal, mientras las lanzas se abrían a su paso y al fondo se balanceaban las doradas falúas ducales.

No le eran desconocidos los palacios, los cristales y alfombras al antiguo gentilhomme y casi paje de los Reyes Católicos, pero aquellos salones tenían una rara mezcla de sabor oriental y finura italiana. El dux con su barba blanca e imponente

indumentaria tenía algo de sultán. Se interesó al instante por los planes del pobre peregrino y dijo:

–Den embarcación a este hombre en la nave de los gobernadores que zarpa hacia Chipre.

Cuando salieron del palacio, Íñigo no podía disimular su sonrisa. Su compatriota, sin embargo, le advirtió:

–Tenéis el permiso, Íñigo, pero yo, aun así, no iría. Otros muchos peregrinos que pretendían embarcarse estos días han desistido desde que Solimán y sus turcos tomaron la isla de Rodas.

El peregrino le miró a los ojos.

–No os preocupéis, señor. Aunque una sola barca pasase este año a Jerusalén, tened por seguro que nuestro Señor me ha de llevar en ella.

En medio del abigarrado ajeteo del puerto, dos rubios germanos, Pedro Füssli y Felipe Hagen, de Zúrich y Estrasburgo respectivamente, daban órdenes a sus criados en sus sincopados dialectos alemanes. Füssli, que era un piadoso suizo forjador de campanas, revisaba uno por uno los bultos que los cargadores embarcaban en La Negrona, el poderoso barco mercante que le había tocado en suerte al peregrino, gracias a su entrevista con el dux. Detrás se balanceaba la nave Peregrina, más frágil, que también zarparía hacia Oriente. Desde el puente de La Negrona, el capitán Ragazzini vigilaba el aprovisionamiento de la embarcación, que en el decir de la gente era «el mejor navío que jamás había salido de Venecia para Tierra Santa». Costaba el pasaje veintinueve ducados, importante cifra que a Íñigo le perdonaron; le servía una tripulación de treinta y dos hombres, y diecinueve cañones asomaban por ambos costados de su casco para defensa de turcos o piratas.

Los alemanes llevaban buena cuenta del avituallamiento para el viaje, mientras controlaban uno por uno sus bultos: queso de Piacenza, jamón, carne salada de puerco, salchichas, lenguas ahumadas, ciento cincuenta huevos, gallos y gallinas vivos en un cajón calado, cebollas, ciruelas, sal, azúcar, algunos vasos, platos y fuentes. No faltaban medicamentos, pólvora de fusil y un colchón y almohada por cabeza, sábanas y cubiertas, además de una Biblia en alemán. Llevaban todos sus papeles en regla y

suficientes ducados en moneda de Venecia y de Hungría, por lo que pudiera pasar, dinero que le sería sin duda útil y cambiable en Palestina. Todo ello figuraría en sus diarios, así como su impresión al asistir el cuatro de junio a la fiesta del Corpus en Venecia y al lujo de vestimentas y autoridades en la plaza de San Marcos. Íñigo marchó en aquella procesión con el obligado traje de peregrino por las calles de la ciudad junto a uno de los señores del Consejo.

Otros tres españoles, que iban a embarcar en La Negrona, un sacerdote y un comendador de la orden de San Juan de Jerusalén, junto al criado de este, salieron juntos de compras a Venecia. Con ellos también viajaba Sir Nicolo Delfin, recién nombrado gobernador de Chipre, con residencia en Famagusta. El único que nada tenía que comprar era mi caballero, a quien quedaba aún, antes de zarpar, el último escollo.

Porque de pronto se sintió muy enfermo. Le cogieron unas calenturas que le hacían temblar, mientras en la plaza de San Marcos ondeaba ya la bandera blanca de los peregrinos con su cruz roja, señal de la partida. Zarpó La Peregrina primero con trece de los romeros a Tierra Santa. Los otros ocho habían de embarcarse en La Negrona. El catorce de julio de 1523, cuando la nave de los gobernadores estaba a punto de levar anclas, Íñigo acababa de tomar una purga. Se encontraba fatal. Los de la casa en que se hospedaba preguntaron al médico si podía embarcarse. El galeno fue tajante:

–Para ser sepultado, bien se puede embarcar.

«Mas él se embarcó y partió aquel día; y vomitó tanto, que se halló muy ligero y fue del todo comenzando a sanar». En realidad la nave no salió hasta el día siguiente, al amanecer, aunque con grandes problemas, porque no soplaba el viento y el barco carecía de remeros. Solo el día dieciséis la brisa de la tarde sopló lo suficiente para engolfarse en alta mar y así abandonar como un sueño dibujado a lápiz la Ciudad de las Lagunas. En medio del matalotaje, barriles y cordeles, entre los gritos de los marineros y el chapoteo de las olas, sentado sobre un cajón en cubierta, pálido como la muerte, él solo miraba hacia el horizonte enrojecido donde le esperaba el país de Jesús, apenas sin fuerzas, pero firme por dentro en su plena confianza. Gaviotas solitarias volaban con grandes giros al amor del atardecer o se posaban orgullosas sobre las negras jarcias, mientras de lejos apuntaban las primeras estrellas.

12.

Como si presente me hallase

No fueron muy bonancibles los vientos aquel cálido verano, por lo que la navegación de La Negrona, que bordeaba perezosamente la costa dálmata, se hizo cansina, lenta y fatigosa. Parecía no avanzar sobre el mar quieto como un plato. Después de una escala en Rovigno los navegantes no columbraron el puerto de Valona [5] hasta el primero de agosto. El calor se fue haciendo más y más espeso a medida que se acercaban a la isla más oriental del Mediterráneo, Chipre. Como solía, el peregrino aprovechaba todos los momentos de quietud para escuchar el silencio interior, siempre con aquel perenne fondo del crujir de las maderas y el variable juego del viento en las flácidas velas, pues pretendía preparar su espíritu al ansiado encuentro con las tierras y lugares en los que vivió Jesús.

Sin embargo, el ambiente de La Negrona, de marinería mercenaria y hosca, no era muy favorable al silencio. De noche se organizaban destempladas bacanales y corría el vino por la bodega para matar en lo posible la melancolía del navegante.

Un buen día Íñigo bajó a la bodega, en busca de un lugar tranquilo. Cuando abrió una puerta enrojeció hasta las orejas. No era lo que se dice el peregrino un timorato, como sabemos por experiencia de su vida anterior. Pero en los lances de amor de su borrascoso pasado solo conocía las conquistas de mujeres propias de un viril soldado «desgarrado y vano» de Castilla. Nunca había visto escenas de homosexualidad así en vivo como las que practicaban indiscriminadamente aquellos marineros y que veía como «suciedades y torpezas manifiestas».

De nuevo salió a relucir el carácter fuerte del menor de los Loyola en aquel trance y se puso a reprender a los marineros enérgicamente. Estos no estaban para sermones y le replicaron a voz en grito:

–¡Valiente santurrón! Como no te calles ahora mismo, te abandonamos en la próxima isla que encontremos.

Como Íñigo insistía y sus compañeros peregrinos españoles se enteraron, le advirtieron encarecidamente:

–Reportaos, Íñigo, que de nada van a servir vuestras reprensiones. Ni ellos se han de reformar, ni vos vais a alcanzar vuestro propósito de llegar a Jerusalén.

El día tres de agosto avistaron la isla de Zante, y a los dos días después la de Citero, que refulgía de cal sobre el azul añil del Egeo. El once cruzaron a la altura de Rodas, sobre cuyos castillos, que le recordaron las recias torres de Castilla, ya no ondeaban las banderas de los caballeros cristianos, y la noche del trece arribaron a Chipre, aunque no desembarcaron en Famagusta hasta el día siguiente. Un mes le había costado la travesía. El sol chipriota ardía implacable sobre sus cabezas, mientras los cargadores desembarcaban paños venecianos y se preparaban para recibir en cubierta vino y especias. Al nuevo gobernador de la ciudad le esperaba una formación de soldados y salvas de bienvenida, cuando bajó a puerto.

Íñigo y los demás peregrinos desembarcaron también de La Negrona, y por tierra se dirigieron al puerto de Lárnaca, donde se unieron a los navegantes de La Peregrina el día diecinueve. Aquella tarde zarpó esta nave con una veintena de pasajeros que se dirigían a Tierra Santa y a los tres días divisaron las deseadas torres de Jaffa [6]. Pero se vieron obligados a retroceder un poco porque el viento era contrario. Hasta el veinticinco de agosto no logró La Peregrina entrar en dicho puerto. La alegría de los pasajeros fue tal que, reunidos en la popa, cantaron juntos el *Te Deum* y la *Salve Regina*, en acción de gracias. Pero todavía tuvieron que contenerse, porque no se le permitió a nadie pisar tierra hasta el día treinta y uno.

Íñigo creía soñar. De acuerdo con la costumbre, les hicieron montar a todos en unos asnillos para cubrir el trayecto que les separaba de Jerusalén. Cuando solo quedaban dos millas, Diego Manes, un noble español que les acompañaba, detuvo su jumento y dijo:

–Como muy pronto vamos a divisar la Ciudad Santa, si os place, sería bueno que fuésemos todos en silencio. Así cada uno podrá aparejarse a recoger su conciencia.

La idea pareció muy bien a todos y, cuando ya se acercaban al lugar, descabalgaron los asnos porque se encontraron con los frailes con cruz alzada que les estaban esperando. En el valle se extendía ya, sol y sepia, con sus torres y bóvedas la deseada ciudad, que el nuevo soldado de Cristo tanto había imaginado en sus meditaciones, «como si presente estuviese». Se repetía el regocijo de tantos peregrinos, desde Egeria, la monja española, que llegó caminando desde Galicia ya en el siglo IV: «¡Ya están pisando nuestros pies tus umbrales, Jerusalén!». «Y viendo la cibdad tuvo el pelegrino grande consolación; y según los otros decían, fue universal en todos, con una alegría que no parecía natural; y la misma devoción sintió siempre en las visitaciones de los lugares santos».

En realidad en aquellos momentos Íñigo pensaba que estaba tocando con sus manos el sueño de su nueva vida. Mientras bajaba la ladera para entrar en Jerusalén iba convencido de que, a partir de aquel momento podría seguir paso a paso a su Rey Eternal y vivir cómo y donde él vivió. Por eso tenía la idea firme y clara de quedarse a vivir en Palestina. Era el cuatro de septiembre cuando franqueaba una de las puertas de la ciudad. En el convento de Monte Sión los franciscanos les dieron una ligera refección. De allí caminaron hasta el destartalado Hospital de San Juan, donde cobraban dos *marshetti* [7] por el hospedaje.

Los frailes habían concertado con las autoridades turcas los pormenores del itinerario de cada día. Tras la celebración eucarística en el convento de Monte Sión, el peregrino pudo imaginar *in situ* a Jesús lavando los pies a sus discípulos en el Cenáculo, a donde llegaron con cirios encendidos; vio la casa donde se cree que bajó el Espíritu Santo en Pentecostés y la que recuerda allí cerca la dulce dormición de la Virgen. Por la tarde, en el Santo Sepulcro, su corazón, tan habituado a coloquiar con Cristo crucificado, revivió sentimientos de dolor con Cristo doloroso. Dentro de la iglesia del Santo Sepulcro durmieron todos bajo llave aquella noche. Los días siguientes hicieron el *Via Crucis*; fueron a Belén, donde besó el pesebre «como un pobrecito y esclavito indigno», adorando al Señor, «que por nosotros se ha hecho hombre». Siguieron hacia el valle de Josafat y al torrente Cedrón. El día siete los ojos encandilados de Íñigo percibieron la vibración familiar de la casa de Betania, donde vivía Lázaro, el amigo de Jesús, y sus hermanas; y pudo llorar en el monte de los olivos recordando las lágrimas de Jesús. Todo se hacía presente. Siempre bajo la custodia de los frailes y la vigilancia de los soldados

turcos. Tras pernoctar otra noche en el Santo Sepulcro y dedicar dos días de descanso, los peregrinos partieron, a lomos de asno, hacia Jericó y el Jordán. Treinta turcos armados los acompañaban.

Mientras Íñigo bebía agua y lavaba sus manos en el río en que se bautizó Jesús a manos de Juan el Bautista, entre las voces de mando de los soldados, que les urgían, aquel catorce de septiembre moría en Roma Adriano VI, agotado de luchar contra lo imposible. En su primera tumba dejó grabado este epitafio: «Aquí yace Adriano VI, quien tuvo como la mayor desdicha tener que reinar».

Entre gritos de los turcos, los peregrinos regresaron al trote por el camino pedregoso de Jericó. Los cuatro españoles y los tres suizos mostraron su deseo de subir al monte de las Tentaciones y del ayuno de Jesús, pero sus guardias solo les permitieron alcanzar la ladera. ¿A qué se debía tanta prisa? Al llegar a Jerusalén los frailes les obligaron a recluirse durante ocho días.

—No podéis salir a la calle, que ha llegado una tropa de quinientos jenizaros de Damasco.

Íñigo se quedó pues sin ver las verdes landas de Galilea y el lago de Genesaret. Tampoco pudo visitar los recuerdos de María en Nazaret. Él encontraba raros perfumes y sabores inéditos en aquellos sitios santos, que había previamente olido, tocado y saboreado desde sus contemplaciones y sentidos interiores. ¡Cuántas veces había imaginado a sí mismo en Manresa imitando a Cristo con doce discípulos por los caminos polvorientos que ahora visitaba!

Había en su pretensión algo de ingenuidad y literalismo que quizás puedan hacer sonreír. Y añadiré, no conocen a Íñigo los que lo ven como un seco militar vasco, duro, radical y sin entrañas. Quizás solo un corazón de mujer, como el mío, pueda intuir su secreto corazón de niño que ocultaba el ex gentilhomme, tan terco por fuera en sus propósitos como frágil y sensible por dentro.

Así que tenía decidido quedarse. Para eso había traído cartas con recomendaciones para el padre guardián de los Santos Lugares.

—Mi deseo es permanecer aquí por devoción. He aquí los documentos que me acreditan.

Íñigo se calló la segunda parte, sus planes de, además, «querer aprovechar las ánimas apostólicamente», porque esto a ninguno lo decía.

–Lo lamento, pero eso que deseáis va a ser imposible. Ni siquiera tenemos lo suficiente para mantenernos nosotros en el convento. ¡Si hasta nos vemos obligados que despachar frailes a otras partes con los peregrinos!

–Pero yo no quiero nada de la casa. Solo que, cuando algunas veces venga, me oigan en confesión –replicó Íñigo.

–Creo que así bien se podría hacer. Pero habéis de esperar que venga el padre provincial, que se encuentra en Belén.

El peregrino se ilusionó con esta promesa y aprovechó el tiempo para escribir a sus amigos de Barcelona, contándoles sus impresiones.

El veintidós de septiembre recibió un jarro de agua fría. El provincial, custodio de Tierra Santa, le mandó llamar:

–He sabido vuestra loable intención de quedaros a vivir en estos Santos Lugares. Lo he pensado detenidamente, pero por experiencia que tengo de otros os confieso que no es conveniente. De muchos que han tenido este deseo, quién ha sido preso, quién muerto. Y después la religión queda obligada a rescatar a los presos. Por tanto, mi decisión es que os aparejéis a partir con el resto de peregrinos.

No sabía el provincial con quién se estaba enfrentando.

–Perdonad, padre, pero tengo este propósito muy firme y no dejaré por ninguna cosa de ponerlo por obra. Y aunque no os parezca, si no es por obligación a pecado, no dejaré de hacerlo aunque me amenacen.

–Os advierto que nos tenemos la autoridad de la Sede Apostólica para hacer ir o quedarse a quienes nos parezca, e incluso para descomulgar a quien no quiera obedecer. Y en este caso tenemos claro que no debéis permanecer aquí.

El antiguo gentilhombre carecía de miedo al turco. Es más, sería una manera de imitar a Cristo si se lo llevaban preso o lo mataran. Pero ante la autoridad pontificia inclinó la cabeza. El padre custodio le dijo que incluso le iba a mostrar las bulas y poderes de Roma.

—No hace falta, padre, que yo creo a vuestra reverencia y si así juzga por la autoridad que tiene, yo obedeceré.

Pero a lo que no se resignaba era a desaprovechar el poco tiempo que le quedaba. «Y acabado esto, volviendo donde antes estaba, le vino grande deseo de tornar a visitar el monte Olivete antes que se partiese, ya que no era voluntad de nuestro Señor que él se quedase en aquellos Santos Lugares. En el monte Olivete está una piedra, de la cual subió nuestro Señor a los cielos, y se ven aún agora las pisadas impresas; y esto era lo que él quería tornar a ver. Y así, sin decir ninguna cosa ni tomar guía (porque los que van sin turco por guía corren grande peligro), se descabulló de los otros, y se fue solo al monte Olivete. Y no lo querían dejar entrar las guardas. Les dio un cuchillo de las escribanías que llevaba; y después de haber hecho su oración con harta consolación, le vino deseo de ir a Betphage; y estando allá, se tornó a acordar que no había bien mirado en el monte Olivete a qué parte estaba el pie derecho, o a qué parte el izquierdo; y tornando allá creo que dio las tijeras a las guardas para que le dejasen entrar».

Tan importante eran aquellas huellas, tan ardiente le dejaba el alma saber más del Maestro, que Íñigo corrió un serio riesgo. Los frailes se impacientaron con su ausencia y mandaron a un sirviente del monasterio, un cristiano de rito siríaco, que fuese a buscarle. Este, tan pronto le divisó bajando del monte de los Olivos, empezó a gritar y, blandiendo un bastón, le amenazaba con atizarle. Cuando le alcanzó, cogió de un brazo al peregrino, y aunque Íñigo se dejaba llevar, el buen hombre no le soltaba ni de broma. Un momento que nuestro caballero no olvidaría entre sus vivencias de aquellos días: «Yendo por este camino así asido del cristiano de la cintura, tuvo de nuestro Señor grande consolación, que le parecía que veía Cristo sobre él siempre. Y esto, hasta que llegó al monasterio, duró siempre en grande abundancia».

La estancia en tierra de Jesús le supo a poco. A las diez de la noche del veintitrés de septiembre se despedía de Jerusalén, después de veinte días inolvidables. La comitiva de asnos y arrieros marchaba en medio de la oscuridad hacia Ramleh. De pronto un grupo de jinetes árabes les interfirió el paso. Con sus cuchillos desenvainados a la luz de la luna, hombres de turbante blanco se lanzaron contra ellos con intención de desvalijarles. Tuvieron que apretar el paso. Ya en Ramleh, es el propio emir quien le exige a cada peregrino un ducado y una prenda de vestir. Ante la negativa de pagar, son encerrados en

las *cellaria San Petri*, un lugar infecto, donde durante varios días creían morir de sed, puesto que no había más agua que la extraída de una cisterna.

Puestos en libertad, en Jaffa vieron de nuevo el tres de octubre las velas de La Peregrina, esperándoles en el puerto, que había de partir esa misma noche rumbo a Chipre. A los pocos días comenzó a escasear el agua potable y llegaron a beber agua maloliente mezclada con vinagre. Hasta que llegaron a Lárnaca.

Atracadas al puerto había tres naves prestas a zarpar para Venecia. Una, que llevaba el pendón de la media luna, era turca; la segunda se trataba de un navío muy pequeño, y la tercera, un barco grande y poderoso, propiedad de un rico veneciano. La Negrona había partido algunos días antes. Los peregrinos deberían pues de dividirse para emprender el regreso. Algunos acudieron al patrón del navío mayor, Girolomo Cantarini, y le pidieron que embarcara a Íñigo.

—¿Tiene dineros ese español para pagar el pasaje? —preguntó el patrón.

—Me temo que no. Pero os alegraréis de llevarlo, pues os aseguro que es un hombre santo.

—Para santos estoy yo. ¡Si es tan santo, que pase el mar como dicen que lo cruzó Santiago! —rió el recio marinero.

Total que a Íñigo le tocó la cáscara de nuez, donde le aceptaron gratis. Pero, como la partida se retrasaba, había que matar el tiempo, así que algunos de los peregrinos se adentraron en la isla, cruzaron sus olivares bajo el ardiente sol y visitaron Nicosia, sus iglesias y famosos castillos.

Era una mañana con buen viento de primeros de noviembre cuando las tres naves se dieron a la mar. Negros nubarrones no anunciaban nada bueno en el horizonte. Efectivamente por la tarde comenzó a soplar un vendaval que precedía a lo peor. Las olas se alzaban gigantescas sobre cubierta, mientras los marineros faenaban sin descanso contra los elementos. Aquel viento feroz cambió el rumbo de las otras dos naves que pronto se perdieron de vista. El rico barco veneciano se estrelló contra las rocas de la propia isla de Chipre, aunque se salvó todo el pasaje. Otro tanto sucedió a la nave turca que se hundió y pereció toda su gente. La pequeña nao donde viajaba Íñigo saltaba sobre las olas como un bote de pesca. El peregrino tenía que asirse a palos y jarcias con ambas

manos para no ser arrastrado por la tempestad. Pero, después de muchos trabajos, la frágil embarcación consiguió atracar en Pulla [8]. «Y esto en la fuerza del invierno; y hacía grandes fríos y nevaba; y el peregrino no llevaba más ropas que unos zaragüelles de tela gruesa hasta la rodilla, y las piernas nudas, con zapatos, y un jubón de tela negra, abierto con muchas cuchilladas por las espaldas, y una ropilla corta de poco pelo».

Con aquel aspecto de desarrapado y aterido se le vio desembarcar en Venecia a mediados de enero de 1524. Había estado navegando, desde que salió de Chipre, dos meses y medio. Cuando descendió la escala, de nuevo su espectacular pobreza contrastaba con el señorío exquisito de la ciudad. Ahora, fracasado su primer propósito, volvía a cruzar aquellas calles y canales pensando cómo concretar de nuevo su camino. «¿Qué hacer?», se repetía a sí mismo una y otra vez. Lo comentaba con sus pocos conocidos y bienhechores. Uno de ellos le dio de limosna dieciséis julios y un pedazo de paño, del cual hizo muchos dobleces y lo puso sobre su delicado estómago para protegerse del frío.

A los treinta y tres años de edad mi caballero era otro hombre bien distinto del rubio de pelo rizado que conocí en Castilla. Las entradas se le habían convertido en una amplia y digna calva, y su perfil vasco entre sus pómulos se pronunciaba más con la delgadez del hambre. Era una sombra irreconocible Loyola mientras atravesaba los escondidos puentecillos o mendigaba en las quietas plazas venecianas.

—Para mí que, sin latín y estudios, poco aprovecharéis a las almas, Íñigo —le dijo cariñosamente Andrés Lippomani, que le había acogido una temporada en su priorato de Venecia.

¿Qué hacer? No era voluntad de Dios que imitara a Jesús en su tierra natal. «Quizás debería volver a Barcelona y prepararme mejor para predicar», pensó. Y se resolvió a iniciar su regreso a España. Entrado febrero, cuando se suavizaba el invierno y las damas venecianas lucían de nuevo sus brocados blancos sobre las pausadas góndolas, él, tomando su atillo y bordón, retornó cojeando a aprender la lección del camino. Tenía que atravesar en lo ancho nada menos que la entera bota italiana hasta Génova. Bajó a tomar la ruta del Sur, por Ferrara. Entró en la ciudad, cruzando torres y fortalezas rodeadas de profundos fosos, que le evocaron también otros castillos de juventud, hasta la explanada

del *duomo* gótico, con su fachada de tres cuerpos de arcada, leones y bellas esculturas en su puerta central, y finalmente se sentó agotado.

–Una limosna, por el amor de Dios –le pidió un mendigo.

Le dio un marquete, que valía seis cuatrines. Otro pobre que le vio, se acercó también a pedirle e Íñigo le socorrió con otra moneda que tenía algo mayor. No le quedaban sino julios, cuando se acercó el tercero. Al comprobar que daba limosna, se aproximaron más y más pobres. «Y él respondió que lo perdonasen, que no tenía más nada».

Las riberas del Po eran grandes llanuras quietas bordeadas de chopos y el camino se hacía eterno cuando entró en la Lombardía. Como ya dije, precisamente por aquella región tenían sus campamentos los ejércitos de mi hermano Carlos y de Francisco I, que se disputaban el Milanesado. En agosto de 1523 Adriano VI había formado la Liga entre el emperador, Inglaterra, Milán y Génova contra el rey de Francia que atacaba Italia en lugar de ayudar contra los turcos. No había sido fácil porque al principio el papa no quería romper su neutralidad. El único que apoyaba a los franceses, comandados por el almirante Bonnivent, era el marino genovés Andrea Doria con su flota. El nuevo papa Clemente VII se mantenía angustiado entre los partidos, mientras los imperiales españoles acampaban en Milán y Pavía y los franceses plantaban sus reales ya de esta parte de Tesino, junto a Abbiategrasso. Mientras tanto en la frontera vasca mi hermano, no por la fuerza sino con la diplomacia, conseguía reconquistar Fuenterrabía, donde había luchado Martín, el hermano de Íñigo. Solo un año más tarde el rey de Francia caería prisionero de las fuerzas del emperador. Íñigo pues caminaba entre ambas trincheras. De pronto divisó unos fuegos en la noche y oyó hablar español.

–¿Quién va?

–Gente de bien.

Los soldados españoles salieron de sus tiendas y se quedaron boquiabiertos ante aquel escuálido compatriota cubierto de harapos.

Tras identificarse, le advirtieron:

–Pero, ¿estáis loco? ¿No sabéis que andáis entre ambos ejércitos? Debéis dejar la vía real y tomad otra más segura. Caminad más abajo, por detrás de aquel bosque.

Íñigo, tozudo como siempre, no hizo caso y siguió derecho su camino por el mismo sitio. Más abajo divisó unas casas. Cuando entró en el pueblo, no había un alma. Estaba todo quemado y destruido por la guerra; y así hasta la noche no halló a nadie que le diese de comer. En el fondo le daba igual lo que le pudiese pasar, empujado por aquella fuerza interior y también sin duda por su carácter de osado caballero.

Se ponía el sol al día siguiente cuando llegó a un pueblo cercado. Los soldados esta vez no se anduvieron con contemplaciones. Lo prendieron, creyendo, como era lo más lógico, que fuese un espía, y lo encerraron atado en un cuchitril. Cuando al rato le llamaron, el interrogatorio fue exhaustivo. El peregrino repetía una y otra vez que no sabía nada. Los militares no se quedaban satisfechos y lo desnudaron, le registraron todas las partes de su cuerpo y hasta los zapatos. Buscaban sobre todo algún documento que pudiera llevar de línea a línea. Como no sacaban nada en claro, lo condujeron directamente al capitán sin devolverle la ropa, dejándolo solo con los zaragüelles y el jubón roto. Mientras le llevaban así, volvió a sentir como en Jerusalén, que iba preso como Cristo, y pensó: «¿Qué les digo?». Desde luego no iba a revelar su nombre y alcurnia porque esto nunca lo hacía. Pero se preguntaba si trataría al capitán de «señoría» o meramente de «vos», que es como imaginaba que Jesús y sus apóstoles se trataban entre sí –o sea, llanamente– y como él siempre llamaba a todo el mundo, porque tenía algún temor a la posible tortura que irían a infligirle para hacerle hablar. Inmediatamente pensó que eso era una tentación y decidió no darle el trato de «señoría». Es más, ni siquiera se quitaría su media gorra delante del capitán.

A sus preguntas respondió con pocas palabras, haciendo notable espacio entre los vocablos y sin la más mínima cortesía. El capitán entonces se tocó la cabeza para indicar que aquel sujeto no estaba en sus cabales.

–Este hombre no tiene seso. Dadle lo suyo, echadlo fuera –ordenó.

Tras esta vívida repetición evangélica del rechazo de Herodes, cuando salió de la residencia del capitán se encontró con un español que le dijo:

–¿Qué hacéis aquí? Os veo hambriento. Venid a mi casa. Allí podréis desayunaros y descansar esta noche.

Al día siguiente se levantó pronto, dio las gracias a esta providencia en forma de compatriota y volvió al camino hasta el atardecer. Unos soldados que vigilaban desde

una torre le divisaron de lejos y bajaron para prenderle una vez más. De nuevo lo condujeron hasta el capitán de aquel regimiento, que era francés. Tras el interrogatorio, le preguntó.

–¿Y de qué tierra sois?

–De Guipúzcoa –respondió Íñigo.

–Hombre, ¿de Guipúzcoa? Pues yo soy de allí cerca, junto a Bayona.

Ambos vascos sonrieron y departieron en euskera. Y luego el capitán ordenó:

–Llevalle y dadle de cenar, y hacedle buen tratamiento.

Con estos incidentes y otras anécdotas más menudas de sus agotadores días de camino, el peregrino divisó finalmente la otra costa mediterránea, recortada por la amplia bahía de Génova, «la orgullosa», custodiada de riscos, palacios y castillos. Se detuvo un momento para admirar el azul del mar y bajó hacia el puerto para mendigar algo de comida e indagar sobre posibilidades de embarcarse hacia tierras de España.

Junto a las naves comerciales, Íñigo vio ocho galeras del emperador en el puerto. El trasiego del abigarrado muelle presentaba un cuadro agitado. Mientras los marinos genoveses cargaban de mercancías sus barcos, los españoles aprestaban sus cañones y sus barriles de pólvora. De pronto vio descender de una galera a un personaje que parecía ser el capitán general.

–¡Íñigo!

–¡Rodrigo!

Era un vizcaíno, de nombre Rodrigo de Portuondo, que conocía de los tiempos en que servía al Rey Católico en la corte de mi abuelo en Arévalo. Ambos recordaron los felices días en que acompañaban en sus hazañas al contador Juan Velázquez por tierras de Castilla. El amigo vasco no salía de su asombro al oír de Íñigo los caminos de su nueva vida y cómo su deseo era en la actualidad embarcarse para Barcelona.

–Pues habéis de saber que ahora soy capitán de estas ocho galeras imperiales y precisamente una de ellas zarpará pronto a España. Yo os embarcaré en buena hora.

La travesía tampoco fue fácil. Una poderosa nave de Andrea Doria, que, como hemos dicho, izaba por entonces bandera francesa, intentó dar caza a la galera del

emperador. Pero el hecho es que en menos de cinco días Íñigo volvía a divisar cómo emergían sobre el mar las casas y torres de su querida Barcelona.

Había cumplido un año desde que partiera hacia Italia. Después de la revolución espiritual de Manresa, ¡cuántas aventuras, caminos, noches al sereno, puertas llamadas, manos tendidas para recabar limosna, momentos de peligro, horas de oración, murallas y torres avistadas, singladuras de mar, tempestad y silencio! Viaje de fuera y viaje de dentro, horizontes abiertos y vivencias interiores. Siempre entre dos banderas, la que pretendía conquistar poder, orgullo y dinero y la blanca bandera del peregrino que le dijo adiós en Venecia, la del niño de Belén y amigo de pescadores que había sudado sangre en el monte Olivete. Él había hecho sus planes, con una increíble fuerza de voluntad, había cruzado media Europa en soledad y pobreza. Pero el mar y la Providencia lo devolvían cerca del lugar donde había jurado sus armas como nuevo caballero. Allí estaba de nuevo, aunque distinto tras un año de peregrinar. Parecería inútil volver al punto de partida. Pero había pisado en Jerusalén sobre las pisadas de Jesús, como si presente se hallase y algo le decía por dentro que solo caminar es un camino.

13.

Amo, amas, amare

Una importante boda de Estado iba a cambiar muy pronto mi vida, pero mientras tanto mi juventud languidecía aún en la espesa y cotidiana rutina de nuestro castillo y mi paisaje seguía siendo el mismo río, los mismos tordos, las mismas almenas y las habituales caras de siempre, solo sobresaltadas por algunas noticias que llegaban del reino. Las escasas nuevas que de vez en cuando me traían conocidos, a través de amigos comunes de Barcelona, sobre las aventuras tan distintas de mi transformado caballero, llegaban solo de tarde en tarde. Se limitaban a fugaces rumores: como que le habían visto de tal guisa, que salió embarcado como peregrino de Jerusalén, que en Venecia le habían sorprendido como mendigo bajo los soportales de San Marcos o que mientras estudiaba gramática en Barcelona no faltaban incluso los que lo tenían por santo.

A mí todo aquello no me separaba de él, sino que al contrario me sucedía como dicen que hace la distancia con el amor, que se comporta como el viento en los fuegos, que a los pequeños apaga y a los grandes aviva hasta convertirlos en enormes hogueras. Y eso que para entonces era yo ya una mujer hecha y derecha, como incluso los de Denia, a los que finalmente había conseguido ablandar en cierta manera, reconocían en sus informes al emperador. Lo notaba también en las ávidas miradas que me dirigían los castellanos y caballeros que pasaban por Tordesillas y, cómo negarlo, en esa plenitud del cuerpo que alcanza una muchacha al borde de los dieciocho años.

No sé si por invisible influjo de mi caballero o por evolución personal comencé entonces a interesarme mucho más por los temas de la fe cristiana y las cosas de Dios. El hecho es que cruzaba a menudo el breve trayecto que había del castillo a las claras y me aficioné a ellas, así como a pasar en su convento amplios ratos de oración o a mecarme en el vaivén de los salmos y los cantos del Oficio Divino. No es que pretendiera en

absoluto meterme monja, que no era lo mío; pero los sinsabores de la vida, el silencio y el encerramiento de mi juventud también me habían adelantado cierta madurez y seriedad que me permitían ver lancear los toros desde la barrera y relativizar más y más las cosas de este mundo. En verdad yo había vivido hasta entonces más rápidamente que las demás muchachas de mi edad. Cuando era una niña de doce años ya era una adolescente enamorada, y entonces, en plena edad casadera, me sentía asomada al balcón de este mundo como siempre lo hice a la tronera liberadora de mi castillo.

Mi hermano, tranquilizado que hubo el reino con la victoria y el castigo –moderado para lo que era costumbre– de los rebeldes, se aprestó a comparecer ante las cortes aquel año de 1523. Allí pronunció el famoso discurso que le preparó Gattinara como canciller del imperio, en el que intentaba persuadir a los procuradores de su amor a la paz y de la situación del mundo. Si Íñigo hubiera oído aquel discurso, pese a su desinterés en política y actual dedicación a las cosas de Dios, no se hubiera sentido lejano a él, porque Gattinara, por boca de Carlos, hizo repaso sin quererlo al telón de fondo de su vida de peregrino: a su concepto del soberano que, como «los reyes y príncipes fueron instituidos y ordenados de Dios nuestro Señor en la Tierra»; a las guerras en Flandes, el Milanesado, Navarra y Fuenterrabía, que tan ligadas estaban a su propia vida y la de su hermano; a la ayuda a mi hermano Fernando, que él conoció de niño en Arévalo y ahora gobernaba Nápoles; a la pérdida de la isla de Rodas de la que tanto había oído hablar a su paso por Roma y Venecia y divisó de lejos cuando navegaba hacia Tierra Santa en La Negrona, y que «por falta de socorro se perdió, en gran daño y vergüenza para toda la cristiandad». No fue fácil esta comparecencia en Valladolid. De hecho, el emperador tuvo que improvisar cuando se le recordó que las alteraciones de las Comunidades se podían evitar en el futuro teniendo a los pueblos contentos con buen gobierno y oportunas mercedes. Se lució Carlos en la respuesta, aunque tuvo que esperar aún que las cortes se reunieran otras tres veces para que le dieran dinero para sus guerras y eso, mientras cumpliera varias condiciones. Entre ellas que castellanizase su casa y corte; que se afincara aquí en Castilla tomando por esposa a princesa portuguesa; que redujera sus gastos, y que se sujetase a dos principios principales, a saber: paz en la cristiandad y guerra con el infiel, en particular contra los corsarios berberiscos que sembraban de terror a los navegantes del Mediterráneo.

Pese a las aventuras que ya he mencionado y que no eran mucho más que para descanso del guerrero, el amor y los sentimientos pasaban a ser cosa secundaria para Carlos, que andaba obsesionado con sacar dinero para cumplir su papel de señor de dos mundos y príncipe de la cristiandad frente a Lutero y Francisco I. Ahora estaba pensando en obtener ducados para su campaña de Italia. Así escribía en su diario: «Se podrá argumentar en contra de ella la falta de dinero, la cuestión de la regencia de la nación y también otros motivos. Para solucionarlos no veo otro recurso que la rápida tramitación de mi casamiento con la infanta de Portugal y su inmediata venida a España. Que la dote que ella aporte y se pone a mi disposición sea, en lo posible, en dinero efectivo (debiendo pensarse también si convendría o no tratar al mismo tiempo de las especias); dar satisfacción al rey de Inglaterra, dejando en vigor los tratados y que no se case a su hija en Francia. Con motivo de la boda, obtener de esta nación una buena cantidad y reunir para este y otros asuntos las cortes y disolverlas luego, dejando a la infanta de Portugal, que para entonces será mi esposa, la regencia de estos reinos para bien gobernarlos, según sabias indicaciones de aquellos que dejo a su lado. Así podría yo emprender aún en este otoño mi honrosa y magna marcha. Me dirigiría a Nápoles, tomando como base este reino, coronarme y equipar en el invierno próximo un ejército para emprender en la primavera siguiente una gran ofensiva; proponer al rey de Inglaterra la puesta en práctica del “gran plan”. Aceptar la paz, si honrosamente se consigue, y siempre buscarla».

Yo sabía muy bien que en tal política exterior se me reservaba un papel, equiparable al de todas mis hermanas, casadas siempre por conveniencia. Con este fin, diplomáticos portugueses habían hecho intencionadas incursiones en Tordesillas desde 1522. No se me escapaba como mujer las miradas examinadoras que me dedicaban estos enviados lusos, para conocer mejor «la mercancía» que se ofrecía a su soberano. Con este fin, que bullía a la sazón en su cabeza, planeaba Carlos venirse a vivir con nosotras una temporada y convencerse finalmente de que yo estaba de su parte. Pero antes volvamos a Íñigo, que por entonces ya se encontraba estudiando en Barcelona.

Se puede imaginar fácilmente las caras que pondrían Inés Pascual y su hijastro Juan Sagristá, de profesión algodonereros, cuando Íñigo les dijo que pensaba acudir a la escuela desde cero, es decir comenzando por la gramática latina, imprescindible lengua universitaria, lo que significaba sentarse en los bancos con muchachos de trece o catorce

años. Pero cuando al caballero de las dos banderas se le metía una cosa en la cabeza, difícil era quitársela. Así que se presentó en casa de Isabel Roser, aquella señora de buena posición que le encontró en la iglesia.

—Mi deseo es estudiar, Isabel.

—¿Estudiar qué?

—Gramática.

—¿Gramática a vuestra edad? ¡Ya habéis pasado con creces los treinta! Los muchachos se reirán de vos. ¿Para qué queréis estudiar?

—Para poder ayudar a las ánimas.

—Bueno, a ver qué podríamos hacer. ¡Ah, ya sé! Os presentaré al bachiller Jerónimo Ardévol, maestro de gramática latina en el Estudio General de Barcelona. Y del sustento no os preocupéis, hijo, que yo me ocuparé.

—Si os place, Isabel, me gustaría preguntarle antes a un monje cisterciense que conocí en San Pablo Ermitaño, en Manresa, que es buen latino. Él también me ayudará en aprovechar en las cosas del espíritu.

Íñigo se trasladó a Manresa y preguntó por él; pero se encontró con que el fraile había muerto. De modo que se volvió a Barcelona y se metió de hoz y coze en los estudios. Vivía con los Pascual, que tenían además, gracias a un tío letrado, copiosa librería en casa, curiosa y rica. Constituyó, por tanto, el verdadero bautismo bibliográfico de Íñigo, que desde ahora se interesaba por cualquier volumen que caía en sus manos desde su nueva ansia de aprender, incluidos los de un nuevo y polémico escritor llamado Erasmo de Róterdam. Por aquella casa del algodonero pasaba además lo mejor de Barcelona, que se interesaba en conocerle. Algunas personas le ayudaban para que pudiera hacer limosnas a su vez, como doña Estefanía de Requesens, hija del conde de Palamó, abuela de doña Mencía de Requesens y Zúñiga, que fue marquesa de los Vélez y es hoy condesa de Benavente. También frecuentaban la señora Isabel de Boxados, doña Guiomar Gralla y doña Isabel de Jossa. Todas estas damas no solo lo tenían como santo, sino que sin duda también les atraía la educada distinción que detrás de los harapos denunciaba al antiguo gentilhomme.

Muy de mañana acudía a oír misa en la bella parroquia de Santa María del Mar. Sobre su apuntado portal oriental saludaba a la imagen en altorrelieve de la Virgen, que desde allí se vuelve levemente para bendecir el mar, aquel mar cuyos trabajos, olas y vicisitudes formaban ya parte del alma de Íñigo. Otras veces se perdía por la oscura calleja del Paraíso, al fondo de la cual asoma soleada la crestería de una torre de la catedral gótica, y se recogía luego en la íntima cripta de Santa Eulalia, bajo el altar mayor, su recoleto lugar preferido.

Al anochecer volvía a casa del algodonero y a su aposentillo que compartía en el segundo piso con Juan, el hijo de los dueños. Dormía en una yacija de tablas sin colchón ni sábanas. Antes de dormir le hablaba al muchacho de cosas de Dios. Cuando el muchacho se acostaba, él lo hacía directamente sobre el suelo, aunque pasaba la mayor parte de la noche en oración, arrodillado a los pies del propio lecho.

Juan, cuando se despertaba, abría un ojo y le veía llorar y suspirar, mientras decía:

–Dios mío, y cuan infinitamente sois bueno, pues lo sois para sufrir a quien es tan malo como yo.

Más tarde Juan aseguró que también lo vio levitar y llenarse de luz todo el cuarto. Es más, que el peregrino llegó a profetizarle toda su vida y cuanto en ella le había de pasar. Pero a mí, la verdad, me impresiona más saber que, cuando advertía que el muchacho se despertaba, se alzaba presto de su oración y le arropaba diciendo:

–Hijo mío, ¿no dormís? Dormid, dormid.

Era el lado tierno del de Loyola que tantos ignoran. Íñigo seguía costeándose su propia comida, que mendigaba de puerta en puerta. Además hacía agujeros en la planta de los zapatos, como sacrificio, y acrecentó sus austeridades desde que sintió mejoría de sus males en el estómago. También dedicaba parte del tiempo a reunir a los chiquillos de la calle y darles catequesis, a reconciliar a personas enemigas y liberar de su vida a alguna prostituta.

A primeros de marzo comenzó las clases de gramática con el maestro Jerónimo Ardévol, que tenía escuela en el *carrer* la Boria número tres, no lejos de la casa de Inés. Cuando entró en su aula, y se sentó en medio de los jovenzuelos, las carcajadas y burlas atronaron la clase. El maestro cortó por lo sano.

—No consentiré una risa más. ¿No sabéis el mérito que tiene ponerse a estudiar a su edad? Además, deberíais estar orgullosos de este nuevo compañero vuestro, que es un hombre de Dios.

Ardévol, que era de un pueblo de Tortosa, le mostró los ejemplares de la *Gramática*, de Nebrija, y la *Eneida*, de Virgilio. Aquel índice gramatical le parecía un auténtico galimatías: de las declinaciones, de los nombres heteróclitos, de los grados de comparación, de los géneros, de los pretéritos y supinos... Pero la misma voluntad que le embarcó e hizo caminar miles de leguas le ataba ahora al duro banco. Y los fallos de una memoria no cultivada de niño los suplía con constancia e inteligencia. Lo que no podía imaginar es que los problemas le vinieran por otros caminos.

Cuando estudiaba *rosa-rosae* o el *amo-amas-amare*, su alma contemplativa volaba enseguida a la belleza y amor de Dios. De esta forma la gramática le sumía en abismos místicos, de modo que ni cuando se ponía en oración o en la misa le venían aquellas «inteligencias tan vivas». Pero pronto advirtió con su agudo discernimiento que aquel era un mal ángel disfrazado de luz: «Y así poco a poco vino a conocer que aquello era tentación. Y después de hecha oración se fue a Santa María de la Mar, junto a la casa del maestro, habiéndole rogado que le quisiese en aquella iglesia oír un poco. Y así sentados, le declara todo lo que pasaba por su alma fielmente, y cuán poco provecho hasta entonces por aquella causa había hecho; mas que él hacía promesa al dicho maestro, diciendo: “*Yo os prometo de nunca faltar de oíros estos dos años, en cuanto en Barcelona hallare pan y agua con que me pueda mantener*”».

Es más, se tiró a los pies del Ardévol y repetidas veces le dijo:

—Os ruego que me toméis a vuestro cargo y que me tratéis como al menor de vuestros discípulos. Y, si me vieseis flojo y descuidado en los estudios, tened a bien castigarme y azotarme rigurosamente.

Cuando salieron ambos de Santa María del Mar, la brisa del cercano puerto les saludó la cara. Ambos, maestro y discípulo, se sentían más cerca.

Mientras se dedicaba a los estudios, seguía preguntándose Íñigo qué haría en el futuro: Si se metería en algún convento o si seguiría como estaba. Pero observó que muchos conventos dejaban bastante que desear. La reforma de Cisneros no les había hecho mella. De modo que a veces le venían deseos de entrar en una orden religiosa

«estregada y poco reformada», para «poder padecer en ella; y también pensando que quizás Dios le ayudaría a ellos; y dábale una gran confianza que sufriría todas las afrentas e injurias que le hiciesen». Un tanto masoquista pudiera parecer entonces Íñigo, si no se entendiera lo que se ha llamado su *más*, «los que *más* se quieran señalar», que yo conocía desde su origen de caballero y su deseo de parecerse a su Rey Eternal.

Por lo pronto se interesó por algunos conventos de monjas, que no eran precisamente un dechado de virtudes. Hay que tener en cuenta que todavía no se había producido la verdadera reforma que traería Trento.

Un buen día se presentó en las jerónimas de San Matías, donde las monjas ya no practicaban la clausura. Entró en el oratorio y se puso inmóvil a orar de rodillas. Al día siguiente repitió la misma operación. Sor Antonia Estrada y sor Brígida Visenza estaban realmente intrigadas. Sor Antonia ya lo conocía de antes de su viaje a Tierra Santa. Y él había tenido con ella un detalle, le había traído del país de Jesús un cofrecito con reliquias. He de decir que pocas cosas de devoción estaban tan de moda como las reliquias. Yo misma me volví una coleccionista apasionada de ellas. Pero había otras monjas menos devotas, que, siendo de clausura, paseaban por la ciudad y dejaban entrar a hombres en sus celdas.

También había dos bandos en las clarisas transformadas en benedictinas de Barcelona. Una de estas monjas, Teresa Rajadell, querrá con el tiempo hacerse jesuita, como le pasó a Isabel Roser. Vano intento, porque el peregrino no fundará nunca orden ni congregación femenina. Pero el mayor conflicto ocurrió en el convento llamado de los Ángeles Viejos, no lejos de Santa Clara y cerca del portal de San Daniel.

Aquel beaterio tenía pésima fama en Barcelona. Por las noches se veían caballeros sigilosos a los que se les abría las rejas y la gente decía que «en el convento de los Ángeles no todos los visitantes eran precisamente ángeles». Íñigo que se enteró pensó que aquello sucedía porque nadie se ocupaba de aquellas pobres mujeres. Así que, después de pensarlo y orar mucho, se presentó en el convento y les daba una plática cada día. La fuerza de su palabra y el resplandor de su presencia cambiaron a las monjas y las rejas volvieron a cerrarse como era propio de un convento de clausura y contemplativo.

Pero los caballeros burlados estallaron en cólera. Y una tarde, cuando Íñigo, después de pronunciar su plática se dirigía hacia el portal de San Andrés, una mole se le

echó encima en una bocacalle. Era un esclavo negro, enviado por los caballeros burlados, que empezó a insultarlo y a molerlo a golpes con una verga de buey. Íñigo, que no dijo esta boca es mía, perdió el sentido y el atacante a sueldo lo dejó tirado como muerto en medio de la solitaria calle. Pasaron por allí unos molineros y lo subieron a un caballo en el que lo condujeron por el portal de San Daniel hasta casa de Inés. Cuando se repuso, Íñigo se limitó a comentar:

–Dios nuestro Señor sea alabado y perdone a los autores.

Juan Pascual, que fue testigo de estos hechos, se enteró de que la paliza la había ordenado un mercader llamado Ribera. No faltaron amigos que visitaron al enfermo aquellos días y se admiraron de su valor.

Aun no tenía del todo claro su futuro, pero ya se le acercaron algunos jóvenes, como Juan de Arriaga, Lope de Cáceres y Calixto de Sa, a quienes les introdujo en la experiencia de buscar la voluntad de Dios mediante el silencio y la práctica de los ejercicios, cuyos apuntes había comenzado a escribir en Manresa y les entusiasmaba con su viejo plan de marchar juntos, «en compañía», a Tierra Santa para que fueran en este mundo como «trompetas de Jesucristo». Pero como veremos, este primer intento no dio resultado. Quedaban muchos caminos que andar al peregrino.

Mientras tanto, leguas abajo, en tierras de Castilla, cuando corría el otoño de 1524, el emperador nos hizo la esperada visita que iba a ser la más larga de su vida. Vino pues a Tordesillas el tres de octubre y se quedó hasta el cinco de noviembre. Todos nos quedamos sorprendidos de que permaneciera un mes entero en el castillo, cuando los días que dedicaba a nuestra madre cada vez que venía no solían pasar de tres.

En realidad era yo la que le interesaba esta vez. Con frecuencia aparecía en mi aposento y me invitaba a pasear a caballo o conversar en largas caminatas junto al Duero. El fondo de la cuestión era que los embajadores portugueses le atosigaban urgiéndole la doble boda que enlazara cuanto antes las dos dinastías, la de los Austrias y los Avis. Temían que la muerte de Manuel el Afortunado y el abandono de la corte de Lisboa por Leonor enfriara la relación de ambos países. Él no podía moverse, porque seguía vigente su compromiso con los Tudor, firmado en Windsor, y María no dejaba de ser una niña. Yo estaba en el mejor momento, a punto de cumplir los dieciocho años.

Finalmente Carlos se convenció. Su hermana Catalina no era una comunera, ni rebelde, ni nada que se le pareciera, sino una joven prematuramente sensata a la que el sufrimiento había preparado para todo. De pronto, un día, mientras contemplábamos una tarde transparente surcada de limpias nubes desde el corredor en el que nuestra madre solía llamar a «sus grandes», me espetó:

–Sabéis, querida hermana Catalina, cuánto conviene al reino una alianza duradera con Portugal y qué necesidad tenemos de acrecentar nuestras arcas para emprender la campaña de Italia. De Lisboa vienen continuamente mensajeros insinuándome la conveniencia de vuestra boda con el rey Juan III.

Yo me quedé pálida. Ahora comprendía el porqué de sus muchas atenciones aquellos días. Y añadió:

–¿Os complacería convertirlos en reina de Portugal?

¿Puede uno imaginarse lo que significaba aquella pregunta para una jovencita que había vivido toda su vida encerrada en un castillo, sin padre y junto a una madre que desvariaba día y noche? Por un lado, me aterrorizaba ser la mujer de un hombre desconocido que, según los rumores, no sé si ciertos, se había acostado con mi hermana y le había hecho un hijo. Y casarme no por amor, sino por conveniencia. Dejar a mi madre en aquel estado y sin su único cariño después del empeoramiento que tuvo con aquellos días inolvidables de «rpto», y en fin enfrentarme con una vida tan distinta, un mundo de afuera que prácticamente desconocía.

Por otra parte debía agradecer a mi hermano que me convirtiera en una reina, liberándome de mi oscuro encierro, de los fantasmas de mi madre con la que vivía pared con pared y perseguían mis sueños; de la tutela insoportable de los marqueses de Denia y de un futuro sin salida en aquel oscuro castillo que osaban llamar palacio. Sabía además, por mis hermanos, que la sangre real obliga y que una infanta se debe a las razones de Estado. Así que no dudé un instante:

–Haré como siempre, lo que vuestra alteza disponga.

Y luego, mirándole a los ojos, añadí:

–Pero, ¿habéis pensado bien lo que eso va a suponer para nuestra madre?

Carlos asintió levemente con la cabeza, como queriendo soslayar una pesadilla, y no hablamos más del asunto. Era un mohín que denunciaba su lado depresivo, quién sabe si heredado. Estaba convencida de que para Carlos doña Juana había sido una ficha más en el tablero de su imperio, como demostrarían los hechos.

Desde aquellos días los de Denia forzaban más sus fingidas sonrisas y extremaban las atenciones. Ya no era la pobre niña ni la princesa cautiva sino la futura reina de Portugal, que preparaba su ajuar y que quién sabe si alguna vez les podría ser útil. Yo intentaba preparar también mi espíritu y acudía a las clarisas para desahogarme y pedir ayuda a nuestro Señor ante lo que se me venía encima. Pero no oculto que mi corazón volaba también con ansias de libertad.

No olvidaré nunca aquel dos de enero de 1525, algunos días antes de cumplir los dieciocho años. El cortejo, custodiado por caballeros castellanos, esperaba en las puertas del castillo, reluciente de color, armaduras y caballerías. Le di un apretado abrazo a mi madre, que me miró como si fuera una extraña con sus ojos perdidos en un punto del infinito. Creo que no se dio cuenta en aquel momento de qué era en realidad lo que estaba pasando, aunque Carlos se lo había contado como pudo. Solo después, cuando me fui, cayó en la cuenta de lo que le esperaba.

Con un hermoso vestido blanco y mis mejores joyas –Carlos me había dado todas las de nuestra pobre madre, que ni joyas le dejó–, tampoco creía ser yo misma al subir al carruaje que me conduciría a Badajoz. Cuando el capitán dio la señal de partida, volví el rostro a aquel penoso castillo de Tordesillas, prisión de reyes medievales y sepultura de mi juventud. De pronto vi a mi madre que se asomaba a mi ventana llorando a lágrima viva. De aquella ventana no la separarían durante un día y una noche completos, y cuando lograron arrancarla, seguía con la mirada extraviada, perdida Dios sabe dónde y con una frase en los labios:

–¡Mi hija! ¿Dónde se han llevado a mi hija?

Me contarían también que la cólera contenida que los marqueses me habían mostrado los últimos meses, la desataron luego con la pobre reina. ¡Qué dolorosa historia la de mi madre! Yo era el último pedazo de su amado Felipe. Pero ya no podía hacer nada. Me tocaba entrar en la historia de Portugal y casi desaparecer de la de

España. Me preguntaba entonces y aún hoy me pregunto: ¿Cómo dos pueblos tan próximos han podido vivir tantos lustros de espaldas?

Mi hermano había preparado en Badajoz una despedida sin término. Los festejos fueron agobiantes. El sarao era cotidiano y danzaban los fidalgos y damas de noche y de día. Se jugaron cañas y celebraron *naranjadas*, y por cada villa que pasábamos se repetían las fiestas y agasajos, incorporándose más y más gente a la comitiva.

Las murallas de Elvas casi me parecieron de juguete y hasta coquetas, como para recibir a una novia. Encerraban apiñadas casas e iglesias blancas. El castillo, recién construido por mi difunto suegro Juan II, lucía pendones de Portugal y España y estaba custodiado por cientos de lanceros, mientras vestían de alegría el aire trompeteros de gala. A mí me hicieron subir en unas andas forradas por fuera de terciopelo negro, *atrocelado* de blanco, y por dentro vestidas de tafetán carmesí, todo aderezado de primorosas labores. Dos hermosas acémilas guarnecidas también de terciopelo transportaban las andas. Entre los caballeros que me custodiaban supe luego que, embozado, iba el propio rey Juan III, para echarme una ojeada, porque nuestro encuentro oficial estaba previsto en Estremoz. De hecho, un cortesano comentó al lado:

—*¡El re no esta muito longe!*

De todos aquellos detalles tomaba buena cuenta un servidor que había enviado la vieja reina Leonor, viuda de don Juan II y madre de mi marido, que terminaba sus días en el palacio de San Eloy y que se moría de curiosidad por saber algo de aquella española, sucesora suya, que nunca llegaría a conocer en persona. Por esas cartas llegué a enterarme de que no debí causar mala impresión a los portugueses, que enseguida advirtieron que la vida me había hecho una joven seria, *seca e muito grave*. Aunque añadían que yo llevaba «muy buena casa y dicen que pocas reinas vinieron a Portugal tan bien ataviadas de su persona, porque trae muchos vestidos y muy ricos y muchos collares de oro y pedrería que el emperador le dio, porque todas las joyas de su madre *lhe alargou*».

Detrás del cortejo venía mi querida María de Velasco, la viuda del contador Velázquez, la antigua amiga de Íñigo en Arévalo. La seguían algunos de sus hijos, que habían sido compañeros de juegos y armas del guipuzcoano, «hombres —decía el cronista— que han de andar por aquí y que tienen de trescientos a cuatrocientos mil reis

de renta». Buenos partidos para jóvenes portuguesas que podían compensar así las conquistas que entre los portugueses casaderos harían mis damas. Todas iban ricamente ataviadas y *louçainhas* a juicio del corresponsal.

Sobre una colina de nudosos olivos y en medio de un anchuroso llano, resplandeciente de blancura, apareció Estremoz. El mármol de su torre del homenaje *das Tres Coroas*, en recuerdo de los reyes en cuyos reinados se construyó, me cautivó desde el primer momento como los campos y las gentes lusitanas, más dulces, calladas y recoletas que las de Castilla. En el contiguo palacio en que murió la reina santa Isabel tenía mi hospedaje. Tras interminables festejos, solo el cinco de febrero se celebraron las nupcias en la entonces renombrada villa de Crato, la del monasterio de Flors da Rosa donde también se casó mi suegro, y aún hubo dos días más de ceremonias religiosas.

La primera impresión de mi marido no fue mala. De mediana estatura, aunque corto de cuello, sobre su blanco rostro bien proporcionado y enmarcado en una cuidada y corta barba castaña, asomaban unos ojos entre verdes y azules que transmitían inteligencia y una serena bondad. Tenía entonces veintitrés años. Exhausto llegó al lecho mi don Joao, aunque ello no fue óbice, como asegura el cronista, por no decir el cotilla de turno que relataba todo a mi malograda suegra, para que le restaran fuerzas, porque él «se fue para la reina y estuvo la noche despejado con ella».

Demasiados colores, saraos e impresiones para un pajarito que sale de pronto de su jaula. Un país distinto, unas costumbres diversas, en una palabra una vida nueva comenzaba para mí, entreverada de penas y alegrías, pero cabalmente distinta de la que llevaba por entonces mi nunca olvidado caballero, el peregrino que salía por aquellas fechas de Barcelona camino de la Universidad de Alcalá de Henares.

Solo de nuevo, sin más ayuda que la de sus cansados pies y la confianza en Dios, bajaba por la carretera de Tortosa hacia Teruel y Guadalajara. Hecho al sendero y al silencio –¡qué lejos del alboroto cortesano que atronaba mis oídos, ensordecidos por el contraste, y qué lleno del susurro interior que no puede expresar palabra alguna!–, caminaba solo y a pie. Otra vez el sereno, la bóveda de las estrellas, el pan y el queso compartido con algún pastor de ovejas, los pequeños encuentros con desconocidos y la esperanza, siempre abierta, como la herida roja del atardecer que le llamaba de nuevo a los amplios horizontes de Castilla.

14.

Alumbrados y erasmistas

Atardecía cuando Martín de Olabe, joven estudiante de Vitoria, y un grupo de compañeros que alborotaban en las aulas de la nueva Universidad que fundara Cisneros atravesaron las puertas de la ciudad para dar una vuelta fuera de la muralla árabe. Iban discutiendo animadamente huyendo del ruido de la vieja *Complutum* romana, convertida hacía pocos años en importante ciudad cultural y cuna de la famosa Biblia Políglota Complutense.

–Pues para mí el «dejamiento» es el mejor camino, que todo el cuidado debe dejarse a Dios, y el alma unirse a él, pero sin hacer ni pensar ni pedir nada. Solo el contacto inmediato con la divinidad transforma el alma.

–No digáis tal, que eso es pensar como los alumbrados –replicó Martín.

–¿Acaso no es la doctrina que defienden Osuna y Ortiz? Franciscanos y conversos viven la misma espiritualidad.

–Sí, pero son acusados de la Inquisición, porque se reúnen en conventículos y no en iglesias. Yo los he visto salir del Colegio de San Ildefonso, amparados en la oscuridad de la noche, para reunirse con clérigos y seglares, hombres y mujeres, en casas particulares. Dicen que no es un sacerdote el que dirige esas reuniones; que a veces incluso una mujer lleva la voz cantante, y además rechazan el consejo de sus confesores. ¿Se ha visto tal?

–Con estos ojos he comprobado yo que no se levantan al evangelio durante la misa, sino que se quedan fincados de rodillas todo el tiempo que esta dura y como yertos o enervados y hasta parece que tienen cerrados los ojos y no humillan la cabeza cuando alzan el santísimo sacramento, ni se hieren los pechos al *Agnus* ni al *Sanctus* –aseguró acaloradamente otro estudiante.

–Yo creo, sin ir más lejos, que el bachiller Medrano es un alumbrado. Nunca se le ve rezar vocalmente ni menear los labios, ni pone las manos plegadas como suelen los cristianos que oyen misa devotamente, sino que las oculta debajo de la capa.

–No andáis errado, pero no por eso todos son iguales ni siguen la misma doctrina. El maestro Vázquez nos dijo ayer que hay que distinguir entre *recogimiento* y *alumbramiento*, que, como sabéis, son distintas escuelas, como discutieron, según oí decir, hace poco en el convento de Pastrana fray Francisco Ortiz y Pedro Ruiz de Alcaraz.

–No es ese el verdadero problema, Olabe, sino que mujercillas sin letras se atreven a alardear de vida interior, oración afectiva y entendimiento infuso de la Sagrada Escritura. Y a veces concitan en torno a ellas clérigos y religiosos, sobre todo frailes franciscos.

–Pues yo os digo que solo Erasmo y nadie más que él es el príncipe de los humanistas y el verdadero reformador de la Iglesia.

De pronto, a lo lejos y dirigiéndose a las puertas de la ciudad vieron que se encaminaba un hombre de unos treinta y cinco años. Renqueaba e iba lívido y exhausto, como de no comer durante varios días. Se diría a todas luces un pordiosero.

–Todo es discutible. Pero de lo que no hay duda es de que ser cristiano es socorrer al desvalido –dijo al verlo el alavés. Y, sin más comentario, se acercó al mendigo y le alargó dos monedas.

–Tomad, buen hombre, para que comáis algo, que sé vais sin resuello.

El desconocido le dio las gracias y le miró de tal manera que Olabe se quedó intrigado, serio y pensativo toda la noche. No imaginaba la relación que iba a establecer con aquel hombre en el futuro. Martín Olabe llegaría a doctorarse en Teología por la Universidad de París y ser hombre señalado en letras con gran autoridad. Llegaría incluso a formar parte de la Compañía que fundará con el tiempo aquel peregrino y a participar en los trabajos del Concilio de Trento.

Íñigo atravesó la puerta árabe y se adentró en las bien empedradas callejuelas de la ciudad. Bullía de grupos de estudiantes que se encaminaban a sus colegios mayores. A uno preguntó dónde podría cobijarse aquella noche y le encaminaron al «Hospicio de los

sin techo», también llamado de Santa María la Rica. Los días siguientes vivió como un pordiosero, como solía, de la caridad de los viandantes.

Un día deambulaba bajo los graníticos soportales de la vieja calle Mayor cuando un sacerdote, al ver las trazas del forastero, hizo descarada burla de él. A las risas del cura corearon corrillos de estudiantes ociosos que le decían baldones y se mofaban al verlo con aquel aire de alma en pena y su triste ropilla de vagabundo. De pronto de una de las puertas salió otro clérigo de buen aspecto. Íñigo miró la leyenda que figuraba en el frontispicio de la casa: «Hospital gratuito de Nuestra Señora de la Misericordia, fundación particular de Antezana, en el año de 1483».

El recién aparecido miró a aquel pordiosero y le dijo, sin hacer caso de los que se burlaban:

–Venid conmigo, buen hombre.

Por un pasadizo se entraba al hospital, posada y hospicio a la vez, de reciente fundación, y a un recogido patio, que tenía, a la derecha, una sencilla alberca de sabor andaluz. Le hizo subir por una escalera a un segundo piso un tanto destartado, que daba en balconada de madera al patio. Allí, tras hacer crujir la puerta, le mostró una pequeña cámara.

–Permitidme que me presente –dijo–. Soy el prioste de este hospital; y este, si os place, será vuestro aposento.

–Nuestro Señor os lo pague –respondió humildemente el peregrino.

Allí viviría; allí, en un pequeño fogón o chimenea, cocinaría sus magras viandas, cuando no estaba mendigando por las calles; y allí también se esforzaría en ayudar a la gente con hambre del espíritu.

Primero buscó maestros de quienes aprender. Por sus manos pasaron los primeros gruesos volúmenes, tan dispares como incomprensibles para su bautismo universitario: *Términos*, de Domingo de Soto, quien había enseñado en Alcalá antes de entrar en la Orden de Predicadores; una obra de física aristotélica titulada *Quaestiones super octo libros Physicorum*, y un libro del Maestro de las Sentencias, que no era otro que Pedro Lombardo, *Sententiarum libri IV*, conocido texto común de teología en todas las universidades del tiempo.

Nada más salir a la calle y oír a la gente, Íñigo respiró un ambiente distinto de cuanto había visto antes. Por plazas, patios y figones se hablaba de todo, se discutía de todo acaloradamente. Cisneros había abierto a las lenguas e ideas más diversas, que corrían a la sazón por Europa, aquella joven universidad, que gozaba de un estilo diletante y apertura de espíritu. Tan pronto se escuchaba conversar de literatura y filología como de teología y física. Alcalá pretendía competir con las grandes universidades de Salamanca y París. Sus profesores cultivaban tanto las lenguas clásicas como las orientales; la lógica como la medicina, los estudios bíblicos como canónicos.

Sentado en las escaleras del Colegio de San Ildefonso o colándose –porque no estaba inscrito en la universidad– en el último banco de algún aula, entre miradas inquisitivas de los estudiantes, escuchaba a los maestros Miguel de Carrasco o a Fernando de Matatigui.

–Os digo que Erasmo es más filólogo que dogmático. Aborrece toda religiosidad externa, llena de ceremonias y formalismos sin sustancia. Y sobrada razón tiene cuando asegura que *monachatus non est pietas* (monacato no equivale a piedad), como está a la vista dado el relajamiento de muchos. ¿Es acaso cristianismo eso de poner en el hábito la religión y cantar a horas fijas? Erasmo defiende que muchas órdenes monásticas van contra las ciencias humanas, menosprecian las lenguas antiguas y hasta la Biblia. Solo beben en las fuentes escolásticas. Leed, leed si no el *Enquiridion* o *Manual del caballero cristiano*, que acaba de publicar el impresor de Alcalá Miguel de Eguía en una bellísima traducción del arcediano de Alcor, Alonso Fernández de Madrid.

–Pero, ¿no dicen, maestro, que eso es moda de Flandes, que viene de los extranjeros y de los altos señores, clérigos y letrados que han vuelto de allí con la última ciencia en el cortejo del emperador?

Al principio aquellas discusiones eran para Íñigo palabras incomprensibles, más aún cuando se entablaban en latín, lengua que aún le costaba hablar y entender cabalmente. De todas formas los libros de Erasmo no le eran desconocidos, pues ya había caído alguno en sus manos durante su estancia en Barcelona.

El peregrino retuvo el nombre de Miguel Eguía, que le sonaba de Loyola, y le buscó callejeando por las estrechas calles de la judería de Alcalá, donde todo estaba cerca. Cuando entró Íñigo, el impresor enredaba entre los tórculos, ultimando grabados

en cobre para la próxima edición del libro de Erasmo, que estaba casi agotado. Era de Estella este impresor, pariente por parte de madre del que sería amigo y gran compañero de Íñigo, Francisco Javier. Algunos de sus hermanos se harían, con el tiempo, jesuitas.

Pero Miguel era algo más que un impresor. Adornado de gran cultura, manejaba con fluida elegancia el latín y disfrutaba de una posición desahogada, fruto de su trabajo. La conversación entre ellos derivó enseguida a amigos comunes. Antepasados de los Loyola y los Eguía, como buenos beaumonteses, habían luchado juntos. No imaginaba entonces que Diego, hermano de Miguel, llegaría a ser confesor del peregrino en Roma. Pero en Alcalá encontró a un franciscano para abrirle su conciencia, un tal Miguel Miona, que le recomendó que leyera los libros de Erasmo. Aunque él, la verdad, prefería lo seguro y siempre volvía a su «gersoncito», su entrañable Kempis.

Pronto intimó con los dueños de aquella agitada imprenta impregnada del inconfundible y atractivo olor a tinta y pergamino. Miguel y Diego estaban intelectualmente interesados por los erasmistas; y el contraste que estos, cultos y letrados, presentaban con los alumbrados, tachados por algunos de «puros idiotas» y de inferior clase social, no dejaba de interesar a Íñigo.

No sabía ni por asomo que aquellas amistades le iban a acarrear los primeros problemas con la jerarquía de la Iglesia. Aprovechaba toda ocasión de impartir los primeros rudimentos de sus ejercicios espirituales y declarar el mensaje evangélico, como él mismo cuenta: «Y muchas personas hubo, que vinieron en harta noticia y gusto de cosas espirituales; y otras tenían varias tentaciones: como era una que queriéndose disciplinar, no lo podía hacer, como que le tuviesen la mano, y otras cosas símiles, que hacían rumores en el pueblo, máxime por el mucho concurso que se hacía adonde quiera que él declaraba la doctrina».

—¿Conocéis al santo de Antezana? —se comenzó a correr por la villa.

Un día llegaron también sus tres primeros compañeros: Calixto, Juan y Lope. Los cuatro decidieron vestirse igual, con un tosco sayal hasta los pies, como los grabados góticos representaban a los apóstoles en Galilea, por lo que los llamaban los «ensayalados». Los recién llegados se hospedaban con los impresores. Pronto se unió al grupo un francés, un tal Juan de Reinalde, al que todos llamaban Juanico.

Íñigo seguía viviendo en Antezana, pero iba con frecuencia a la imprenta para conseguir con qué socorrer a los pobres. Así lo recordaría siempre: «Luego como llegó a Alcalá, tomó conocimiento con don Diego de Guía, el cual estaba en casa de su hermano que hacía empremta en Alcalá, y tenía bien el necesario; y así le ayudaban con limosnas para mantener pobres, y tenía los tres compañeros del pelegrino en su casa. Una vez, viniéndole a pedir limosna para algunas necesidades, dijo don Diego que no tenía dineros; mas abriole una arca, en que tenía diversas cosas, y así le dio paramentos de lechos de diversas colores, y ciertos candeleros, y otras cosas semejantes, las cuales todas, envueltas en una sábana, el pelegrino se puso sobre las espaldas, y fue a remediar los pobres».

Al atardecer se volvió al patio de Antezana. Poco a poco vinieron los demás ensayalados, varias mujeres de diversa edad, algunas mozas, un panadero, Diego el impresor, un carpintero, un par de frailes... Según entraban, tomaban asiento en el suelo y en corrillo. Él, sentado en medio en una banqueta, les decía:

«Hoy aplicaremos los sentidos a nuestra contemplación y meditaremos como si presentes nos hallásemos en la tierra donde nació Jesús. El primer preámbulo es la historia: y será aquí cómo desde Nazaret salieron nuestra Señora grávida casi de nueve meses, como se puede meditar píamente, asentada en una asna, y Joseph y una ancila, llevando un buey, para ir a Bethlém, a pagar el tributo que César echó en todas aquellas tierras. Lo segundo que haremos es una composición viendo el lugar; que será aquí con la vista imaginativa ver el camino desde Nazaret a Bethlém, considerando la longura, la anchura, y si llano o si por valles o cuevas sea el tal camino; asimismo mirando el lugar o espelunca del nacimiento, cuán grande, cuán pequeño, cuán bajo, cuán alto, y cómo estaba aparejado el lugar donde nació Jesús».

Todos escuchaban con los ojos muy abiertos, arrebujados en sus mantos, mientras, al avanzar las sombras de la tarde, el patio se oscurecía bañándose de una compungida intimidad y envolviéndolos a todos del seco y sano frío de Castilla.

«El primer punto de esta contemplación es ver las personas, es a saber, ver a nuestra Señora y a Joseph y a la ancila y al niño Jesús después de ser nacido, haciéndome yo un pobrecito y esclavito indigno, mirándolos, contemplándolos y sirviéndolos en sus necesidades, como si presente me hallase, con todo acatamiento y reverencia posible; y

después reflectir en mí mismo para sacar algún provecho. Luego debemos mirar, advertir y contemplar lo que hablan; y refiriéndolo en mí mismo, sacar algún provecho».

Aquello era tanto como trasladarles el alma en un viaje por el espacio y el tiempo y proyectarles a la lejana Belén del Nuevo Testamento y tratar con la familia de Jesús y percibir y saborear de una forma nueva hasta entonces, con sentidos interiores. Era como ver la sonrisa de María y hasta actuar virtualmente, ayudándoles «como un esclavito indigno». E incluso oler el perfume de sus virtudes y saborear la quietud de su paz interior.

«Por último, nos dedicaremos a mirar y considerar lo que hacen, así como es el caminar y trabajar, para que el Señor sea nacido en suma pobreza, y a cabo de tantos trabajos, de hambre, de sed, de calor y de frío, de injurias y afrentas, para morir en cruz; y todo esto por mí; después reflectiendo sacar algún provecho espiritual. Terminaremos con un coloquio con Jesús y con María, así como en otras contemplaciones y con un *Pater noster*».

–Pero decidme, Íñigo, y qué haremos si no nos da tiempo de meditar sobre todos esos puntos.

–Quedaos e insistid en los puntos que os produzcan tanto consolación como desolación, que no el mucho saber harta y satisface el alma, sino el gustar de las cosas internamente.

La fama de los ensayados comenzó a correrse de forma peligrosa.

–¿El peregrino ese de Antezana no será acaso un alumbrado? Se reúne con los Eguía, que ya sabéis siempre hablan de Erasmo e imprimen sus libros.

Mientras, gente de toda condición, sobre todo pueblo llano, artesanos y estudiantes, llamaban a las puertas de la humilde habitación de Íñigo. Una mañana María de la Flor, que le había escuchado repetidas veces como tapada, se presentó en el hospital. El hospitalero llamó al peregrino:

–Mirad que está ahí otra vez esa prostituta, María de la Flor. ¡Ni se sabe a cuántos estudiantes habrá embaucado esa perdida!

Venía con cara compungida, como queriendo mostrar forzosamente su conversión, pero sin disimular un cierto descaro, un sutil coqueteo del que no quería desprenderse y

una apenas sugerida sensualidad.

–Vengo porque quiero que me mostréis el camino del servicio de Dios –dijo atusándose el pelo.

–Si eso buscáis, será con algunas condiciones: habréis de escucharme un mes todos los días y confesar y comulgar de ocho en ocho días. Puede que la primera semana os sintáis muy alegre, y la siguiente muy triste, sin saber de dónde vienen tanto consolación como desolación ventura. Pero espero en Dios que, si esto hacéis, sentiréis harto provecho.

También le habló del ejercicio de las tres potencias, de cómo el pecado venial podría convertirse en mortal, de los diez mandamientos, del modo de aplicar los cinco sentidos a la contemplación y de otros temas. Algo notó desde el primer momento: Íñigo no la miraba como los demás hombres. Le dijo además que tenía que ir quitándose la costumbre de jurar.

–No debéis decir «así Dios me salve» o «por mi vida» y otros juramentos, sino llanamente «sí, cierto» o «no», como Cristo nos enseña. Debéis examinar vuestra conciencia dos veces al día y decir antes esta oración de rodillas: «Dios mío, Padre mío, Criador mío, gracias y alabanzas te hago por tantas mercedes como me has hecho e espero que me has de hacer. Suplícote por los méritos de tu pasión que me des gracia que sepa examinar bien mi conciencia».

–¿Y cuando vienen mujeres a traerme recados, que, ya sabéis, celestinas no faltan, qué he de hacer?

–Cuando alguna mujer viene a hablaros a vos o a alguna doncella de mala parte, si tal doncella no da oídos a ello, no peca ni mortal ni venial. Pero si otra vez vuelve y la oye, peca venialmente; y si la habla o hace lo que dice, peca mortalmente.

Flor comenzó a cambiar. Confesaba y comulgaba semanalmente. Sabía, como aquellos apóstoles improvisados le habían indicado, que lo que hablaba con Íñigo o Calixto no tenía por qué decírselo a los confesores. Se entretenía en labores y tejer manualmente junto a Leonor y fue finalmente acogida en el grupo de los iñiguistas.

Pero de pronto comenzó a ponerse muy triste y solo se consolaba cuando hablaba directamente con Íñigo o Calixto: «Le venía un amortecimiento o se le cobría el corazón

hasta que le hablaba», declararía más tarde. Íñigo conocía por propia experiencia que eran normales los altibajos en cualquiera que emprende la vida espiritual.

–Permaneced constante, María, que en entrando en el divino servicio viene siempre la tentación del enemigo de natura humana. Pasad esto por amor de Dios.

Otro día le enseñó la oración por «anhélicos» o respiraciones.

–Mirad: cuando recéis el *Ave María*, dad un suspiro, y gozad al expirar de aquella palabra «Ave María», y cuando digáis «gratia plena», otro suspiro y así toda la oración. Y podéis hacerlo tumbada en tierra, es decir, «supino rostro arriba», si eso os ayuda.

Fue entonces cuando María y otras seguidoras de Íñigo comenzaron a sufrir desvanecimientos y desmayos, «bescas del corazón», como decían. María de la Flor aseguraba entonces que quería irse al yermo como santa María Egipciaca a pagar por sus pecados. Y, sin más miramiento, se fue a Calixto que era más joven y le dijo:

–Calixto, ¿queréis retiraros al yermo conmigo?

Calixto la veía venir. A veces se le acercaba peligrosamente. Seguía obsesionada con su pasado sensual. Para mí, que he conocido en mi corte muchas y variadas mujeres, el desvanecimiento de estas y otras que seguían a Íñigo tras haberse apartado del mundo, y conociendo el diletantismo pseudomístico de muchos alumbrados, era una manera de compensar su falta de galas y viejos juegos de amor con otro protagonismo y una no disimulada histeria.

Aquellos rumores y el intento de replicar literalmente la vida de los apóstoles sin ser sacerdotes, llegó, como era de esperar, a oídos de la Inquisición que pesquisaba por entonces a los alumbrados por los conventículos de Alcalá.

La primera vez no fue directamente el Santo Oficio. Juan Rodríguez de Figueroa, vicario general de la diócesis de Toledo, se presentó en Alcalá y ordenó que le informasen de la vida de aquellos pobres estudiantes. Los investigadores designados eran el doctor Miguel Carrasco, profesor de teología tomista en Alcalá, que era tolerante y con fama de erasmista, y el licenciado Alonso Mexía, un seco canónigo de Toledo, temido por su rigorismo.

Acompañados por alguaciles, los testigos fueron desfilando ante el improvisado tribunal formado por los citados clérigos y un notario de afilada nariz, que tomaba de

rejo cumplida nota de sus declaraciones. El primero en ser interrogado fue un franciscano llamado fray Hernando Rubio.

—¿Qué sabéis, fray Hernando, de unos mancebos que andan en esta villa vestidos con unos hábitos pardillos claros hasta los pies, y algunos de ellos descalzos, los cuales dicen que hacen vida de apóstoles?

—Pues que un día me asomé a la puerta de la casa de Isabel la rezadera, y vi a uno de ellos que anda descalzo, hombre de poca edad, que podría tener hasta veinte años (o fray Rubio era corto de vista o Íñigo de puro flaco aparentaba menos edad), y que tenía a su alrededor hincadas de rodillas dos o tres mujeres puestas las manos a manera de estar rezando, y él estaba platicando. Y aquel mismo día, por la tarde, la dicha rezadera vino a verme y me dijo: «Padre, no os escandalicéis de lo que visteis hoy, porque aquel hombre es un santo».

—¿Sabéis si son letrados o ignorantes dichos mancebos?

—No lo sé. No van al estudio de la universidad. Creo que particularmente les enseñan...

—¿De dónde son naturales?

—Tampoco sé decíroslo. Solo he oído que uno de ellos es de Nájera.

El turno siguiente le correspondió a la beata Beatriz Ramires, vecina de Alcalá, que empezó declarando:

—He oído decir que el que llaman Íñigo es caballero.

—¿Adoctrinan los susodichos a algunas personas particularmente?

La beata respondió:

—Fui un día a casa del panadero Andrés Dávila, y me los encontré en una cámara y vi a Íñigo con otro compañero. Le escuchaba una tal Isabel Sánchez y Ana del Vado, una moza de unos catorce años, además de Andrés de Ávila y otro hombre que decía ser viñador.

—¿De qué hablaba el susodicho Íñigo?

—Les estaba adocrinando de los dos mandamientos primeros: sobre amar a Dios y al próximo. Y de estos habló largamente. No me parecieron cosas nuevas las que decía.

Más tarde el licenciado Mexía llamó a declarar a María, mujer de Julián, hospitalero de Antezana. La mujer, de mediana edad, estaba muy nerviosa y no ocultaba su miedo ante los clérigos que le preguntaron:

—¿Habéis visto acudir al hospital a mujeres, hombres, muchachos o muchachas para oír la doctrina del susodicho?

—Así es, señor, que vienen algunas mujeres, mozas, estudiantes y frailes y escuchan lo que les platica. Y algunas veces mi marido riñe con ellos y les dice que se vayan a estudiar. Hace tres o cuatro días, al amanecer se presentaron dos mujeres tapadas a preguntar por Íñigo y yo no las dejé entrar, ni tampoco las conocía.

Después accedió a testificar el marido de la anterior, el hospitalero Julián Martínez, que corroboró lo dicho por su esposa y el tipo de gente que acudía a Antezana: grupos de diez o doce, jóvenes y viejos, estudiantes y gente del pueblo

Finalmente el vicario convocó en su casa a los mismos sospechosos. Íñigo, Calixto de Sa, Juan de Arteaga, Lope de Cáceres y Juan de Reinalde, el francés, se presentaron ante Rodríguez de Figueroa con sus toscos sayales del mismo color.

—He estudiado vuestra vida y doctrina y no hallo error en ellas. Por tanto, podéis seguir haciendo lo mismo sin ningún impedimento. Mas, no siendo religiosos, no parece bien que andéis todos de un hábito. Por tanto, se os manda que vosotros dos —dijo dirigiéndose a Íñigo y a Arteaga— tiñáis vuestras ropas de negro; y vosotros dos —señaló a Calixto y Cáceres— las habréis de teñir de leonado. En cuanto a vos, el francés, podéis quedar así.

—Así haremos, señor —respondió Íñigo—. Mas no sé qué provecho hacen estas inquisiciones; que sé de uno al que un sacerdote no le quiso dar el sacramento porque comulga cada ocho días y a mí también me ponen dificultades. Nosotros queríamos saber si nos han hallado alguna herejía.

Figueroa le miró gravemente y tras mesarse bigote y barba, respondió con gesto adusto:

—No, por cierto; que si os hallaran herejía, os quemaran.

Íñigo no se arredró ante la respuesta y replicó al instante:

–También os quemaran a vos, si os hallaran herejía.

A Figueroa no le quedaba otro remedio que asentir ante la lógica aplastante del peregrino:

–Así es –respondió el vicario.

Por el momento la tormenta se aquietó. Pero en Alcalá no se podía vivir tranquilo. Los alumbrados y erasmizantes se reunían por todos los rincones de la villa, creciendo el número de conventículos. El más sospechoso era Bernardino Tovar, cabecilla de alumbrados e infatigable propagandista del culto en espíritu.

Fue entonces cuando corrieron por toda Alcalá nuevos dimes y diretes.

–¿No sabéis lo del tal Íñigo? –comentaban dos viejas en un umbral–. Una mujer de alta casa y de cualidad, que por no ser vista va cubierta, como suelen en Alcalá de Henares, entre dos luces acude antes del alba al hospital, y entrando se descubre y va a la cámara de ese que dicen santo.

Como era de esperar, el nuevo rumor llegó a Rodríguez de Figueroa, que volvió a la carga. Una enseñanza de tapadillo no podía ser buena. El seis de marzo de 1527 llamó a Mencía de Benavente, viuda.

–¿Por ventura conocéis a uno que se llama Íñigo, que habita en el Hospital de la Misericordia, que dicen el de Antezana?

–Sí, lo conozco y a otros tres que andan con él.

–¿Sabéis si el dicho Íñigo predica haciendo ayuntamiento de gentes en casa o iglesias y qué es lo que enseña?

La viuda Mencía respondió que le había visto hablar con algunas mujeres, que disertaba de Dios, de los evangelios, de los santos, de los pecados mortales, de los cinco sentidos y las potencias del alma. Que además recomendaba el examen de conciencia dos veces al día y la confesión y comunión cada ocho días.

Más tarde compareció una joven, casi una chiquilla de dieciséis años, hija de Mencía. Tras tomarle juramento los jueces, la respuesta de la niña fue semejante. Iba con su madre u otros vecinos del barrio y dijo que las reuniones eran unas veces en casa de

alguna y otras en el hospital. Ana de Mena, de la misma edad, no añadió novedades a la investigación.

Todo parecía finalmente tranquilo. Íñigo cambió el hospital por una casilla que le dejaron por domicilio. El aire por entonces se había hecho transparente y cálido en la pequeña ciudad universitaria y el perfume de los huertos del Chorrillo sacaba de las aulas y bibliotecas a los estudiantes a disfrutar del buen tiempo en los márgenes verdes del río Henares.

De pronto un día sonaron unos golpes secos en la puerta. Cuando el peregrino abrió, vio que era un alguacil.

–Veníos un poco conmigo –le dijo.

Luego le cogió del brazo y lo llevó a la cárcel. Por el camino, en la calle de las carmelitas que desemboca en Mayor, la de los soportales, se tropezó con un distinguido joven a caballo, seguido de sus servidores que lo dirigió una mirada mezcla de curiosidad y compasión, impresionado por la viva personalidad de aquel extraño preso. Era nada menos que mi amigo de infancia, Francisco de Borja, duque de Gandía, luego marqués de Lombay y caballero de la emperatriz, y le acompañaba el doctor Miona. No podían entonces imaginar lo que influiría en sus vidas aquel detenido ni soñar que ambos llegarían a ser destacados jesuitas.

–No salgáis de aquí hasta que sea ordenada otra cosa –le conminaron al cerrar los cerrojos de la cárcel.

La celda no era pequeña ni el régimen severo, por lo que acudía mucha gente a visitarle y él seguía adoctrinándoles tras las rejas.

Un día se presentó doña Teresa Enríquez, mujer del contador mayor del reino Gutierre de Cárdenas y madre del duque de Maqueda, que tenía mucho influjo en las autoridades de la ciudad. En sus conversaciones hablaron de la familia Velázquez de Cuéllar, el anterior contador que Íñigo conocía tan bien. La dama le repetía:

–¿Queréis que os saque de aquí, amigo Íñigo?

–De ninguna manera, doña Teresa. Aquel, por cuyo amor aquí entré, me sacará si fuese servido de ello.

Varios abogados fueron a ofrecérsele y él nunca los admitió. Lo más duro de aquel encierro era no saber por qué razón le habían encarcelado. Hasta que un día finalmente se pudo enterar. Resulta que entre los que seguían a Íñigo había dos mujeres conocidas y de noble familia en Alcalá, madre e hija, entrambas viudas. La hija era, en palabras de Íñigo, «muy moza y muy vistosa». Se llamaban doña María del Vado y Luisa Velázquez respectivamente. Las dos se entusiasmaron con las enseñanzas del peregrino y un buen día decidieron quitarse de en medio y marcharse solas y a pie, mendigando, «a la Verónica», el famoso paño de la Santa Faz que dicen se conserva en la catedral de Jaén. La noticia corrió como la pólvora y levantó gran revuelo en la ciudad.

A estas señoras las protegía el doctor Pedro Ciruelo, todo un personaje de Alcalá, tan intelectual como cascarrabias, que venía de la Universidad de París, había sido canónigo de Sigüenza y era famoso como físico, matemático y geómetra, además de filósofo aristotélico. Había sido nombrado catedrático de Alcalá por el mismísimo Cisneros. Los tribunales eclesiásticos se limitaron a halagarle y seguir sus deseos, sin otra ley.

Llevaba ya diecisiete días encerrado mi caballero en la cárcel, cuando se presentó de nuevo Figueroa para hacerle otro interrogatorio. Venía más sonriente y con ánimos de aligerar los trámites. Le preguntó de todo, incluso si guardaba o no el sábado, para comprobar si era judaizante.

—Al sábado tengo devoción por nuestra Señora. No sé de otras fiestas ni sé nada de judaizar, que en mi tierra no hay judíos.

—¿Conocéis dos ciertas mujeres que se han ido solas y sin dineros a Jaén?

—Sí, las conozco.

—¿Sabíais de su partida antes de que partiesen?

—No —contestó Íñigo, porque había jurado a las mujeres no revelarlo.

El vicario entonces le puso la mano en el hombro con visibles muestras de alegría.

—Bueno, bueno. Pues esta es la causa porque sois aquí venido.

—¿Queréis que hable un poco más largo sobre esta materia? —preguntó Íñigo.

Como Figueroa asintió, añadió el peregrino:

–Habéis de saber, señor vicario, que estas dos mujeres muchas veces me han instado que querían ir por el mundo entero a servir a los pobres por unos hospitales y por otros; y yo les he siempre desviado de este propósito, por ser la hija tan moza y tan vistosa. Y les he dicho que, cuando quisieren visitar a pobres, lo podían hacer en Alcalá, e ir a acompañar al Santísimo Sacramento.

Figueroa le miró con simpatía, pero abandonó la cárcel sin poner en libertad al prisionero. Tenía sus razones para retenerlo. Todavía estuvo cuarenta y dos días preso, porque estaban esperando el regreso de las dos escapadas. Mientras, acudían a conversar con él personas muy diversas, no solo panaderos, labriegos y el pueblo de la calle que le conocía bien, sino algunos doctores y hombres virtuosos de la universidad. Un día le visitó nada menos que Jorge Navarrete, natural de Tordesillas, filósofo y teólogo, que llegó a ostentar la cátedra de Sagrada Escritura. Se quedó tan embelesado oyéndole, que se le pasó la hora de clase sin darse cuenta. De modo que al advertirlo salió el profesor corriendo como una exhalación hacia la universidad. Al llegar se encontró a los alumnos que le estaban esperando en el patio. Con el rostro fuera de sí, exclamó para justificar su tardanza:

–Muchachos: *Vidi Paulum in vinculis!* (¡He visto a Pablo encadenado!).

De todas estas anécdotas se acordaba muy bien el italiano Daniel Bartoli, hombre de letras e historiador, que también iba a charlar con el peregrino.

Otro día se presentó su compañero Calixto, que estaba en Segovia y, al saber lo que pasaba, volvió a Alcalá y pidió permiso a la autoridad para meterse también tras las rejas.

–¿Qué hacéis, Calixto?

–¿Acaso yo mismo no traté más que vos a las dos mujeres que se fueron?

Íñigo transigió en que se quedara con él allí dentro algunos días. Pero, como Calixto había estado muy enfermo, le convenció a través de un médico amigo suyo de que dejara la prisión.

Dada la situación creada, Figueroa, que no tendría otra cosa más apasionante que hacer, continuó las pesquisas. Por entonces se enteró del trato que había tenido María de la Flor, la meretriz, y la llamó a declarar. María entró en la sala con mucha desenvoltura

y contó punto por punto y con meneos y visajes, que parecía una cómica de los corrales de Almagro, su relación con Íñigo y lo que le había enseñado. Declaró, por ejemplo, que una vez había visto a dos de las discípulas tiradas en el suelo como amortecidas.

—¡Y vi al diablo, que era como cosa negra muy grande! —añadió con muchos aspavientos y no disimulado protagonismo.

Figueroa le murmuró al oído al notario, que levantó la puntiaguda nariz del pergamino:

—¿Sabéis? Esta es la María de la Flor, mala mujer que andaba enredando con muchos estudiantes en el estudio, la buscona.

—Cuando se hablan al oído Íñigo y Calixto —declaraba Flor con una sonrisa de malicia mal contenida— se acercan tanto como desposados.

Figueroa no se fiaba mucho de aquella pícara, pero se quedó preocupado con la historia de desmayos y amortecimientos de Leonor de Mena, Ana y Mencía Benavente, y Ana Díaz.

—A Leonor le toma más de una hora en aquel estado. Y otras mozas que no están en la villa, como María, que es natural de Yélamos, en Guadalajara, y las que se fueron a Murcia también. Yo lo tengo por mal de madre —aclaró Ana Díaz muy segura de su veredicto.

Oídos los nuevos testimonios, Rodríguez de Figueroa se presentó otra vez en la cárcel el ocho de mayo. Se notaba que al vicario no le caía mal el reo. Íñigo respondió sin titubear de todo lo que había hecho.

—¿No se os impuso que no hicieseis ayuntamiento de gente o conventículo para enseñar ni adoctrinar a nadie?

—Esto no se me mandó por vía de precepto, sino a manera de consejo.

Luego le preguntó por los desmayos, si se metía en la conciencia de mujeres en temas propios de confesores, diciéndoles qué debían o no confesar, y si había aconsejado a las otras que se fuesen de peregrinación.

Para Íñigo lo de los desvanecimientos no se debía a otra cosa que a la resistencia o repugnancia de cambiar de vida y garantizaba que tales tentaciones desaparecerían en

algunos meses. Sobre qué confesar o no, reconocía que sí les había dado consejo.

Finalmente tres días después, tras un largo mes de ausencia, aparecieron las pródigas, madre e hija, María del Vado y Luisa Velázquez. Regresaban de visitar como romeras Jaén y Guadalupe, a donde se habían marchado, aseguraron, sin consejo de nadie junto a su criada Catalina, y testificaron sin titubear que tenían a Íñigo «por buena persona y servidor de Dios» y que se habían ido por propia voluntad. También declararon al tenor de las otras enseñanzas que recibieron.

Figuroa dictó al fin sentencia. El notario de nariz afilada se presentó en la cárcel para leérsela a Íñigo, como quien mastica a placer las palabras. Luego le sería notificada a sus compañeros. No había condena explícita en aquel documento. Pero insistía primero en lo de la ropa larga: «Que se conforme con el hábito común que traen los naturales de estos reinos». Además, por espacio de tres años no podían enseñar ni adoctrinar a persona alguna, hombre o mujer, ni en público ni en secreto. Aquí el notario puso especial énfasis: «Lo cual digo que le mandaba e mando so pena de excomunión mayor, en la cual incurra *ipso facto* lo contrario haciendo, y que será desterrado de estos reinos perpetuamente».

Sentencia dura que no descalificaba su doctrina, sino que se apoyaba en que el peregrino «no tenía letras». El hecho es que Íñigo obedeció; se cambió de ropa, gracias a la ayuda de algunos amigos y a las limosnas que recabó.

Mientras mendigaba, se acercó un día a un tal López de Mendoza, que estaba jugando a la pelota con otros caballeros. Este, con un gesto de desprecio y sin mirarle a la cara, comentó:

–¡Quemado muera yo, si no merece ser este quemado!

–Mirad que no os suceda lo que decís –replicó Íñigo.

No tardaría mucho para que se cumpliera la siniestra profecía. Meses después manejaban pólvora para festejar el nacimiento de mi sobrino Felipe, el primer hijo del emperador, cuando él y su hijo murieron literalmente abrasados.

También para Íñigo aquella había sido su prueba de fuego con la jerarquía eclesiástica. ¿Valía la pena quedarse en Alcalá con tantas restricciones? Había fracasado una vez más en su intento de copiar literalmente la vida apostólica de Jesús y sus

apóstoles. No pudo conseguirlo en Tierra Santa, ahora tampoco en Alcalá, que era un hervidero de ideas y sospechas. Si le cerraban las puertas, ¿qué debía de hacer? Un día se decidió: acudiría sin más rodeos a la máxima autoridad eclesiástica del reino, al mismísimo arzobispo de Toledo, Alfonso de Fonseca y Acebedo, que se encontraba en Valladolid para el bautizo del hijo de Carlos e Isabel, la hermana de mi marido Juan, matrimonio del que daré enseguida cuenta.

Pues bien, veinte días después de oír la sentencia, se puso de nuevo en camino Íñigo esta vez con sus compañeros. Sin sayales ni hábito alguno, vestidos como la gente sencilla de la calle, ahora no llamaban a nadie la atención, si no era por su aspecto de pobres y escasamente alimentados estudiantes. Atrás quedaba un año y pocos meses de vida agitada en una universidad de la que no había podido sacar demasiado provecho lectivo. Pero sí había dado un paso adelante en su vida, pues que había aprendido asaz sobre el corazón humano, los conflictos de la vida, del juego de intereses y del carácter de la mujer, no solo cuando devanea, la que ya harto conocía, sino cuando se adentra en místicas o aventuras espirituales. Ahora sabía por propia experiencia que el hábito no hace al monje, sino que incluso a veces le estorba. También se llevaba nombres en la memoria que retornarían cercanos en el futuro, como Salmerón y Bobadilla, Jerónimo Nadal, Martín de Olabe, Manuel Miona, los dos Eguías... Que el mundo, dicen, es un pañuelo y todos los caminos conducen a Roma.

Tras sus pasos quedaba una hermosa ciudad llena de vida y cultura, pero sometida a sospecha. Nuevos procesos de alumbrados caerían contra la beata Ramírez, Luisa Velázquez –la guapa moza que se escapó con su madre de peregrina–, el impresor Eguía, el marido de Ana Díaz e incluso el doctor Miona, que se vería acusado por su amistad con el alumbrado Bernardino Tova y acabaría huyendo a París. La Inquisición afilaba sus garras.

En su conciencia, mientras caminaba, iba rumiando cuanto había aprendido de las diversas tendencias y escuelas, tanto de los erasmistas como de los *dexados*; de los inquisidores como de los sospechosos; de los letrados como de los ignorantes. Veía luces y sombras, un juego de pasiones que corrían junto a él en diversas direcciones, porque él al fin y al cabo dentro de sí no andaba en tinieblas, que en las cosas fundamentales veía claro; ya hacía años que gozaba de un personal e interior alumbramiento.

15.

Virtud con letras

Mis ojos no se habituaban fácilmente al cambio. En pocos meses había trocado la austeridad de Tordesillas por los suntuosos palacios de la monarquía considerada a la sazón la más rica de Europa, y la sobriedad de las pardas llanuras castellanas por la nostálgica sensualidad de un país definitivamente asomado al mar y sus navegantes y del que aún no habían huido la cal, el quejido y el refinamiento oculto de los caudillos moros. Demasiados contrastes para la hija de doña Juana y la prisionera de su locura.

Nada más llegar a Lisboa, mi marido me subió al *castelo* de San Jorge, ciudadela que tuvieron como residencia los reyes portugueses hasta que Manuel el Afortunado, *O Venturoso*, como dicen aquí, decidiera construir el palacio a orillas del Tajo. La vista, derramándose por las callejuelas medievales de Alfama, se me escapó para siempre embriagada de azul hacia la atracción del mar. ¡Era la primera vez en mi vida que veía el mar! Y mar en Portugal era tanto como decir aventura, seda, oro, especias, marineros engolfados en el océano a las órdenes de aquel soñador enfrascado en sus mapas y esferas de Sagres que fuera don Enrique el Navegante, el «príncipe de la mar». Era ver a Bartolhomeu Dias doblar el cabo de las Tormentas, bautizado enseguida como de Buena Esperanza; dar la vuelta al mundo con Magallanes; arribar con las naos de Vasco de Gama a Calcuta o con Alvares Cabral en las lejanas playas del Brasil. En fin, era tanto como acariciar maderas preciosas de Ceilán, lacados de Malaca, saborear vinos aromáticos de Madeira o envolverse de sincopados ritmos africanos de Guinea y Cabo Verde.

Allí, mientras miraba aquel gran rebaño de casas acurrucado junto al Tajo, comprendí no solo que era verdad que Portugal había dejado de ser «un país *pequenho*», sino que mi esposo había heredado de su padre un verdadero imperio ultramarino,

mientras las piedras de sus edificios florecían en forma de caprichosas jarcias, cuerdas, sextantes, algas y aparejos en los monasterios de Belem, Batalha o Tomar. Cuando el rey, al que no me habituaba a ver como primo mío e hijastro de mi hermana Leonor, me bajó junto al río abierto al Terreiro do Paço [9], el lujo de un palacio ribereño pesado, pero cuajado de riquezas, me dejó aturdida. Los cortesanos de la que se llamaría en todo el continente «escuela de fina galantería» se inclinaban a mi paso mientras hollaba alfombras y admiraba porcelanas y relucientes arañas, y un enjambre de músicos, literatos, cómicos y bufones llenaban el despilfarro de aquellas veladas con múltiples formas de entretenimiento. Hasta tres mil cortesanos vegetaban cerca de palacio por entonces.

—Esta es la infanta María —nos presentó don Juan.

Mi sobrina, hija del fallecido don Manuel y de mi hermana Leonor, tenía fama de docta además de una acusada personalidad muy independiente. El rey se dejaba aconsejar por ella. Todo lo cual contribuyó a que, tras la fascinación de los primeros momentos, me sintiera dentro y fuera de aquella corte a la que había sido de pronto trasplantada. De un lado el Paço de Ribera me parecía un ensueño, con su balconada renacentista abierta al horizonte azul. Por otro, no dejaba de ser otra jaula de oro con mil solicitudes. Seguía encontrándome sola, que no por mucha gente alrededor se siente una reina acompañada, sobre todo con la escuela de silencio que hasta entonces había sido mi vida. A veces me entraban deseos de callejear sin que nadie me conociera por aquella misteriosa ciudad, que ya contaba con cien mil almas, muchas de ellas huidas del campo que ya no les daba de comer. Desde la ventana cortinada de mi silla de manos me limitaba a atrapar de paso la graciosa ribera con el laberinto de las variadas *vendeiras*, los puestos de sedas de Oriente y raro tafetán, el olor penetrante de la pimienta y la canela, el clavo y el jengibre, los nuevos remedios hechos con perfumado sándalo, áloe, opio, alcanfor o bezoar; o bien pasear las grandes *ruas novas* con sus mercaderes, oficiales *e tantas mulheres formosas e tanta gente estrangeira*, asomándose desde balcones y *janelas* a la *fermosura do rio*. Me gustaba contemplar desde la plaza del Rossio el monasterio de los carmelitas y los palacios que la rodeaban, como el de Mascarenhas. Pero no dejaba de seguir siendo una prisionera que había cambiado su cárcel por una hermosa jaula de oro. Quizá en este sentido no me había alejado tanto

como suponía del andante caballero, el peregrino pobre Íñigo de Loyola. Por otra parte mi marido tenía numerosas preocupaciones.

—Faltan brazos para cultivar el campo en Portugal, mi reina y señora. Los agricultores solo piensan en agradar a sus *fidalgos*. Y, como veis, el palacio está lleno de validos que solo pretenden opulencia. El lujo y el juego parecen ser las únicas metas de estos nobles portugueses. Razones de Estado me obligan a convocar cortes cuanto antes. Por otra parte crece el odio religioso contra los judíos conversos, en su mayoría físicos y boticarios a los que se acusa de envenenar a los cristianos. Decididamente haré llamamiento general a cortes en Tomar.

Pero el *chamamento geral* a los procuradores hubo que retrasarlo de aquel verano de mi boda hasta el año siguiente en Torres Novas. Mientras tanto colaboré en la segunda boda de Estado proyectada por mi hermano Carlos: la suya con Isabel. Por los diplomáticos españoles y sus cartas, el emperador me tenía al cabo de sus gestiones. Casarse con mi cuñada era para Carlos, como he dicho, en principio una dote, el dinero con que financiar la empresa italiana y la posibilidad de una regente para cuando se ausentara de España. Sin embargo, le preocupaban algunos puntos del acuerdo con Portugal, como era lo de darles satisfacción en lo que pedían sobre la Ruta de las Especias. Había que negociar además lo de su antigua promesa de casarse con la pequeña María Tudor. En medio de aquella zozobra de febrero de 1525 no solo había vencido a su poderoso enemigo Francisco I de Francia, sino que lo había hecho prisionero en Pavía. Y eso ocurría precisamente en el mismo día que el emperador celebraba su cumpleaños.

—Pero vuestro egregio hermano —me contaba el embajador Juan Zúñiga en Lisboa mientras se atusaba su barba— ha moderado las fiestas en Madrid y quiere tratar al prisionero con el respeto que merece su rango. Por lo pronto, una vez que tuvo noticia de que el ejército francés, que tenía la misión de tomar Nápoles, había sido obligado a embarcar en Civitavecchia, de regreso a Francia, ordenó a todas sus tropas un alto el fuego y que se abstuvieran de cualquier ataque al país galo. Luego habéis de saber que el emperador ha peregrinado cabalgando seis leguas diarias durante seis días al santuario de Nuestra Señora de Guadalupe, donde se postraran Colón y Hernán Cortés con idénticos sentimientos, para dar gracias al cielo. ¡Noble corazón el de vuestro hermano, alteza!

–¿Y el rey francés? –pregunté.

–Tras su prisión en Milán, fue conducido a Barcelona y Madrid, donde en un principio fue encerrado en la Torre de los Lujanes. Cosas de la vida: hallándose en el alcázar madrileño, Francisco I cayó enfermo. Nada más se enteró el emperador, se puso en camino y sin resuello fue a visitar a su egregio prisionero. Y entrando en la cámara y quitándose el sombrero, llegó a abrazarle hasta su lecho. Cuentan que el francés, medio incorporándose, le hizo reverencia, reiterándose una y otra vez como su esclavo; a lo que don Carlos, conmovido, le replicaba: «No, sino libre amigo y hermano».

Estas y otras nuevas llegaban a mi regia cámara lisboeta desde la entonces lejana Castilla: cómo, por ejemplo, Francisco I intentó en vano fugarse con la ayuda de un esclavo negro, tiznándose la cara con la leña de la chimenea para salir en lugar del siervo; cómo luego cambió de táctica y sugirió que para ceder la Borgoña, condición impuesta por mi hermano, tenía que hacerlo desde Francia y en plena libertad. Carlos exigió por su palabra de caballero jurada sobre el evangelio, que, si no cumplía lo pactado se restituiría como prisionero. Es lo que se ha llamado el Tratado de Madrid. Pero el astuto francés se había cubierto las espaldas con una protesta notarial hecha en secreto, declarando nulo aquel tratado. Parecían dos buenos amigos tan altos rivales. Me contaron con todo lujo de detalles cómo se encontraron en Illescas con mi hermana Leonor y Germana de Foix. Y contraste curioso cerca de Toledo: ¡Todos hablando en francés! Luego, cinco días más tarde, se celebró en dicha villa la boda de Francisco y Leonor. Por cierto, que Carlos no quiso dejarlos solos. ¡Temía que el francés, tan mujeriego, se la jugase una vez puesto en libertad y que Leonor quedase difamada y él afrentado!

¡Qué inteligente y viva fue siempre Leonor! Jugó un papel clave tanto en mi boda como en la de Carlos con Isabel. A pesar de que la tía Margarita de Saboya le había insistido a su sobrino, siempre tan inglesa, en que se casara con María Tudor, muchas prendas estaban a favor de mi dulce cuñada Isabel. Hasta las Cortes de Toledo había llegado su fama de «muy excelente persona y muy hermosa», que además «habla nuestro castellano».

Isabel me cautivó desde el primer momento. Esbelta y airosa, disfrutaba de una piel rosada, ojos garzos, un cabello muy rubio y abundante. Su despejada frente de ancha

curva denotaba una armoniosa personalidad y un talante equilibrado, que iluminaba el óvalo perfecto de su rostro. De carácter me pareció algo retraída y callada, pero mansa, nada entrometida y con una rara discreción. Isabel se deslizaba por palacio como una pluma movida por el aire. Era la segunda de siete hijos que tuvo mi suegro don Manuel I. Los demás eran: Juan, mi marido; Beatriz, que casó con el duque Carlos III de Saboya; Luis, que solo tuvo un hijo ilegítimo, el intrigante prior de Crato, don Antonio de Avis; Fernando, que fallecería tan joven; Enrique, que con el tiempo sería cardenal y rey de Portugal durante mi vejez, y Eduardo, que no sobrevivió al rey cardenal Enrique, pero cuyo nieto se convertiría en Juan IV.

La boda fue como un sueño para España y Portugal. Isabel estaba realmente preciosa cuando salió del palacio de Almeirim. Aún me parece oír los primaverales versos del gran poeta luso Gil Vicente, que le recitó con música de vihuela:

*En el mes era de abril,
de mayo antes de un día
cuando lirios y rosa
muestran más su alegría...*

Los fastuosos cortejos del novio y la novia se encontraron en Elvas. A Isabel le acompañaban sus hermanos Luis y Fernando y al séquito español el duque de Calabria, que desde que salió de la cárcel no paraba. La comitiva tuvo que ralentizarse para que el emperador, que esperaba en Sevilla, resolviera sus asuntos con el rey francés. Sevilla se volcó en la calle perfumada de azahar y naranjos a ver a su emperatriz, que iba vestida de raso blanco desde una hacanea también blanca y escoltada por el de Calabria y el arzobispo de Toledo. Carlos se hizo esperar, pues no se presentaría hasta ocho días más tarde. Entró a cuerpo, vestido de terciopelo con tirada de brocado, a caballo y con una vara de olivo en la mano. Siete arcos triunfales tuvo que atravesar hasta la catedral, donde se celebró la boda. Dicen que aquella noche en el Alcázar le recibió Isabel de rodillas para besar la mano al emperador, pero que este la besó en la mejilla y la tomó por su mano. A medianoche, el arzobispo de Toledo, Fonseca –con el que, como he narrado, deseaba entrevistarse Íñigo–, tuvo que improvisar una misa de velaciones porque la pareja estaba impaciente por consumar el matrimonio. Yo también andaba ansiosa de conocer más pormenores, cuando nuestro embajador Azevedo Continho nos trajo la buena nueva:

—Entre los novios hay mucho contentamiento, mi señora y reina. En cuanto están juntos, aunque todo el mundo esté presente, no ven a nadie. No hacen más que hablar y reír entre ellos como dos adolescentes. Puedo deciros que el emperador está muy satisfecho del rey, nuestro señor, por el bien que le hizo en darle a la emperatriz, que le sale por boca a borbotones, y se ofrece a tanto, que cumplido en la mitad no bastaba. Y esto no lo dice a nosotros solos, sino a todo el mundo.

La conveniencia se cambió en sincero sentimiento. Aquel fue siempre, mientras duró, un verdadero amor, aunque de pronto la corte toda se llenó de luto con la noticia de la muerte de la reina de Dinamarca, nuestra hermana Isabel. También inquietaba el problema con las Molucas, que Carlos quería solucionar, si los cartógrafos portugueses demostraban que tales ínsulas caían al lado que correspondía a Portugal por el famoso Tratado de Tordesillas. Fue entonces cuando decidió la boda de Germana de Foix con el varias veces citado ex prisionero duque de Calabria, aunque este se resistía a contraer matrimonio con la obesa y vieja reina. Pero, como doña Germana, que tanto mimó mi dama doña María en Arévalo, había sido amante de mi hermano Carlos, después que llegó en su primer viaje, y era tradición que a los amantes de tal rango había que colocarlas honrosamente, al pobre duque le tocó la gorda.

La inolvidable luna de miel transcurrió entre los arrayanes y las fuentes de la Alhambra, donde los recién casados se quedarían hasta finales de 1526. Tanto le gustó a Carlos la música del agua y el embrujo de aquellos jardines árabes que mandó construir su propio palacio en medio del inolvidable paisaje. No dudaría en afirmar que aquellos meses fueron los más felices de su vida. Pero tanta quietud y dicha no podían durar. Se presentaron enseguida graves sucesos, como la amenaza del turco que se alió con el recalcitrante Francisco I y el desastre húngaro de Mohacs. Para colmo fue el propio papa Clemente VII el primero en desenvainar la espada, creando la desgraciada Liga Clementina. En los pulpitos ya se pedía dinero para salvar a la cristiandad y no se podía demorar más la convocatoria de nuevas cortes.

Sería por el mes de noviembre cuando el brillante séquito de los emperadores dejaba el sortilegio de los días románticos de Granada y tomaba el camino de Valladolid, vía Burgos, con el gozo de saber que doña Isabel estaba en el tercer mes de su primer embarazo. El discurso de la corona en las cortes generales de Valladolid, que escribiera Gattinera, parecía y era un llamamiento a la cruzada contra el turco, frente al que bastaría

una sola victoria, porque «con sola una batalla ganaría su majestad todas las provincias que el turco posee, y entre ellas, aquella Tierra Santa donde fue el principio de nuestra religión cristiana». No solo Íñigo tenía siempre en el horizonte el país de Jesús. Sin embargo, el entusiasmo inicial fue enfriándose por una sencilla razón: Roma estaba a la sazón entre los enemigos del emperador y eso confundía al católico pueblo de Castilla.

Finalmente en mayo, ya en la ciudad del Pisuerga –testigos hay que recuerdan con la gravedad y parsimonia con la que llevaban la litera de Isabel por las calles de Valladolid los veinticuatro portadores que se iban rotando–, vino al mundo mi sobrino Felipe, tras diecisiete horas de parto. *Eu morrey, mais non gitarey*, decía Isabel en su lengua natal, puesto que no le parecía bien que una emperatriz diera a luz a gritos como cualquier mujer del pueblo llano.

El recién nacido Felipe recibió las aguas bautismales un mes más tarde, el cinco de junio, en la bella iglesia de San Pablo. Sacaron la criatura por la ventana de su aposento que daba a la iglesia, para lo que fueron cortadas las rejas y cortadas quedaron para siempre. En contra de la opinión del duque de Alba, que quería a toda costa que se le pusiera Fernando, Carlos con muy buen criterio le puso el nombre de nuestro padre que tan joven nos dejó y que, todavía tan cerca y más sola que nunca, seguía llorando en Tordesillas mi madre, la abuela del nuevo heredero.

Pero de pronto, mientras la corte proyectaba más y más festejos para conmemorar el bautizo, se presentó un correo jadeante ante el emperador.

–Señor. ¡Las tropas imperiales han puesto cerco a Roma! ¡Su santidad el papa ha sido hecho prisionero y el ejército está sin control, pues su jefe el duque de Borbón ha muerto en el empeño!

La sombra del saqueo de Roma, una de las páginas más lamentables de nuestra historia, se alargó inquietante sobre la ciudad, interrumpió los fastos y sumió a Carlos en una profunda tristeza.

Precisamente por aquellos días unos hombres insignificantes entraban en la capital del reino. Íñigo, que había hecho el largo camino por Segovia, evocando las tierras de Castilla que tantas veces había cruzado a galope en su brioso corcel, y que, después de atravesar a su lento paso de peregrino los campos queridos de Arévalo, llegó a Valladolid a finales de julio.

Seguramente su amigo el impresor Eguía le dio cartas de presentación para don Alfonso de Fonseca y Acebedo que era erasmista y mecenas de literatos. El arzobispo de Toledo tenía un noble perfil afable y condescendiente. Había fundado varios colegios mayores en Santiago, Salamanca y Alcalá; pretendía ser una especie de continuador de Cisneros y era más político que pastor de la Iglesia.

—¿Qué deseáis? —le preguntó desde su aire de príncipe del Renacimiento y la solemnidad que le prestaba su muceta roja, entre fastuoso, humanista y liberal.

El peregrino no se arredraba ante los jerarcas. Desde el primer momento se apeó de tratarle de «vuestra señoría» para llamarle llanamente de «vos», lo que para el protocolo casi parecía un insulto. Le contó «la cosa que pasaba fielmente».

—Y aunque no estoy en su jurisdicción —añadió— ni estoy obligado a guardar sentencia, todavía haré lo que vos ordenéis —concluyó con un punto de orgullo caballeresco que en cierto modo nunca perdería el de Loyola.

El arzobispo de Toledo sonrió y le abrió el camino a Salamanca, donde tenía amigos, y, si querían, a su colegio de Santiago para estudiantes pobres.

—Tomad esto como viático —añadió.

Y le alargó cuatro escudos para el camino.

Las calles de Valladolid, tan familiares para Íñigo desde sus tiempos de gentilhomme con el duque de Nájera, le parecieron distintas, a pesar de estar todavía surcadas de arcos triunfales, comentarios y dimes y diretes sobre el bautizo del heredero, que se cruzaban con los que despertaron los treinta teólogos de toda España que discutían allí las tesis de Erasmo, presididos por el inquisidor general, Alonso Manrique de Lara. El peregrino oyó que los más favorables a Erasmo fueron los que procedían de los profesores de Alcalá, excluido el recalcitrante astrónomo Ciruelo; y los más contrarios los de Salamanca, a excepción de Francisco de Vitoria que se mostró muy equilibrado en sus juicios. Al final, temiendo una pestilencia que amenazaba la ciudad, hubo a toda prisa que concluir los trabajos que terminaron sin pena ni gloria, pues no hubo condenación de Erasmo.

Íñigo volvió enseguida sus pies a aquellas desiertas llanuras castellanas, salpicadas de bosques y riberas y quemadas por el implacable sol de julio. Cruzó Medina del

Campo y atisbó la catedral de Salamanca, como una proa en construcción sobre el apacible Tormes. El bullicio de los estudiantes denunciaba desde el primer momento el carácter universitario de la ciudad, que le pareció más monumental y distinguida que Alcalá de Henares.

—No es París ni Bolonia, que la superan en artes y filosofía —le habían dicho sobre Salamanca—, pero en teología bien le está el sobrenombre de «la Atenas española», aunque ya es sabido, no hay que pedir imposibles, porque *quod natura non dat Salmantica non praestat*.

Aquel año precisamente terminaba su primer curso como profesor el gran maestro Vitoria, mientras que iba a iniciar sus clases un joven también dominico, que llegaría a ser confesor de mi hermano y feroz enemigo de los jesuitas, Melchor Cano.

Nada más llegar, mientras Íñigo oraba en una iglesia, le reconoció una beata:

—Bienvenido a Salamanca. ¿Sabéis, Íñigo, que vuestros cuatro compañeros llevan ya varios días en la ciudad? Venid, que yo os conduciré a su posada; cerca está del convento de San Esteban.

Todos, vestidos ahora con traje y hábito de estudiantes, se saludaron efusivamente.

En aquel cercano convento dominico, donde desde el amanecer el rumor de los cinceles labraba ya lo que sería el encaje de piedra de su fachada plateresca, buscó Íñigo confesor. Este, a los diez días, le dijo sin rodeos:

—Los padres de la casa os querían hablar.

—En nombre de Dios —respondió Íñigo.

—Será bueno que os vengáis aquí a comer el domingo; mas de algo os aviso: que ellos querrán saber de vos muchas cosas.

El enorme portón del convento se abrió pesadamente el domingo a los dos invitados. Aquellas dos siluetas extrañaron al portero. Sobre todo la de Calixto, que acompañaba a Íñigo vestido de sayo corto y un enorme sombrero, que de tan grande parecía deforme, un bordón en la mano y botines de media caña.

—Nuestro prior, fray Diego de San Pedro se encuentra ausente, hermanos. Pero, pasad, pasad al refectorio.

La lectura latina de la Biblia y el Martirologio resonaba en el silencio de las bóvedas del solemne comedor solo interrumpido por el tintineo de platos y cucharas. Tras la comida los dos visitantes fueron conducidos por un inmenso pasillo también abovedado a una capilla en compañía del subprior, Nicolás de Santo Tomás, el confesor y otro fraile. El subprior, que era gallego, sonrió diplomáticamente:

–Tengo muy buenas nuevas de vuestra forma de vida y costumbres y sé que andáis predicando a la apostólica por esos caminos de Dios. Pero me holgaría de conocer de estas cosas más particularmente –dijo afable.

–Preguntad, pues.

El dominico miró de arriba abajo las trazas de Calixto.

–Decidme, ¿por qué vuestro compañero viste de esa guisa?

–Estuvimos presos en Alcalá y recibimos orden de vestir como estudiantes. Calixto, por los grandes calores, se ha desprendido de su loba (vestido talar), y se la ha regalado a un clérigo pobre.

El subprior masculló molesto entre dientes:

–*Charitas incipit a se ipso* (La caridad bien ordenada comienza por uno mismo).

–Bien, veamos. ¿Qué es lo que habéis estudiado?

–Entre nosotros el que más ha estudiado soy yo. Pero he de reconocer que es poco y con poco fundamento –respondió el peregrino.

–Pues, luego, ¿qué es lo que predicáis?

–Nosotros no predicamos, sino con algunos familiarmente hablamos de cosas de Dios, como después de comer, con algunas personas que nos llaman.

–¿De qué cosas de Dios habláis, que eso es lo que queríamos saber? –insistió el fraile ya un tanto impaciente.

–Hablamos cuándo de una virtud, cuándo de otra, y esto alabando; cuándo de un vicio, cuándo de otro, y reprendiendo.

–Vosotros no sois letrados y habláis de virtudes y de vicios, y de esto ninguno puede hablar sino de una de dos maneras: o por letras o por el Espíritu Santo. En vuestro

caso no por letras, *ergo* por el Espíritu Santo.

A Íñigo le bullía por dentro su carácter fuerte. Una sorda indignación comenzaba a enrojecer sus mejillas, pues estuvo sobre sí durante toda la conversación. Aquel argumento le parecía simplista. ¿Dios solo se comunica con los letrados o los iluminados? Medió un silencio embarazoso. Luego cortó por lo sano:

—No es menester hablar más de estas materias.

El fraile se ajustó la cogulla y alzó la barbilla con un no disimulado aire de superioridad:

—Pues ahora, que hay tantos errores de Erasmo y de tantos otros que han engañado al mundo, ¿no queréis declarar lo que decís?

—Padre, yo no diré más de lo que he dicho, si no fuese delante de mis superiores, que me pueden obligar a ello.

El dominico se apeó por completo de la inicial amabilidad. Y con contundencia respondió:

—¡Pues, quedaos aquí, que haremos que lo digáis todo!

Como los frailes hicieron ademán de retirarse, Íñigo preguntó serenamente:

—¿Dónde queréis que nos quedemos? ¿Aquí en esta capilla o en otra estancia?

Fray Nicolás respondió que allí mismo y con un golpe seco cerraron detrás de sí las puertas. Tres días tuvieron que esperar sin saber nada. A la hora de comer los llevaron al refectorio con los frailes y luego los aposentaron arriba en una cámara.

Aquellos extraños peregrinos despertaron la curiosidad de los miembros de la comunidad de predicadores que entraban en su aposento para conversar con él. Íñigo les decía lo que a todos predicaba con toda sencillez. Gustó a unos, a otros no, y las opiniones sobre los huéspedes se dividían en el convento.

Pasados tres días se presentó un notario con los alguaciles e Íñigo y Calixto fueron trasladados a la cárcel común. Pero no los encerraron en las mazmorras, sino en un aposento alto de la cárcel, que era una casa vieja, abandonada y muy sucia. Los grilletes encajaron con un metálico chasquido en los pies desnudos de ambos compañeros, atados a una misma cadena, enganchada a su vez a un poste que estaba en medio de la estrecha

habitación, pues no tenía más de diez palmos de larga. Lo peor era que para hacer cualquier cosa, incluidas sus necesidades más íntimas, tenían que ir juntos. Aquella noche la pasaron en vela. Pero al día siguiente se presentaron varios conocidos de Salamanca, que se habían enterado de su situación. Traían consigo un par de colchones y otras ropas de aseo. De nuevo se repitió lo de Alcalá: mucha gente venía a visitar y a oír a Íñigo.

Un buen día apareció el bachiller Sancho González Frías, de rostro enjuto y palabra justa. Era titular de la cátedra de Vísperas en la universidad y vicario del obispo de Salamanca. Interrogó a cada uno de los presos por separado.

—¿Tenéis más compañeros?

—Sí, señor: Cáceres, Artiaga y Juanico se llaman.

Frías ordenó que los buscaran. Al pobre de Juanico, que con el tiempo se haría fraile, le pusieron abajo con los presos comunes. También el vicario se llevó los papeles de Íñigo, entre ellos su mayor tesoro, el manuscrito con sus aún escuetos ejercicios espirituales.

Al cabo de unos días los presos fueron conducidos al tribunal. Sentados a una gran mesa de roble, los cuatro jueces eran los canonistas Hernán Rodríguez de San Isidoro, González Frías, el doctor Alonso Gómez Paraviña y el otro citado Frías. Habían leído ya los ejercicios y sus preguntas fueron más allá de lo que estos contenían. Sin duda querían lucir su sabiduría teológica. Agitando sus huesudos dedos en el aire entraron a saco sobre temas de Trinidad y Eucaristía.

Comenzó Íñigo, que había rehusado una vez más tener defensor en aquel juicio, a explicar su forma de ayudar a los demás y sus escasos estudios. Y debió despacharse bien el peregrino, porque no le pusieron ninguna objeción. Pero el bachiller Frías metió la nariz en los cánones. Íñigo respondió que no sabía de qué hablaban.

El punto más delicado era a todas luces lo que estos osados apóstoles por libre decían sobre el pecado. Por ejemplo, cuándo un pensamiento puede ser pecado mortal o venial.

—¿Cómo sin ser vos letrado os atrevéis a determinar tal cosa?

—Si esto es verdad o no, determinadlo. Y, si no es verdad, condenadlo.

La respuesta del peregrino pareció convincente. Le condujo a lo que quería: que sus apuntes salieran libres de sospecha de aquel tribunal. Los jueces se marcharon pues sin condenar nada.

Mientras tanto seguían las visitas a la cárcel. A veces venían personas notables, como don Francisco de Mendoza, hijo de los condes de Cañete, que era catedrático de griego y que con el tiempo sería obispo de Coria y Burgos además de cardenal. Preguntó al preso:

—¿Cómo os encontráis? ¿Con qué ánimo lleváis vuestra prisión?

—Yo responderé lo que dije hoy a una señora que me dedicaba palabras de comprensión al verme preso: «En esto mostráis que no deseáis estar presa por amor de Dios. ¿Pues tanto mal os parece la prisión? Pues yo os digo que no hay tantos grillos ni cadenas en Salamanca que no deseo más por amor de Dios».

Que aquellas frases no eran pura retórica se pudo comprobar días después, cuando una noche alguien corrió la noticia de que la cárcel se había quedado sin vigilancia. Juanico subió a contarlo entusiasmado:

—¿Sabéis? ¡Han huido todos los presos!

«Y cuando en la mañana fueron hallados con las puertas abiertas, y ellos solos sin ninguno, dio esto mucha edificación a todos, y hizo mucho rumor por la ciudad; y así luego les dieron todo un palacio, que estaba allí junto, por prisión», recordaba Íñigo. Que «palacio» —palacio era todo edificio distinguido— desde luego les pareció a ellos aquella casa solariega de Salamanca.

Veintidós días después los presos fueron de nuevo conducidos ante el tribunal. La sentencia, más benévola que la de Alcalá, les exoneraba de todo error. Los jueces sonreían, mostrando cierta condescendencia por aquellos exóticos reos. Su vida y doctrina eran intachables. Podían seguir hablando de Dios de manera general y teórica, y solo les estaba prohibido que dictaminasen si «esto es pecado mortal» o «esto es pecado venial» hasta que pasaran cuatro años dedicados a los estudios.

—¿Aceptáis la sentencia?

—No puedo aceptarla, señor. Pues, sin condenarnos en alguna cosa, nos cierran la boca para que ayudemos a los próximos en lo que podamos —respondió con firmeza

Íñigo de Loyola.

–Mirad que debéis aceptarla, que es muy justa la sentencia –replicó Frías.

–Nada más tengo que decir. Solo que mientras estemos en la jurisdicción de Salamanca haremos como decís.

Salía de nuevo la personalidad y el fuerte carácter de Íñigo y su forma inteligente y no sumisa de obedecer, bien lejana a esa «obediencia ciega», por cierto, que luego se le atribuye sin matices como estricta forma de gobierno a los jesuitas. No quería limitarse a enseñar un catálogo de verdades, quería ayudar a seres humanos concretos, acompañarles en su camino, ser un maestro espiritual, no un mero profesor o catequista. Íñigo obedeció, pues, lo justo y sin traicionar a sus ideales y a su conciencia.

Fuera de la cárcel se presentó de nuevo la duda: ¿Qué hacer? Parece mentira que hasta las hombres grandes solo aprendan de equivocaciones. Y es que el peregrino por fin se convenció de una vez por todas de que, para tener autoridad y credibilidad en el mundo en que deseaba moverse, tenía necesidad de estudiar firme, o como diría años después a sus estudiantes: «Los estudios tomados de veras piden en cierta manera el hombre entero», y son más importantes «que las mortificaciones, oraciones y meditaciones no necesarias».

¿Qué hacer? La misma pregunta se planteaba una vez más. Por entonces la universidad de mayor prestigio en Artes, Filosofía y Teología era sin duda París. Riadas de estudiantes españoles acudían allí cada año a beber sabiduría en sus aulas. Pensaba que, como no sabía una palabra de francés, así se metería más de lleno en los latines y que allí encontraría compañeros que le siguiesen en su aventura apostólica.

–Me adelantaré a París a ver si hallo manera que podáis estudiar –les dijo a sus amigos.

De modo que una vez más agarró su bordón y se puso en camino, después de despedirse de otros amigos y conocidos de Salamanca, que insistían que se quedase en la ciudad. Entre otras personas se encontraban dos mujeres, dos reclusas o «emparedadas de gran virtud», cuyo recuerdo le acompañaría siempre, pues con el tiempo llegará a escribirles cartas desde Roma.

Habían pasado unos veinte días de su salida de la cárcel. Una novedad bien simbólica pudo advertirse entonces en el caminar del peregrino. Llevaba de la brida un asnillo con algunos libros. Empezaba a caer en la cuenta de que hacen falta medios humanos para poder influir y que la cultura era imprescindible para evangelizar en cualquier medio, culto o no.

Otra vez las piedras y el polvo del camino, las roquedas, los encinares, los lejanos y al parecer inalcanzables horizontes: Segovia, Sigüenza, Calatayud, Zaragoza, Lérida... ¡Cuántas leguas paso a paso! ¡Cuántos paisajes fuera y dentro! De lejos, tras tanto andar, días y noches, emergieron otra vez al atardecer las rocas de Montserrat, que guardaban aquella su espada que ya comenzaba a enmohecer y una caballería según el mundo. Miraba aquel santuario con ojos nuevos, con el mismo ardor, pero con un poso distinto de realismo y experiencia. Luego, muy pronto, los abrazos de los amigos de Barcelona: Inés y Juan Pascual, su buen maestro de gramática latina, Ardévol, y tantos otros nombres entrañables: Estefanía de Requesens y su esposo Zúñiga, Isabel Roser, Francisco Gralla... A la mesa y al calor de sus hogares les fue poniendo al día de sus trabajos e ilusiones.

—Y esto fue mi vida desde que os dejé. Ahora no puedo detenerme. Parto en breve para París, pues estoy convencido de que he de entregarme por entero a los estudios y así poder mejor ayudar a las ánimas.

—No hagáis tal, Íñigo —interrumpió apresuradamente Inés—, que los caminos están sembrados de peligros a causa de la guerra del emperador con el rey francés. ¡He oído decir que hasta en asadores meten a los españoles!

Íñigo sonrió. No temía a nada ni a nadie. Se despidió de todos. Las lágrimas corrieron de nuevo por las mejillas. Dejó el asnillo en Barcelona y «se partió para París solo y a pie, y llegó por el mes de febrero, poco más o menos». Siempre solo y a pie. Mes y medio caminando. Un viaje que a caballo hubiera completado en apenas veinte días. No sabía francés, chapurreaba latín. Se dice pronto.

El caballero de mis sueños tenía entonces treinta y seis años, amplia calva, cuerpo flaco y el corazón a punto para empezar de nuevo. Su solitaria silueta de cojo enamorado iba dejando atrás los verdes campos y las empinadas cuestas pirenaicas. En un zurrón llevaba todo lo que poseía en este mundo: una muda, libros, papeles, sus ejercicios,

ahora con algunos sellos de haber pasado la censura, y una escribanía. Llevaba también una cédula de pago extendida por un mercader que le valdría en París veinticinco escudos para hacer frente a los primeros gastos. A veces pisaba nieve, otras barro, otras escarcha. Al anochecer un granero o un establo servían, por caridad, para dormir y una mesa de campesino para compartir un pedazo de pan o unas manzanas mendigadas por señas. Ya tenía los pies hechos al camino, que era su celda y monasterio y el firmamento su mejor bóveda y basílica.

—¿París? —preguntaba.

Y París, tan lejos, tan grande, acabó por fin surgiendo como una poderosa aparición detrás de sus murallas grises entre la niebla. Penetró por la Rue de Saint-Jacques, antigua vía romana de Orleans a Lutecia, luego la vía compostelana, que subía hacia la blanca fachada de Notre-Dame en plena Isla de la Ciudad. Todo era más monumental —hasta el Sena, que lamía los aledaños del espléndido templo gótico— que en las ciudades de Castilla, pero también quizá más frío y lejano.

A la margen izquierda del río bullía un mundo nuevo, una agitada ciudad universitaria que se debatía por subsistir en pleno Barrio Latino. Los cincuenta colegios junto a conventos, pensiones, librerías y figones se aglomeraban confusamente en un laberinto de callejas que albergaban cerca de cinco mil ruidosos estudiantes.

Acostumbrado al silencio de los campos, los carros tirados por mulas y el bullicio de universitarios y mercaderes cortaron su paso cimbreado y desconcertaban sus ojos deshabituados aún a aquella universidad cosmopolita, donde un latín popular —de aquí el nombre de Barrio Latino—, casi plebeyo, bastaba para entenderse. No aprendió una palabra de francés en los siete años que se quedaría allí. Ni falta que le hacía. Pronto encontró un estudiante navarro que le condujo a una pensión donde vivían otros españoles.

—A esto le llaman la *Cité* y la gran y bella iglesia que habéis visto es Notre-Dame, que tiene hasta cuarenta y cinco capillas. Por allí se va al mercado y más allá está el hospital de peregrinos de Saint-Jacques y la colina de Montmartre. Más lejos aún, Saint-Denis... Pero hemos de doblar a la derecha, por Rue Saint-Étienne...

El amontonamiento de casas y el laberinto de callejuelas crecían mientras se adentraban en el barrio. Sentinas y patios inmundos, donde dormitaban miserables y

borrachos, escuelas, iglesias, tabernas, tiendas, burdeles, palacios, imprentas, «pedagogías» cubrían las casapueñas. Lo mismo se oían *paternosters* que coplillas de ciego, discusiones latinas que insinuaciones de busconas.

–Y esa es la plaza de Maubert.

«Cloaca» había llamado Erasmo a la triste plaza, donde al mismo tiempo que se charlaba y discutía, se ahorcaba, se torturaba al granuja y se quemaba al hereje.

Tan pronto pudo sentarse a la luz de un candelero, sacó del zurrón la escribanía y entintando el cálamo, escribió arrecido de frío en medio de la desangelada cámara:

«A Inés Pascual, en Barcelona:

La gracia y amor de N. S. sea en nosotros.

Considerando la mucha voluntad y amor, que en Dios N. S. siempre me habéis tenido, y en obras me los habéis mostrado, he pensado escribiros esta, y por ella haceros saber de mi camino después que de vos me partí, con próspero tiempo y con entera salud de mi persona, por gracia y bondad de Dios N. S. Llegué en esta ciudad de París a dos día febrero...».

Su improvisado guía le condujo al día siguiente hasta una oscura callejuela, conocida como Rue de les Chiens.

–Ese es vuestro colegio, Montaigu. Tiene fama de ser el más repulsivo, nauseabundo, insalubre e inhospitalario de los cincuenta colegios de París.

¿Lo había elegido adrede? En realidad Monteagudo, como lo llamaban los españoles, era una escuela infantil otra vez, el colegio más severo de la universidad parisiense. Lo tenía decidido. Habría de comenzar de nuevo para tapar los agujeros de Barcelona y Alcalá. Regresó, pues, a las Humanidades. «Y la causa fue, porque, como le habían hecho pasar adelante en los estudios con tanta priesa, hallábase muy falto de fundamentos; y estudiaba con los niños, pasando por la orden y manera de París». En aquel rancio colegio, por el que habían pasado hacía años Erasmo, Domingo de Soto, Luis Vives, Juan de Celaya y hasta Calvino, estudió no como becario o camarista, sino como alumno externo, simple *martinet*. Otra vez entre revoltosos niños de diez a quince años con un sistema contundente: Repeticiones diarias, disputas públicas, latín

obligatorio a todas horas. La vara de los maestros vibraba en el aire cuando alguien violaba las reglas y su cerebro de casi cuarentón se resentía a la memoria.

Íñigo, que vestía el uniforme del colegio, una túnica larga ceñida en la cintura con una correa, salía al amanecer de su pensión y se pasaba el día entero en el colegio hasta la puesta de sol con algún mendrugo en el bolsillo. En el aula no había bancos. Asistían a clase sobre el duro suelo, a veces aliviado con paja durante el invierno o hierba fresca durante el verano.

—Niño, dime, ¿en qué mes murió Virgilio?

—En el mes de septiembre, maestro.

—¿Dónde?

—En Brindisi.

—¿Qué día de septiembre?

—El nueve de las calendas.

—¡Tiene gracia! ¿Quieres deshonrarme antes estos señores? Dame la férula, súbete la manga y extiende la mano por haber dicho el nueve en lugar del diez.

Así recordaba Luis Vives aquellas clases. A la seis de la tarde regresaba el peregrino a la posada y aún sacaba tiempo para la oración y dormir lo necesario.

Iba subsistiendo con el dinero que le habían dado en Barcelona. Hasta que un día del mes de abril se le ocurrió dar los veinticinco escudos, que le cambiaron por la cédula, con el fin de que los guardase, a un español de la posada en que vivía. Al peregrino le quemaba como fuego diabólico cualquier dinero en las manos. El avisado estudiante, claro, se los gastó en un santiamén, que París siempre ha ofrecido pródigamente en qué gastar los cuartos en liviandades, dejando a Íñigo de nuevo a la merced de la calle.

París era ahora mendigar y llamar a las puertas del hospital de peregrinos de Saint-Jacques. Pero ese callejear con la mano tendida le quitaba ahora mucho tiempo y además el colegio no estaba cerca. Largas caminatas, media hora de ida y otra de vuelta, mediaban entre el hospital, ubicado en Saint-Denis y el colegio de Montaigu. Además no le estaba permitido salir del colegio tan temprano como para llegar a la primera clase matutina y tenía que abandonarlo antes de la última de la tarde.

Muchos alumnos solucionaban sus problemas económicos convirtiéndose en un fámulo o criado de algún maestro. «Buena idea, pensó, me haré contratar como siervo». «Y como él siempre hallaba consuelo refiriendo a su Dios y Señor los acontecimientos de la vida, se puso a pensar: hallaba consolación, imaginando que el maestro sería Cristo, y a uno de los escolares pondría como nombre san Pedro, y a otro san Juan, y así cada uno de los apóstoles; y cuando me mandare el maestro, pensaré que me manda Cristo; y cuando me mandare otro, pensaré que me manda san Pedro. Puso hartas diligencias por hallar amo: habló por una parte al bachiller Castro, y a un fraile de los cartujos, que conocía muchos maestros, y a otros, y nunca fue posible que le hallasen un amo».

Quizás la enclenque imagen del peregrino, cojo, mal vestido y rondando los cuarenta no le favorecía para que un joven maestro lo quisiera como fámulo. Un fraile español le comentó en la calle:

—¿Por qué no vais a mendigar cada año a Flandes durante un par de meses? Dicen que las bolsas de los mercaderes rebosan plata. Con lo que obtengáis allí podréis costear vuestros estudios el resto del año y así despreocuparos.

Es de notar cómo el caballero de Cristo se iba a adentrar precisamente —¡contrastes de la vida!— en el país natal de mi padre, una tierra que desde su boda con doña Juana se había españolizado bastante y donde pululaban los mercaderes y centros de contratación españoles. Íñigo sabía que en Amberes, Brujas o Coutraí encontraría compatriotas generosos.

Pero mi mente no estaba para imaginar historias ajenas. Por aquellos años un tremendo dolor, que iba a atravesar como una daga el resto de mi vida, me visitó con sus primeras señales. Con solo un mes de vida moría en 1526 mi primer hijo Alfonso, que había nacido en nuestro palacio de Almeirim y enterramos con tanto dolor en el monasterio de los Jerónimos. ¡Qué triste me pareció el hermoso templo de Belén, levantado después del regreso de Vasco de Gama gracias al «dinero de la pimienta»! Desde entonces estaría por siempre ligado a blancos y pequeños féretros. ¿Podía yo pensar que lo mismo iba a suceder con mis hijos Isabel, Beatriz, Manuel, Felipe, Dinis y Antonio? Isabel, que se casaría con mi sobrino Felipe II de España, moriría con dieciocho años y Juan, que se casó con mi otra sobrina Juana, hija de Carlos I e Isabel de

Portugal, yace en el monasterio de El Escorial y tampoco sobrepasó la adolescencia: solo diecisiete años. Eso sí, me dejó un nieto, su hijo póstumo Sebastián, que tantos desvelos me ocasionaría y llegaría a ser el único heredero de Portugal. Nueve hijos perdidos, y hay cronistas que me acusan de ser una reina seca y seria.

Parecía que desde mi cuna el dolor y la tiniebla de la muerte me seguían como mi sombra, el sino de la madre que continuaba sufriendo entre las almenas de Tordesillas. Ella, en contra de lo que yo estaba convencida de que iba a suceder, después del desgarró de despedirme desde aquella ventana de la que no quería separarse, no murió entonces. «Es una mujer nuestra reina, creada como ninguna para lo bueno y lo malo, sin el menor desfallecimiento de su ánimo y de su corazón», me escribía mi fiel Diego. Quizás el odio, dicen algunos, era lo único que la mantenía viva. Me contaron entonces que el anciano almirante de Castilla había ido a verla y que le había escrito a Carlos que estaba visiblemente trastornada y que solo parecía recobrar su seso cuando entraba a visitarle su implacable carcelero, el marqués de Denia. Ya Carlos, tan ocupado con su imperio, ni siquiera respondía a los informes. De cuando en cuando decían que recobraba fuerzas para la rebeldía y se precipitaba a la ventana a gritar pidiendo socorro y sumirse después de nuevo en el silencio.

¡Cómo me hubiera gustado poder ir a abrazarla! Pero, como he dicho, yo también era prisionera, tanto de mis desgraciados partos como de los saraos y las representaciones culturales de la corte, sin olvidar las comedias del genial Gil Vicente, uno de los escasos cortesanos que contaba las verdades sobre la situación de los pobres agricultores en Portugal.

¿He heredado para siempre el dolor de mi madre? Unos portugueses dicen que tengo fama de equilibrada. Otros que barro para adentro, que siempre pensé en Castilla. Yo he procurado a mi leal entender ser reina de todos los portugueses y aconsejar a mi marido con prudencia. Él iba a misa conmigo todos los días, quizás por eso y porque estaba pensando en traer a Portugal la Inquisición, y más tarde a los jesuitas, como haría luego siguiendo mi consejo, recibió el sobrenombre de *O Piadoso*. Era un buen hombre, aunque también cayó en la costumbre de la época, si bien, la verdad sea dicha, eso sucedió años antes de casarse conmigo: tuvo un hijo bastardo con Isabel Moniz, que era hija a su vez de un alcaide de Lisboa y de una camarera de mi hermana, la reina Leonor.

Se llamaba don Duarte, que se refugió en la carrera eclesiástica y que habría llegado a ocupar la sede episcopal de Braga, si no hubiera sido por su prematura muerte.

En tales momentos, o cuando mi alma se saturaba de las intrigas de palacio, volaba mi pensamiento junto a aquel caballero que había cambiado la espada por la cruz y la bandera del egoísmo y el orgullo, por una enseña de «paz humilde y graciosa». Cada vez me parecía más inalcanzable, pero también más pequeño y en brazos de ese entramado de la vida del que se sirve la Providencia. Y mirando al crucifijo de la capilla, seguía yo al pie de la letra aquellos consejos que pronto me llegaron con el pequeño libro de sus ejercicios: «Imaginando a Christo nuestro Señor delante y puesto en cruz, hacer un coloquio; cómo de Criador es venido a hacerse hombre, y de vida eterna a muerte temporal, y así a morir por mis pecados. Otro tanto, mirando a mí mismo, lo que he hecho por Christo, lo que hago por Christo, lo que debo hacer por Christo; y así viéndole tal, y así colgado en la cruz, discurrir por lo que se offresciere». Mi coloquio discurría por el misterioso camino que me ofrecía, en medio de aquellos borrascosos años, la experiencia de la fe vivida: no pretender manejar los hilos de la historia, abandonar mi futuro y los desvelos de mi reino en el silencio amoroso de aquellos brazos doloridos.

En el dolor injusto del inocente Jesús hallaba mi único consuelo y, no sé si por paradójica locura de amor, heredada de mi madre, también sentía que estaba más gratuitamente enamorada de aquel caballero de mis sueños que había visto galopar, para rescatarme de mi inexpugnable castillo, por las anchas, pardas y polvorientas tierras de Castilla. Ahora Castilla había dejado de identificarse con unas almenas perdidas en Tierra de Campos y se ensanchaban para mí, igual que para Íñigo, los horizontes, como los de este mar en que se balancean las naves frente a mi ventana suspirando por lejanos puertos de Oriente.

16.

Seductor de estudiantes

Nos encontrábamos disfrutando del sol radiante de Évora, que es como una Extremadura pasada por la melancólica parsimonia portuguesa los vestigios árabes, y a donde mi marido andaba por entonces empeñado en trasladar la corte, cuando mi señor se presentó de improviso en mi alcoba de costura con una carta en las manos.

–Ya sabéis, mi amada Catalina, que estoy en desacuerdo con los desmanes del saco de Roma y el encarcelamiento del santo padre. Nunca he comprendido cómo don Carlos, príncipe de la cristiandad, ha pasado por ahí. Hasta Francisco I acusa al emperador de instar a Solimán a llevar a cabo su ofensiva sobre Hungría. Él piensa que habríamos podido rechazar al infiel reuniendo todas nuestras fuerzas, si vuestro hermano hubiera querido.

–No os fiéis del francés, Juan, que nunca cumplió su palabra de caballero con Carlos. Además, el papa lo que no quiere es convocar un concilio, como le ha reiterado varias veces la embajada imperial. Dicen que está más interesado en sus guerras que en el bien de la Iglesia. ¡Qué tiempos los nuestros! Carlos nunca quiso se saqueara Roma. Fueron los lansquenets, esos mercenarios alemanes ávidos de botín y sin paga, que arrastraron a sus propios jefes y llegaron a jugar a la pelota con los cráneos de los santos. Bueno, ¿qué voy a deciros? Vos sabéis lo ocurrido mejor que yo.

–¡Qué infernal imagen, mi reina! Roma arrasada, la profanación de templos, violaciones, matanzas, incendios, pillajes sin cuento. No me extraña que Alfonso de Valdés haya dicho que «agora nuestros cristianos –aunque no sean dignos de tal nombre– ni han dexado iglesias, ni han dexado monasterios, ni han dexado sagrarios. Todo lo han violado, todo lo han profanado, que me maravillo que la Tierra no se hunde

con ellos». ¿No lo habéis leído en sus *Diálogos* y en boca del personaje que acusa directamente al emperador?

—Pero luego tengo entendido se ha vuelto en su defensa y ha querido atraer a mi hermano a sus ideas erasmistas —respondí.

Un aire tibio acariciaba los cipreses del jardín y penetraba sin ruido hasta la estancia meneando blandamente los visillos de encaje, mientras departíamos amablemente bajo un gran retrato de don Manuel I. En Portugal el tiempo tenía otra duración, quizás por el carácter más sosegado y silencioso de los portugueses o por lo sonriente de sus verdes landas. Me gustaban aquellas conversaciones a solas sin los cortesanos aduladores de turno sorbiendo en fino cristal un rojo vino de Borba. Don Juan abrió el pliego que llevaba en sus manos.

—A propósito, Catalina, ¿no creéis que es más necesario que nunca que los escritores e intelectuales presten servicios a la corona? Fijaos por ejemplo en el ideal de monarquía católica, descrito por Erasmo en su *Institutio principis christiani*, o cuanto os he dicho de Alfonso de Valdés. Hoy curiosamente, revolviendo papeles, me he tropezado con esta carta, que Luis Vives me escribió antes de los últimos acontecimientos de Roma. En ella me hablaba de la convivencia obligada entre los estudiosos y los príncipes, que dice —os leo— «no son dos clases de hombres que vivan desconocidos e independientes, sino que se impone estén ligados por una estrecha solidaridad; que los unos sean apoyo de los otros y se presten ayuda recíproca». Iluso me parece este Vives, si espera que hombres de armas o políticos ambiciosos escuchen a los humanistas —rió mi esposo, que se estaba poniendo cada día más grueso.

A miles de leguas de distancia y mientras el panorama internacional se agravaba por momentos, puesto que nuestro hermano Fernando pedía a Carlos Milán como recompensa de haberle ayudado en su escalada imperial, a la vez que ambos veían a Francisco I firmemente unido a Enrique VIII, Íñigo aprovechaba sus vacaciones veraniegas para mendigar en su primer viaje a Flandes. Enfrascado como siempre en sus pensamientos entró solitario en Brujas. Cruzó entre los agitados mercaderes de lana y los cambistas uno de los puentes que salvan los soñolientos canales y se adentró por las íntimas calles de sabor medieval hasta el final de la Rue Espagnole. Llamó a una puerta.

Gonzalo de Aguilera y su esposa Ana de Castro le recibieron con una sonrisa. No pasó mucho tiempo para que intimaran y llegaran a ser buenos amigos.

—No podéis imaginar cuánto movimiento hay ahora en la ciudad. Brujas crece cada día y atrae a más y más comerciantes españoles. Por cierto, ¿sabéis que el humanista Luis Vives y su esposa Margarita se han venido a vivir aquí enfrente, en esta misma calle? Ha abandonado la cátedra de Oxford y la corte de Inglaterra.

—Ella es una gran mujer —interrumpió Ana—, tan discreta como inteligente, le secunda en todo y le apoya fervorosamente en sus estudios.

En su renovado interés por la cultura, se le despertó a Íñigo la curiosidad de conocer a aquel amigo íntimo de Erasmo, que había sido tutor de María Tudor, la infanta que no llegó a desposar el emperador. De modo que Aguilera le concertó una comida con Vives.

La mansión del humanista en plena Rue Espagnole tenía ese sabor a íntimo claroscuro de los interiores de Flandes; era amplia y decorada con gusto y sencillez. Margarita sabía combinar las flores con la blanca luz filtrada por los visillos, las arquetas castellanas y el primitivismo detallista de algunos cuadros flamencos. Aunque el austero Íñigo no pudo menos que recordar los banquetes de Arévalo o Nájera cuando se sentó a la mesa del filósofo valenciano, que era un exquisito catador de vinos y conocedor de viandas.

Animado por la sabiduría de aquel matrimonio el peregrino se saltó su norma de platicar a los postres. La animada conversación discurrió por recuerdos comunes. Vives vestía su gabán de blancas pieles, que no se quitaba ni en casa, y su ladeada gorra carmesí.

—¿Y decís que habéis estudiado en Alcalá? Supongo que sabréis que allí Erasmo tiene abundantes amigos y seguidores. Me ofrecieron una cátedra en aquella universidad que no pude aceptar. ¿Razón? No os la puedo confesar: secretos motivos de familia y raza.

—Sí, pero lamentablemente pude estudiar poco —respondió Loyola—. Andaba este peregrino preocupado de ayudar a las ánimas, lo que despertó sospechas y se nos inquirió como alumbrados. Lo mismo que en Salamanca, hasta que me encaminé a París y me senté en las aulas de Montaigu.

—¡Oh Montaigu! —rió a carcajadas el doctor Vives—. De *turpissima barbaries* calificué yo sus métodos decadentes y retrasados. ¡Dios mío, pocas veces he visto tanto polvo y suciedad juntos! ¿Siguen siendo las chinches los principales pobladores de ese colegio?

Secundaron de buena gana sus risas los comensales al evocar el ancestral lugar docente y al famoso «hombre de la vara», que hacía entrar letras con sangre a los atemorizados muchachos. Pero lo que al peregrino le interesaba era la orientación de su pensamiento. El tema del colegio le condujo a una de sus cuestiones predilectas, le preguntó sobre pedagogía.

—La observación de las *res naturales* accesibles a los sentidos debe comenzar en el inicio mismo de la formación escolar, con las más sencillas, sin que entonces sean oportunas las controversias, sino la silenciosa contemplación de la naturaleza —dijo el maestro Vives, perdiendo su mirada penetrante en el vacío de la estancia.

Disertó luego sobre las artes mecánicas, que en su opinión no debe desdeñar el sabio. Pero Íñigo quería sobre todo conocer su opinión sobre Erasmo, con quien el humanista había trabajado durante dos años en el arduo cometido de comentar *De Civitate Dei*, cotejando códigos, depurando textos, verificando citas...

—¡Ah! No podéis ni imaginar las cartas que recibía de él. ¡Qué acerbos! ¡Qué exigentes! ¡Qué fulmineas! Es verdad que una vez me llamó «filósofo absoluto y doctísimo». Pero os confieso que a él lo que le interesa en realidad es la amistad y el favor de los príncipes, e incluso no sé si sabéis, me ignora en sus últimos libros. Demasiado Erasmo.

En aquel momento los criados condujeron a la mesa un succulento plato de pescado, una lubina aderezada con una exquisita salsa flamenca. Al verlo, Vives comentó:

—Erasmo tiene razón, pese a todo, en algunas críticas. Por ejemplo, y a propósito, creo que el pescado no es el manjar más adecuado para la templanza y la penitencia corporal. En parte porque, como podéis comprobar en este plato, al pescado no le faltan delicias y los hombres lo comen con placer. En parte porque las especias aromáticas con las que aquí los condimentan tampoco lo hacen precisamente penitencial —dijo riendo de nuevo el humanista.

Íñigo salió en defensa de las normas de la Iglesia.

—Será para vos y para otros, señor, que podéis banquetear más lautamente. Quizás por eso no sacáis mucho provecho de esta abstinencia para el fin que la Iglesia pretende. Pero la mayoría de los hombres, a quienes la Iglesia debe atender y que no puede refeccionarse tan opíparamente, encuentra con la abstinencia de carne una ocasión de castigar su cuerpo y de acercarse a Cristo crucificado ejerciendo la penitencia cuaresmal.

El valenciano miró con admiración a aquel guipuzcoano que hablaba con mesura y sencillez, pero con fuerza, y desde una presencia convincente, como el que había vivido y practicado cuanto decía. Le impresionó su peripecia humana desde que abandonó al duque de Nájera —precisamente él estaba escribiendo un libro que iba a dedicar al pariente de este, el arzobispo de Sevilla, Alfonso Manrique de Lara—, y los mil caminos que aquel hombre de Dios llevaba ya escritos en las plantas de sus andarines pies. Los ojos prominentes de Íñigo, adornados de una dulce caída —observó— parecían penetrar hasta el fondo del alma.

Le interrogó también por sus largos años de mendicante por el mundo y le expuso su teoría sobre los pobres. Aunque estimaba la limosna nacida de la caridad, defendía el valenciano la asistencia social como deber jurídico del Estado a través de una política tributaria.

—Conviene pues que el socorro a los pobres sea cometido de la sociedad, puesto que no puede subsistir por mucho tiempo una república, si cada uno cuida solamente de sus cosas y de las de sus amigos, y ninguno de las comunes.

Cuando Íñigo salió de la casa, Vives, que se quedó mirando y pensativo, comentó a los contertulios, entre los que estaba su discípulo Pedro de Maluenda:

—Os confieso que me ha impresionado este hombre. Tiene algo que no sabría expresar. No me extrañaría que en realidad hubiéramos comido hoy en nuestra casa con un hombre santo y que en el futuro llegara a fundar alguna congregación u orden religiosa.

Pero, por el momento, Íñigo no hacía otra cosa que caminar y caminar con su mirada clavada en el horizonte y su corazón puesto en la Providencia. Sin duda contempló con devoción los vívidos colores de las tablas flamencas y se refugió en las

iglesias medievales de Brujas. Por Pascua ya estaba de vuelta en París, hincando sus codos en los pupitres de Montaigu. Durante aquellas vacaciones de verano se dedicó a dar sus ejercicios al mismo tiempo a tres españoles: al bachiller Peralta, a Castro, que estudiaba en la Sorbona, y a un vasco que estaba en Santa Bárbara y que se llamaba Amador de Elduayen.

Aquello desencadenó el primer escándalo de Íñigo en París, porque los tres jóvenes dieron un vuelco a su vida. Tras su retiro espiritual entregaron cuanto tenían a los pobres, incluidos sus libros, empezaron a pedir limosna por las calles de París y se fueron a vivir al hospital donde antes vivía el peregrino. Resulta que Castro y Peralta disfrutaban de fama en la universidad, por lo que varios españoles corrieron indignados a persuadirles que volvieran a su vida anterior. Nadie imaginaba entonces que al cabo de los años Castro entraría cartujo y Peralta, tras peregrinar a Jerusalén, acabó de canónigo de Toledo. En realidad fueron también compañeros fallidos para Íñigo. Como fallaron los de la primera redada. Hizo lo que pudo por Calixto. Hasta escribió a doña Leonor de Mascareñas, dama de la corte de la emperatriz Isabel, y aya de mi sobrino, el recién nacido príncipe Felipe. Esta, que yo conocía muy bien y luego sería protectora de la Compañía, le dio a Calixto dineros y una mula. Pero Calixto de Sa no era Íñigo. Acabó viniéndose a Portugal de donde regresó a España para embarcarse más tarde para México en compañía de una beata franciscana. No debieron ver con buenos ojos aquella relación los odores de Nueva España, pues le obligaron a separarse de la beata. Al cabo del tiempo apareció en Salamanca sin la beata desde luego, pero con sus bolsas repletas de oro para asombro de cuantos le habían conocido antes.

De Lope de Cáceres supe que también volvió al siglo y comenzó a vivir de tal modo que «parecía haberse olvidado del primer propósito». Arteaga logró la licenciatura y gracias al favor de la familia amiga de Íñigo, los Zúñiga-Requesens de Barcelona, llegó a ser comendador de Santiago y ayo de los hijos de su familia. Incluso fue nombrado obispo de Chiapas en 1540, aunque murió trágicamente en México antes de tomar posesión de su diócesis en la que le sucedería el famoso fray Bartolomé de Las Casas. Y finalmente Juanico Raynald se hizo franciscano.

Por eso se produjo el nuevo intento de Íñigo de recabar compañeros y el escándalo subsiguiente. La cosa no acabó allí. Como los conversos no atendían a razones,

acudieron sus amigos con armas a sacarlos del hospital. Los arrastraron hasta el Barrio Latino y les dijeron:

—¡Prometed que desistiréis de esos propósitos hasta tanto halláis concluido vuestros estudios!

Los susodichos asintieron. Pero entonces las iras cayeron sobre el peregrino. «Todo se atribuía a mí» escribirá con los años Íñigo que encontraba la oposición sobre todo del grupo de burgaleses como Pedro de Garay, Bernardino de Salinas, el doctor Maluenda y Francisco de Astudillo. Precisamente por aquellos días regresó el director del colegio de Santa Bárbara, el portugués Diego de Gouveia, que había estado ausente por largo tiempo en Lisboa.

—¿Ignoráis que vuestro pensionista Amador de Elduayen ha sido seducido por ese mendigo visionario, Íñigo de Loyola? —se apresuraron a informarle.

Gouveia montó en cólera:

—Pues yo os digo que como el tal Íñigo entre en Santa Bárbara, como se dice que se propone, yo haré que le propinen una *sala*. Se acordará del vapuleo público que le vamos a dar a ese «vizcaíno» que ha «hecho loco» a Amador.

Por su parte al doctor Pedro Ortiz, que vivía en Montaigu le ocurrió otro tanto, porque Peralta, que era medio pariente suyo, estaba en su colegio. Ortiz, que en octubre de aquel año debía comenzar a dar sus lecciones en Salamanca como profesor, no perdió un minuto. Corrió como una exhalación ante el inquisidor para acusar a Íñigo como seductor de estudiantes y, por tanto, sospechoso de clara herejía.

Mientras tanto, Íñigo se ocupaba de ayudar a un compañero. Se trataba de aquel estudiante español al que dejó, para que se los guardara, los veinticinco ducados que le habían dado en Barcelona y que fulminó en calaveradas en un santiamén dejando al peregrino sin blanca.

Pues bien, este sujeto decidió volverse a España, vía Rouen, desde donde pretendía embarcarse de regreso a su patria. Pero resulta que en este trance cayó gravemente enfermo y escribió a Íñigo una carta contándoselo. Al peregrino le pareció una estupenda oportunidad. Pensó recorrer las veintiocho leguas que hay entre París y Rouen, «a pie,

descalzo, sin comer y ni beber», para ganar a aquel hombre para Dios. Hizo oración sobre este tema en la iglesia de Santo Domingo. ¿No sería tentar a Dios hacer tal cosa?

Al día siguiente por la mañana, fecha en que debía partir, se levantó antes del alba. Pero, al comenzar a vestirse, le vino tal temor que los miembros se le agarrotaban y no podía ni meterse la ropa. A pesar de aquella repugnancia, Íñigo consiguió salir de casa e incluso de París antes de las primeras luces del día. Aquel temor, según cuenta en sus recuerdos, le seguía como una sombra hasta Argenteuil, a tres leguas de París. No obstante, siguió adelante en dirección de Rouen, «donde –añade– se dice que se conserva la vestidura de nuestro Señor». Continuaba con esta angustia espiritual pasado Argenteuil, pero «subiendo a un altozano, le comenzó a dejar aquella cosa y le vino una gran consolación y esfuerzo espiritual, con tanta alegría, que empezó a gritar por aquellos campos y hablar con Dios».

Después de tamaña expansión, gritos y saltos por los campos de Dios –aunque tan distinto, a veces Loyola recuerda en él algunos rasgos de pobreza y libertad al *poverello* de Asís–, aquella noche se albergó con un pobre mendigo en un hospital, tras haber caminado catorce leguas. Al día siguiente lo hizo en un pajar; y al tercer día llegó a Rouen. «En todo este tiempo permaneció sin comer ni beber, y descalzo, como había determinado». Típica tenacidad de mi aguerrido caballero. En Rouen cuidó y consoló a su compañero de estudios y ayudó a embarcarlo en una nave rumbo a España, además de darle cartas de recomendaciones para sus compañeros de la primera hora.

A su regreso a París Íñigo se enteró de que había sido acusado ante la Inquisición. Como solía hacer, cogió el toro por los cuernos. Se presentó ante el inquisidor de turno que era el maestro Ory, fraile de Santo Domingo.

–He oído que me buscáis y estoy dispuesto a todo lo que queráis. Solo os ruego que despachéis pronto, porque tengo intención de entrar este año por San Remigio en el curso de Artes. Y es mi deseo pasar esto antes, para poder mejor atender a mis estudios.

Ory reconoció que había recibido la denuncia, pero le despachó sin más y no le volvió a llamar. Aquel verano Íñigo regresó a Flandes para obtener recursos con que llevar adelante sus estudios. Esta vez estuvo en Amberes, más próspera y comercial que Brujas, y allí encontró a otro comerciante español, Juan de Cuéllar –apellido de grato recuerdo–, que le hospedó en su casa, frente al pórtico sur de la iglesia de Saint-Jacques.

Algo especial debió advertir Cuéllar en el peregrino, porque no solo le ayudó económicamente, sino que convenció a otros mercaderes españoles para que lo hicieran. Tanto que en los años siguientes le enviaría a París letras de cambio para evitarle el viaje a Flandes.

Y llegó finalmente el día de San Remigio, día uno de octubre de 1529. Íñigo acudió a Santa Bárbara para inscribirse. Según las normas de la Universidad de París, cada alumno había de tener un maestro tutor que corría a cargo con las obligaciones de defender al discípulo, si era encarcelado por la policía o alguna fuerza extrauniversitaria. Tenía además que presidir los actos académicos en los que el discípulo alcanzara grados y asistir a sus lecciones públicas. Tutor y discípulo solían vivir en el mismo colegio y comer en la misma mesa.

Juan de la Peña, maestro tutor elegido por Íñigo de Loyola, era un español de la diócesis de Sigüenza, doctor en Artes y Medicina, que ya tenía de pupilos a dos colegiales de Santa Bárbara quienes se convertirían en grandes amigos y compañeros del peregrino.

—Maestro, hoy me inscribiré en la universidad. Pero dudo sobre cómo hacerlo y cómo latinizar mi nombre, si *Inicus* o *Enecus*. No es fácil.

—¿Habéis pensado en algún otro? —le preguntó maestro Peña.

—Sí, *Ignatius*, que es más conocido y universal, un mártir que dio su vida por nuestro Señor y quería ser «trigo de Cristo». Creo que adoptaré este último.

Y se fue a vivir precisamente a un colegio, el más floreciente de París, que estaba precisamente bajo la protección del rey de Portugal mi marido, como lo estuvo antes de Juan II y Manuel, sus predecesores. Los tres monarcas portugueses estuvieron siempre interesados en enviar a estudiar a su costa a gran número de jóvenes para que luego fueran misioneros en las nuevas tierras conquistadas por Portugal. De Évora, Beja y Coimbra procedía la familia de los Gouveia, que tantos profesores daría a la Universidad de París.

A Diego Gouveia, gran pedagogo y humanista, director del colegio, yo le conocía bien. Acababa de estar en Lisboa para sugerirle a mi marido que comprara Santa Bárbara para la corona portuguesa. El rey mi esposo lo hubiera hecho de buena gana, pero el

entonces propietario puso tantas dificultades que Gouveia tuvo que contentarse con arrendarlo. Me parece estar viéndole cuando con tanta elocuencia arrancó de Juan III en 1526 la fundación de cincuenta becas para la juventud portuguesa. «Cuanto a sus colegiales que aquí llaman *balseiros*, crea vuestra alteza –le escribía a mi marido dándole las gracias– que tiene ganado más nombre y gloria que en tomar a Fez, la cual yo espero que muy presto tome, porque ya dos deseos míos, que en este mundo deseé, se han cumplido, *scilicet* (es decir), ser doctor de París y ver una fundación de teólogos portugueses en ella. El tercero, que es predicar y decir misa en la mezquita de Fez, espero que nuestro Señor me lo muestre, porque eso me hizo estudiar teología, y el rey don Juan vuestro tío, que con Dios esté, me hizo venir a París. Y pues que los dos deseos veo cumplidos debajo deste nombre, Juan, espero que este tercero se cumpla muy presto porque nunca Portugal tuvo mejor oportunidad ni manera de tomarlo que ahora...».

–¡Ha vuelto *el comedor de mostaza*! –comentaban dos estudiantes de Santa Bárbara, que así motejaban al director por su afición a los castigos corporales.

Íñigo se encaminó al colegio, con limosnas suficientes para entrar como *portioniste*, que era tanto como decir «de pago», y compartiendo además una habitación con tres compañeros.

–He ahí vuestra cámara, Íñigo –le mostró el maestro Peña.

Era una habitación muy grande en el tercer piso, con varias camas. Desde la ventana, situada en un ángulo, se podía ver la Rue de les Chiens.

–Os ha tocado vivir en «el paraíso», que es así como llamamos aquí a la torre. El primero es el infierno y al de en medio le decimos el purgatorio. Ah, por cierto, os presento a vuestros compañeros de cámara: Francisco de Javier, Pedro Fabro y yo mismo.

Los dos primeros aderezaban a aquella hora su cuarto. Javier le miró fríamente. Era un guapo joven navarro, alto, distinguido, de ojos claros, piel sonrosada y cuidada barba; además bromista y simpático como ninguno. Ya era laureado en Filosofía, materia que enseñaba en el colegio de Beauvais. Desde el primer momento que vio a Íñigo, Javier guardó hacia él marcadas distancias con cierta superioridad.

—Francisco Javier es un campeón. ¿Sabéis que vence siempre en los juegos atléticos que se celebran en las praderas de la Isla? Pero no solo salta como galgo, también sabe divertirse —dijo Peña.

Pertenecía al grupo que había aprovechado la ausencia de Gouveia para pasárselo bien junto a algunos profesores jóvenes. Saltaba de noche las tapias del colegio y se perdía por las oscuras calles y las tabernas del Barrio Latino: mozas, vino rojo y mandolinas llenaban estas escapadas hasta la madrugada. Pero Javier era refinado, muy consciente de la belleza de su cuerpo y tuvo miedo a las «bubas» de la temida sífilis. Sobre todo, cuando uno de los maestros más juerguistas, al que llamaban «perverso profesor» murió. Entonces se acercó más al bueno de Peña. Pero no a Íñigo, al que seguía mirando con recelo.

Fabro era más suave. De barba y cabello rubio, aquel saboyano nacido en Villaret le había quedado algo en sus pupilas, quizás la paz de los Alpes que contempló de niño, mientras pastoreaba rebaños en la soledad de los campos. Fue él quien devolvió la sonrisa más cordial al recién llegado.

—Fabro os servirá de buena ayuda como repetidor —señaló Peña.

Todo esto fue pronunciado en latín, porque en los colegios y hasta en las calles y plazas de París los estudiantes no hablaban otra lengua. Íñigo vestía ya el traje de clérigo propio de los estudiantes: jubón acuchillado, casaca, bombachos ceñidos bajo las rodillas, medias, toga o sotana abierta sujeta a la cintura y un bonete.

—¿Qué estudiaréis, Artes?

—Así es. He de comenzar por la Filosofía. Todo lo anterior fueron intentos sin fundamento —respondió Íñigo.

—Ya sabéis que aquí en París la más famosa es la *Sacratissima theologorum facultas*; después la sigue la de Derecho, que cuenta con pocos alumnos, y la de Medicina, *Saluberrima medicorum facultas*, que es más numerosa aún. La más ruidosa es la vuestra, no en vano sus alumnos son los más jóvenes. Os esperan más de tres años arduos, Íñigo, y pasar por la Súmulas o Lógica aristotélica y la Física.

Íñigo se sumergió de lleno en los estudios, aunque siempre arrebatava tiempo para charlar de cosas de Dios. Así intimó con un tal doctor Marcial y el doctor Valle y

Moscoso a los que les dio los ejercicios. Los domingos se reunía con un grupo de escolares en el monasterio de los cartujos.

Uno de aquellos domingos el maestro Juan de la Peña observó que varios de sus discípulos faltaban a algunas disputas escolares. Y sin esperar un momento se presentó al principal, Diego Gouveia.

–Maestro Diego: no creo bueno para los discípulos que no asistan a las disputas por acudir a esos conventículos de Íñigo de Loyola.

–¿Loyola? –montó en cólera Gouveia–. ¿Acaso no es ese el que volvió loco al joven Amador? ¡Ya me tiene hartos semejante santurrón! Yo le daré público castigo para que escarmiente y no embauque a más alumnos.

De modo que organizó la famosa «sala». Repicaron las campanas para convocar a todos los escolares y fueron repartidas una a una las cimbreantes varas. Algún amigo le advirtió: «¡Quitaos de en medio pronto, que os van a vapulear!». Pero Íñigo, aunque estaba pálido como la muerte, acudió temblando a la sala. Todos los condiscípulos le miraban en silencio. A los maestros, según iban entrando, les iban repartiendo los manojos de varas.

Vio que de nuevo se le representaban delante de sí las dos banderas de su vida: el camino fácil y el difícil. Otra vez los dos espíritus, la repugnancia y la fuerza de la verdad. Le preocupaba sobre todo pensar en los más jóvenes que comenzaban en el camino del evangelio. ¿Iban a ser capaces de afrontar su conversión después del espectáculo de los golpes?

Gouveia no había salido aún de su aposento. Íñigo se dirigió derecho a hablar con él.

–Maestro: os aseguro que nada en esta vida puede ser para mí tan dulce como ser afrentado y azotado por Cristo. Pero, ¿habéis pensado en los más jóvenes y pequeños? ¿Qué pensarán de la virtud si se les presenta tan dura? Os confieso que solo ellos me preocupan.

El portugués lo tomó de la mano y lo llevó al centro de la sala donde esperaban los maestros vara en ristre y todos los alumnos conteniendo la respiración. Entonces

Gouveia tuvo un gesto sorprendente. Se arrojó a los pies de Íñigo llorando a lágrima viva y exclamó en voz alta:

—Os pido perdón y confieso que he dado oídos a quien no debía. ¡Proclamo que este hombre es un santo y que no mira su propio dolor y afrenta, sino el provecho de sus próximos y la honra de Dios!

Desde aquel momento el guipuzcoano y el portugués se hicieron amigos. Gouveia sería también, como ya he dicho, amigo de esta nuestra corte de Portugal y un enlace para fletar futuros misioneros que partirían del puerto de Lisboa cuando Juan y yo decidimos abrir a los jesuitas las puertas de Oriente. Pero eso vino mucho después.

Mientras tanto Íñigo tenía otras tierras más difíciles que conquistar para un estudiante adulto: *Barbara*, *Celarent*, *Darii*, *Ferio*, *Baralipton*. No le entraba en la cabeza la mnemotecnica para recordar las diversas figuras del silogismo. Y otra vez volvían las tentaciones de Barcelona. Nada más ponerse a estudiar se le ocurrían nuevas y jugosas ideas espirituales. De modo que un día se levantó de golpe y se fue a ver a su tutor.

—Maestro Peña, ¡yo os prometo que nunca faltaré de seguir todo el curso, mientras tenga un poco de pan y agua para sustentarme!

Tan pronto dijo esto aquellas devociones que venían a destiempo desaparecieron y se entregó de lleno a los estudios. Así le vino un periodo de gran tranquilidad. Tan sosegado estaba que un buen día le preguntó el doctor Frago, profesor aragonés.

—Os veo muy tranquilo. ¿Es que ya nadie os molesta, Íñigo?

—La causa de esta mutación, maestro Frago, es que ya no hablo con nadie de las cosas de Dios.

—Bueno —terció su compañero de cuarto Pedro Fabro—, más bien hemos llegado a un acuerdo. Que a la hora de los estudios no hablamos de esos temas, que si no, nos embebecemos de tal manera en la plática que nos olvidamos de Aristóteles y de todas sus lógicas y filosofías.

Y regresaban a los libros de Petrus Hispanus, al *Organon* de Aristóteles, los *Físicos*, la *Ética*. Ahora, eso sí, sin preocupaciones económicas, dada la ayuda de los

amigos de Flandes, y de otro viaje a Inglaterra, del que sacó mayores ingresos que ninguno.

No dejaba de visitar a los enfermos y un día le ocurrió un episodio que algunos jesuitas con el tiempo quisieron ocultar por no parecer «propio de un santo», pero que cuadra bien, por excepcional en aquel Íñigo que yo conocí en Arévalo. Fue a visitar a un amigo que estaba muy enfermo y deprimido. Para levantarle el ánimo, le dijo:

–¿Qué podría hacer yo que os diera contento, amigo?

–Dejadlo, Íñigo, que a fe que mi mal no tiene remedio.

–¡Venga, decidme cómo podría yo alegraros un poco la vida!

–Una sola cosa se me ofrece, si cantásedes aquí un poco y bailásedes al uso de vuestra tierra, como se usa en Vizcaya. De esto sí me parece que recibiría yo alivio y consuelo.

–¿De esto recibiríais gran placer?

–Antes grandísimo –replicó el enfermo.

Entonces, aunque la petición le parecía un tanto extraña, Íñigo danzó de buena gana ante el enfermo. Al terminar le dijo:

–Mirad que no pidáis esto otra vez, que no lo haré.

La alegría le cambió el humor al paciente y comenzó a mejorar. Íñigo tenía buena voz, «una voz delgada y palabras penetrativas», como decían de él en Azpeitia. Pero desde la herida en Pamplona nunca había vuelto a bailar. Como por encanto evocó sin duda aquellos tiempos juveniles de Arévalo y Nájera, aquellas otras danzas cortesanas que jamás volverían.

Otra historia divertida que me contaron le ocurrió en París fue cuando se jugó a los dados unos ejercicios espirituales de un doctor en Teología. Estaba este profesor pasando el tiempo en una taberna entretenido en el juego de los trucos.

–Jugad conmigo –le dijo.

–Excusadme, pues no sé jugar –respondió Íñigo.

–Venid, que yo os enseñaré.

–Jugaré con vos y haré lo que me pedís, pero con una condición: que jugaremos de veras, y de manera que si vos ganáredes, yo haré por treinta días lo que vos quisiéredes. Pero, si en cambio yo ganare, vos haréis lo que yo os pidiere por otros tantos treinta días.

Íñigo manejaba el cubilete como si no hubiera hecho otra cosa en toda su vida, sin permitir vencer una sola mano al sorprendido doctor. Al final el contrincante tuvo que retirarse treinta días de ejercicios por una partida de dados.

A todo esto en París se comentaba aquellos días el gran escándalo que suponía que el emperador y paladín de la cristiandad tuviera al papa en la cárcel. Hasta que Gouveia comunicó a un grupo de alumnos del colegio:

–¡El papa está libre! Correos recién llegados de Roma aseguran que el santo padre ha salido de la cárcel.

¿Qué había sucedido? La mediación del general de los franciscanos, fray Francisco de los Ángeles, había obtenido como resultado la libertad de Clemente VII, después de siete meses de prisión; eso sí, con la condición de que Carlos pudiera controlar el *castel Sant'Angelo*, Ostia y Civitavecchia, además de previo pago de trescientos mil ducados. Otros cuatrocientos mil consiguió mi hermano a principios de 1528 de las cortes celebradas en Madrid, en la que se declaró al príncipe Felipe heredero de la corona. Por entonces, a las tensiones con Francisco I se unían problemas con Enrique VIII, que ya suspiraba por los huesos de Ana Bolena, para desgracia y dolor de mi querida tía Catalina. Leyva respiraba en el norte de Italia, cuando el poderoso ejército francés de Lautrec se dirigió hacia Nápoles sin presentarle batalla, con el agravante de que el emperador no tenía un ducado para pagar a sus soldados en el sur. La verdad es que mi hermano tenía algo de brujo y con una carta en la que les prometía la paga levantó la moral de sus ejércitos que resistieron en Nápoles. Al final logró incluso poner de su lado al propio Andrea Doria, cuyas naves, ¿recordáis?, habían perseguido al barco imperial que llevó de Génova a Barcelona al peregrino Íñigo. El resultado fue que, después de otro intento de Francisco I de recuperar el Milanesado, detenido como siempre por el invicto Antonio de Leyva, las buenas maneras de mi tía Margarita de Saboya y de Luisa de Saboya, madre de Francisco I, propiciaron la conocida como *Paz de las Damas*, por la que Carlos renunciaba a Borgoña y Francisco a su empeño de señorear en Milán, Génova y Nápoles e incluso Flandes.

Pero lo que más se comentaba en París, y por supuesto también en la corte de Lisboa, era la cobardía de Francisco I, que no quiso presentarse al desafío caballeresco de rey a rey, de hombre a hombre, cuando Carlos «estaba determinado a poner su vida al tablero, por redimir y rescatar, con derramar su propia sangre, los males y daños que padece la cristiandad». Aquel deshonor no le cabía en la cabeza al caballeroso emperador. Cuando Granvela, su embajador en París, liberado finalmente por el rey francés, regresó a España, Carlos le preguntaba una y otra vez:

–Decidme, ¿qué hay en realidad en el corazón de ese rey de Francia?

Y luego, Italia en el horizonte. Mientras Íñigo se hundía en los libros de Aristóteles, la Italia renacentista y fascinadora de Roma, Florencia y Venecia, rebosantes de arte y cultura, tentaba al emperador. Es curioso: el pobre Íñigo conocía casi palmo a palmo Italia recorrida a pie, y el emperador apenas había disfrutado de sus ciudades. Quería realizar un viaje que le iba a aportar honor y gloria. Para asegurar las cosas en su ausencia, le dio plenos poderes a Isabel, «mi cara e muy amada mujer».

En mayo de 1529 partió Carlos de Toledo acompañado de toda la nobleza de Castilla. La frágil Isabel se quedó desolada. Tanto, que cayó enferma del dolor de ausencia e incluso llegó a redactar testamento. Pero en abril el emperador todavía estaba en Zaragoza, donde había provocado gran revuelo la llegada de Juan Sebastián Elcano con solo dieciocho hombres de aquellos doscientos cincuenta y seis que habían zarpado. Entre los muertos se encontraba el genio de la expedición, el portugués Magallanes.

Fue entonces cuando los acontecimientos me hicieron entrar en escena. Seguía pendiente el complicado asunto de las Molucas. Mi hermano, que siempre fue un gran político, quería servirse de su matrimonio con Isabel y del mío con Juan III para sacar provecho en este asunto. Pero, por las cartas que en aquellos días nos cruzamos, creo que queda bien claro para la posteridad que yo no me dejé presionar. Por el contrario le recordaba, «por amor de Dios», sus obligaciones con nuestro hermano Fernando para que no lo dejara de la mano, pues lo estaba pasando muy mal con el turco. Yo me mostré en todo momento como lo que era, reina de Portugal, y le pedí a Carlos que accediera a las peticiones de mi esposo. Finalmente conseguí que el emperador cediera sus derechos sobre las Molucas a Portugal. Una cesión por cierto que no gustaría a Castilla ni al sucesor, mi sobrino Felipe, por lo pingüe que fue siempre aquella Ruta de las Especies.

Creo que fue uno de esos escasos momentos en que a Carlos le pesó más el corazón. Con tales sentimientos se dirigió el emperador a Barcelona, no sin visitar el santuario de Nuestra Señora de Montserrat, a la que tenía mucha devoción. A veces no sabría ocultar ciertos paralelismos entre Carlos e Íñigo de Loyola, al fin y al cabo dos caballeros idealistas de la cristiandad. Después de tres meses de gestiones y preparación –sin olvidar la legitimación de su hija natural Margarita de Parma a instancias de nuestra tía, que la criaba en la corte de Bruselas– zarpó rodeado de nobles y con un ejército de doce mil soldados a finales de julio. Tocó puerto en Génova a mediados de agosto. Era la primera vez que el emperador cruzaba el Mediterráneo y llegaba, cargado de emociones, al país del arte y corazón del mundo cristiano.

Pero nuestro hermano Fernando le urgía desde Liz que el turco avanzaba con un gran ejército. No ya Viena, sino todo el imperio estaban en peligro. «Me quiera socorrer y ayudar en tan gran necesidad», le suplicaba por carta. También la emperatriz Isabel andaba preocupada en Castilla con la noticia de que Barbarroja se había apoderado del peñón de Argel. Tenía miedo de que el corsario llegara a la costa sur española, desde Cartagena a Cádiz, pasando por Gibraltar. Pero Carlos no iba a renunciar a sus planes. Lo que sí evitó fue ir a Roma lo primero. Prefirió encontrarse con Clemente VII en Bolonia, que era menos comprometido.

Hay que reconocer que la buena fortuna le acompañaba. Antes de acudir a Bolonia llegó la magnífica noticia: el turco había levantado el asedio a Viena y se retiraba a Constantinopla. Carlos siguió por el norte de Italia y creo que fue muy emotivo su encuentro con Leyva, su gran soldado. Desde Piacenza, cuando supo que Clemente VII ya estaba en Bolonia, se puso en camino para su encuentro con el papa. No es para ser narrada la entrada triunfal de Carlos V el cinco de noviembre de 1529 con aquella marcha que rompían doscientos hombres a caballo, ataviados de brillantes armaduras y entre el limpio estallido de las trompetas al que seguía un tren artillero de dieciséis cañones. Flamencos, borgoñones, Antonio de Leyva, cuatro mil soldados. Nadie faltaba allí. Carlos lucía un gran caballo blanco encubertado, flanqueado de lo más granado de la guardia imperial. El papa le esperaba algo nervioso en la plaza de San Petronio, rodeado del colegio cardenalicio. Y, cosa curiosa, mi hermano pronunció su salutación en español. La pacificación de Italia y la alianza con el papa eran ya un hecho. «Todo en Italia está muy sosegado y en nuestra devoción y amistad la de nuestro muy santo padre

se confirma cada día más», le escribía Carlos a la emperatriz. Solo le quedaba ser coronado por el papa, lo que el emperador hizo coincidir con su cumpleaños. «¡Imperio, Imperio!», gritaba el pueblo al paso del emperador que iba a su encuentro triunfal con Clemente VII, que le impuso la corona de Lombardía y la definitiva corona imperial.

La pobre Isabel, mientras tanto, lo pasaba muy mal en España, no solo por sentimientos de ausencia, sino en parte porque Carlos no paraba de pedirle dinero, que las cortes no tenían, y en parte por el acoso del pirata Cachidiablo, lugarteniente de Barbarroja que incordiaba por la costa de Levante. Pero a Carlos, también caballero andante a su manera, le importaba entonces desfacer otros entuertos que le tenían profundamente preocupado: los de Martín Lutero. Así que en marzo salió para Alemania, pasando por Mantua, Trento e Innsbruck, donde se encontró por fin con su hermano, el dulce Fernando, después de tantos años sin verse. Ambos se abrazaron a su vez con nuestra hermana María, la viuda reina de Hungría, que siempre le sería fiel y una gran pieza de recambio a la muerte de la tía Margarita, para el gobierno de los Países Bajos.

En la Dieta de Augsburgo le quedaba al emperador una difícil asignatura pendiente: la cuestión luterana. Aquel enero de 1530 se presentaba además complicado. A la cuestión religiosa se unía la amenaza turca y la reorganización del gobierno de Alemania. Cuentan que le montaron una clamorosa acogida, en parte por miedo, pues muchos príncipes simpatizaban ya con las ideas de Lutero. Convocar un concilio no estaba en manos del emperador, pero quedaba un camino: llegar a un acuerdo entre los teólogos. Johann Eck representaba a los católicos y Melanchthon a los protestantes, ya que Lutero tenía prohibido el paso a la dieta tras la sentencia de la anterior en Worms. Melanchthon hizo un esfuerzo de conciliación poniendo en primer plano cuestiones más fáciles de armonizar, como la comunión bajo las dos especies de pan y vino. Todo eso animaba a mi hermano que escribía a su esposa sin ocultarle sus crecientes deseos de volver a España cuanto antes. Pero se presentaron problemas. Dadas las divergencias entre las dos facciones solo había tres salidas: el arbitraje imperial, dejar la solución a un concilio, o reducir por la fuerza a los disidentes. Carlos prefirió crear una comisión de cuatro príncipes con sus consejeros y seis teólogos, mitad católicos, mitad luteranos, a ver qué pasaba.

Pero detrás de todo permanecía un «no» radical de Lutero, menos conciliador que Melanchthon. A mediados de julio Carlos sabía que solo quedaba una solución: el concilio. Así se lo escribe de puño y letra a Clemente VII, tras el fracaso del arbitraje. El papa le respondió a vuelta de correo con evasivas.

Carlos se quedó muy preocupado y escribió a los príncipes católicos alemanes, diciéndoles que el tema para él era una cuestión de conciencia. Además envió un mensajero especial a Roma, don Pedro de la Cueva, para insistirle al pontífice en la convocatoria del concilio, un tema del que, como decía el cardenal García de Loaysa, entonces en Roma, el papa «no quería ni oír hablar».

Por aquellos días le llegó además una mala noticia de España. Su segundo hijo, el infante Fernando, que había nacido estando Carlos en Bolonia, había muerto a los siete meses de edad, a pesar de ser tras el parto «un infante grande y gordo y hermoso, con una voz tan formada y unos ojos tan abiertos como si fuere de tres meses nacido».

–Nuestro Señor que nos lo dio, lo quiso para sí. Debemos conformarnos con su voluntad, darle gracias y suplicarle que guarde lo que queda –musitó el cristiano emperador.

A la madre no le servían mucho tan bonitas palabras, que bien sé yo, por repetida, en qué consiste tanta congoja de ver morir a un hijo. Ay, Carlos, ¿cómo llegasteis a pedir a vuestra esposa Isabel que reprimiera sus sentimientos por decoro? El corazón de una madre no sabe de decoros por muy emperatriz que sea.

¿Qué hacer entonces sobre el tema religioso si el papa seguía resistiéndose? Carlos tuvo una buena idea al seguir los consejos de su ex confesor, el inteligente dominico cardenal García de Loaysa: usar más maña que fuerza, para evitar que toda Alemania se alzase contra la Casa de Austria: «De forma, señor, que es mi voto que, pues no hay fuerzas para corregir, que hagáis del juego maña, y os holguéis con el hereje como con el católico, y le hagáis merced si se igualase con el cristiano en serviros». En una palabra, Loaysa le hacía una sana distinción de Iglesia y Estado: «Quite ya vuestra majestad la fantasía de convertir almas a Dios. Ocupaos de aquí adelante, en convertir cuerpos a vuestra obediencia». Carlos accedió de momento, consciente de que la Dieta de Augsburgo había fracasado. Pena a la que se unió por entonces otra muerte, la de la tía Margarita de Austria, junto a la que, como es sabido, se había criado. Estaba concentrado

entonces en preparar la elección de Fernando como rey de romanos, para contar con alguien que le representara en el imperio y lo coronó en Aquisgrán, ofreciéndole un banquete nada menos que de veinticuatro platos. Para suceder a tía Margarita en el gobierno de los Países Bajos llamó a María, aun a sabiendas de que ella había mostrado ciertas simpatías por la Reforma, ya que nuestra querida hermana le supo dar oportunas explicaciones.

Cuento todo esto porque algunos ecos de tamaño torbellino llegaban a las aulas de la prestigiosa Universidad de París. Las sombras luteranas habían desplazado a los erasmistas y alumbrados, aunque París había condenado sus *Coloquios* y tanto Noel Veda como el cartujo Sutor le habían atacado sin tregua, a lo que Erasmo respondía zahiriéndolos. Pero ahora todos los ojos estaban pendientes de la nueva herejía.

Íñigo no olvidó aquella fiesta de Pentecostés de 1528. El pueblo parisino había cantado himnos a la imagen de María con el niño Jesús en brazos que se alzaba en la esquina de las calles des Rosiers y des Juifs. Cuando al día siguiente el peregrino y otros compañeros pasaron por allí, descubrieron con espanto que ambas imágenes habían sido decapitadas por los luteranos. Es verdad que en esto Francisco I era implacable:

–¡Que se castigue a los culpables y que se sustituya la Virgen ultrajada por una imagen de plata! –ordenó el rey.

Quinientos estudiantes, con hachones de cera en sus manos, recorrieron, seguidos de doctores, licenciados y bachilleres las calles de la capital de Francia, escoltados de monjas y frailes. El día del Corpus, la procesión fue encabezada por el propio rey. Francisco I, cuando llegó a la esquina de la calle des Rosiers, tomó de manos del obispo de Lisieux la nueva imagen de plata dorada y la colocó en la hornacina donde había estado la anterior estatua ultrajada, mientras el clero cantaba *Regina caelorum*. Loyola vio llorar al rey francés, más conocido por cierto como mujeriego que como devoto. Mezclas curiosas de estos tumultuosos tiempos que nos han tocado vivir.

Pero los problemas de los luteranos no acabaron allí. Varios personajes fueron condenados a muerte por hablar contra la Madre de Dios, como Denis de Reieux o el noble Luis Berquí, que acabó quemado vivo de un poste en la plaza de Grève. Ni el rey, su amigo, pudo salvarlo. Francisco I, por cierto, coqueteó con Melanchthon para conseguir una concordia. Mientras, Noel Beda, síndico de la facultad de Teología y el

cartujo Picart se convirtieron en los más firmes defensores de la ortodoxia. Lo cierto es que el olor a chamusquina de carne humana llegaba a las narices de los estudiantes con demasiada frecuencia. Comenzaron a menudear condenas a quienes escribían contra las indulgencias, el purgatorio, los santos, el valor de la misa y la autoridad del papa. El miedo cundía entre profesores y alumnos. En fin, el tema llegó a rozar hasta a la hermana más querida del rey, Margarita de Angulema, que con el tiempo llegaría a ser reina de Navarra, tan piadosa como coqueta. Fue acusada por la Sorbona de apoyar cierto «evangelismo», lo que costó a los intransigentes Beda y Picart el destierro a treinta leguas de París. En cambio la apostasía le llevó al ex dominico Lorenzo de la Croix a convertirse en un montón de cenizas en la plaza de Maubert.

Otro día se armó un revuelo en el colegio de Íñigo.

—¿Habéis visto? ¡París entero está sembrado de pancartas blasfemas!

Los estudiantes corrieron a las calles. En puertas, vallas y paredes los carteles o *placards* llevaban este provocador título: «Artículos verdaderos sobre los horribles, grandes e insoportables abusos de la misa papal, inventada directamente contra la santa cena de nuestro Señor».

El escándalo preocupó en la corte porque había sucedido lo mismo en otras muchas ciudades francesas. Se organizó una gran procesión expiatoria presidida por el arzobispo de Lyon en la que no faltaron todas las autoridades y se hizo guardia ante el Santísimo Sacramento. La universidad organizó otro acto de reparación. El rey pidió al parlamento «rigurosa justicia» contra los culpables. Hasta doscientos sospechosos fueron encarcelados y siete fueron públicamente quemados. Al final, veinticuatro personas llegaron a ser pasto de las llamas. Desde sus palos de tortura las víctimas insultaban al pueblo, que acudía a los autos de fe como a un morboso espectáculo. Aquello fue demasiado celo contra los herejes. Hasta el papa en persona desaprobó tantas condenas.

—Si viniese Melanchthon, que es tan conciliador, podría conseguir el diálogo — sugirió el rey.

Pero el amado discípulo de Lutero no pudo hacer el deseado viaje. El duque de Sajonia se lo impidió, por miedo de que pudiera hacer demasiadas concesiones.

Íñigo asistía asombrado a estos acontecimientos que inflamaban a Europa por aquellos años. Pero se calló como mudo, no se pronunció sobre ellos, quizás porque tenía ya experiencia de inquisidores. No era raro que investigaran también sus ejercicios, acusado como siempre por sus enemigos. El inquisidor, el dominico fray Valentín de Liévin, le pidió el manuscrito. A los pocos días le llamó:

—He leído vuestro libro. Ningún reparo. Solo os diré que me ha gustado mucho y desearía una copia de ellos. ¿Estáis satisfecho?

—Al contrario, os ruego que sigáis el proceso hasta dictar sentencia —insistió como siempre Íñigo.

—Os pido excusa —dijo el inquisidor.

—Si no os importa, hacedlo constar ante notario y testigos.

Así se hizo, que Íñigo, a quien ya todos comenzaban a llamar maestro Ignacio, nada tenía más querido que aquellos apuntes para ayudar a las ánimas a encontrar la voluntad de Dios. Sobre este tema de los procesos conservo una carta de Ignacio que escribió a mi marido el rey desde Roma en la que, tras recordar persecuciones de su vida anterior por si «llegaran a oídos de vuestra alteza, algunas cosas por mí pasadas», añadía: «Y si vuestra alteza quisiera ser informado por qué era tanta la indignación e inquisición sobre mí, sepa que no por cosa alguna de cismáticos, de luteranos ni alumbrados, que estos nunca los conversé ni los conocí; mas porque yo, no teniendo letras, mayormente en España, se maravillaban que yo hablase y conversase tan largo en cosas espirituales. Es verdad, que el Señor que me crió y ha de juzgar para siempre me es testigo que, por cuanta potencia y riquezas temporales hay debajo del cielo, yo no quisiera que todo lo dicho no fuera pasado por mí, con deseo que mucho más adelante pasara, a mayor gloria de su divina majestad».

A pesar de lo pasado, y en medio de los hervores del luteranismo, a Ignacio solo le preocupaban las personas. Aun hoy muchos se preguntan que tenía este vasco de pocas palabras, que se diría a veces un poco hosco, para que le acusaran de «seductor de estudiantes».

Quizás solo mi corazón de mujer, que le conoció aun joven paje y aguerrido gentilhomme, pueda dar alguna respuesta. No era ciertamente entonces su aspecto

exterior. Mi caballero se había convertido en un hombre de treinta y ocho años, más bien bajo, medio calvo, demacrado, de pobre aspecto y además cojo. No era tampoco elocuente, pese a su buena formación de Arévalo, que como buen vasco era corto en palabras. ¿Dónde estaba su encanto? Yo creo que en su magnetismo. Eran sus ojos y la luz que desprendían. ¿O era su raro conocimiento de las personas, que de un solo golpe parecía haber estado con ellas toda la vida? Hasta los maestros y profesores de París, mucho más sabios en conocimientos que él, parecían doctricos cuando él hablaba. Pero sobre todo tenía el infrecuente don de saber callar y escuchar. Y cuando abría la boca, siempre salía de sus labios la palabra justa y precisa. El secreto de mi caballero no era otro, en fin, que las largas horas, días y meses de hondo silencio bajo la bandera de su sumo Capitán y Señor nuestro. Sobre su recóndita ternura pesaban las largas caminatas de uno de los mayores andarines de su época, sus noches en los pajares y bajo las estrellas, sus paisajes interiores y sus muchos días uncido al camino inacabable y solitario. Andando debió aprender muchas cosas. Pero sobre todo volvió a saborear y concretar aquella luz interior de Manresa que lejos de apagarse se hacía más cercana con la maduración de los años. Doctores y teólogos gustaban hacerse aconsejar por aquel peregrino que no era ni siquiera sacerdote.

Y es que la escondida ternura de Ignacio no era fácil de ver. Yo creo que solo le conocimos de veras las mujeres, para las que siempre tuvo atractivo, porque de un modo u otro nunca dejaban de perseguirle. Aun en París, donde casi solo trató hombres por el distinto nivel intelectual en el que se movía, aparece una tal María, a la que denomina «a mi en Cristo nuestro Señor hermana y carísima María»; a ella se quejará de falta de amor en una carta desde Venecia; de que no le haya respondido, puesto que «bien parece que más estáis en mi ánima que yo en la vuestra» y le pide con toda confianza favores para sus compañeros. No pongo en duda que como cualquier ser humano tuviera también sus defectos, como el ser un punto duro de cabeza, como buen vasco, y a veces quizás algo distante; radical en la lucha consigo mismo y un tanto reservado. Pero lo que nunca aceptaré es lo que algunos opinaron y aun hoy opinan, que Íñigo fuera un santo sin entrañas o careciera de tierno corazón. Pues detrás de tan austera apariencia sus amigos de París lo vieron saltar de alegría y llorar de emoción, y pondría la mano en el fuego para testimoniar que, a quienquiera dedicara sus requiebros, nunca dejó de ser Íñigo el atractivo caballero enamorado que siempre había sido.

17.

Amigos en el Señor

A ratos, cuando estudiaba y llegaba el atardecer, le gustaba iluminar su viejo cuaderno que se había traído de las montañas. Pintó unas florecillas al margen de su primera hoja, y luego, para ilustrar la inicial de *Homo*, dibujó garabatos y caras humanas, imitando los viejos libros miniados. Pedro era tan dulce como tímido. Tenía aún algo de la típica rudeza esquiva de los campesinos, acostumbrado a cuidar del ganado incluso durante las vacaciones, cuando ya estaba habituado a traducir hábilmente los poetas latinos y estudiaba con el cura Pierre Veillard en La Roche. Aún conservaba con mimo aquel cuaderno en el que había extractado cuidadosamente el *Comentario de las Sentencias*, de Pedro Lombardo.

De pronto entró Javier, acalorado, arrollador, vital como siempre.

—¿De dónde viene el saltarín? ¿De jugar en la Isla? —inquirió Fabro.

—Hoy, esgrima y salto. Los he dejado a todos detrás. ¡Uf, qué calor! ¿Dónde anda Íñigo?

—Ha ido a visitar a un enfermo. ¿Sabéis lo último que cuentan de él?

—¿Lo de la piscina?

—No, ¿a qué os referís?

—¿No sabéis? Uno que andaba en amores con una mujer que no era la suya. Dicen que Ignacio se fue a esperarle un día fuera de la ciudad en un charco de agua helada y se metió hasta los hombros asegurándole que no saldría del agua si no cambiaba de vida. El otro quedó espantado. Para mí que Íñigo es muy dado a lo extremoso —dijo Javier—. No me convencen sus ideas ni esos procedimientos.

—No, yo me refería a otra sonada historia. Me contó el doctor Frago que un día estaba hablando con Íñigo cuando apareció un fraile que le rogaba le buscara cuanto antes una casa, porque donde se alojaba caían como chinches los muertos de peste. Frago e Íñigo se fueron a buscar a una mujer que entendía mucho del tema y se dirigieron los cuatro a examinar la casa. «Esto es peste», dijo sin vacilar la mujer. ¿Sabéis qué hizo Íñigo entonces? Pues entró sin dudar también en la casa y se encontró a un enfermo. Al verlo, le consoló tocándole la llaga con la mano e intentó animarlo. Cuando salió solo de allí, comenzó a notar que la mano le dolía enormemente, por lo que empezó a obsesionarse con que tenía peste. Como no podía vencer imaginación tan vehemente, se metió la mano en la boca, dándole dentro muchas vueltas al par que se decía a sí mismo: «Si tú tienes la peste en la mano, la tendrás también en la boca». Y habiendo hecho esto, se le quitó la imaginación y el dolor de la mano.

—Típico de Íñigo. Es lo que él llama *agere contra* o el *oppositum per diametrum*. Se va al extremo contrario para vencer la tentación. Me ha dicho el maestro Peña que va a daros sus ejercicios. ¿Estáis seguros? Yo de vos, no me metería en ese encierro.

—Pues algunos renombrados doctores, como Pedro de Valle, Marcial Mazurrier y Álvaro Moscoso salieron hartos satisfechos de ellos.

—No entiendo cómo, sin ser doctor y ni siquiera sacerdote, le tienen en tan alta estima. Y vos, según creo, seguís por el mismo camino ¿Me equivoco? —preguntó Javier.

—En realidad hablamos de Aristóteles y me consulta dudas de griego...

Pero aquello no era del todo cierto. Hacía tiempo que Pedro no andaba muy tranquilo. Dudaba de todo. A veces pensaba casarse. Otras, se preguntaba si no ser médico como maestro Peña. Y en ocasiones se veía como jurista, regente, teólogo, o simple clérigo o fraile. De vez en cuando le venían angustias por pequeñas cosas y se mesaba su rubia barba saboyana preguntándose, atormentado, cosas tan nimias como con cuántas monedas debería pagar al barbero, o si se había confesado bien o le volvían aquellas imágenes sexuales que le acosaban.

—Me iría a gusto al desierto a comer hierbas y raíces —se decía Fabro harto ya de escrúpulos e inquietudes.

A veces, sentado en la mesa a la hora de comer, le tentaba la gula. En realidad no era sino una excelente y sensible persona que hilaba muy fino y estaba muy descontento de sí mismo.

Aquella tarde Íñigo le preguntó sobre Aristóteles:

–Decidme, maestro Fabro, ¿cómo prueba el filósofo la existencia de un primer motor y la causa incausada?

La pregunta les llevó casi sin querer a si se puede probar por la razón la existencia de Dios. A Íñigo, como siempre que hablaba de estos temas, se le encendía el rostro, se arrobaba.

–Mas sigamos con Aristóteles, que no quiero divertirme, maestro Fabro.

Pedro no pudo contenerse. Se puso serio y con un aire pensativo.

–Perdonad, pero hoy no puedo concertar pensamiento alguno sobre filosofía. Desearía contaros algo, amigo Íñigo.

Y aprovechó aquel momento para abrirse del todo. Íñigo le escuchó y, desde su larga experiencia en estas cuestiones, le quitó los escrúpulos, le aconsejó hacer una confesión general en la Sorbona, con maestro Castro, el compañero de Peralta y Amador, aquel joven cuya conversión había levantado tanto revuelo en el Barrio Latino.

–En adelante confesaos cada semana, Pedro, y venid conmigo, si os place, a la cartuja. No olvidad que, si os acostumbráis a examinar regularmente vuestra conciencia, estáis atentos a la diversidad de espíritus y recibís regularmente la comunión, progresaréis pronto en el divino servicio.

Fabro encontró la luz y recobró la paz. Decidió en pocas palabras «demandar conocimiento interno del Señor, que por mí se ha hecho hombre, para que más le ame y le siga». Además acompañaría a Íñigo a Jerusalén, imitando al maestro Jesús paso a paso en su camino de pobreza, amor y cruz. Porque al tenaz Ignacio no se le había quitado de la cabeza lo de regresar a Tierra Santa para establecerse a la apostólica como fuera. Por cierto, que con el tiempo yo llegué a conocer también a Pedro Fabro, que, enterado de mi gran afición a coleccionar reliquias, me trajo varias y muy valiosas de Colonia, como las pertenecientes a las once mil vírgenes compañeras de santa Úrsula, que coloqué junto a la moneda de Judas. No era raro que quedaran reliquias de tanta virgen martirizada.

Javier era otra cosa. Había nacido el mismo año y en el mismo mes que Fabro, por abril de 1506. Pero era el polo opuesto, un ciclón. Su vitalidad y simpatía le hacían vivir hacia fuera. En el fondo, la mole de su castillo de realengo, en el límite entre el habla vascuence y castellana, y su familia de estirpe real en Navarra marcaban su futuro. De *Etxeberri*, «casa nueva», venía *Esxabierre*, *Xavuerre* y Javier. Como Íñigo, había sido educado para la honra y el éxito y al mismo tiempo en una fe arraigada. Sus ojos soñadores recordaban los avatares y sufrimientos de su linaje para superarlos. Su padre, el doctor Jassu, presidente del Consejo Real, no pudo soportar que Navarra hubiera perdido su independencia y hubiera sido incorporada a los dominios de mi abuelo Fernando, rey de Aragón, y tener que ver huir a Francia a su rey Juan de Albret. A la muerte de su querido padre se sumaron duras batallas y cárceles para sus hermanos y hasta condenas de muerte de las que obtuvieron indulto.

No era raro, pues, que su madre, María de Azpilcueta se firmara en sus cartas «La triste», que triste había sido su vida hasta contemplar cómo los soldados de Cisneros desmochaban las torres del castillo «por haber sido lugar de reunión de conjurados».

Fabro, su compañero de cuarto, conocía el trasfondo de distancia y no disimulada displicencia con que Javier miraba a Íñigo, puesto que al fin y al cabo este había caído herido luchando en el bando contrario a Javier. Además él ya era maestro. Poco después de la llegada del peregrino, Javier se había convertido en licenciado, y tras pagar los derechos necesarios, en flamante maestro en Artes. ¿Acaso Íñigo podía llevar la escarapela de su rango sobre el hombro izquierdo de su hábito talar? Para más abundancia, él ya enseñaba en el colegio de Beauvais, era miembro de la facultad de Artes, podía participar en sus juntas y tomar parte en la elección de rector.

—¿Habéis recogido del colegio aquellos manuscritos?

—Sí, señor, en vuestra cámara los dejé —le contestó su criado, el navarro Miguel de Landívar, alegre y nervioso como un perrillo faldero.

—Y además supongo que habréis avisado a Martín de Utarroz y a Lorenzo de Larsoaña. Mañana hemos de acudir juntos al notario.

Pretendía que el escribano extendiera un poder para hacer constar su nobleza en el Consejo Real y Corte Mayor de Navarra, nombrando entre otros a sus hermanos Miguel y Juan para que constara que sus padres «fueron hombres hijosdalgo, gentileshombres, e

señores de los dichos palacios e lugares». Mandó el poder a sus hermanos con el fin de obtener licencia para lucir sus armas y nobleza, de momento en el estudio de París.

Pero Javier se encontraba en apuros económicos. Su investidura le había costado cincuenta libras tornesas y trece sueldos. Tenía que pagar además a Miguel, el estudiante que había tomado como criado.

Íñigo atacó por aquel flanco.

–Veo que andáis apurado, maestro Francisco. Quizás os ayude por el momento esta limosna que me ha llegado de Flandes. Por cierto, sé de un discípulo español que puede pagaros bien...

–Os lo agradezco... Pero no me obliguéis, os suplico, a ir a vuestras reuniones de los domingos. No estoy para prédicas.

Poco a poco comenzó a gustar mucho de su conversación y amistad, aunque no se rendía. El peregrino diría de él que era «la pasta más dura» que le había tocado modelar. A Íñigo le parecía estar viéndose a sí mismo: a Javier le atraía la honra, la nobleza y la gloria; le gustaba vestir bien y despreciaba sin decirlo el desaliño del peregrino, o de vez en cuando se le escapaba una mirada de superioridad hacia aquel estudiante casi cuarentón.

Pero en la primavera de 1533 moría la hermana de Francisco, Magdalena, abadesa de las clarisas de Gandía, santa mujer que no había olvidado a los suyos e insistió a sus hermanos que no dejaran de sostener a Javier en sus estudios, «porque esperaba en Dios que había de ser una columna de la Iglesia». Sin duda aquella muerte ablandó algo el corazón altivo del navarro. Por entonces Íñigo le abordó en directo:

–Maestro Francisco, me gustaría contaros algo.

Y comenzó a narrarle punto por punto su vida de gentilhomme, sus pecados, su cambio, sus largos caminos, viajes, miedos, escrúpulos, cárceles y persecuciones. Como solía cuando hablaba de su pasado, no omitía detalle de sus debilidades. Aquella táctica, que le sirvió en París con un cura, quien, después de oírle, acabó confesándose, falló con la dura voluntad del navarro. Hasta que un día le soltó a bocajarro:

–Buscáis honra y gloria, Javier. Pero a fin de cuentas, decidme: ¿De qué le aprovecha al hombre ganar el mundo entero si pierde su alma?

Aquella frase, que en el fondo era el secreto de su propia vida, fue como una bomba.

Le resonaban seguramente a Íñigo las palabras leídas en la Vida de Cristo del Cartujano: «Agora sea honra de dignidad eclesiástica, agora sea honra de poder temporal o de sciencia o de otra calidad...».

¿De qué sirve? ¿De qué me sirve? ¿Dura y permanece todo eso? Y vio a sus padres muertos después de tantos años de lucha por mantener su castillo en pie sobre las anchurosas tierras navarras, y vio tanto dolor inútil, tanta sangre derramada, tanto caballo desbocado, tanta herrumbrosa armadura inútil en los vertederos. ¿De qué sirve?

Precisamente por aquellos días, en marzo de 1533, Íñigo había superado el examen de licenciatura. Lo certificaría el diploma que él mismo solicitó. «Cónstanos, pues ciertamente, no solo por voz de la fama, sino por evidencia misma de la cosa, que nuestro querido, venerable y prudente maestro Ignacio de Loyola es maestro en Artes y estudiante de Sagrada Teología». Siempre quedaría satisfecho de París. «Yo no lo enviaría a otra parte que a París», llegará a escribir sobre el futuro de su vástago a su sobrino don Beltrán, hijo de su hermano Martín y nuevo señor de Loyola, «porque más le haréis aprovechar en pocos años, que en muchos otros en otra universidad».

Fabro se ausentó en junio para visitar a su anciano padre y poner en orden las cosas de su casa. Fue a despedirse de Javier.

—¿Qué os pasa? Os veo como distinto.

—Íñigo, ya sabéis. No deja de golpearme dentro aquella frase: «¿De qué le aprovecha al hombre ganar el mundo entero?».

—Lo suponía, lo suponía —sonrió dulcemente Pedro, y se marchó contento a sus montañas.

Maestro Francisco comenzó a tomar decisiones. Solo a duras penas consiguieron sus amigos convencerle para que continuara hasta el fin sus clases de Filosofía en el colegio de Beauvais. Pero el que peor lo encajó fue su joven criado. Miguel de Landívar veía que se quedaba sin blanca, sin empleo, sin estudios y sin porvenir en París.

—¡Ese vizcaíno cojo y loco tiene la culpa!

Rojo de ira, ocultó un puñal en su jubón y corrió como alma que lleva el diablo hacia Santa Bárbara.

—¡Yo lo mato, lo mato! —mascullaba entre dientes mientras corría.

Al llegar al colegio, subía las escaleras de cuatro en cuatro escalones hacia la torre, el «Paraíso», cuando de pronto creyó escuchar una voz:

—Infeliz de ti, ¿qué quieres hacer?

Miguel se quedó seco y blanco como el mármol. Aterrorizado de sí mismo, se arrojó a los pies de Íñigo hecho un mar de lágrimas:

—Perdonadme, maestro Ignacio. Pretendía mataros por haberme dejado sin mi empleo con maestro Francisco.

Íñigo sonrió:

—No temáis, Miguel, que algún arreglo para vos habremos de encontrar.

Maestro Peña lo aceptó como criado. Javier por su parte fue introducido en el camino y la experiencia del de Loyola.

Tengo que confesar que he guardado siempre una gran simpatía por aquel navarro deportista y travieso que fue, con Fabro e Ignacio, uno de los tres primeros compañeros de Jesús, porque algunos años después, en 1540, llegué a conocerle personalmente en Lisboa. Se quedó estupefacto en el Rossio ante la variedad de colores de la plaza, las flores, las especias, los millares de esclavos y el exotismo que desbordaba por entonces nuestra ciudad, casi tan poblada como Roma. Tres o cuatro días después de su llegada, el rey y yo le mandamos llamar y le recibimos en palacio junto a su compañero Simón Rodrigues, al que por cierto se le quitaron las fiebres cuartanas nada más verle, con la mejor de mis sonrisas. Don Juan, mi marido, que tenía entonces treinta y ocho años, se le quedó mirando con la típica mansedumbre que brillaba en sus ojos entre verdes y garzos, muy curioso de conocer a los maestros de París, descubiertos por Gouveia y atrapados por el embajador Mascareñas. En aquella hora larga que estuve con Javier le pregunté por todos los pormenores de cómo llegaron a juntarse en París. No sé si advirtió que al interrogarle por Íñigo algo me debió temblar la voz. Después llamamos a mis hijos, la infanta María, de trece años, y el príncipe Juan, que entonces, con ocho años, ya estaba enfermito y se temía por su vida y que, como ya he dicho, Dios quiso llevárselo también.

Javier notó nuestra melancolía por el nefasto sino que nos perseguía con los hijos difuntos y se apercibió enseguida, como él contaría en sus cartas, de que «les mostramos mucho amor». Yo le pregunté por Íñigo, su fundación, sus ideales.

El rey les habló también de su propósito de evangelizar la corte, cosa que emprendería, reteniéndole ocho meses para predicar y atender sobre todo a los más jóvenes. Quería traer, siguiendo mi consejo, más jesuitas a Portugal, sobre todo a Coimbra y Évora. En una carta a Ignacio, Javier le escribió por entonces: «Cosa es mucho para maravillar y para dar muchas gracias a Dios nuestro Señor, en ver cuán celoso de la gloria de Dios sea el rey, y cuánto sea afectado a todas cosas pías y buenas; y todos los de la Compañía le debemos mucho por una buena voluntad que nos tiene, así a todos los de allá como a los de acá. Díjome el embajador, que habló al rey después de que le hablamos, y que le dijo el rey, su señor, que holgarían mucho de tenernos acá a todos los que somos de una compañía, aunque le costase parte de su hacienda». Nunca sabría Íñigo qué papel tuve yo en todo eso.

Después de la audiencia, varios cortesanos preguntaron al monarca:

—¿Qué os parece de esa gente?

—Pues yo os digo que a mí me parece que son verdaderos varones apostólicos —contestó Juan III, «el Piadoso».

El rostro de Javier, íntimo de Íñigo —«maestro amigo e verdadero padre don Ignacio» le llamaba en las cartas—, pese a que iba a pasar toda su vida físicamente lejos de él, se me quedaría clavado siempre en el alma. Desbordaba fogosidad, entusiasmo, entrega sin límite. Tanto que llegué a escribirle después de que partiera a las Indias y le ayudé en lo que pude cuando me quedé viuda y convertida en reina de Portugal, enviándole hasta el dinero destinado a comprarme chapines. Pero esa es otra historia apasionante que algún día me gustaría poder contar y que tiene por marco aquellas lejanas y misteriosas tierras de Oriente, que evangelizó Javier por vez primera. No nos desviemos, pues, del relato.

Volviendo a París y moldeada, como diría Ignacio, «la más dura pasta» resulta que los ansiados pergaminos de Navarra, reconociendo en «público documento» que Javier era «hombre hidalgo, noble y gentilhombre», llegaron tarde. Dinero y gestiones inútiles. El atleta había dado un inesperado gran salto que cambiaría su vida. Me contaron que

durante los ejercicios espirituales que realizó con Íñigo más tarde llegó a atarse fuerte con cuerdas para vencer su culto al propio cuerpo. «Maestro Francisco –recordaba Ignacio años después– llegó al límite en su gran abstinencia. Porque era en la Isla de París uno de los mayores saltadores, se ató todo el cuerpo y las piernas con una cuerda reciamente; y así atado, sin poderse mover, hacía las meditaciones. Parece que en la meditación le venían a la imaginación los saltos y fiestas que en la isla había pasado, como cosa de que gustaban naturalmente, y para vencer de raíz esta pasión, ataba sus miembros, atormentándolos con las ataduras, contrarias a la ligereza y habilidad de los saltos». Era puro fuego Javier.

De los demás primeros compañeros, que habían llegado de Alcalá, he de decir que Diego Laínez, natural de Almazán, provincia de Soria, a la sazón con veinte años cumplidos, era un magnífico estudiante que luego brillaría en Trento. Pequeño de cuerpo, de alegre rostro y dulce sonrisa, lucía nariz aguileña y ojos grandes, vivos, muy claros. Ávido de lectura, devoraba cuanto caía en las manos y comprendía las cosas antes de que se las explicaran. Un día, cuando leía aquellas vibrantes palabras de Cristo, «el que quiera venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame», comenzó a pensar cuál sería la cruz más pesada y se dijo a sí mismo: «Pues sin duda la cruz más pesada sería casarme y cargar con una mujer». Solo con el tiempo se le quitó de la cabeza tan peregrina idea y se reía él mismo de su disparatada ocurrencia.

Alfonso de Salmerón era aún más joven. Con solo diecisiete años era tenido ya un consumado biblista, formado en el Colegio Trilingüe de Alcalá. Toledano, de mediana estatura, salud robusta y excelente memoria, bordaba sus discursos latinos y griegos desde la oquedad de su bella voz sonora. Cuando recitaba, parecía estar en el senado romano. Ambos vieron el Sena en 1533 e Ignacio los recibió con los brazos abiertos. Me contaron que, cuando les dio los ejercicios, Laínez estuvo tres días sin probar bocado, otros quince comió solo pan y agua y, además de disciplinar su cuerpo, lloraba día y noche pidiendo a Dios que le diera luz y fuerzas para agradarle.

Casualidad o providencia, cuando Salmerón y Laínez llegaron a París procedentes de Alcalá, Íñigo fue la primera persona con que se toparon en la primera hostería del Barrio Latino en que se habían apeado. No había duda: tenía que ser él aquel primer cojo que encontraron, aunque no lo habían visto en su vida. Y además su rostro extenuado, su aire devoto, su fisonomía española...

–Perdonad, señor. ¿Por acaso sois vos Íñigo de Loyola?

–Yo soy –sonrió el peregrino, que los acompañó a Santa Bárbara.

Por cierto que, además de reanudar sus antiguas mortificaciones, a Íñigo se le reavivaron sus fuertes dolores de estómago. El dolor le atormentaba de quince en quince días, cada vez durante una hora larga con fiebre, y hubo día que le duró dieciséis o diecisiete horas, sin poder encontrar ningún remedio [10] . Por entonces escribió a su gran amiga Isabel Roser, a quien «debo más que a cuantas personas en esta vida conozco». Le dice que «las enfermedades y otras pérdidas temporales son muchas veces de mano de Dios nuestro Señor, porque más nos conozcamos y más perdamos el amor a las cosas criadas, y más enteramente pensemos cuán breve es esta vida. Y en pensar que con estas cosas visita a las personas que mucho ama, no puedo sentir tristeza ni dolor, porque pienso que un servidor de Dios en una enfermedad sale hecho medio-doctor para enderezar y ordenar su vida en la gloria y servicio de Dios nuestro Señor». Tras consultar a los médicos, estos fueron terminantes: le prohibieron que castigara su cuerpo, si quería permanecer vivo.

Por entonces también había llegado a París otro personaje curioso. En realidad se llamaba Alonso Nicolás, pero como era de Bobadilla del Camino, a él le gustaba que le llamaran con el nombre de su pueblo. Bobadilla estaba siempre contando chistes y de buen humor, aunque tenía algo del pelo de la dehesa y le decía las verdades al lucero del alba. No tenía un ducado. Venía también de Alcalá, donde había estudiado firme, después de lo cual enseñó Lógica en Valladolid. No soportaba la hipocresía y el fariseísmo, y gozaba de un corazón noble y en eso coincidía con Salmerón. Un día dijo Íñigo bromeando: «Pues os digo que yo solo conozco dos hipócritas aquí. *Item más*, se llaman Bobadilla y Salmerón». Trabajaría de firme, aunque en su futuro apostolado en Alemania e Italia no le faltarían momentos difíciles.

Pero el más complicado de todos era portugués, y no por serlo, que el carácter portugués, por lo que he podido comprobar por mí misma, es dulce y retraído, si bien melancólico. Se llamaba Simón Rodrigues de Acebedo, al que yo, como ya he dicho, también llegaría a conocer de cerca pues, además de acompañar a Javier en Lisboa, sería superior de Portugal, la primera provincia que creó la Compañía. Había nacido en Voucella, diócesis de Viseu, y estaba él ya hacía años en París gracias a la bolsa de

estudios proporcionada por el rey, mi esposo. Parece que el *bolseiro* Rodrigues tenía muchos pájaros en la cabeza y era propenso a la melancolía y con fama de cierto desequilibrio de ánimo. De hecho, su volubilidad y necesidad de protagonismo le hizo pasar malos momentos al padre Ignacio cuando ya gobernaba la Compañía en Roma. Ojear las cartas y ver el tiento y dulzura con que el primer superior general de los jesuitas trataría luego a Rodrigues bastan para rebatir la imagen de un Loyola inflexible e inhumano. ¡Hasta le llegó a ofrecer la casa con mejores vistas al mar de la Compañía en la isla de Sicilia! Pero por entonces me pareció muy simpático, elocuente, imaginativo. Había tomado buena nota de lo ocurrido en París y el relato que escribió de sus recuerdos sería muy valioso.

Como había entrado de lleno en la corte, nos veíamos con frecuencia. Un día comenzó a narrarme en Lisboa cómo conoció a Loyola. Había oído hablar en París de la gran santidad de Íñigo y fue a contarle su vida. Ignoraba que había otros en Santa Bárbara que planeaban peregrinar con él a Jerusalén y vivir a la apostólica. Él mismo me relató así cuanto sucedió en aquellos días:

«Os confieso, alteza, que causó espanto mi conversión por mi natural vivo, ya que los portugueses me tenían en París por travieso e inquieto. Y algo de eso tengo, que no puedo negarlo. El maestro Ignacio, que estaba en todo, me consiguió para ayudarme en los estudios una plaza de regente en el colegio Calvi, junto a la Sorbona. Él cuidaba de mí como un padre y me llevaba a los franciscanos y dominicos para que no recibiera solo el influjo de los profesores reales, que tenían mala fama, y aprendiera buena teología escolástica.

»Los ejercicios los hacíamos en silencio y retirados, fuera de París. El maestro Ignacio no hablaba mucho. Solo nos daba indicaciones y las materias o puntos a meditar, y nos dejaba solos con Dios, para pedirnos cuenta luego de las diversas mociones o espíritus. Que ya sabéis, su libro es más un manual para el que dirige que un tratado de teología o escrito literario. Pero maestro Ignacio quiso que yo siguiera en Santa Bárbara. Solo me fui al campo algunos días, con tan mala fortuna que de pronto se me coló en la cámara una mujer solicitándome. Se metió directamente en mi cama y tuve que defenderme de la mala hembra a brazo partido, con tanta fuerza y empeño que la buscona me insultó con estas recias palabras:

»—Eres un animal, rústico y salvaje.

»Sabad, mi señora, que éramos ya por entonces seis discípulos, como el cuadro de san Bruno que representa cuando abandonó París, y que veíamos los iñiguistas al pasar por el claustro de los cartujos. Pero maestro Ignacio no nos había hablado todavía a nadie de formar ningún grupo organizado. Teníamos todos pensado, eso sí, seguir al Señor en cruz y pobreza, como habíamos visto con tanto fervor en las contemplaciones de los ejercicios y en el ejemplo del peregrino para quien Jesucristo era lo primero. Queríamos sin duda militar debajo de su bandera como Rey y Señor de todas las cosas. Consultamos el calendario y fijamos una fecha para abandonar París, el día de la Conversión de san Pablo, veinticinco de enero de 1537. Pensábamos embarcarnos en Venecia rumbo a la prometida Jerusalén, no sin antes solicitar del padre santo el permiso necesario para emprender la peregrinación.

»Mientras, disputamos acaloradamente sobre qué habíamos de hacer, ya que en París estábamos acostumbrados a disputar de todo. Resolvimos hacer votos de pobreza y castidad y trabajar en la salvación de fieles e infieles, viviendo en hospitales, con la predicación de la palabra y la administración de los sacramentos. Ningún estipendio recibiríamos y así quitaríamos a los herejes la ocasión de calumniar a la Iglesia. De lo que más discutíamos era sobre peregrinar a Tierra Santa.

»—Mi deseo es entrar en tierra de infieles —decía Ignacio, apoyado por Javier y Laínez.

»—¿Y si no nos dejan permanecer en Jerusalén, como os pasó a vos mismo, Íñigo?

»—Regresaríamos a Roma —respondió sin dudarlo el peregrino.

»—Pues yo os digo que siempre deberíamos ayudar a las almas en estas tierras —opinaba Fabro, que contaba en esto con mi aquiescencia.

»—¿Y por qué no ir a Jerusalén por algún tiempo y aplazar la decisión de quedarnos, o bien regresar con el voto de la mayoría, tras mucho encomendarlo a Dios nuestro Señor?

»—Haremos así: Si llegados a Venecia, no halláramos embarcación en el plazo de un año, o el guardián de Tierra Santa no consintiera en aceptarnos o la mayoría determinara otra cosa, regresaríamos juntos a Roma a ponernos a las órdenes del sumo pontífice, que

es el que mejor puede saber dónde hay mayor necesidad. Y así trabajaremos entre fieles o infieles, en tierra sometida a los turcos u otros tiranos enemigos de la fe cristiana. ¿Estáis de acuerdo?

»Todos asintieron.

»Lo que puedo aseguraros es —continuaba Rodrigues su relato— que todos compartíamos entusiasmo y deseo de dar la vida doquiera estuviéramos a mayor gloria de Dios. Tan encendidos andábamos que marcamos las fechas, además del día y lugar que sería nuestro compromiso, mediante los votos que decidimos pronunciar juntos.

»Nunca, señora mía, podré olvidar aquella mañana. París se despertó con un benigno sol de verano el quince de agosto, festividad de la Asunción de nuestra Señora, de 1534. Nos habíamos preparado con oración y ayuno, además del sacramento de la confesión. Tres semanas antes había celebrado Pedro su primera misa, siendo el único sacerdote entre nosotros. Había un no sé qué de alegría joven en el recién estrenado aire puro del amanecer mientras salíamos del Barrio Latino y, tras dejar Notre-Dame, cruzamos calles casi desiertas, el mercado y las lonjas; traspasamos la gran puerta de la ciudad, camino de la colina de Montmartre, donde las benedictinas de hábito blanco ungían con el flujo y reflujo de sus voces la paz ancha de los campos. No olvidaré aquellas viñas del monte de los Mártires, ni la armonía de las aspas del cercano molino que se recortaba nítidamente en el cielo azul.

»A media ladera, tras una hora larga de camino, llegamos a la capilla de los Mártires, levantada en memoria de san Dionisio, primer obispo de París, que fue ejecutado allí mismo, junto a sus compañeros Rústico y Eleuterio. Era un santuario habitualmente cerrado y querido de los franceses, al que habían acudido en rogativas cuando Francisco I, como recordará vuestra alteza, cayó prisionero del emperador, vuestro hermano. Solo con permiso se podía celebrar la misa. Sor Perrette Rouillard, una joven hermana de veintidós años, sonrió a Íñigo mientras le daba la llave. Algo debió notar encendido en nuestros rostros, porque no olvidaría jamás el momento.

»Nos dirigimos directamente a la capilla de abajo, una cripta, donde había una imagen de María, que llamamos Nuestra Señora de Montmartre. Para entrar por el arco teníamos que agacharnos. Mientras Fabro se revestía los ornamentos sagrados, nos situamos de rodillas en corro cerca del altar. Estábamos solos. Pedro leyó el introito:

»Gaudeamus omnes in Domino...

»Miré a Ignacio. Tenía los ojos bajos y parecía resplandecer en su sencillez y recogimiento. Antes de la comunión, Pedro se volvió hacia nosotros, sosteniendo sobre la patena la sagrada forma. Uno tras otro, arrodillados en nuestros puestos, pronunciamos nuestro compromiso definitivo ante Dios. Prometimos “dedicarnos en pobreza al servicio de Dios y en provecho del prójimo, predicando y sirviendo en hospitales”. Hicimos voto de andar, si pudiésemos, a los pies del papa, vicario de Cristo y demandarle licencia para ir a Jerusalén; y si hubiese oportunidad, quedar allá, y, si no, tornar al papa y hacer su obediencia, andando a donde nos mandase.

»Me preguntaréis por qué no hicimos voto de castidad y obediencia. El primero estaba implícito ya en nuestras vidas. Obediencia no prometimos porque en el origen solo éramos amigos en el Señor, un grupo de iguales, aunque todos venerábamos muy especialmente a maestro Ignacio. No era aquello aún la Compañía de Jesús como tal, que nacerá después, en Roma, no en París. Aunque yo os aseguro que para mí aquello ya era la verdadera Compañía, un grupo de jóvenes amigos, inundados de Dios, que estrenaban en una mañana limpia de agosto un mundo nuevo desde el anhelo de repetir al pie de la letra la aventura del evangelio.

»¡Cómo reíamos desde la abundancia del alma y la consolación interior cuando salimos de la capilla y el sol chillaba ya implacable sobre los campos de Montmartre! Los siete cruzamos a la otra vertiente de la colina, y en la fuente de San Dionisio consumimos nuestra frugal colación de pan y agua con tal alegría y exultación de nuestras ánimas que no recuerdo momento igual, ni siquiera cuando repetimos nuestros votos una vez aprobada la orden en Roma. Os aseguro que nunca me supo tan bien un pedazo de pan y el trago de agua fresca de la fuente. ¿Sabéis que Ignacio reía aquel día a mandíbula batiente? No faltan quienes pintan a nuestro padre como un asceta oscuro y consumido. Pero él me ha dicho que muchas veces ha de hacer propósito, aun ahora, que es el general de los jesuitas, de transformar las carcajadas excesivas en sonrisa sin más por el contento que tiene cuando se halla entre sus hijos. Charlamos todo el día sobre nuestros planes e ilusiones. Y solo cuando el campo fue saludado por los tonos cárdenos del atardecer y el sol se ocultó tras las vides que se ensombrecían a nuestra derecha, regresamos a casa».

Con estas palabras concluyó el expresivo Simón Rodrigues su emocionado relato. Medió entre nosotros luego un profundo silencio en el que al jesuita portugués no se le escapó que mis ojos estaban bañados de lágrimas. Nos despedimos y yo me retiré a mis habitaciones. Para mí en aquel momento había llegado el punto cumbre de las aventuras de mi caballero. Me complacía en imaginar cuando aquel grupo de anónimos amigos entró en París ya la noche cerrada. Cada uno se recogería en su habitación, mientras la gran ciudad de las letras, la *Lutetia Parisiorum* bullía de intelectuales humanistas, pintores y poetas en torno al «Rey caballero», protector de Erasmo, Rabelais, Leonardo, Benvenuto Cellini... Ignacio y sus compañeros no pasaban de ser un puñado de desconocidos jóvenes soñadores. Eso sí, hondamente convencidos de lo que habían hecho. Se reunieron los dos años siguientes en el mismo lugar y el mismo día para renovar sus compromisos, a los que se añadirían tres hombres más: Claudio Jayo, Pascasio Broet y Juan Codure, saboyano el primero, franceses los segundos. Un grupo de nueve que completaría Hoces, otra conquista de Ignacio que murió prematuramente joven.

En el secreto de mi cámara vi a Íñigo de nuevo cabalgando, pero no sobre mula sino de nuevo a caballo, que le habían comprado sus compañeros para regresar por el camino de Santiago a «los aires de su patria», como le habían aconsejado los doctores como última medida contra tanto dolor. «Por lo cual –tenía él escrito en sus Ejercicios– es menester hacernos indiferentes a todas las cosas criadas, en todo lo que es concedido a la libertad de nuestro libre albedrío, y no le está prohibido; en tal manera, que no queramos de nuestra parte más salud que enfermedad, riqueza que pobreza, honor que deshonor, vida larga que corta, y por consiguiente en todo lo demás; solamente deseando y eligiendo lo que más nos conduce para el fin que somos criados». Y ese fin era y es el amor. Que lo de fuera daba igual, si el corazón permanecía encendido. Días antes había sufrido de nuevo acusaciones ante la Inquisición y nuevo examen de sus escritos con dictamen favorable. ¡Qué distinto el caballero que ahora cabalgaba a los verdes valles de Azpeitia! Íñigo se había convertido en Ignacio. Todo lo que sucederá después será pura consecuencia de lo que culmina en París, tanto en la universidad como en Montmartre, que a su vez nació de la conversión de Loyola y la ilustración de Manresa. Su regreso a Loyola era el retorno a la fuente, que todo vuelve siempre a su origen.

Porque aún no había acabado su caminar. El caballero de las dos banderas seguía peregrinando solo, primero a su tierra, donde predicó el evangelio tan eficazmente que hasta su hermano Martín llegó a sentarse entre los doctrinos. Tan solo doña Magdalena consiguió que abandonase el hospital o albergue de pobres, donde vivía, y pasase una noche en la casa-torre para echarle una mano en un escándalo familiar: una joven que entraba todas las noches a acostarse con su hijo Beltrán. Llevó luego Ignacio una preciosa carta de Javier a Obanos para su hermano Juan de Azpilcueta. Bajó luego a la ardorosa Castilla de sus viejas cabalgadas, ahora sin otra espada que la de la fe, a visitar en Almazán a la familia de Laínez, y en Toledo a los modestos padres de Salmerón. En Madrid vio a mi sobrino, el príncipe Felipe, que tenía solo ocho años, y se dirigió después a Valencia, donde corrían hablillas de los «secretos de Íñigo». Tuvo días para orar ante el cáliz tenido como el de la Cena, que se venera en la catedral, y se encontró con su amigo Juan de Castro en la cartuja de Segorbe.

Días después encontró por fortuna una nao para embarcarse hacia Génova, travesía que emprendió a pesar de que intentaron disuadirle porque el pirata Barbarroja tenía prácticamente tomado el Mediterráneo, donde el peregrino corrió riesgo de perecer ahogado, al quebrarse el timón de la nave y pasar por «tan brava tempestad que le pareció su hora llegada». Aquel incidente se tradujo al final en gran paz interior y confusión desde su profunda humildad, por no haber aprovechado bien tanta gracia recibida. En su paso por los Apeninos tendrá una vez más que salvar su vida arrastrándose penosamente a gatas, ya que una senda que iba ascendiendo junto al abismo de un río se estrechaba más y más, pasando «la más grande fatiga y trabajo corporal que jamás tuvo». Ante los muros de Bolonia caerá desde un puentecillo de madera en un pozo lleno de lodo y, tras mover a risa a muchos que lo vieron enlodado, se verá obligado a guardar cama en el hospital español, después de mendigar sin conseguir «ni un solo cuatrín».

A principios de 1536 llegará finalmente, superados tantos peligros, a la familiar Venecia, donde dedicó aún un año más al estudio. Allí finalmente el ocho de enero del año siguiente abrazó a sus «nueve amigos en nuestro Señor», que habían adelantado su partida de París por causa de la guerra entre el emperador y Francisco I. Preocupado, Íñigo escribió a mi hermana Leonor, entonces reina de Francia, pidiéndole que ayudase a sus compañeros en aquel trance. Habían abandonado el Sena a mediados de noviembre

de 1536 y, tras cruzar la Lorena y el norte de Suiza, atravesando los Alpes tirolese, llegaron cubiertos de nieve, «buenos y alegres en el espíritu», como anota el apacible Fabro en su diario.

Amanecía de nuevo entre las góndolas y los canales de la ciudad más bella del mundo, cuando Ignacio y sus compañeros seguían mirando al horizonte azul, a ver si acaso llegara alguna nave peregrina y repetir la intuición inicial de vivir como Jesús en Jerusalén. Ni una nao asomaba sus jarcias en el puerto veneciano si no era para anunciar los peligros del temido turco. Se diría que el que iba a dar nombre a su Compañía debía estar albergando otros planes para el naciente grupo, que mendigaba para subsistir repartiéndose por las callejas, puertas y palacios que dan al Gran Canal mientras cada uno de ellos predicaba a ricos y pobres de la abundancia que rebosaba su corazón.

18.

Debajo de su bandera

Cuando pierdo mis ojos en el mar es como si los lavara del dolor de la muerte, una pálida figura que desde el vientre de mi madre me ha acompañado como una sombra y me sigue persiguiendo fría y avizorante toda la vida. Ahora, a pesar de mis años y mi encalado retiro en este convento, sigo despertándome de improviso por las noches con pesadillas en las que veo a mi madre con el rostro lívido besando un cadáver y a mí misma como niña muerta, rodeada de flores blancas, mientras a mi alrededor me observan asombradas y cantando salmos las monjas clarisas. Quizás porque nací en el duelo y fui alumbrada tras el catafalco de mi padre. O porque viví enterrada casi toda mi juventud en un castillo junto a una madre que tenía clavados sus desorbitados ojos en una ventana donde ardían inextinguibles los cirios de aquel ataúd inseparable. Luego, la sucesiva muerte de mis hijos varones y con ellos las pugnas por la herencia del trono portugués; la partida también de mi dulce marido, que me convertiría en reina triste y solitaria; y un mundo de intrigas palaciegas, me hicieron pensar que la tierra se desmoronaba bajo mis pies.

Sin embargo, ¿es tan demoledora la muerte como la pintan? ¿No es acaso la otra cara de la propia vida? Por aquellos años la muerte abría insólitos caminos en los reinos de Portugal y España, mientras el maestro Ignacio se transformaba lentamente de peregrino en organizador y estratega; de místico solitario en superior general de una nueva orden, puesto que daba sus primeros pasos para fundar la Compañía de Jesús en Italia.

El zarpazo de la muerte desgarró también, y cómo podría describirlo cabalmente, al hombre más poderoso del mundo, a mi amado hermano el emperador Carlos V. No se borra de mi memoria este episodio, tal como me lo contaron, quizás porque era como

una repetición del origen de mi vida, aquella marcha lenta por los campos en flor de Castilla. Aunque Carlos, siempre triunfador y feliz, estaba poco preparado. Esta vez en el ataúd iba mi entrañable, bellísima y joven cuñada Isabel de Portugal. Pero detrás de aquel féretro no caminaba una mujer enamorada como doña Juana, mi madre. Ni siquiera marchaba el viudo emperador, que en una reacción de rechazo y huida, se había negado a ver el cadáver de su esposa, encerrándose tras los muros del monasterio de la Sisla, próximo a Toledo.

Quienes presidían el cortejo fúnebre eran un niño y un caballero. El niño, Felipe, no lloraba. «Los reyes y príncipes no lloran, hijo. Yo me negué a llorar y gritar al darte a luz», le había inculcado su cristiana madre. El caballero se llama Francisco de Borja, duque de Gandía, mi antiguo paje. Dicen que Borja estaba silenciosamente enamorado de la emperatriz. Tan grande fue su amor que llegó a confesar a su íntimo amigo, el poeta Garcilaso de la Vega, que hasta temía mirar a Isabel, «no quedase en arrobamiento y como en éxtasis».

Isabel se daba cuenta de aquel secreto y platónico amor, quizás por ello le concedió a título personal el marquesado de Lombay y el matrimonio con una de sus más queridas amigas, Leonor de Castro, una dama por cierto con la que nunca me entendí. En las largas ausencias del emperador, Borja, buen músico desde que le conocí en Tordesillas e inspirado organista, armonizaba de limpios acordes las veladas invernales haciendo deslizar sus dedos por el teclado, única forma lícita de expresar su amor a la emperatriz, que junto a sus damas hilaban a la luz dorada de las ventanas de Toledo metros y metros de ropa para los pobres de España y para los peregrinos de Jerusalén. Boscán y Garcilaso no solían estar ausentes de aquellas tardes que adornaban también ellos con sonoros e inspirados endecasílabos.

Mientras, Isabel demostraba que además de bella era una mujer inteligente en el gobierno de Castilla. Las cartas que llegaban del emperador, largas y minuciosas, se referían sobre todo a los asuntos de gobierno, pero también le contaba sus guerras con Francisco I y sobre todo su empresa de Túnez, para las que no cesaba de demandarle oro de las arcas de Castilla. En tales cartas se trasluce una continua añoranza de su esposa. Ella, en sus respuestas, tras abordar los áridos asuntos de Estado, se despide siempre con quebrada dulzura portuguesa: *Beijo as maos de vosa magestade, la Reyna*.

Barbarroja fue vencido por las naos del emperador; Túnez tomado, mientras Íñigo se encontraba respirando aires natales en Azpeitia; y, no satisfecho de gloria y hazañas, Carlos decidió entrar en Roma, donde ya reinaba el nuevo papa Paulo III, al que, pese a sus esfuerzos, solo consiguió arrancar buenas palabras. El emperador estaba condenado a no encontrar nunca entre los papas a un interlocutor que compartiera su reforma de la Iglesia. Cuando años después consiguió que se reuniera un concilio en Trento, ya era demasiado tarde, los protestantes estaban muy organizados como algo aparte. Emprendida la nueva campaña contra el rey francés, que, como he dicho, dificultó el camino a Venecia de los compañeros de Ignacio, mi hermano desembarcó finalmente en Palamós a principios de diciembre. Por fortuna estaba en España, su verdadera tierra de adopción. Venía cansado y nostálgico, necesitaba calor familiar. Y fue primero a buscarlo a Tordesillas, donde además de nuestra madre, le esperaba Isabel, su mujer, con las que pasó aquellas navidades. Aunque desde luego no le faltaron justas y torneos en Valladolid, además de festejos cortesanos con banquetes que tanto empeoraban su mal de gota, Carlos comenzaba por entonces a amar la soledad y la charla con sabios sobre cosas de filosofía natural o estudios sobre «la esfera que trata de los movimientos celestiales». También cogió una extremada afición a los relojes, que destripaba sin cesar. Durante aquella aparente tranquilidad, sin embargo, el espíritu de cruzada reverdecía en la sangre del emperador, que volvió a la frontera catalana en 1537 buscando negociaciones con Francia y la Liga Santa. Mi hermano era un caballero de capa y espada, otro Íñigo sin Cardoner, que amaba las hazañas y la guerra. Martín Salinas decía, mientras pasaba los Alpes para atacar la Provenza al frente de su ejército: «Va el más alegre hombre del mundo».

Pero recuerdo que Isabel no llevaba bien tanta distancia y quedó muy quebrantada desde la muerte de su hijo el infante don Juan. El nuevo embarazo y el parto de otro hijo muerto la dejarían exhausta. Todo eso, junto a las preocupaciones de gobierno, la estaba minando. Aunque avisados urgentemente de la gravedad de su esposa, el emperador y el príncipe Felipe no llegaron a Toledo a tiempo de ver viva a Isabel. He de añadir que antes Isabel, en el lecho de muerte, tenía miedo de que su propio esposo, tan belicoso, enviara sus fieros tercios a Portugal, por lo que arrancó del emperador la promesa de que esto «no acaescería». Carlos se apresuró entonces a escribir a mi marido: «Nuestro Señor sabe que la paz ha sido y es nuestra voluntad y que así la cumpliremos, y que si hasta

aquí éramos cuñados, de aquí en adelante habemos de ser verdaderos hermanos y ambos una cosa, como es razón». Se había ido Isabel de este mundo poniendo paz al amanecer del primero de mayo de 1539. Carlos, como he dicho, no quiso entrar en la ciudad imperial. Quería conservar en su mente la memoria del amado y hermoso rostro vivo, por lo que, bordeando el Tajo, se encerró en el monasterio. En cambio Francisco de Borja no se separó ni un momento del cadáver que tenía cubierto el rostro. A la llegada del cortejo fúnebre a la ciudad de Granada y cumpliendo la etiqueta de la corte, que prescribía que el caballerizo mayor de la emperatriz era el encargado de cerrar el féretro y dar fe de la autenticidad del cadáver que enterraban, se procedió a su reconocimiento.

Chirrió la tapa del ataúd. El príncipe Felipe sacó un pañuelo. Los presentes pensaron que por fin iba a derramar una lágrima. Pero el joven Austria se limitó a taponarse las narices y protegerse de la pestilencia. Los clérigos que rodeaban el catafalco no pudieron reprimir dar un paso atrás. Dos palafreneros se desmayaron. Borja miró aquel despojo irreconocible desde sus ojos vidriosos, mientras una voz le interroga:

—¿Juráis, señor, que son estos los restos de la emperatriz, su majestad doña Isabel de Portugal?

—Jurar que es su majestad no puedo. Juro que su cadáver se puso aquí.

Y pálido, interiormente descompuesto, comentó al salir a un amigo: —Nunca volveré a servir a señor que se me pueda morir.

Desde entonces por las callejas moras de Granada y las plazas soleadas de Castilla las niñas españolas cantarían jugando en sus corros:

*Yo soy Francisco de Borja,
aquel duque de Gandía,
aquel que grande de España,
me llamaron algún día.
Estando en cortes murió
aquel dorado jazmín,
aquella hermosa princesa,
Isabel, la emperatriz...*

Yo tampoco lo entendía. ¡Cuán poco duró el amor imperial que perfumó Granada de claveles encendidos! Algo parecido se comentaba en el Albaicín y entre los arrayanes

que contemplaron los requiebros de ambos jóvenes y que recibían ahora los despojos de la emperatriz. Nunca más la vería Granada, ni tampoco pasear por sus calles y jardines la erguida figura de Carlos, que desde entonces nunca se quitó su traje negro ni volvió a contraer matrimonio.

Borja sufriría años después la muerte de su propia esposa Leonor y acabaría ingresando en la joven Compañía de Jesús, después de conversaciones con Pedro Fabro en Barcelona y Gandía. Ignacio escribiría por entonces: «El mundo no tiene orejas para oír tal estampido», y tuvo que pedir un permiso especial al papa para que el duque hiciera los votos en la orden antes de terminar de arreglar sus asuntos familiares, pues se rumoreaba que Felipe II quería llevárselo a su lado. El padre Francisco de Borja vendría años después, ya como jesuita, a este reino de Portugal y también asistiría a mi madre, la reina doña Juana en sus últimos trágicos momentos. Recuerdo que eran tantas las dificultades durante mi regencia que llegué a escribirle: «Yo estoy tan reducida a tan triste estado, que tengo infinita necesidad de vuestras oraciones... Si vuestra salud lo permite, sería utilísimo para servicio de Dios, que vinieseis aquí a hacer una visita».

El jesuita Francisco de Borja estuvo dos veces con mi madre llamado por el marqués de Denia hijo, Luis Sandoval y Rojas, que heredó la custodia de mi madre. No hay que olvidar que el hijo de este, Francisco de Lerma, se había casado con Isabel, hija del ex duque de Gandía. Por cierto, la mujer del joven marqués de Denia, Catalina de Zúñiga, era hija a su vez del famoso Juan de Zúñiga y su esposa era Estefanía de Requesens, una de las mujeres que, como conté en su momento, ayudó a Íñigo en Barcelona. No es extraño, pues, que los Denia tuvieran confianza con el padre Borja. La marquesa llegó a escribir a Ignacio, ya general de los jesuitas, pidiéndole tramitase en Roma dispensas de ayuno para ella y sus amigas, como estaba de moda en las damas de alto rango.

Las entrevistas entre doña Juana y el gran jesuita fueron un duelo de astucias. En la primera ella accedió a hacer una confesión general, pero una vez vuelta la espalda el de Gandía, reemprendió su actitud hostil hacia la religión. La segunda vez se mostró dispuesta a oír misa y recibir la comunión. Receloso Borja, le preguntó si creía en los artículos de la fe. Ella respondió con viveza:

—¿Cómo no voy a creer en ellos? Naturalmente que creo.

La reina le recordó cómo en tiempo de sus padres confesaba y comulgaba regularmente, oía misa todos los días, tenía imágenes de santos y recitaba las oraciones que le había recomendado un fraile dominico que era confesor de los Reyes Católicos.

—¿Y cuál es la causa de vuestro abandono de esas prácticas? —inquirió Borja.

Doña Juana respondió que eran las mujeres que estaban a su servicio, que eran unas brujas empedernidas, estorbaban sus oraciones y mancillaban el agua bendita. Francisco atendió a sus quejas, hizo alejar a aquellas mujeres y le dijo a mi madre que habían sido entregadas a la Inquisición. Con eso se quedó tranquila y volvió a sus prácticas religiosas.

El sacerdote llegó a la conclusión de que no se había tratado a la reina como se debía para aliviar de alguna manera su enfermedad depresiva y que necesitaba más dulzura que otra cosa. Algunos aseguraron que fue un milagro de aquel gran amigo de Ignacio y que parecía haber recobrado al final la razón. Yo, por experiencia sé que lo que la mejoró fue el cariño, del que mi madre había estado tan ayuna. Mi sobrino Felipe, antes de casarse con María Tudor, persuadido de que así iba a lograr la conversión de Inglaterra, había pasado por Tordesillas y se había quedado sorprendido de que su abuela en cambio viviera «sin misas y sin imágenes y sin sacramentos». En realidad fue el príncipe, ya era por entonces rey de Nápoles, el que pidió al padre Francisco de Borja que volviera con la reina.

Lo que son las coincidencias de la vida que da tantas vueltas y hace siempre recapitular los hechos y confluir todos los ríos. ¿Sabéis quién ayudó en su ministerio a mi viejo amigo de infancia y antiguo menino de la reina? ¡Un nieto de nuestro querido Juan Velázquez de Cuéllar, el entrañable contador del reino que había acogido y educado en Arévalo al joven Íñigo de Loyola! Se llamaba fray Juan de la Cruz, y su presencia consoló mucho a mi madre. Nada más verlo le preguntó:

—Decid, padre, por vuestra vida, ¿sois nieto de Juan Velázquez?

—Sí, por cierto, señora —respondió fray Luis.

Mi madre aprovechó para remacharle su obsesión:

—Muchas gracias a vos que habéis querido venir a entender en esto; pues yo confío en que desde ahora no será como hasta aquí. Que dicen que me quitan esas dueñas y

brujas, y luego a los tres días, las vuelven a traer, y así no puede hacer la persona lo que conviene para su alma.

Fray Luis le insistió que todos se encontraban allí para servirla y ayudarla. Pero mi madre no salía de su manía persecutoria contra las dueñas y le exigía que cumpliera lo que el príncipe Felipe les había mandado, que «era castigar muy bien a esas deformes sin vergoña», que bien pudieran ser «almas muertas». Y luego le contó una peregrina historia de un gato que se había comido a la infantita de Navarra y que había mordido nada menos que a sus egregios padres Isabel y Fernando, los Reyes Católicos. Pues bien, a «este gato tan malo ya lo habían traído las dueñas y estaba muy cerca de su cámara para hacerle el mismo mal y daño». Todo eso se lo relataría fray Luis en una carta al príncipe Felipe. El joven fraile, aunque pensaba que mi madre era «tan sincera e inocente de culpa» que no necesitaba más ritos, creía que en ese estado no se le podían administrar los sacramentos. No hay que olvidar cómo en estos tiempos que corren casi todo se atribuye al demonio y sus posesiones. El padre Borja lo tenía muy claro, aunque para evitar murmuraciones acudió a la Universidad de Salamanca, que mandó a uno de sus más brillantes teólogos, el dominico Domingo de Soto, que había intervenido en Trento y había sido año y medio confesor de mi hermano Carlos. Tras hablar con la reina a solas y luego con testigos dictaminó que podía recibir la extremaunción, aunque no estaba preparada para la comunión.

Mi madre moriría cubierta de úlceras purulentas, porque no permitía que le cambiaran la ropa, en el mismo castillo de Tordesillas del que nunca más salió. La paciencia y la astucia de Borja triunfaron también en el último momento sobre la repugnancia que, como he dicho, llegó a tener a la religión. El jesuita, tras administrarle el sacramento de la extremaunción, se inclinó hacia ella y, mostrándole el crucifijo, le dijo que se aproximaba el postrer instante de su vida y que era tiempo de reconciliarse, perdonar y ser perdonado. Mi madre lloraba y se daba golpes de pecho. ¡Pobre reina, pobre madre! Cuántas veces me he preguntado quiénes eran los primeros que allí deberían haber suplicado perdón. Doña Juana quería hablar, pero la lengua se le trababa, por lo que el ex duque le preguntó si quería que le rezase el credo. Sus ojos solo tenían dulzura. «Empezad vos a decirlo, que yo lo repetiré», balbució. Su *amén* final tenía, según me escribió el propio Borja, un insólito brío. El padre Francisco le acercó de

nuevo el crucifijo. Ella puso cuantas energías le quedaban en el beso, al punto que decía: «Jesucristo crucificado, ayudadme».

Con estas palabras dejó mi querida madre este valle de lágrimas el día de Viernes Santo, doce de abril de 1555. Día idóneo para dejar este mundo. Contaba setenta y cinco años, cinco meses y seis días y había pasado medio siglo enterrada viva en Tordesillas. Borja envió cartas al emperador, a su hijo Felipe y a mí misma. Denia en su carta a Carlos, que estaba en Bruselas, daba cuenta de la muerte «verdaderamente católica» de su madre. Mejor que nadie sé yo que toda su vida fue un calvario, sobre todo los últimos tiempos, hecha una llaga y paralizada de medio cuerpo para abajo. Ahorro detalles íntimos y repugnantes de las circunstancias de su muerte que muestran cuán poco somos por muchos títulos y realeza que nos ornamenten en esta vida. ¡Y qué extraños caminos tiene la vida! ¿Quién me iba a decir a mí que un paje de mi infancia y además discípulo de Íñigo iba a traer la paz postrera a mi madre? Era como si un círculo misterioso se cerrara aquel triste Viernes Santo entre los oscuros muros del castillo de Tordesillas.

Esa vida y muerte, que brotaba una y otra vez de mi seno y se extinguía tan rápidamente —solo me quedó María, que casó con Felipe II, de mis diez hijos—; las hogueras de la Inquisición, que comenzaron a arder en las plazas de Portugal y sus denuncias tantas veces absurdas y hasta su censura intelectual, como la que tocó a Gil Vicente y muchos libros que se imprimían por entonces; mi dura regencia, en fin, cuando se comenzaron a sufrir las consecuencias de los fastos de una corte que dilapidaba los tesoros de las tierras descubiertas y los humos de las Indias se disipaban en el aire de Lisboa convertidos en graves problemas económicos, culminaron en los sueños imposibles de mi nieto don Sebastián, «el Deseado», un niño débil que juraría el trono con siete años. ¡Cuántos sinsabores me trajo su precaria salud, intrigas sin cuento, cuando alcanzó a los catorce años la edad de reinar, y su locura de encabezar absurdas campañas! Estaba obsesionado con convertirse en el salvador de la amenazada cristiandad. Primero, la flota para combatir a los herejes que un temporal destruyó sin salir del Tajo; luego su guerra contra Marruecos, porque se le había metido en la cabeza que el sultán de Turquía iba a dominar todo el norte de África. No hacía caso de nadie y menos de su abuela. También se negó a escuchar a sus capitanes y se metió tierra dentro hasta Alcazarquivir. Yo desde mis torpes labios no me cansé de repetir intuyendo lo que iba a suceder: «¡Que su alteza no se embarque para África!». Todos nos excedimos en

educarlo religiosamente, que ni miraba a las muchachas cuando transitaba a caballo por las calles de Lisboa, y lo mismo exageraba en devociones que en su orgullo real en el uso de las vajillas de oro o en los diez pajes que, rodilla en tierra, tenían que mantener la espada en alto cuando se presentaba en público. ¡Pobre Sebastián, fruto débil de tanto matrimonio consanguíneo!

Conservo como oro en paño la carta que nos escribió Ignacio, tras la muerte de nuestro hijo Juan, el único que sobrevivía en 1554, para consolarnos y mostrar a mi marido «el gran sentimiento que todos hemos sentido de esta pérdida, no del que Dios nuestro Señor lo haya llevado para sí –que mucho gana, en el trueco del reino temporal por el eterno–, sino nuestra, a quienes su sapiencia infinita quiso privar de tal príncipe y señor, nos da bien a entender lo que habrán sentido las paternas entrañas de vuestra alteza, que para nosotros es otro nuevo y no mediocre sentimiento». Para Ignacio esa muerte, toda muerte, no era sino una visita de Dios y mostraba, como añadía en la carta, «en tan claros efectos lo mucho que ama y confía en nosotros, dándonos tan grandes ocasiones de ejercitarnos a gloria suya», pues, como él solía decir, «con su muerte nuestro Señor deshizo la nuestra».

Años después se me saltaron las lágrimas al ver letras suyas escritas a mí personalmente. Muerto mi marido, enfermo de una apoplejía por su afición a la buena mesa, Ignacio me escribió directamente de su mano para complacer uno de mis caprichos. Ya he insinuado mi afición a las reliquias. Mi querido Íñigo me consiguió del papa Julio III la autorización para conseguir reliquias en Roma de diversas iglesias y enviármelas a Portugal. De julio a marzo de 1551 al año siguiente estuvo Ignacio recogiendo huesos de santos por toda Roma, que me mandó con el padre Miguel de Torres, destinado a mí y al príncipe. «Como me ha parecido que sería una ocasión de servir a vuestra alteza –me escribió–, para gloria de Dios nuestro Señor, he suplicado de nuevo al papa permisión para este encargo. Habiéndolo obtenido, me he encargado yo mismo, con otros miembros de la casa, de recoger todas las reliquias que ha sido posible conseguir. Vuestra alteza podrá disponer de todas como desee en el Señor». Y dirigiéndose al príncipe y a mí, se despedía declarándose «pertenecernos en el mismo Señor» y pidiendo una vez más la gracia de «conocer su voluntad y cumplirla».

No daré cuenta aquí de los largos años de mi regencia, que empezaron ya desde el impedimento del rey, de los múltiples asuntos de Estado que me agobiaban y el

encrespado mar de intrigas sucesorias que viví, en los que por cierto también intervino directamente Francisco de Borja, como embajador no oficial y hasta con documentos «en clave» de Carlos V, retirado por entonces en Yuste. No ocultaré tampoco que con Borja había tenido tensiones antes, cuando Carlos lo designó como mayordomo mayor de mi hija la princesa María, en los tiempos en que iba a contraer matrimonio con Felipe II, pero fue a causa del carácter de Leonor, la mujer del duque de Gandía.

Solo diré que a la sazón, en los peores momentos volaba mi pensamiento a Roma e igual que hiciera tiempo atrás aquella adolescente que soñaba con que un valiente caballero la liberara de su cárcel de Tordesillas. Imaginaba yo, por lo que había aprendido del padre Gonçalves de Cámara, que él me mostraba el camino para entender qué abismo media entre la vida y la muerte. Pues me contaban que el padre Ignacio en sus enfermedades «pensando en la muerte, tenía tanta alegría y consolación espiritual en haber de morir, que se derretía todo en lágrimas; y esto vino a ser tan continuo, que muchas veces dejaba de pensar en la muerte, por no tener tanto de aquella consolación». Y es que me consta que las lágrimas de mística alegría interior acompañaron a Ignacio hasta el fin.

En las horas bajas de mi difícil vida harto me consolaba pensando en qué se estaba convirtiendo el nuevo ejército de mi caballero; hasta dónde había iluminado la luz que había salido de aquella herida de Pamplona y la escondida fuerza de aquel rubio paje de Arévalo, que bien se hubiera podido convertir en un oscuro secretario de la realeza castellana, como al fin y al cabo a ello se encaminaba, si Dios no lo hubiera conducido por otros caminos, como tantas veces he comentado a mi querida dama, la viuda del contador Cuéllar.

Desde entonces todo cambiaría en su vida hasta el momento de su regreso a Italia. Porque desde que Ignacio se reencontró con sus compañeros en Venecia pronto comprobó que ya pocas veces iba a poder disfrutar de su amada soledad. Solo en Vicenza volvió en cierta manera a experimentar las delicias de Manresa, visitas y místicas experiencias de Dios. Apenas sentía el hambre y la fiebre; era feliz mendigando de puerta en puerta por los palacios de la ciudad un poco de pan seco, que luego cocía para sus amigos en un convento en ruinas donde dormían sobre pajas. Predicaba por las calles de la ciudad y llamaba con un sombrero a la sorprendida gente del pueblo en una extraña jerga, mezcla de latín y francés:

–Hojuordui Sancta Mater Ecclesia.

Con tales palabras comenzó su primer sermón en Italia. Entre tanto se volvieron a cerrar las puertas de Jerusalén. A la Santa Liga entre Carlos y el papa se había asociado el dux Gritti. A fines de septiembre de 1537 Ignacio cita en Vicenza a todos sus compañeros para deliberar sobre la nueva situación.

–¿Qué hacer? –se preguntan una vez más–. La licencia para peregrinar a Jerusalén solo nos dura un año, hasta otoño del que viene.

–Esperemos que los turcos, después de la derrota sufrida, firmen la paz –deseó Laínez.

Ignacio decidió aplazar su primera misa, que sus compañeros habían celebrado ya en la iglesia convento de Vivarolo. Él soñaba con decirla en la misma gruta de Belén. Entonces optó por trocar las prédicas callejeras por el envío de sus maestros en Artes por las ciudades más importantes de Italia: Padua, Ferrara, Bolonia y Siena. Ellos buscarán nuevos compañeros, habitarán en hospitales o albergues para pobres, darán los ejercicios y permanecerán espiritualmente unidos. Él, por su parte decide ir con Fabro y Laínez a Roma.

En las íntimas conversaciones de Vivarolo «trataron entre sí cómo se llamarían a quien les pidiese qué congregación era esta la suya. Comenzaron a darse a la oración y pensar qué nombre sería más conveniente, y visto que no tenían cabeza ninguna entre sí, ni otro preposición, sino a Jesús, a quien solo deseaban servir, parecióles que tomasen el nombre del que tenían por cabeza, diciéndose la Compañía de Jesús».

Así se identificó el grupo, por lo que a Ignacio le vuelven a preocupar las sospechas que corren contra su persona y doctrina por las suntuosas calles y canales de Venecia. A mitad de octubre camina hacia la Ciudad de las Lagunas para recibir el documento oficial: «Atestiguamos que el padre Ignacio ha sido y es sacerdote de buena y religiosa vida y de santa doctrina y de muy buena condición y fama». Hecho esto, partió con Fabro y Laínez de Vicenza para cumplir su última etapa como peregrino.

Su pequeño ejército de leales bajo el estandarte de la cruz y la bandera del capitán Jesús estaba ya formado. La ilustración recibida en el Cardoner había madurado en una forma de vida cercana al evangelio. Su corazón parece estallar de alegría, mientras

marcha hacia Roma: «En este viaje fue muy especialmente visitado del Señor, rogando a nuestro Señor que le quisiese poner con su Hijo».

Faltaban pocas millas para alcanzar la urbe, cuando Ignacio ve un pequeño pueblo, situado en un recodo que hacía la Via Cassia, «torciendo», que por eso se llama *La Storta*, lugar de postas de las caballerías antes de entrar en Roma. Loyola divisó una pequeña iglesia medio destruida, entró, y, recogido en oración, le cuenta a su Señor todo cuanto lleva en el alma en aquel momento. Y en el mismo instante le vuelve a ocurrir algo parecido a lo que sintió en Manresa, que irrumpe en su alma una gran ilustración que jamás podrá olvidar y que se apresura a comunicar a los compañeros que le aguardan junto al camino. Laínez lo recordaría toda su vida: «Viniendo nosotros a Roma por la vía de Siena, nuestro padre, como quien tenía muchos sentimientos espirituales, me dijo que le parecía que Dios Padre le había impreso en el corazón estas palabras: “Yo os seré propicio en Roma”. Y no sabiendo nuestro padre lo que quería significar, decía: “Yo no sé qué cosa será de nosotros, tal vez seremos crucificados en Roma”. Después, otra vez dijo que le parecía ver a Cristo con la cruz a la espalda, y al Padre eterno cerca de él que le decía: “Yo quiero que tomes a este por tu servidor”. Y así Jesús lo tomaba y decía: “Yo quiero que tú nos sirvas”».

Ignacio acababa de recibir confirmación mística del Rey ante el que había velado sus armas en Montserrat; que le había ido conduciendo como un niño por los caminos del mundo, y que le había «recibido debajo de su bandera, pobre y lleno de oprobios». Ahora sí, ya eran Compañía de Jesús. Ya era una sola su bandera; pero su vida y su gente siempre tendrían que avanzar por el mundo como había sido el contraste difícil de su peregrinar, entre las dos banderas opuestas, al filo del riesgo, entre la sabiduría humana y el evangelio, entre las pasiones del mundo y el estilo sencillo de Jesús, en las intrépidas fronteras de la fe.

Y él sí, en efecto, iba a ser crucificado en Roma. Pero de otra manera más profunda. Roma iba a ser su Jerusalén y en ella permanecería hasta la muerte. Establecerá una nueva orden sin hábito, sin coro, sin penitencias por regla, una «caballería ligera» a las órdenes del papa que se extendería como una mancha de aceite por el mundo, un grupo de «contemplativos en la acción» que intentarían juntar virtud con letras. En Roma esperaban nuevas persecuciones contra aquellos sacerdotes reformados que «vienen huyendo de España y París y merecían como tales la hoguera».

Lo más curioso de todo es que, después de una entrevista con el papa pidiéndole que diera sentencia y declaración de su doctrina, Ignacio se encuentra en Roma precisamente con aquellos hombres que investigaron judicialmente su caso. ¿Recordáis? Figueroa de Alcalá, el dominico Ory de París, y más recientemente el vicario general de Dotti en Venecia. «Yo os seré propicio» resonaba la cálida voz en sus oídos. Los testimonios de aquellos sus viejos perseguidores, ahora a su favor, serán decisivos. Ignacio se dirige con sus compañeros al viejo y experimentado Paulo III para, en virtud del voto de Montmartre, rendirle obediencia como cabeza de la Iglesia de Jesucristo y ponerse a sus órdenes. Tras esta decisión, devuelven los compañeros a sus donantes el dinero que les habían entregado con miras a la peregrinación a Tierra Santa. El papa mira con entusiasmo a aquel grupo de jóvenes universitarios dispuestos a todo.

Su Jerusalén será Roma y su horizonte el mundo entero. Ignacio ya no puede decir su primera misa, para la que se venía preparando durante todo un año, en la entrañable cueva de Belén. Pero busca otro pesebre, el que se conserva en Santa María la Mayor, y la celebró con alegría indecible la santa noche de Navidad. Ahora no tiene que añadir «como si presente me hallara», porque en sus manos Dios ha recién nacido y él puede servirle toda la vida con los ojos llenos de lágrimas como lo que quiso ser siempre, «como un esclavito indigno».

Lo demás ya no es solo vida de Ignacio de Loyola, que también es historia de la Compañía de Jesús. Muchas veces me pregunto qué habría sido de mí y de Íñigo, si yo hubiera podido vivir el sueño imposible de que mi caballero andante me hubiera rescatado finalmente de las tristes almenas del castillo de Tordesillas. Mas la respuesta siempre es la misma: no hay castillos ni grilletes, no hay sitios ni lugares, no hay circunstancias como las que nos impone nuestro propio corazón. Es algo que la muerte, mi compañera de vida, me ha ido mostrando.

Yo no he sido feliz, lo reconozco. Pero en este monasterio de Xábregas saboreo al fin una soledad que apacigua mi alma y me hace ver las manos de Dios en los sórdidos y misteriosos caminos de mi vida. Desde niña he intentado descubrir en ellos su mano y hasta hoy, cuando me confieso con fray Luis de Granada, él me dice: «Quedad en paz, señora, que no acierto a absolveros, pues no hallo en vos materia de confesión». Con frecuencia recuerdo aquellas palabras que el padre Gonçalves de Cámara, el diligente portugués que puso por escrito las encantadoras memorias del peregrino. En los tiempos

en que se cuidaba de la educación de mi nieto don Sebastián, me contaba anécdotas de Ignacio en Roma. Decía que muchísimas veces le vio paseando por el jardín, que a ratos detenía el paso y levantaba los ojos al cielo, meditabundo. Entonces, tras contemplar las estrellas, exclamaba: *Heu! Quam sordet terra cum coelum auspicio.*

También veo yo sórdido este mundo de luchas por el poder y el dinero, cuando contemplo el cielo. O cuando con el bastón señalaba las flores, las hierbas del jardín, una fruta o cualquier gusanillo y sus cansados ojos veían, más allá de todo, al Dios amor que habita como alma secreta e infinita el fondo de todas las cosas.

Como él, de igual modo paseo yo ahora por el claustro de las monjas y miro a las estrellas. En ellas veo reflejadas mis lágrimas, mis imposibles amores y mis seres queridos, desde aquel pobre muchacho de pueblo que se partió una pierna por verme de cerca junto a la ventana del castillo de Tordesillas, a mi madre y mis hermanos, conducidos por los férreos destinos de máquinas poderosas, lejanos y dilatados reinos, príncipes y guerreros ambiciosos. Pero, sobre todo, a mis pequeños hijos que misteriosamente apenas disfrutaron de vida. Y, en esos mágicos momentos, hago un acto de fe y doy gracias al cielo con la oración preferida de Íñigo «ponderando con mucho afecto cuánto ha hecho Dios nuestro Señor por mí y cuánto me ha dado de lo que tiene y consiguientemente el mismo Señor desea dárseme en cuanto puede según su ordenación divina». Y así le devuelvo todo el amor, con las hermosas palabras de mi caballero, «como quien ofrece afectándose mucho»:

«Tomad, Señor, y recibid toda mi libertad, mi memoria, mi entendimiento y toda mi voluntad, todo mi haber y mi poseer; Vos me lo distes, a Vos, Señor, lo torno; todo es vuestro, disponed a toda vuestra voluntad; dadme vuestro amor y gracia, que esta me basta».

Al llegar a este punto se aquieta mi alma como las crujientes amuradas de las exhaustas naos de Indias cuando tocan las aguas tranquilas del puerto abrigado de Lisboa y, entre las sombras de la noche, entiendo un poco más el secreto que para siempre me conforta e ilumina: que en toda mi vida ha actuado Dios, como dice Ignacio, *ad modum laborantis*, como «el que trabaja», para darme esta existencia y todo cuanto de modo misterioso con ella me regaló. Entonces siento como si el trote de un grácil caballo se detuviera en las puertas del convento y una voz juvenil y vigorosa, habituada a cabalgar

por el mundo entero, tras rescatar doncellas y desfacer entuertos, gritara desde fuera en medio de la noche: «¡Ah del castillo!».

Luego solo queda el silencio húmedo y templado de las noches lisboetas y el fulgor solitario de las lejanas estrellas. Pero, cuando después cierro los ojos en la paz de mi celda, es como si alguien corriera los herrumbrosos cerrojos, abriera por fin las pesadas puertas, y mi alma cautiva de niña saliera a cabalgar definitivamente libre.

Nota histórica

El carácter literario de esta obra puede plantear al lector la pregunta de qué es realmente histórico y qué fabulado en el libro que acaba de leer. En este caso el género de novela histórica es únicamente un vehículo de la narración que empalma y enhebra datos rigurosamente probados por historiadores e investigadores sobre los personajes que la protagonizan.

No obstante, conviene hacer algunas precisiones que eviten posibles confusiones al lector que no conozca previamente las fuentes históricas. Es obvio que la narración en primera persona de doña Catalina de Austria (1507-1578), hija de doña Juana la Loca y luego regente de Portugal y esposa y viuda de don Juan III, es la columna vertebral de la estructura narrativa de ficción, así como el hecho de que tan alta señora correspondiera de alguna manera a los sueños platónicos del paje y luego gentilhomme Íñigo de Loyola. La elección de este interesante personaje permite al autor narrar desde una óptica insólita no solo los años de formación, conversión y peregrinaje de san Ignacio, sino las peripecias de la historia real de sus contemporáneos, las costumbres y el ámbito cultural y político en que vivió; un cuadro que nunca hasta ahora se había intentado recrear en un relato de estas características y que puede arrojar quizás nueva luz en la cabal comprensión del fundador de la Compañía de Jesús, puesto que todos somos hijos de nuestra época.

En todo caso Pedro Leturia ha probado sobradamente que es doña Catalina la «dama de los pensamientos» del gentilhomme Íñigo de Loyola, descartada primero doña Leonor de Mascarenhas, dama de honor de la emperatriz Isabel y aya más tarde de Felipe II, pues él mismo atribuye a su Dulcinea un «estado más alto» que duquesa o condesa. También queda eliminada la reina Germana de Foix, sobrina de Luis XII de Francia y segunda mujer de Fernando el Católico, ya que, como queda de manifiesto en este relato, esta señora fue la causa de la ruina de don Juan Velázquez de Cuéllar, de

doña María de Velasco, su mujer, y de sus hijos, bienhechores y amigos de Íñigo. Era además bien poco atrayente, como *pinguis et bene pota* (gorda y bien bebida) en el decir del cronista Pedro Martyr, aparte de otros casamientos e historias amorosas de doña Germana, que, como se ha descubierto recientemente, atañen incluso al propio emperador.

Respecto a madama Leonor, hermana mayor de Carlos V y reina sucesivamente de Portugal y Francia, sucede lo mismo. Cuando Íñigo pudo conocerla en Valladolid, por febrero y marzo de 1518, frisaba los veinte años y aunque es posible que pasara por Nájera luego, ya ese mismo año estaba prometida con don Manuel de Portugal y arraigó muy poco en Castilla.

Por tanto, la hipótesis más plausible es que fuera doña Catalina, hija póstuma de Felipe el Hermoso, la dama de los pensamientos caballerescos del joven Loyola. No solo la conoció en Tordesillas, cuando él vivía en la vecina Arévalo, y su abuelo Fernando el Católico, junto a doña Germana de Foix, acudían a verla. La niña, que como dice Rodríguez Villa, era «la más hermosa de los hijos de Felipe I y la que más recordaba la fisonomía de su padre», despertaba en todos grandes simpatías al par que pena por la reclusión en que vivía. Todos los datos que sobre su madre y ella misma se presentan en esta novela son rigurosamente históricos, incluido el «rpto» a Valladolid. Es más que probable que Íñigo participara en los festejos y justas celebrados en esta ciudad, puesto que consta que lo hizo el duque de Nájera, a quien servía, para prestar juramento al nuevo rey con su «mesnada»; y que además allí se encontraba el hermano mayor de los Loyola, don Martín García de Oñaz, con el fin de asentar sobre nuevas bases su mayorazgo.

No costa documentalmente que Íñigo participara en la toma de Tordesillas para rescatar la villa de la rebelión comunera, pero al hacerlo su señor el duque de Nájera, es también más que probable. ¿Que Catalina era demasiado joven para un romance platónico? En la época, catorce años era una edad incluso casadera, como se pone de manifiesto en docenas de bodas reales. Además, Catalina era especialmente madura por los elogios que recurren en la correspondencia de 1520-1521 entre los nobles y el emperador: «Es la más gentil dama... y las más linda cosa que hay en el mundo». «Es ya mujer y siente lo que le hacen». Y, como hemos visto en el relato, da pruebas de sensatez decidiendo quedarse al lado de su trastornada madre.

Es más, la vinculación con Arévalo es constante. Primero, cuando el marqués de Denia insistía en trasladarla a esta villa. Y luego, cuando Catalina se lleva a Lisboa, al casarse con Juan III, a doña María de Velasco, la viuda de Juan Velázquez como camarera de honor, reteniéndola en este puesto hasta la muerte de la dama castellana en 1540. Tanta intimidad tuvieron ambas mujeres que la segunda madre de Íñigo dejó al morir a su reina una prenda que estimaba especialmente, por haberla recibido ella a su vez de Isabel la Católica, más allá de la autenticidad de tan extraña reliquia: «uno de los treinta dineros con que fue vendido nuestro Señor».

Para mayor abundancia hay que aducir el amor y la política de apoyo que tanto ella como su esposo Juan III, el Piadoso, prestaron en Portugal a los jesuitas, siendo este el primer reino que los acogió masivamente y les encomendó la evangelización de los países de ultramar. Cartas entre Ignacio y Juan III, entre este y doña Catalina con Javier, demuestran dicha vinculación, que bien pudo estar relacionada con el buen recuerdo de aquel paje y luego gentilhombre de melena rubia que conoció la reina en Tordesillas y que doña María de Velasco seguramente recordaba cuando llegaban a Lisboa los rumores de su transformada y transformadora vida. (Cf. Pedro Leturia, SJ, «Notas críticas sobre la dama del capitán Loyola», *Archivum Historicum Societatis Iesu*, vol. V, Roma 1936, y *El gentilhombre Íñigo López de Loyola*, Barcelona 1941; Hugo Rahner, *Ignace de Loyola et les femmes de son temps*, 2 vols., Paris 1964).

Otro punto del que mucho se ha discutido son los pormenores concretos de la vida del «soldado desgarrado y vano» antes de su conversión en Loyola, tema importante para cualquiera que pretenda realizar no solo un estudio histórico, sino una recreación novelística o cinematográfica del joven guipuzcoano. Todos los contemporáneos del santo, tanto los compañeros de la primera hora como de los tiempos de Roma, insisten en que Ignacio no tenía pelos en la lengua para narrar con todo detalle los pecados de su vida pasada. Es más, era una de las formas con que entraba con los espíritus más duros a la conversión, contándoles humildemente y por delante sus propias debilidades. Sabemos por él mismo que era fácil en sacar la espada, y en cosa de mujeres «combatido y vencido en el vicio de la carne» (Polanco) o «demasiado libre en el amor de las mujeres» (Maffei). Uno, como hemos visto, le persigue para matarle por una de estas aventuras y él llega a estar en la cárcel por correrías de carnaval. Este libro pone en boca de doña Catalina, a modo de pregunta y solo como incógnita sin resolver, si tuvo antes de la

conversión una hija natural, dato que por otra parte explicaría mejor la radicalidad de su arrepentimiento. Pues, como también recogen estas páginas, el asunto de hijos naturales era entonces de lo más común entre reyes, soldados y caballeros.

Un testamento de la hija del duque de Nájera, encontrado por unos franciscanos en Simancas, habla de una tal María de Loyola que usaba también el nombre de María de Villarreal y que moraba en el palacio ducal de Navarrete en 1566 al servicio de aquella señora. A este dato se añade una tradición soterrada y unas «hablillas» a las que se refiere Hugo Rahner entre otros escritos al respecto (H. Rahner, *Ignacio de Loyola*, Bilbao 1956). Durante el generalato de Francisco de Borja, dadas las enormes dificultades que atravesaba la Compañía, se suprimió de la *Autobiografía*, que Ignacio dictó a Gonçalves de Cámara, el capítulo primero dedicado a narrar «las travesuras de mancebo». Además fue secuestrado todo este precioso texto, que no se editó hasta bien entrado el siglo XVIII, por insistencia de los jesuitas bolandistas, como indica Alain Guillerrou en la introducción a la edición francesa de 1962; pero ya sin el mencionado capítulo que parece fue definitivamente destruido con vistas a la futura canonización.

No es en todo caso este un punto esencial, pero sí esclarecedor, para entender mejor el giro del joven Loyola. Todos los demás datos en los que confluyen las vidas de los tres personajes eje de esta novela –Loyola, Catalina y Carlos V– tienen clara y documentada verificación histórica, así como la reconstrucción ambiental de la época e incluso las circunstancias accidentales de la puesta en escena que requiere este género literario. Respecto a doña Juana existe hoy una corriente histórica que defiende que su incapacidad mental fue exagerada por su padre Fernando y su hijo Carlos a favor de sus propios intereses políticos. También en este relato hemos subrayado algunos momentos de lucidez de la prisionera de Tordesillas. Pero los testimonios objetivos de sus desvaríos son múltiples y concluyentes. Hoy se afirma que pudo padecer de melancolía, trastorno depresivo severo, psicosis o esquizofrenia heredada. Al parecer sus síntomas se agravaron por el confinamiento forzoso y el sometimiento a otras personas. También se ha especulado que pudo heredar alguna enfermedad mental de la familia de su madre, ya que su abuela materna Isabel de Portugal, reina de Castilla, padeció por lo mismo durante su viudez después de que su hijastro la exiliara al castillo de Arévalo. En todo caso no hay duda de que tal estado marcó la infancia y adolescencia de su hija Catalina de Austria.

En cuanto al lenguaje, he optado por uno a medio camino entre el actual y el de la época, que haga fácil la lectura. Las palabras entrecomilladas de Íñigo son citas textuales de su autobiografía, ejercicios espirituales, cartas y otras fuentes históricas.

En este sentido agradezco especialmente el asesoramiento del historiador y académico jesuita Quintín Aldea, ya desaparecido, y las obras biográficas de Ribadeneyra, Leturia, Dudon, Casanovas, Broderick, Hollis, Dalmases, Hugo Rahner, Tellechea, García Hernán y, sobre todo, la muy documentada de García Villoslada, además de las fuentes históricas ignacianas originales, editadas por el Instituto Histórico de la Compañía, y otras obras de Astrain, Iparraguirre, Scadutto, Granero, Gilmont, Schurhammer, Recondo, Ruiz Jurado y Tacchi Venturi entre otros, que me han ayudado a reconstruir en lo posible este momento histórico y biográfico, junto con una copiosa bibliografía sobre la época de los Reyes Católicos, Juana la Loca, Carlos V, Juan III de Portugal, Francisco I, Lutero, Erasmo, los alumbrados y, en general, la historia de España y Portugal en el siglo XVI. Tras la publicación de este libro he dado a la imprenta otras novelas históricas basadas en la ulterior historia de la Compañía y en la vida de contemporáneos y seguidores de san Ignacio, como san Francisco Javier: *El aventurero de Dios*; san Francisco de Borja: *Los enigmas del duque jesuita*; san Pedro Claver: *El esclavo blanco* (siglo XVII), y la supresión y extinción de la Compañía en el siglo XVIII: *El último jesuita*. Para personajes del siglo XX he preferido optar por el género biográfico, por la proximidad de los hechos: *Arrupe. Testigo del siglo XX, profeta del XXI*, y *Un jesuita sin papeles*, sobre Díez Alegría, o *Azul y rojo*, acerca del padre Llanos.

A doña Catalina de Austria, víctima funesta de la herencia de doña Juana la Loca, le persiguió la tragedia aun después de su muerte. Su hijo, el príncipe heredero Juan Manuel, que contrajo matrimonio con la hermana del príncipe Felipe, murió antes de cumplirse dos años de su boda. Poco después de su muerte, su viuda dio a luz a su hijo, el heredero don Sebastián, cuya naturaleza excéntrica, como hemos visto, parece arrancada de la ficción más que de la historia. Medio ejército portugués cayó en la contienda de África, el otro medio fue cautivo de los moros y a don Sebastián nadie le volvió a ver, aunque hubo gentes en Portugal que durante lustros siguieron esperándole. La hija de Catalina, la infanta María, será la primera mujer de Felipe II de España y madre de don Carlos. No sobrevivirá sino pocos días al nacimiento de su hijo. Como

dice Pfandl, «don Sebastián estaba medio loco, pero don Carlos lo estaba del todo. En uno y otro fermenta la herencia fatídica de Juana la Loca». Muerta después de Ignacio († 1556), Catalina († 1578), «señora de sus pensamientos», supo librarse personalmente de ese círculo fatal gracias a su fe, su serenidad y su prudencia. En su tumba del monasterio de los Jerónimos de Belén, en Lisboa, tan distinta a la brillantez barroca del sepulcro de san Ignacio en el *Gesù* de Roma, puede leerse:

*Aquí yace Catalina,
hija del rey Felipe de Castilla,
esposa del rey Juan III de Portugal,
el Piadoso, el Afortunado, el Victorioso.
Fue mujer de gran corazón,
de piedad pura, de particular sabiduría.
Un modelo incomparable de reina.*

Notas

- [1] Más que de un «grano» se trata de una «ocena», enfermedad de la pituitaria que se caracteriza por su mal olor.
- [2] Hoy históricamente se tiene por leyenda simbólica la materialidad de este hecho.
- [3] Irwin Iserloh ha demostrado que el hecho de fijar las tesis, como tal, no es histórico.
- [4] *Reflectir* = reflexionar refiriendo a uno mismo..
- [5] Albania meridional.
- [6] Tel Aviv.
- [7] Moneda veneciana de escaso valor.
- [8] Puglia, al sureste de Italia.
- [9] Plaza de Palacio, actual Plaza del Comercio, donde se encontraba el lujoso palacio real, Paço de Ribera, que sería destruido por el terremoto de Lisboa.
- [10] Según la medicina actual: litiasis y cirrosis hepática secundaria.

Índice

Índice	2
Portada	4
Créditos	6
Los viajes de Íñigo	8
1. El premio	9
2. El doncel de Arévalo	25
3. Un tibio olor a castañas	39
4. De Flandes a Castilla	58
5. Justas en Valladolid	71
6. Con las huestes reales	89
7. Defenderla o morir	106
8. Los dos sabores del alma	120
9. Vela de armas	139
10. Un río de luz	156
11. Sin blanca ni bizcocho	172
12. Como si presente me hallase	188
13. Amo, amas, amare	200
14. Alumbrados y erasmistas	212
15. Virtud con letras	230
16. Seductor de estudiantes	251
17. Amigos en el Señor	274
18. Debajo de su bandera	291
Nota histórica	306
Notas	312